
La Inocente
SECRETARIA DEL CEO
G. R. OLIVEIRA
& YULE TRAVALON

La Inocente
SECRETARIA DEL CEO

G. R. OLIVEIRA
& YULE TRAVALON

Copyright © G. R. OLIVEIRA & YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Portada: Lisa Petrovka

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

No recomendado para menores de 18 años. Contenido explícito.

Índice

[Índice](#)
[Sinopsis](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59

Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Epílogo
¡Lee también!

Sinopsis

Aurora López es una Cenicienta moderna. Nunca ha sido la más guapa, nunca ha tenido novio, nunca la han besado. Y, por supuesto, nunca ha hecho el amor con nadie.

No tiene ratoncitos por amigos ni un hada madrina, pero creía que cumpliría sus sueños en Nueva York. Solo que… nada salió como esperaba. Con su familia al borde del colapso, recibe un ultimátum de su abuela: casarse con un viejo ranchero de su ciudad natal, que tiene el doble (¿el triple? ¿quizá el cuádruple?) de su edad.

En un último intento por cambiar su destino, se presenta a una oferta de empleo en la empresa de Edward Cooper, un CEO implacable, frío, calculador… y peligrosamente atractivo. Edward no es ningún príncipe azul, pero podría ser el único capaz de salvarla antes de que suenen las doce campanadas.

Lo que empieza como un trabajo se convertirá en una atracción irresistible.

Y cuando los secretos salgan a la luz… ni el amor podrá protegerlos.

No recomendada para menores de 18 años.

Prólogo

Edward Cooper

Mientras Monique se mueve con fuerza sobre mi polla, enlazo ambas manos alrededor de su cuello hasta notar que empieza a faltarle el aire. Su rostro se enrojece, sus labios hinchados se entreabren en una súplica casi muda, y yo impulso la pelvis hacia arriba, asegurándome de llegar hasta el fondo.

—Así es como me gustas… —Ella tiembla, rendida, entre mis brazos.

Arquea los hombros hacia atrás, dejando que el peso de su cuerpo haga el resto, gimiendo, pidiendo más.

Afirmo los zapatos italianos contra el suelo para impedir que la silla giratoria del despacho presidencial se desplace bruscamente. La rubia se aferra a mi traje, cabalgando con una ferocidad que hace que los dos golpeemos el suelo.

—¿Quieres más? —murmuro en su oído.

Me encanta el poder que ejerzo sobre ellas.

Observo su piel erizada, tan sensible, y eso me excita aún más.

Se despoja de su trajecito de secretaria, saca los pechos y los balancea con descaro mientras me devora con la mirada.

Sedienta, justo como me gusta. Una auténtica zorra en celo.

Con una sonrisa socarrona, entorno los ojos y la agarro por la nuca, clavándole la mirada con dureza, estudiando cada detalle de su rostro, intentando descifrarla.

Era necesario.

—Quiero más, por favor… —gime en un susurro.

—Entonces dime, Monique. —Paso la lengua por mis labios y la acerco a mi rostro—. ¿Cómo consiguió tu jefe cerrar ese acuerdo millonario con Tesla?

Que no responda de inmediato hace que me ardan las orejas y que el cuerpo se me tense. Pero necesito tocar su punto débil… o tocar otras partes para sacarle la verdad.

Concerté esta «reunión de negocios» con Monique Syan porque es la secretaria ejecutiva de mi mayor competidor en el mundo del marketing.

Hay una regla cuando se trata con gente poderosa: no se juega limpio. Se utilizan todas las armas posibles —e imposibles— para conseguir información confidencial, cueste lo que cueste.

¿Sexo? Solo es moneda de cambio. Como miles de dólares en un paraíso fiscal. Sin sentimentalismos, sin vínculos, sin romance. Solo dos adultos comportándose como salvajes, entregados a la adrenalina de sus cuerpos para conseguir lo que desean.

Ella quiere placer. Yo quiero información, porque en el mundo moderno, eso vale más que el dinero. Me obsesiono cuando es estrictamente necesario.

—Si sigues haciéndome sentir así, te lo cuento —provoca ella con su contraoferta.

Parece que la subestimé. Monique es una excelente negociadora.

Pero en este jueguecito suyo, saldré ganando yo, cueste lo que cueste. Soy Edward Cooper, y disto mucho de ser un hombre cualquiera. Al contrario, voy hasta el final para hacerme con algo… o con alguien.

—Veamos si así refresco tu memoria.

Con la mano en su cintura, la guío hasta que apoya su carita bonita sobre la mesa. Le abro las piernas y entro con intensidad, hasta sentir su límite. Ahogo su grito de placer con la palma de mi mano. Dejo escapar una sonrisa cínica.

Levanto la pierna y apoyo el zapato italiano sobre el borde de la mesa. Presiono la cabeza de Monique con todo el gusto del mundo —es lo que suelo hacer cada día con cualquiera—, y su gemido es un auténtico deleite para mis oídos.

—Te gusta que te traten así, ¿verdad?

Al menor asentimiento, incremento la presión del zapato. No detengo las embestidas rápidas e intensas hasta sentir cómo un líquido caliente resbala desde el interior de la secretaria.

—¿Ya hemos terminado tan pronto, Monique? —me inclino para susurrar—. No. Aún no hemos terminado.

Ignoro que haya alcanzado el clímax. En realidad, solo es una excusa para seguir trabajando bien; al fin y al cabo, uno recibe lo que da, y el placer que va a experimentar en los próximos segundos será inconmensurable…

Le propino un azote con la palma bien abierta y la mesa cruje contra el suelo, a punto de deslizarse.

Mi cuerpo avanza y retrocede con ritmo sobre la rubia, y no me detengo hasta que la oigo jadear, con su cuerpo aplastado contra el tablero.

Su coño, suave y empapado, cede paso con cierta resistencia, y no puedo negar el morbo de verla entrecerrar los ojos y gemir con ese matiz de dolor que tanto la enciende. Le gusta esa mezcla de sensaciones, y su carita de zorra no lo sabe ocultar.

—¿Qué pasa, Monique? ¿No lo aguantas? —Retiro el pie de la mesa y me inclino hacia ella, sujetándole la barbilla mientras le balanceo el rostro con suavidad. Se me escapa una risa burlona—. Deberías tener cuidado con lo que deseas en una negociación…

Sus labios rojos se fruncen, exhalando aire caliente contra mi cara.

Ella y yo teníamos un trato: yo necesitaba la información para acceder a mi próximo cliente, y ella solo quería que me la follase en la sala presidencial de mi empresa. Todos ganamos.

Vengo de abajo, fui pobre, y me convertí en uno de los hombres más influyentes de Estados Unidos porque tengo un talento especial: manipular el deseo de la gente.

A veces quieren dinero, otras veces regalos caros, pero lo más habitual es que simplemente deseen que las folle en mi despacho, en mi edificio, ¡en mi maldita Quinta Avenida!

Y yo hago ese sacrificio por el bien de mi empresa y de mi carrera, porque en el juego de los poderosos, o lo apuestas todo… o te vas a casa.

—No parecías tan grande ni tan grueso en las fotos que me mandaste —dice, sonriendo con timidez.

Me tomo un momento para admirar cómo esta belleza se muestra vulnerable, tímida y completamente rendida a mí. En el arte de la seducción, yo doy lecciones, y Monique no es más que una marioneta entre mis manos expertas.

La alzo en brazos y la tumbo boca arriba sobre la mesa. Levanto sus piernas hasta apoyarlas sobre mis hombros. Observo cómo sus tacones se balancean mientras la penetro hasta el fondo, y la veo tantear con las manos el portátil, la madera, cualquier superficie que le dé algo de estabilidad.

Pero no lo conseguirá.

El control es mío. Y no pienso parar hasta obtener esa maldita información.

—Se conocieron en un campo de golf —revela al fin.

—Mmm, vamos avanzando. —Me quito la corbata, junto sus piernas y las ato con un nudo firme, dejándola de lado—. Será mejor que sigas, o…

Le doy una palmada en el culo y la embisto de golpe. Se queda muda. Necesita tiempo para recuperar el aliento… y encontrar las palabras que revolotean a su alrededor.

—¡Los jueves! ¡El último jueves de cada mes! —gime con los ojos cerrados.

—Ajá… —Observo cómo la mesa se desplaza y vibra mientras agarro sus muslos torneados y avanzo sin importarme que pronto estaremos al otro lado del despacho. Tal es la ferocidad del acto.

—Entre las tres y las cinco de la tarde.

—Excelente, Monique. —Asiento con la cabeza—. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

—No.

Claro que no. Solo necesitó una buena follada con una polla de veintidós centímetros hasta quedarse sin sensibilidad en las piernas y perder el control de su propio cuerpo. Exactamente lo que quería, supongo.

—Ahora viene tu gran premio.

Me deslizo fuera de ella y retiro el preservativo. Mi polla, todavía dura, se balancea mientras la observo con intensidad.

—¿Cómo lo quieres? ¿Qué te apetece?

—¿Puedo…? —respira hondo—. ¿Puedo bebérmelo?

—Por supuesto que sí. —No puedo evitar soltar una carcajada —. Has sido una buena chica y te lo mereces, ¿no, Monique?

—Sí. —Hace un mohín y sus ojos brillan con una mezcla de deseo y adoración.

La agarro del pelo y la acerco a mí para que reciba lo que tanto ansía. Le recojo el cabello en un moño improvisado entre mis manos mientras presiona la cara contra mi polla, palpitante de deseo.

—Eres una buena chica. Te mereces todo lo que desees.

Cierro los ojos al sentir sus manos suaves deslizándose arriba y abajo, y justo en el momento en que estoy a punto de correrme, ella capta la señal, abre la boca y se lo traga todo, gota a gota.

Durante unos segundos, el mundo entero se desvanece. Solo existe mi orgasmo. Disfruto de la sensación de otra reunión de negocios exitosa antes de regresar a la realidad al abrir los ojos.

Monique me observa con esos grandes ojos verdes, expectante. Sus labios ligeramente humedecidos, su expresión sumisa —algo que me fascina en una mujer— delatan que espera otra ronda, quizá una cena.

Qué pena.

La verdad es que ya no sirve para nada.

Ahora es completamente prescindible. Como todas las demás.

—Has estado increíble. —Le acaricio el rostro mientras desato el nudo de sus piernas.

Cuando intenta incorporarse y besarme, me aparto con naturalidad y cojo el móvil de la mesa. Aprovecho para pulsar un botón oculto entre los lápices antes de dirigirme hacia la puerta.

Sebastián, mi asistente, entra con paso firme y se queda helado al ver a una mujer desnuda apoyada en la mesa.

—¿Qué ocurre? —gruño.

—Señor, todavía tiene la polla fuera —murmura, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—Ah. —Lo soluciono al instante y me subo la cremallera—. Tengo que hacer una llamada. Saca a esta mujer de aquí y

desinfecta la sala. Tira la mesa y la silla a la basura, el portátil también. Lo quiero todo nuevo, de la misma marca. —Miro el reloj—. Vuelvo en treinta minutos.

—Sí, señor.

La eficiencia de este chico es digna de admiración.

—Ah, Sebastián —añado antes de salir—. Quizá necesite unas esposas y una mordaza para la reunión con la CEO de Victoria's Secret.

—Esposas y mordaza —repite, tragando saliva.

No me siento culpable por usar a la gente para conseguir lo que quiero. Al fin y al cabo, todos lo hacen, de una forma u otra.

Mis métodos simplemente son más entretenidos. Y menos convencionales.

Y me encanta actuar en contra de lo que se supone que está bien…

Capítulo 1

Aurora López

La abuelita me enseñó desde pequeña que nadie tiene derecho a decirle a una mujer quién es, cómo debe comportarse ni qué debe hacer con su vida. Lo curioso es que, justo anoche, me repitió el ultimátum que me había dado hacía un mes:

—Ya te graduaste hace dos años y aún no has encontrado trabajo en tu área. ¡Ha llegado el momento de casarte! —dijo por teléfono.

Sentí cómo el suelo desaparecía bajo mis pies. La ansiedad y la gastritis se apoderaron de mí. Odiaba ese tema con todo mi ser.

—Pero no te preocupes, mi hija, he encontrado un buen hombre para ti: Roger Antunes, un importante terrateniente de aquí, de Arizona.

Conocía al susodicho.

Bueno… en realidad, conocía a sus nietos. Estudié con ellos hasta el instituto. Y no fue solo la escalofriante diferencia de edad lo que me dejó sin palabras, sino la manera autoritaria en que mi abuelita decidió mi destino, como si yo no tuviera derecho a opinar.

—Ya hiciste lo que querías. Estudiaste marketing en Nueva York, viviste lejos de mis normas durante años. Y como no te ha ido bien, es hora de volver y llevar una vida normal.

—¿Normal? ¡No quiero una vida normal, abuelita! —grité, suplicando con desesperación.

—Aurora, no has tenido éxito siguiendo tu sueño. Así que ahora toca hacer lo que yo digo —sentenció con voz firme, como si

acabara de dictar mi condena.

Hace ocho años dejé mi tierra natal para lanzarme a la gran aventura de vivir en la vibrante y deslumbrante Nueva York. Mi abuelita solo me puso tres condiciones para dejarme ir: 1) ir a misa todos los domingos, 2) no beber nunca, bajo ningún concepto (ni siquiera en fiestas universitarias) y 3) llegar virgen al matrimonio.

Cumplí con cada punto al pie de la letra.

Y reconozco que fue una de las decisiones más importantes de mi vida. Mi infancia y adolescencia me dejaron cicatrices profundas, y durante años solo soñaba con una cosa: escapar de aquel lugar, de aquellas personas, y construir una vida de éxito para volver algún día con la cabeza en alto y demostrarles que lo había conseguido, incluso cuando nadie apostaba por mí.

Jamás encajé. Siempre fui la niña rara, la que sobraba, la que nadie quería. Y no solo eso: también era fea. Mientras crecía, escuchaba burlas constantes: «Es más fea que un cuervo», «A ver quién será el valiente que se case con Aurora», o «Dicen que sus padres se largaron porque no soportaban tener una hija tan fea».

Eso me empujó a refugiarme en los libros, a desarrollar mi inteligencia emocional y mi sentido del humor. Me gradué con honores en la Universidad de Columbia… y también salí de allí con una deuda estudiantil colosal.

Pero las palabras de mi abuelita Clarissa —a quien siempre he llamado así, «abuelita», con todo el cariño del mundo— acaban de sacudir los cimientos de la autoestima que me costó años construir. Y cuando una autoestima se tambalea, cuesta mucho volver a levantarla.

Nunca me han besado.

Nunca me han sacado a bailar en una fiesta.

Nunca me han mirado con otra intención que no fuera burla o asco.

Y ahora ella pretende que me case con un anciano de más de setenta años. Me siento humillada, traicionada. Pensaba que creía en mí, en mi sueño, en mi potencial… pero estaba equivocada.

Sí, la gente se equivoca. Y por desgracia, yo tiendo a ver solo lo bueno en los demás.

—¿Me estás escuchando, Aurora? ¡Tienes una semana para hacer las maletas y volver a Arizona!

Colgué. Y me fui directa a llorar bajo la ducha helada.

Entonces… ocurrió un milagro.

***

La voz de Emily Williams, mi cantante favorita, suena en la alarma del móvil y eso me obliga a salir de la cama.

Echo un vistazo al pequeño estudio donde cocina, salón y dormitorio se mezclan en un solo espacio. Muebles de segunda mano, montones de libros y plantas por todos lados. Las paredes de ladrillo rojo y el techo gris cemento le dan un aire moderno a este rincón perdido en las afueras de Brooklyn.

Me recojo el pelo con una goma y corro al minúsculo baño para darme una ducha. Me coloco bajo el chorro de agua helada, probando con el pie cada dos segundos para ver si por fin se ha calentado.

No.

Nada funciona en este edificio. Ni siquiera mi vida.

Pero el ultimátum de la abuelita ya no significa nada. Hoy tengo una entrevista de trabajo. Y voy a conseguir ese puesto.

Es mi última oportunidad para no tener que volver a Arizona.

Volver no es una opción. No puedo dejar que mi familia vuelva a controlar mi vida. Con quince años no me importaba, era una cría. Pero con veinticuatro… es insostenible.

Con la agilidad de una contorsionista del *Cirque du Soleil*, agarro el cepillo de dientes de la taza junto al lavabo, vuelvo bajo el chorro medio frío y me doy una ducha exprés para recargar energías y empezar el lunes con buen pie.

Ya en la habitación, pongo un podcast. El episodio se llama «La primera impresión es la que cuenta».

—Tienes que causar impacto —dice el señor Cooper, y sonrío de oreja a oreja—. La vida ocurre en un instante. Nueva York está llena de rótulos luminosos que compiten por tu atención, gente vendiendo oro en plena calle... Tú tienes que destacar. Tienes que hacerte ver.

Un escalofrío me recorre la espalda solo de escuchar su voz grave, un poco ronca.

Lleva tiempo siendo mi gurú personal. Y pronto será mi jefe, o no me llamo Aurora López Buendía.

El milagro del viernes fue el siguiente: el nuevo podcast del señor Cooper anunciaba una vacante como asistente creativa en su empresa.

Encendí el portátil, envié mi currículum al correo indicado y, en menos de media hora, su secretario me respondió: entrevista concertada para el lunes a las siete de la mañana.

Tengo esperanzas porque Edward Cooper no es solo una voz sexy en mi móvil. Fue mi profesor favorito en Columbia durante dos semestres. Trabajé en su laboratorio creando campañas publicitarias. Me dio muchas oportunidades siendo su alumna.

Lamentablemente ya me gradué —sí, lamentablemente, porque aún no he conseguido trabajo en mi área y la deuda estudiantil me respira en la nuca. En el mundo real, a diferencia del

estrellato académico, hay que empezar desde cero. A veces, ser tan común no ayuda nada.

—Vive cada día como si fuera el último —reproduce el móvil, y yo lo repito en voz alta, porque me lo sé de memoria—. Valora tus palabras como si fueras a quedarte mudo. Y empieza a actuar ahora, como si en unas horas fueras a entrar en coma.

Doy gracias a Dios por haber preparado la ropa para la entrevista anoche. Me distraigo tanto escuchando a ese hombre que me olvido del mundo.

Me pongo una blusa blanca bajo un jersey naranja, una falda de vestir que me cubre hasta las pantorrillas. Me deslizo las medias negras por las piernas y me calzo unos zapatos planos del mismo color.

Antes de salir, me acerco al pequeño altar en el centro del salón y enciendo algunas velas. Vengo de una familia mexicana muy religiosa y me gusta sentir esa conexión espiritual. Me reconforta, me ancla a mis raíces.

—Santa Inés —junto las manos y pido protección a la patrona de las vírgenes—. San Judas —lanzo una oración rápida al santo de los casos imposibles—. San Antonio —le rezo también al santo de los pobres, el patrón de mi familia.

Suspiro. Mis labios tiemblan. Cierro los ojos y digo en voz alta:

—Por favor, os pido un milagro. No quiero volver a Arizona. No quiero casarme con el viejo Antunes. Os lo ruego, concededme esta oportunidad. Sé que Dios conoce mi destino desde el día en que nací. Permitidme seguir el camino que Él ha trazado para mí, ese que me hará feliz. En el nombre de Jesús. Amén.

Una sensación de alivio me envuelve, como un abrazo fuerte de madre y padre, algo que nunca tuve, pero que siento cada vez que hablo con Dios.

—Amén —repito mientras me levanto, sacudiéndome el polvo de las rodillas.

Corro hacia la ventana del apartamento, que da al edificio de enfrente, y grito:

—¡Despierta y espabila, Manu!

Me río sola y agarro el bolso y la carpeta con mi portafolio para salir. El podcast se detiene porque entra una llamada.

Rezo en silencio para que no sea la abuelita.

Suspiro con tensión, agradecida a Dios y a los santos por comenzar el día ya con un milagro.

—Despierta y espabila tú, Aurora —dice Manu, mi vecina de ventana, al teléfono, riéndose a carcajadas—. Te vi rezando. ¿Era para encontrar un marido rico? Ya te digo que las probabilidades son del 0,001 %.

—¿Marido? Venga ya, Manuela —presiono el botón del ascensor como una loca, pero no pasa nada—. Rezaba para que Dios ablandara el corazón del señor Cooper y me diera una oportunidad. Solo eso.

—Vi la foto de ese hombre cuando me hablaste de él —suspira—. Yo quería ablandarle otra cosa… —se carcajea.

—¡Cállate! —mi risa se apaga rápido—. El ascensor no quiere subir.

—Ese edificio tuyo siempre tiene algo. Es de locos. Si no es una gotera, es un atasco. Si no es un atasco, es una puerta que chirría. Y si no, el ascensor estropeado. ¡Por Dios!

—Es lo que me puedo permitir —decido bajar por las escaleras.

El ascensor de mi vecina funciona, y seguro que en su ducha sale agua caliente nada más girar el grifo. En mi edificio… bueno, igual, pero al revés.

—Te veo abajo —dice Manu antes de colgar.

No voy a dejar que nada me retrase para esta entrevista. Hace siglos que no me llaman y esta vez todo tiene que salir perfecto. Todos mis compañeros ya están colocados en grandes agencias. La mayoría venía de familias ricas, y el resto tenía el famoso enchufe.

Yo me partí la cara en la universidad. Cursé asignaturas extra, hice prácticas sin cobrar, participé en campañas publicitarias que hacen que mi currículum luzca increíble. Pero, por desgracia, no tengo experiencia fuera de Columbia ni conozco a nadie que pueda recomendarme.

He ido tirando gracias a la ayuda económica de la abuelita y a campañas publicitarias para colmados, peluquerías y otros negocios del barrio. A fin de mes todo queda ajustadísimo, pero siempre me las arreglo.

El señor Cooper, en cambio, conoce mi trabajo. Sabe que soy eficaz cuando me lo propongo —o eso espero, porque hace ya tiempo de aquello.

Un torbellino de emociones me invade mientras bajo cada escalón, haciendo algunas pausas para recuperar el aliento.

Haber crecido en un hogar muy cristiano y conservador dejó en mí tres lecciones grabadas a fuego:

1. hay que llegar virgen y pura al matrimonio;
2. la felicidad consiste en encontrar un hombre (temeroso de Dios) y casarte con él;
3. naciste para ayudar en el negocio familiar (una cadena de colmados) y ser la mujer de la casa.

Sí, suena tan mal como parece.

Por supuesto que todos se volvieron locos y me insultaron de todas las formas posibles cuando me aceptaron en Columbia. Mis

tíos incluso exigieron que me desheredaran y me echaran a la calle. Pero convencí a la abuelita de que, con un título en marketing, podría ayudar a la familia.

Y así fue. Desde hace tres años, los colmados facturan al menos un 150 % más que antes, y demostré que formarse servía de algo.

—Estás envejeciendo, mi hija, y tu vida en Nueva York no ha funcionado. Así que vuelve para que tu abuelita lo arregle todo —su voz me ronda por la cabeza.

En el podcast, Edward Cooper dice lo contrario:

—Lucha por tus sueños. Contra todo y contra todos. Hay una voz dentro de ti que te pide ir más allá de lo que te han impuesto toda la vida. Esa voz es la felicidad. Síguela. Si no lo haces, puede que algún día te arrepientas.

Jadeando, con un ángel en un hombro y un diablo en el otro, llego al portal tosiendo y sin aire.

—Hola —Manu me espera junto a la puerta, que se abre para mí.

Su pelo afro se agita con el viento, y me regala la sonrisa más cálida y alentadora del mundo. Manu tiene algunos años más que yo, pero me adoptó como si fuera su hija. Me cuida y me trata con un cariño que jamás recibí de nadie más.

—Hola —digo acelerada, le doy un beso en la mejilla—. ¿Por qué has bajado?

—Toma. —Me tiende un vaso de café y un sándwich bien envuelto—. ¡Suerte en la entrevista! ¡Que todo salga genial! —Cruza los dedos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Eres un ángel, amiga! —Lanzo varios besos al aire y salgo corriendo como loca hacia el metro.

Por un milagro divino —quizá Santa Inés me esté echando una mano de verdad—, consigo llegar a tiempo y encontrar un

asiento libre. Me pongo los auriculares y vuelvo a escuchar el podcast sobre «las primeras impresiones».

—La gente tiene que saber quién eres por tu forma de presentarte. Tu imagen empieza en cuanto entras por la puerta...

La voz masculina me provoca un escalofrío tras otro.

Bebo el café que me preparó Manu y devoro el sándwich para silenciar los gruñidos de mi estómago. Ahora sí, me siento renovada, lista para conquistar ese trabajo.

Hoy tengo una oportunidad de oro.

Me dirijo a Cooper-Potter en la Quinta Avenida, un lugar donde solo trabajan personas importantes y multimillonarias. Voy a intentar conseguir un puesto como asistente creativa en *Cooper Think Technology Inc.*, cuyo dueño y CEO es Edward Cooper, mi exprofesor.

Guardo muy buenos recuerdos de la universidad gracias a él.

Aquel hombre era simplemente increíble, un genio. Era capaz de vender arena en el desierto o agua en medio del mar.

Antes de coger su asignatura le tenía un miedo terrible, porque decían que era seco, implacable y arrogante. ¿Y sabes qué? Tenían razón. Pero fue, sin duda, el mejor profesor que he tenido en mi vida.

Me desafiaba, me ponía los trabajos más difíciles y conseguía sacar lo mejor de mí. No tengo ninguna duda de que, si me da una oportunidad, volverá a ser así.

Salgo del vagón y termino el café a toda prisa.

Empiezo a correr, porque el tiempo ya no está de mi parte.

En la acera, a dos manzanas de mi destino, ensayo:

—Buenos días, profesor Edward. ¿Se acuerda de mí? —Pausa para sonreír con cara de buena—. Aquí tiene mi portafolio. Como usted sabe, soy una alumna ejemplar, muy aplicada y disciplinada. Sé que el puesto requiere experiencia, pero ¿cómo voy a tener experiencia si nunca me dan una oportunidad? —Parpadeo como un

cachorro abandonado—. Así que, por favor, profesor, deme esta oportunidad y no le voy a decepcionar. Usted sabe que yo...

Una lluvia de agua me interrumpe, empapando mi pelo y toda mi ropa.

Mientras me sacudo el cuerpo y trato de quitarme la humedad, veo cómo un Lexus RX negro que acaba de pasar por un charco sigue su camino hasta aparcar frente a un edificio de cristal.

—¡Cabrón! ¡Hijo de puta! ¡Vete al carajo! —grito furiosa en español y me lanzo a perseguir al desgraciado, llena de rabia.

Al acercarme, la puerta del coche se abre y me quedo muda.

El zapato Oxford negro reluce como nuevo. El pantalón de vestir le queda ajustado, los hombros del abrigo son anchos y los brazos llenan perfectamente la prenda, marcando un físico claramente atlético.

Cierra la puerta con seguridad y camina balanceando la carpeta y el abrigo. Ni siquiera gira la cabeza hacia mí. Tiene pinta de ser ese tipo de hombre que atropellaría a alguien y seguiría su camino tan tranquilo, como si nada en este mundo importara más que él mismo.

Lanza las llaves al aire para el aparcacoches que sale del edificio, pero este no logra atraparlas y tiene que recogerlas del suelo.

—Buenos días, señor Cooper —dice el chico, bajando la cabeza y alejándose de inmediato.

¿¿Es él?? ¿¡Mi profesor!?

Rezo para que no haya escuchado mi momento de furia.

Y entonces recuerdo que, además de estar empapada, ¡voy tarde!

Corro hacia el edificio, tan alterada que me estampo contra la puerta.

Estoy tan nerviosa después de ver al señor Cooper que no me doy cuenta, hasta el tercer golpe en la frente, de que la puerta se

tira… no se empuja.

—¡Carajo! —maldigo otra vez y me tapo la boca—. Perdón, Santa Inés...

Capítulo 2

Aurora López

El Cooper-Potter es un edificio de cuarenta plantas en una de las zonas más exclusivas de la Quinta Avenida. Aquí, desde los porteros hasta los megamillonarios, desde el personal de limpieza hasta las socialités, todo el mundo viste ropa del más alto nivel.

Por eso, mi llegada no pasa desapercibida: miradas de reojo, gestos de desaprobación y muecas que ni siquiera intentan parecer amables. La gente que entra conmigo se mantiene alejada, como si pudiese contagiarles alguna enfermedad rara. A sus ojos, soy diferente. Y eso se nota.

—¿Pero qué harapos son esos? —escucho murmullos mientras avanzo hacia el mostrador.

—Esta se ha perdido —resopla otra voz.

No me importa.

Estoy más que acostumbrada a ese tipo de cosas. Los ojos maliciosos en el colegio, los cuchicheos en la universidad, las risitas por la calle...

No me obsesiona la belleza. Sé que tengo mucho que ofrecer.

Saco pecho, estiro el cuello y camino con paso firme, sin mostrarme afectada. Aquí, la única opinión que me interesa es la de mi futuro jefe.

Merezco estar aquí. Y lo deseo de verdad.

Sé perfectamente quién soy, conozco mi valor y estoy convencida de que puedo conseguir ese puesto.

—¿Sí? —uno de los veinte recepcionistas me atiende. Me mira de arriba abajo y frunce el ceño con visible desaprobación.

El mostrador de atención, hecho de reluciente caoba, bloquea el acceso a los ascensores. Y, por tanto, a mi destino.

—Tengo una entrevista con el señor Edward Cooper —le entrego mi identificación.

—¿Está segura? —murmura, entornando los ojos, a punto de soltar una carcajada.

—Sí, señor —respondo con firmeza.

Mientras revisa mi documento, intento alisar la ropa con las manos y paso los dedos por el pelo húmedo, a ver si consigo parecer un poco menos... mojada.

—Planta treinta —me entrega una tarjeta de acceso—. Y si fuera usted, correría, porque El Hombre ya ha subido... y parecía una fiera.

—Vale. —Me cuelgo la tarjeta al cuello y salgo corriendo en cuanto abre el paso. Me agacho para pasar el control magnético y me dirijo al ascensor.

En el espejo me aseguro de que no estoy *tan* mal.

¿Parezco un perro atropellado? Sí. ¿Y empapado tras caer en un charco? También. ¿Podría ser candidata a próxima versión de Samara saliendo del pozo? Existe esa posibilidad. Pero mi portafolio está intacto y el bolso, aunque abultado, sigue entero.

Decido recogerme el pelo, que ha quedado desastroso por la humedad. Salgo del ascensor en cuanto se abren las puertas.

Delante de mí se abre un hall espacioso, con dos escritorios enfrentados y una puerta enorme en el centro —supongo que será el despacho del señor Cooper. A la derecha, en un rincón con sofás y butacas, hay sentadas al menos una docena de chicas guapísimas. A

ambos lados se extienden pasillos que llevan a otras oficinas y zonas de trabajo.

La puerta del despacho presidencial se abre y entonces lo veo. Él. Mi héroe. Mi antiguo profesor, Edward Cooper. Está sentado en una silla que parece un trono y sigue con la mirada el trasero de una rubia que acaba de salir.

—Muchísimas gracias por venir —dice una mujer con tacones altos, ropa ejecutiva y melena rubia, acompañando a la entrevistada —. Lo hiciste genial.

Solo me hace falta un segundo para reconocerla. Megan Archibald. Fue mi compañera en Columbia. Hicimos varios trabajos juntas. Le sonrío con nerviosismo y levanto la mano para saludar. Me ignora.

Megan arruga el papel que tiene en la mano —supongo que es el currículum de la rubia— y lo lanza a la papelera que hay en el escritorio a la derecha, donde está sentado un secretario.

—La siguiente, por favor —dice, dirigiendo la mirada al sofá lleno de chicas sacadas directamente de un catálogo de *Victoria's Secret*.

Altas, delgadas, pechos enormes, ropa ajustada que resalta sus traseros. Nada que ver conmigo: tengo unos kilos de más, soy bajita —de hecho, al lado de estas amazonas, parezco un gnomo— y voy vestida con ropa ancha como si fuese un saco de patatas.

Cuando Megan está a punto de darme la espalda, sus ojos se clavan en mí durante un segundo.

Creo que ahora me va a reconocer.

Tal vez esta sea mi gran oportunidad de tener yo también un «enchufe». Espero que recuerde cuánto la ayudé en la universidad con aquellos trabajos.

—¡Madre mía! ¿Pero cuánto bebí anoche? ¿Se me fue tanto la olla? —Megan mira su móvil—. ¿Ya es Halloween?

—No —responden las chicas al unísono, riéndose.

—¿Entonces qué hace aquí este espantapájaros? —me espanta con las manos—. ¡Fuera, aparición! —y hace la señal de la cruz con los dedos—. ¡Ve a asustar a otra empresa!

Dicho esto, Megan gira sobre los talones y acompaña a la nueva candidata hasta el despacho, soltando risitas mientras ambas me lanzan miradas de burla.

Abrazo con fuerza mi portafolio y dejo escapar un suspiro apenas audible. Intento repetirme mentalmente: mantén la cabeza alta, todo está bien, no importa que se estén riendo de ti.

Doy un paso hacia adelante… y tropiezo como si llevara tacones. Intento recuperar el equilibrio y desconectarme del mundo real durante un instante, porque siento los ojos y la cara arderme de pura vergüenza. Camino con la cabeza gacha hasta llegar al escritorio del secretario.

El chico parece menos intimidante, aunque no deja de observarme con atención.

—¿Qué te ha pasado? —susurra, arqueando una ceja.

Tiene un aire tranquilo que no sé de dónde viene. Tal vez sea su rostro cuadrado, el pelo liso y oscuro que le cae sobre las orejas, o la manera en que me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—¿Necesitas ayuda? ¿Te has equivocado de planta? —pregunta con cautela.

Creo que está tan nervioso como yo. Debemos tener la misma edad, aunque él lleva un traje tipo Armani y yo… bueno, lo mío salió de una tienda de rebajas.

—Soy Aurora López —le tiendo la mano. Tarda un segundo en reaccionar, pero finalmente me la estrecha con firmeza—. He venido para la entrevista del puesto de asistente creativa.

Gracias a Dios, no tartamudeé. Ya que mi apariencia ha causado una mala impresión, lo mínimo que puedo hacer es mostrar que tengo otras cualidades: soy comunicativa, lista y muy proactiva.

—Sebastian Keller, secretario del señor Cooper —se presenta con una sonrisa algo nerviosa—. ¿Y tu ropa…? ¿Está lloviendo ahí fuera?

—No —sacudo las manos—. Fue el señor Cooper. Me dejó… empapadita —aclaro. O al menos intento explicarlo.

Las carcajadas femeninas me distraen. Empiezo a mirar a mi alrededor para no tener que sostenerle la mirada a Sebastian. Ahora sí que estoy para que me entierren viva de la vergüenza.

Las paredes aquí son altísimas. Todos los muebles y objetos son en blanco o negro, con un estilo muy minimalista. Pantallas verticales muestran los clientes de la empresa, sus últimas campañas publicitarias y los beneficios millonarios del año pasado.

—Mmm —murmura Sebastian con tono pícaro—. Empapadita, ¿eh?

—¡No! ¡No era eso! —empiezo a reír, agitando las manos—. ¡Creo que lo has entendido todo mal!

—Tranquila, el señor Cooper le provoca eso a la mayoría de las mujeres —comenta, como quien no quiere la cosa—. ¿Estás un poco menos tensa ahora?

—Sí, ya estoy mejor —respondo, encogiéndome de hombros y tratando de mantener la postura recta.

Sebastian señala el pasillo de la derecha.

—Al fondo tienes el baño. Ve a secarte un poco y a mejorar el aspecto. Créeme, aquí se lo toman muy en serio. Tu número es el 72 —dice, guiñándome un ojo.

Sebastian no se parece en nada a Megan. No resulta agresivo, aunque acaba de decirme, con toda la elegancia del mundo, que

parezco salida de un camión de basura.

Y eso que estoy siendo amable...

—Está bien, gracias —digo, recogiendo la ficha.

—Y... lo siento por Megan. A veces puede ser una imbécil —añade justo cuando estoy saliendo.

Las risitas, las miradas y los dedos señalándome por parte de las candidatas no cesan. Al parecer, mi excompañera de universidad no es la única imbécil aquí.

—Estoy acostumbrada —sonrío—. Muchas gracias, Sebastian.

Al entrar en el baño, apoyo la espalda contra la puerta y empiezo un ejercicio de respiración para calmarme. Luego, arranco papel secante del dispensador como una loca. Me seco la falda, el jersey, me quito los zapatos planos y los limpio por dentro.

—Ay, no... no quería quitarme las medias —murmuro, frustrada.

Como no consigo secarme del todo, tengo una idea brillante: me meto debajo del secador automático y empiezo a moverme como una posesa para activar el sensor. El chorro de aire golpea mi cuerpo, las piernas, la falda...

—Estoy... secándome... —explico cuando una chica con falda por encima de la rodilla y camisa blanca con lazada en el cuello sale de uno de los cubículos—. Tu ropa es preciosa.

Ni se inmuta. Se retoca el maquillaje, se sacude el pelo con elegancia y sale desfilando, como si yo no existiera, como si solo fuera una mosca en el lugar equivocado.

—¿Y si me suelto el pelo? —me observo en el espejo.

—Deberías volver al zoológico —entra Megan en ese momento. Se pinta los labios de rojo y se admira en el espejo—. No perteneces a este mundo. Nunca encajarás aquí. Lo que quiero decir es que no tienes la más mínima posibilidad.

Discrepo. Soy inteligente. Y puedo demostrar mi valor fácilmente.

—¿Qué te pasa? —pregunto—. ¿Por qué te comportas así?

Ella ignora la pregunta. Se gira después de lanzar un beso al espejo con morritos.

—Va a ser un placer verte humillada por el jefecito —dice, taconeando al salir con su habitual «tec-tec».

Sin tiempo ni ganas para digerir tanta maldad gratuita, me suelto el pelo y meto la cabeza bajo el secador para terminar de secarme del todo. Cuando levanto la mirada y me veo reflejada en el espejo, suelto un grito.

—¡Parezco un caniche! ¡O Diana Ross en su peor día! —miro mi pelo encrespado, lleno de volumen, y me lo recojo de nuevo con más fuerza.

Empiezo a reírme de mí misma. Megan tenía razón: tal vez sí debería estar en un zoológico. Sobre todo con este pelo de loca.

—¿Aurora? —oigo unos golpecitos en la puerta. Es la voz de Sebastian.

—Ya salgo —respondo desesperada, sin saber si estoy intentando secarme o bailando la macarena frente al sensor.

—Ya ha tirado nueve currículums a la papelera, cielo. Pronto te llamará —me advierte—. Tres han salido llorando. Si no vas a soportar la presión, mejor ni entres. Te lo digo por tu bien.

El corazón me da un vuelco.

Capítulo 3

Aurora López

Es como si estuviera en plena semana de exámenes finales.

La euforia, la sensación de estar perdiendo el control, me recorren las venas. Pero he pasado por eso muchas veces y siempre salí aprobada.

Salgo con la barbilla alta, los hombros atrás, caminando con paso decidido —imitando a las mujeres que vi en recepción y en la sala de espera. No puedo parecer un cachorrito asustado.

Tengo que mostrar confianza. Eso es lo que el señor Cooper dice siempre en su podcast.

—Gracias, lo hiciste genial —Megan despide a la penúltima entrevistada. Rasga la hoja como si le diera placer hacerlo y la lanza al aire.

—Sebastian, limpia el suelo —ordena con una sonrisa cínica.

Él responde levantando ambos dedos del medio con una sonrisa igual de sarcástica.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta cuando lo ayudo a recoger los papeles del suelo.

—Un poco —murmuro—. ¿Qué hace Megan en esta empresa?

—Es la directora del departamento creativo.

¿Qué? ¿Megan Archibald? ¿La que siempre me copiaba o me elegía para los trabajos en grupo pero no hacía nada? No me lo puedo creer.

—Es horrible, pero tiene buenas ideas —admite Sebastian.

Eso sí que es nuevo para mí.

La última candidata no tarda ni un minuto con el señor Cooper. Sale disparada hacia el ascensor con la mano tapándose la boca. Me parece que oí un gemido ahogado.

—¡Siguiente! —grita Megan. Pone los ojos en blanco al ver que soy yo—. ¡Venga, bicho feo!

—No… creo que mejor no —susurro, mirando el sofá y las butacas vacías.

Ya no queda nadie más.

—Ve —Sebastian me hace un gesto con la cabeza—. Ya que has llegado hasta aquí, puedes hacerlo. Yo confío en ti.

—Yo no…

—¡Siguiente! —ruge una voz desde dentro de la sala, haciendo temblar las paredes.

Es el señor Cooper.

Recojo mi bolso, mi portafolio y entro de puntillas.

Edward Cooper es un hombre muy alto y elegante. Su rostro aparenta juventud, pero sé que debe rondar los cuarenta. Sus ojos castaños son duros y fríos. El gesto, permanentemente severo. El peinado impecable le da un aire imponente. Sus grandes manos tamborilean una pluma Montblanc sobre la mesa.

Y ya está. Estoy nerviosa. Y sudando, a pesar del aire acondicionado.

—Buenos días —asiento con la cabeza, intentando esbozar mi mejor sonrisa—. No sé si se acuerda de mí, profesor, pero...

El señor Cooper extiende la mano, y yo, sin pensar, me adelanto y la estrecho.

Él alza una ceja y me mira como si estuviera loca.

—El portafolio —indica con la mirada.

—Ah, perdón —retiro la mano enseguida y le entrego mi carpeta.

Qué torpe soy...

—Sé amable con esta pobre criatura y despídela rápido —dice Megan en voz alta, como si yo no estuviera presente. Se sienta en una silla en una esquina y empieza a tomar notas en su tablet.

El CEO abre mi portafolio. Su mirada fría y analítica pasa de página en página sin mostrar emoción alguna.

—Mi tiempo es valioso. Te sugiero que hables mientras reviso esto —dice sin levantar la vista.

—Claro —trago saliva—. Me llamo Aurora López, y soy una gran admiradora de su pódcast, señor. Me ha enseñado cosas increíbles y...

—Por lo visto, no tantas —interrumpe Megan. Me escanea de arriba abajo y niega con la cabeza.

Respiro hondo e intento concentrarme.

—Seré sincera. No tengo experiencia profesional desde que terminé la universidad, pero me esforcé mucho mientras estuve allí, y todo mi portafolio proviene de aquella época.

—Estos trabajos fueron conmigo —dice él, ajustándose unas gafas redondas de montura gruesa para examinar las campañas.

Se me corta la respiración. Siento las mejillas arder.

—Un trabajo realmente excelente —observa, y algo parecido a una sonrisa se dibuja en sus labios.

Es tan sutil que pasaría desapercibido para cualquiera. Pero yo pasé tanto tiempo observando a este hombre en el pasado que creo saber leer sus expresiones.

—Hay gente con más experiencia que ella —Megan arranca una hoja del portapapeles—. Y con una presencia mucho más adecuada, por cierto —remata, poniendo los ojos en blanco y murmurando al final, aunque la oigo perfectamente—. Por el amor de Dios, trabajamos en marketing, hacemos que la gente desee cosas por lo que ve. ¿Quién va a querer estar cerca de *eso*?

El señor Cooper mantiene la mirada en mí. Trago saliva y continúo:

—Sí, hice esos trabajos con usted —suspiro—. No sé si me recuerda, pero soy muy dedicada, y lo que me falta de experiencia, lo compenso con ganas. Soy disciplinada, me encantan los desafíos, adoro aprender cosas nuevas. Soy muy fan de sus ideas y...

Vale, no es el portafolio más impresionante del mundo, pero ya ha terminado de revisarlo y me lanza una mirada que me dice que guarde silencio.

El señor Cooper me observa con detenimiento. Siento que el cuello se me calienta. ¿Y por qué me arden también los pechos? ¿Será el corazón? ¿Estaré resfriándome por culpa del aire acondicionado? No lo sé. Solo sé que lucho por no apartar la mirada, porque me siento incómoda... e hiperventilando bajo este jersey.

—Tú fuiste la que me insultó abajo, en español —se rasca la barbilla con el dedo índice.

¿Lo oyó? ¿Y lo entendió? Una bofetada o que quemara mi portafolio me habrían dejado menos aturdida.

—¿Qué pasa? —entrecierra los ojos.

—Verá, señor Cooper, no se lo tome a mal, pero... me empapó.

¿Por qué estoy volviendo a decir esta estupidez?

La sonrisita que se le escapa, acompañada de un leve sonido, hace que todos los músculos de mi cara se contraigan de vergüenza.

—No, no fue en ese sentido. Fue el coche... y el charco. Pasó por encima y...

—¿Por qué vienes vestida así? —interrumpe Megan en voz alta—. Pareces camino de misa, no a una entrevista de trabajo.

—Es... —miro de uno al otro—. Es mi estilo.

Intento contener las lágrimas. No esperaba ser humillada delante de él. Solo quería causarle una buena impresión.

—Cuando vivía en el interior, soñaba con venir a Nueva York porque aquí todo el mundo es libre... pueden ser quienes quieran... hay tantos estilos —trago saliva—. Este es el mío.

El señor Cooper inclina la cabeza hacia un lado y frunce los labios con desaprobación.

¿Lo arruiné todo por culpa de la ropa? ¿Es eso?

—No mientes tan bien como crees —sentencia al fin.

—Señor Cooper...

—En el mundo del marketing necesitamos buenos mentirosos. Y gente que sepa vender la mejor versión de sí misma —explica.

Veo a Megan de reojo, parece más feliz que nunca.

—Está bien. Pero estoy segura de que he conseguido destacar y de que me recordarán, porque hice algo distinto a todas las demás chicas que han pasado antes que yo —digo con firmeza.

—Te recordarán por ser fea y vestir fatal, querida —Megan se pone en pie y me acompaña hasta la puerta.

Ni siquiera llegué a sentarme. Y ahora la sigo, con el estómago encogido.

Antes de salir, siento una mano firme posarse sobre mi hombro. Me recorre un escalofrío. Me giro… y es el señor Cooper, de pie frente a mí.

—Tu portafolio —dice, entregándomelo. Me sostiene la mirada un segundo.

Solo un segundo. Pero se siente eterno.

Luego se da la vuelta y regresa a su mesa.

Y yo me sorprendo al ver que, en el tiempo que estuve dentro de su despacho, se ha formado una fila de más de veinte mujeres esperando fuera. Todas ellas van con trajes ejecutivos, vestidos sexis, chaquetas de cuero. Parecen recién salidas de una revista de moda.

Altas. Delgadísimas. Labios rellenos de bótox.

¿Y yo? Parezco un trapo viejo rescatado de un mercadillo.

Y estoy siendo generosa conmigo misma.

—Adiós, Sebastian. Has sido muy amable —le digo con una sonrisa, saludándolo mientras me dirijo al ascensor. No quiero ver a Megan arrugar mi currículum y tirarlo a la basura.

—¿De verdad pensabas que vestida como una mendiga ibas a tener alguna oportunidad? —se burla ella. Luego cambia el tono por completo para recibir a la siguiente—. ¡Siguiente!

De verdad pensé que me recibirían con otros ojos.

El dinero apenas me alcanza y gran parte de mi ropa aún es de cuando era adolescente, pero este conjunto lo usaba siempre para presentar trabajos o participar en congresos. Nunca nadie se quejó.

No soy ciega. Crecí sabiendo que jamás podría competir con las guapas, las buenorras. Ningún chico me miró nunca con interés, solo con lástima o desprecio.

Por eso intento destacar por mi inteligencia y creatividad. Es lo mejor que tengo, mi verdadero punto fuerte. Pero, por lo visto, no fue suficiente para trabajar aquí.

Suelto una risa nerviosa.

Al menos estuve frente a él. Me siento casi íntima, como una amiga cercana, porque le escucho día y noche. Mientras friego los platos, limpio el baño o cocino, ahí está la voz grave y potente del señor Cooper susurrándome al oído.

Y *El Hombre* sigue siendo increíble. Incluso mejor de lo que recordaba. Ojos brillantes y concentrados, manos grandes, un aroma que me arranca suspiros.

El tipo de hombre que puede despertar sensaciones inexplicables en cualquiera.

—Hola —saludo al chico de recepción para que me abra la puerta—. Venía a devolver esto.

—Que tenga un buen día —responde él con frialdad.

Me encojo de hombros, abrazo mi bolso y salgo caminando con calma hacia la acera, donde los transeúntes van a toda prisa en sus trajes de Armani y vestidos de Prada, tropezando entre ellos, entrando al edificio o siguiendo su camino hacia otro destino reservado a los ricos y mejor vestidos.

Tal vez la abuelita tenga razón.

Tal vez deba volver al pueblito del interior, dedicarme a los negocios familiares y encontrar un buen hombre de iglesia para casarme...

Pero entonces me doy cuenta de todo lo que he crecido, de cuánto he madurado aquí en Nueva York.

Gané mi libertad. Tomé las riendas de mi vida. Empecé a perseguir mis sueños. Y no logré el éxito que esperaba.

¿Estoy preparada para dejar todo esto atrás?

Capítulo 4

Edward Cooper

1 semana después

—No —digo mientras paso la página número 49 de la propuesta publicitaria. El dossier va directo a la papelera—. No —gruño aún más fuerte al abrir la número 50—. Esto ya lo hizo la competencia el año pasado. ¡No! —me exaspero al ver la número 51.

Por encima del hombro, veo todos los proyectos esparcidos por el suelo, algunos ya en la basura. Miro la otra pila enorme delante de mí y alejo la silla de la mesa.

—Si no habéis venido preparados para esta reunión, entonces no debería haberse celebrado en primer lugar —lanzo una mirada de profundo desencanto al equipo creativo, especialmente a Megan.

—Trabajamos mucho, señor. ¿No quiere ver las otras cincuenta? —pregunta ella.

Le lanzo una mirada que la silencia al instante.

¿Quién se cree que soy? ¿Que me voy a quedar aquí sentado, perdiendo el tiempo, hojeando otras cincuenta ideas mediocres para el nuevo Tesla? ¡Jamás!

—Ha sido difícil conseguir este cliente. Si no creamos el anuncio perfecto, todo habrá sido en vano —digo con firmeza—. Volved a trabajar. Y no volváis a hacerme perder el tiempo.

Salgo de la sala de reuniones y repaso la agenda del día con Sebastian.

—A las 22:00 tiene el jet privado rumbo a Washington. Ese senador demócrata, del ala más conservadora, fue pillado engañando a su mujer y ha solicitado sus servicios con urgencia —me informa, entregándome unas notas sobre el escándalo.

—¿No podemos enviar a otra persona? —me dejo caer en la silla, presionando la nuca con las manos.

—No. Paga el triple si va usted en persona —responde.

—Pasado mañana es el cumpleaños de mi hija. No quería perdérmelo —suspiro.

—Lo siento —dice Sebastian, apretando los labios—. Las campañas para THS y para las Kardashian han sido aprobadas. Empezamos la producción la semana que viene —añade, con entusiasmo.

Sebastian ha sido una de las mejores incorporaciones que he hecho en esta empresa. Es competente, organizado y comprometido. Gestiona tanto mi agenda profesional como personal, y aún encuentra tiempo para celebrar cada victoria.

—Pero perdimos Walmart. Se lo llevó Yan Muller —me quejo.

—Le quitamos Tesla y él se quedó con Walmart —murmura Sebastian.

No me hace ninguna gracia.

Me encanta la competencia feroz por marcas grandes y nombres de peso, pero Yan Muller, mi principal rival, juega muy sucio. Desde que descubrí que había infiltrado a gente aquí dentro, empecé a acostarme con sus secretarias para conseguir información también.

—No lo habríamos perdido si el departamento creativo no se hubiera demorado con la nueva campaña —masajeo las sienes—. Dime, Sebastian, ¿por qué estoy rodeado de inútiles?

Veo cómo abre los ojos y deja la boca entreabierta.

—No me refería a ti —aclaro.

—Estoy de acuerdo con usted en que el marketing consiste en saber mentir y vender una imagen —empieza, masajeando mi ego—. Pero también se trata de capturar el alma del negocio.

—Ajá.

—Y, con perdón, jamás he visto tanta gente sin alma —se ríe.

Como me mantengo serio, frunce el ceño de inmediato y carraspea en el puño.

—La semana pasada vino una chica. Leí su currículum cuando Megan lo tiró en mi papelera... y me pareció impresionante —dice, de lo más animado, como pocas veces lo he visto.

—Aurora.

—¡Esa! —Sebastian cierra su cuaderno de cuero negro, donde anota absolutamente todo—. Me obsesioné con esa chica.

—Ajá —no le doy demasiada importancia, mientras empiezo a organizar mis cosas para marcharme.

—Fui a buscar los pequeños negocios que dijo haber ayudado con su publicidad y mire esto —saca el móvil del bolsillo y me lo pasa un minuto después—. El engagement subió, mejoró la estética visual, los seguidores se triplicaron.

—Megan dice que le robaba las ideas cuando estudiaban en Columbia —cojo mis gafas de sol y me las pongo.

—¿Puedo ser sincero con usted, jefe?

Mi secretario es alguien en quien confío. Es la persona que más tiempo ha aguantado en el cargo. Nunca ha habido problemas con él, ningún imprevisto. Siempre lo resuelve todo.

—Solo esta vez —le lanzo una mirada seria.

—No creo que la gente aquí sea tonta. En realidad, están robándole sus ideas y pasándoselas a Yan Muller. En los últimos

meses, él siempre ha estado uno o dos pasos por delante —dice con cuidado, midiendo cada palabra. Y lo noto.

—Sigo siendo el número uno —respondo.

—Sí. Pero... ¿hasta cuándo? —se aclara la garganta—. Con todo el respeto, el mundo ahora funciona así: hoy estás en la cima, brillando, todos te admiran. Y mañana... —se encoge de hombros—. Te caes, y fingen que ni te conocen.

—Continúa —asiento.

Aunque no esté de acuerdo con todo lo que dice Sebastian, valoro mucho su franqueza.

—El señor Muller ha metido gente en su equipo, seguro que también se está acostando con alguien para sacar información, igual que hace usted.

—Hum.

—Desde la semana pasada ha despedido a cinco personas. Y él consiguió Walmart hace tres días —sonríe con incomodidad, como temiendo lo que está a punto de decir.

—Dilo de una vez, Sebastian.

—Ya está claro que las apariencias siempre lo engañan, jefe. En su matrimonio, en la empresa, incluso en Columbia, donde lo apuñalaron por la espalda.

—Sigue.

—Empiece a rodearse de personas inteligentes y en las que pueda confiar. Independientemente de cómo se vean —vuelve a encogerse de hombros—. No creo que Yan Muller sedujera a Aurora López para sonsacarle información. Y ella parecía tenerle mucho aprecio, parecía una fan.

Aurora López no es alguien que llame la atención a primera vista. Es bajita, algo torpe, y da la sensación de querer esconderse debajo de ese pelo y esa ropa.

Recuerdo mi primer día como profesor en Columbia. No podía dejar de mirarla.

Lo tengo grabado como si hubiera sido ayer. Su forma de andar tímida, retraída, ese miedo evidente de estar rodeada de gente con más dinero. Aun así, brillante. Una mente aguda, intuitiva, con una inteligencia emocional muy por encima de la media.

No ha cambiado mucho desde entonces. Solo parece menos segura de sí misma. Y más escondida que nunca detrás de ese pelo y esas prendas.

Siempre quise saber qué fue de ella desde la última vez que nos vimos.

—Basta ya de esta conversación —trago saliva, siento la mandíbula tensarse—. Consigue el número de esa chica.

Capítulo 5

Aurora López

Cooper Think Technology no me llamó.

Después de la entrevista me sentí como una basura, pero no tenía tiempo que perder. Envié currículums para todos los puestos posibles en grandes empresas y seguí haciendo lo que me había dado algo de dinero en los últimos meses: pasear perros, diseñar pequeñas promociones para restaurantes y colmados de Brooklyn y Queens, y ayudar a Manu en su salón de belleza.

Así que el dolor y la humillación de aquella entrevista quedaron eclipsados por una llamada de la abuelita.

—Roger y yo estaremos en Nueva York la semana que viene. Ponte algo bonito y ven a vernos.

La semana pasó como una marcha fúnebre. No tenía fuerzas para hacer nada.

—Ten esperanza, Aurora. Todo llega en el tiempo de Dios —intenta animarme Manu.

—Me sentí como una completa extraña dentro de aquella empresa. Todo el mundo era tan alto, tan elegante... Las mujeres, así de delgadas —levanto el dedo índice—. Y luego estaba yo: una empollona virgen y sin sentido de la moda —me río a carcajadas.

—¿Estás rezando a tu santita? ¿Pidiendo un milagro?

—¿Santa Inés? Sí. Todos los días le pido un milagro. Y sé que me va a poner en el camino correcto —cruzo los dedos.

—Claro que sí. Eres inteligente, creativa y muy luchadora —Manu me abraza.

Ella es mi mayor fan. Y yo soy la suya. La ayudo siempre con la publicidad del salón, y los clientes se han triplicado. Ahora es la mayor referencia de Brooklyn cuando se trata de uñas de gel o de fibra.

—Si trabajo el doble, desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, consigo el dinero suficiente para mantenerme... y aún pago la mitad de cada cuota de mi deuda estudiantil —le explico mientras dejo los pies de una clienta en remojo.

—¿Y tú crees que vas a aguantar ese ritmo? —pone cara de preocupación.

—Es algo temporal. Si las cosas se ponen feas, pido otro préstamo al banco —respondo.

—¿Más deudas, Aurora? No. No voy a permitir que hagas eso —veo en sus ojos brillantes lo mucho que cree en mí—. Solo es una mala racha. Pronto tendrás una oportunidad increíble. No te rindas. Sigue soñando.

—Eso mismo dice el señor Cooper en su pódcast —asiento con la cabeza—. Tuvo que renunciar a Columbia porque le tendieron una trampa, pero nunca dijo qué pasó ni quién estuvo detrás.

—Mmm... —Manu me escucha mientras se concentra en el alisado que le hace a una clienta.

—Entonces se dedicó por completo a su agencia de publicidad, que en ese momento funcionaba en el salón de su piso... ¡y míralo ahora! Tiene un edificio en plena Quinta Avenida —le cuento con entusiasmo.

—¿Aún escuchas el programa de ese hombre? —pregunta con desdén—. Después de que no te contratara...

No me importa. El señor Cooper nunca me trató mal. Seguro que había alguien más adecuado para el puesto. Además... el trabajo era con Megan. Sinceramente, creo que no contratarme fue un favor.

Y además, él me inspira. Me motiva. Incluso sin los auriculares puestos, puedo oír sus palabras resonando en mi mente:

«Lucha por tus sueños. Contra todo y contra todos. Hay una voz dentro de ti que te pide ir más allá de lo que te han impuesto toda la vida. Esa voz es la felicidad. Síguela.»

Hay una voz dentro de mí. La misma que me trajo desde Arizona. Me dice que debo quedarme aquí, plantar cara a la abuelita y no aceptar sus órdenes. Fue ella misma quien me enseñó que una mujer debe tomar sus propias decisiones.

Y no importa el precio que haya que pagar. Pasearé perros, los bañaré, haré uñas y pedicuras a las clientas del salón de Manu… no importa el trabajo. Lo haré con la cabeza bien alta y siguiendo lo que me dicta el corazón.

***

Nunca pensé que desearía que una semana no llegara nunca, ni siquiera trabajando tanto y con tanto esfuerzo para ganar solo unos pocos dólares. Pero el lunes llegó más rápido de lo que me habría gustado y, bien temprano, ya tenía varias llamadas perdidas de la abuelita.

Mi abuela Clarissa es el tipo de mujer que apenas ha salido de Yuma, la ciudad donde nací. Cuando la red de colmados de la familia empezó a expandirse, delegó en sus hijos la gestión de las sucursales en otras ciudades.

Ella simplemente adora el calor del desierto y esa ciudad perfectamente trazada que emerge en medio de la nada. Las montañas infinitas en el horizonte le dan seguridad, y los lagos y ríos que surgen aquí y allá le devuelven vida al paisaje… y al alma.

Considera Arizona su tierra sagrada, porque el río Colorado une Estados Unidos y México, y estar cerca de sus raíces la hace feliz.

Le agradezco todo lo que ha hecho por mí, pero volver al interior ya no es una opción que me atraiga.

Al final de la tarde, quedamos en vernos en uno de mis lugares favoritos de Manhattan: el Trailer Hathaway, un puesto donde venden bocadillos deliciosos. Siempre paro allí cuando voy a entregar currículums o a entrevistas.

—Hola, mi hija —me llena de besos nada más verme.

—Abuelita —le beso las manos y, con discreción, vigilo los alrededores, nerviosa.

—Roger llegará en breve —me avisa—. ¿Ya hiciste las maletas?

—Abuelita, no puedo volver —mi corazón late con fuerza contra el pecho. Me cuesta quedarme quieta en el sitio.

—Vamos a comer y luego hablamos —frunce la nariz—. Estás tan flaquita desde la última vez que te vi…

La abuela encuentra defectos en absolutamente todo: los rascacielos de Nueva York, las calles ruidosas, ese cielo en el que apenas se ve una estrella. Pero no dice ni una sola crítica del bocadillo.

—Tiene un sabor casero muy bueno —admite tras otro mordisco al sándwich de carne con salsa barbacoa.

—¿Ves? Nueva York también tiene sitios increíbles.

—Como Yuma, en Arizona —responde muy seria—. ¿Has faltado a misa?

—Voy todos los domingos —respondo al instante.

—¿Y has estado bebiendo? —alza una ceja.

—Por supuesto que no, abuelita. Hice una promesa.

—¿Y sigues siendo virgen? —su mirada se vuelve más inquisitiva ahora—. Porque Roger se casará contigo si aún lo eres.

—¡No me voy a casar con ese hombre! —Nunca le había alzado la voz ni hablado con tanta firmeza, salvo el día en que le enseñé mi carta de admisión en Columbia y le dejé claro que me iba del pueblo.

—Estás envejeciendo, mi hija… y no tienes…

—¿Belleza? ¿Eso es lo que quiere decir? —intento contener la emoción, trago las lágrimas para no parecer una niña herida—. Sí, abuelita, no soy como esas mujeres que parecen modelos de pasarela. Puede que no sea bonita, y quizás ningún hombre se enamore de mí, pero un día voy a cumplir todo lo que soñé.

—No le hables así a tu abuela —interviene una voz masculina.

Roger está mucho más viejo de lo que recordaba —aunque, siendo sinceros, ya era viejo hace años. Vestido de pies a cabeza con un traje blanco y un sombrero de ranchero, camina con bastón, aunque no parece necesitarlo. Lo usa solo para darle un aire de gánster, nada más.

—Abuelita, yo no puedo —me levanto de la mesa.

—Siéntate ahí —el viejo apunta con el bastón como si fuera un fusil—. ¡Ahora vas a escuchar tú!

Su tono agresivo llama mucho la atención. Bajo la cabeza, avergonzada.

—Compré la mitad de los colmados de tu familia y solo después descubrí que estaban en quiebra —gruñe, sentándose junto a la abuelita—. Esa familia tuya me va a compensar, les guste o no.

—Abuelita, los colmados iban bien, estaban dando beneficios. ¿Qué ha pasado? —la encaro.

—Tus tíos se metieron en negocios turbios... cuando empezaste a ayudar con la publicidad, las ganancias se triplicaron...

y con tanto dinero entrando, decidieron hacer cosas arriesgadas —se lamenta, visiblemente avergonzada.

—Abuelita —suplico—, usted me dijo una vez que nadie debe decirle a una mujer quién es ni qué debe hacer. —Mis ojos se llenan de lágrimas—. No me obligue a casarme con este hombre...

—¿Y quién crees que está pagando ahora tu deuda universitaria? ¿Quién te está manteniendo? —masculla el viejo—. Has fracasado, niña. Y ahora vas a volver a casa y ocupar tu sitio en la vida de verdad, en vez de seguir siendo una soñadora perdida en la luna. —Golpea el suelo con el bastón.

Jamás había visto a mi abuela tan sumisa en una situación.

¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué no me preparó para lo que realmente era esta conversación?

—Deja de llorar y siéntate a comer. Mañana volvemos a Arizona y te vas a casar, ¡y punto! —exclama furioso.

—Por desgracia, no va a poder ser.

Otra voz masculina irrumpe, y tengo que girar la cabeza para ver de dónde viene.

Además de todos los ojos aquí presentes —en la acera, entre los transeúntes, entre los curiosos—, ahí está él: un hombre con un traje hecho a medida, mirada que lanza chispas, mandíbula tensa de pura seriedad. Le entrega una bandeja a la señora Hathaway y se acerca a nosotros.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Roger, con cara de desprecio.

—Soy el tipo que hace eso de ahí —responde, señalando las pantallas de los edificios que muestran anuncios de maquillaje, ropa, coches, la canción del momento—. Soy el tipo que te dice qué ponerte, qué comer, qué coche comprar y a quién votar en las próximas elecciones.

Tras esa presentación, Roger incluso baja los hombros al comprender con quién está hablando.

Roger intenta parecer un tipo peligroso con su falso aire de gánster. Pero este hombre… este hombre tiene una mirada que deja claro que está metido en cosas muy serias. Y que enfrentarse a él sería una pésima idea.

—¿Y por qué no puede irse? —gruñe.

—Porque ya no es virgen —responde el señor Cooper—. He escuchado toda la conversación, lo siento por eso. Y oí que solo se casaría si ella lo era, ¿me equivoco?

—¿¡Cómo que no es virgen!? —exclaman mi abuela y Roger al unísono, completamente pasmados.

—¿No os lo ha contado? —sonríe con malicia—. Perdió la virginidad conmigo. En la universidad. Yo era su profesor.

Y todos nos quedamos mirándonos, como si estuviéramos al final de un capítulo de telenovela mexicana.

—¡Escándalo! —dice mi abuela llevándose la mano al pecho.

Capítulo 6

Aurora López

Las telenovelas latinas fueron mi compañía mientras crecía.

A través de ellas conocí mi cultura, los problemas de la vida y giros argumentales tan absurdos como emocionantes. Sin padre ni madre que me enseñaran, con una abuela y unos tíos demasiado ocupados con sus negocios, y unos compañeros que nunca se acercaban, fue frente al televisor donde aprendí los valores del mundo.

Recuerdo con nitidez la primera vez que vi a la protagonista pobre, con la vida destrozada, ser salvada por aquel hombre elegante con traje, que salía en su defensa.

Mi corazón latía con fuerza, mi respiración se entrecortaba y mis ojos brillaban. Porque, aunque sabía que eso jamás me ocurriría a mí, al menos podía sentirlo en carne viva mientras veía esas novelas.

—¡Escándalo! —exclama mi abuela, furiosa.

Mi cabeza todavía intenta procesar cómo ha llegado el señor Cooper hasta aquí y por qué ha dicho eso.

De repente, esa sensación de estar pegada a la pantalla, con los ojos de una niña fascinada, me golpea de lleno. Me quedo muda, desconcertada, mirándole.

—Dile que perdiste la virginidad conmigo —gruñe él, con los ojos chispeando de furia, reclamando la verdad.

—Abuelita... —intento explicar.

—¡No vamos a esperar hasta mañana! ¡Te vas con nosotros ahora mismo! —El viejo Roger golpea la mesa con su bastón.

—Vamos, mi niña, vámonos a casa —mi abuela me agarra del brazo—. Luego uno de tus tíos vendrá a recoger tus cosas. Tenemos que irnos ya.

—No se va —otra mano se cierra con fuerza en torno a mi brazo—. Aurora se queda.

—¡Cómo se atreve! —Abuelita le da con el bolso en el hombro, sin importarle quién es ni lo que representa.

—¡Aurora, nos vamos ahora mismo! —ruge Roger, fuera de sí —. Tu familia ya no tiene dinero para seguir manteniendo tus caprichos. ¡Volvemos a Yuma!

Edward Cooper mantiene el rostro serio, impenetrable. Sus cejas pobladas casi se unen cuando frunce el ceño, y sus ojos grandes me miran solo por una fracción de segundo, porque no tengo fuerzas para sostenerle la mirada por más tiempo. Sus dedos me sueltan despacio, y siento cómo la abuelita tira de mí con brusquedad.

—¡Mira en lo que te has convertido! Sabía que no debía haber cedido a tus caprichos en el pasado. ¡Has acabado siendo una puta, como tu madre! —escupe.

Además de notar que todos a nuestro alrededor están pendientes de la escena, siento cómo me alejo a pasos rápidos, arrastrada por la abuela, y, en un abrir y cerrar de ojos, veo lo que me espera a partir de ahora:

Me casaré con Roger Antunes. Todo mi esfuerzo, mi título universitario, mi lucha diaria por un lugar en el mundo... desaparecerán, porque él tomará el control de mi vida.

En el momento en que entre en la iglesia y me levanten el velo, seré de su propiedad.

Y a partir de ese día nada más importará: ni la deuda estudiantil, ni la angustia de estar desempleada, ni esa sensación de que jamás seré besada ni amada... Porque estaré casada.

—¡Suéltame! —me libero de las manos de mi abuela.

Pero entonces, ya no seré yo.

Renunciaré a todo por lo que he luchado, para vivir una vida supuestamente cómoda y sin preocupaciones. Entregaré lo más valioso que tengo: mi libertad.

Prefiero las dudas de cada día. Abrazo, sin pensarlo dos veces, las consecuencias de mis sueños. Me duele el corazón porque jamás imaginé que este momento llegaría.

—¡Ven ahora mismo, Aurora, o te desheredo! —los ojos de mi abuelita arden—. ¡Vuelve aquí o acabarás igual que tu madre! ¡Una mujer que se entregó a los deseos de un hombre y encontró su ruina!

Papá y mamá siempre fueron una sombra sin rostro en mi vida.

«No te querían lo suficiente», «te abandonaron», «nunca sigas su camino». Las voces de mi familia susurran ahora lo que han dicho desde que era un bebé.

—¡Desde hoy ya no eres una López Buendía! —grita mi abuela, presa del odio—. ¡No tienes familia! ¡No recibirás nada más!

Sus palabras duelen. Queman por dentro.

Pero no tanto como ser tratada como un animalito que solo recibe amor si hace lo que el amo quiere.

—¡Vuelve aquí, Aurora! —grita Roger con toda su fuerza.

Yo hago justo lo contrario. No me acerco a ellos. Tampoco regreso a la caravana de los Hathaway.

Dejo que las lágrimas me nublen la vista mientras cruzo con el semáforo en verde y camino en dirección al metro. Quiero volver a

casa. Mañana trabajo desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, y seguiré así hasta conseguir lo que quiero.

—¿A dónde crees que vas? —la voz grave me reprende.

No miro atrás. Sigo mi camino, segura de lo que tengo que hacer.

—¡Aurora! —insiste el señor Cooper.

—¡No me sigas, que estoy perdida! —respondo, irritada.

—¿¡Esa es forma de hablarme!?

No sé cómo su mano tan grande consigue agarrar la mía de tal manera que nuestros dedos encajan. Me da un tirón y me descoloca tanto que pierdo el equilibrio con el giro brusco que doy. No me caigo solo porque su otra mano llega enseguida hasta mi cintura.

Su nariz, larga y afilada, queda a centímetros de mi cara.

Sus pupilas oscuras y frías se dilatan, sus labios carnosos se entreabren y dejan escapar un suspiro cálido que me roza la piel.

—¡Suéltame! ¡No soy psicóloga para arreglar CEO fríos, calculadores y con traumas del pasado! —me sacudo y le empujo.

¿Resultado? Me suelta de verdad. Y yo caigo al suelo como un mango maduro.

—¡Mierda! —me llevo ambas manos al coxis.

Creo que estoy viendo demasiadas novelas, me exalté de más.

—Tú dijiste que te soltara —dice mientras se agacha para ayudarme.

Me defiendo a manotazos cada vez que intenta tocarme.

—¡Eh! —protesta.

—¿Prefieres quedarte en el suelo? —me tiende la mano.

—No necesito tu ayuda —pongo mi mejor cara de enfadada—. Puedo levantarme yo so... —me pongo a cuatro patas, con manos y pies buscando impulso para incorporarme, pero me da un mareo y vuelvo a perder el equilibrio.

Demasiadas emociones me tienen totalmente descolocada.

El señor Cooper se coloca detrás de mí, me agarra por la cintura y me levanta como si fuera la persona más ligera del planeta.

En cuanto siento su traje caro rozándome la espalda y mi culo pegado a sus muslos, le doy una patada y me aparto.

—¡Pervertido!

—¡Solo estoy intentando ayudarte! —se defiende.

—¡Pues podías haberme ayudado dándome un trabajo! —ya no consigo controlar el tono de mi voz—. ¡Me entregué por completo a tu empresa cuando aún estaba en la universidad!

—Aurora...

—¿Y qué es eso de decir que perdiste mi virginidad?

Ya es demasiado para mí. Creo que perdí el juicio.

Arremeto contra él con los puños cerrados, lista para soltarle una tanda de golpes en el pecho. Pero el señor Cooper pone una mano abierta sobre mi frente y me mantiene a una distancia en la que lo único que consigo golpear es el aire... o alguna mosca despistada.

—¡Que sigo siendo virgen, ¿vale?! —protesto—. ¡Fue una promesa que le hice a mi abuelita! —hago un puchero.

—¿Ya te has calmado? —él parece tener la paciencia de un santo.

—No —sigo lanzando puñetazos al aire mientras él mantiene su mano firme sobre mi frente.

—Pues cálmate —dice con seriedad—. ¿O prefieres volver con esos dos y regresar al lugar donde creciste? ¿Casarte con ese hombre repugnante?

Respiro hondo y me aparto. Me doy media vuelta e intento retomar mi camino.

—No quieres eso, Aurora —la voz del señor Cooper me sigue de cerca—. Entonces ven a trabajar conmigo.

—¡No! ¡Ahora la que no quiere soy yo! —grito.

—¿Y cómo vas a pagar las cuentas? ¿Cómo vas a sobrevivir?

—Yo... me las arreglo. No soy una cría. Tengo salud y energía, solo necesito que alguien me dé una oportunidad —me trago el llanto y mantengo la cabeza erguida.

Cada persona que pasa a mi lado debe pensar que estoy completamente loca. ¿Y sabéis qué? Ya no me importa.

—Quiero darte una oportunidad —el señor Cooper acelera el paso con sus largas piernas y se coloca frente a mí.

—¡No voy a trabajar en el departamento creativo y ser subordinada de Megan! —me desvío y sigo andando.

—Vas a ser subordinada mía —dice en voz alta—. Quiero que seas mi secretaria personal.

¿Secretaria personal? Ahora sí me ha ofendido.

He estudiado tanto, me he sacrificado, he pasado noches enteras ideando campañas publicitarias brillantes que él mismo ha usado en su empresa… ¿y ahora me sale con que seré su secretaria?

Me quito el bolso del hombro y lo agarro con fuerza, lista para darle una buena paliza a este imbécil.

—¡¿Secretaria... ¡y un cuerno! ¡Capullo! —le doy con el bolso en toda la cara—. ¡Secretaria tu culo! —y otro golpe en el hombro, en el pecho, en la cara.

Mi sangre latina hierve. Me ciega. Estoy fuera de mí. Solo empiezo a respirar de nuevo y calmarme cuando le he dado un par de buenos bolsazos a este cretino.

—Disculpe, señor —un policía se acerca—. ¿Esta loca le está molestando? —me señala—. Está detenida por agresión física, ¡delincuente!

—¡Eh! ¡No! ¡Espere! —empiezo a forcejear en los brazos del policía.

Veo al señor Cooper saludándome con la mano en un gesto odioso, con una sonrisita de lo más repugnante.

—¡Hijo de puta! —grito, desesperada, mientras me detienen.

Capítulo 7

Edward Cooper

Como iba a viajar a Washington por la noche, fui a casa para preparar a mi hija para el viaje, confirmé con Sebastián la hora de salida del jet privado y pasé por el tráiler Hathaway, a unas pocas esquinas de la Cooper-Potter, para comer el mejor perrito caliente de Nueva York antes de irme.

No esperaba encontrarme con Aurora, así que al principio no la abordé.

Observé toda la conversación, las amenazas, el tono acalorado tan propio de los latinos… y ocurrió algo que casi nunca me pasa: me involucré.

Al negarle una oportunidad a esa chica, le impuse una condena terrible, una que no me habría dejado dormir en paz. Tuve que intervenir.

Cinco o seis años. Aurora y yo no nos veíamos desde hacía seis años, desde que me expulsaron de Columbia y volví a casa derrotado, con una agencia de publicidad arruinada.

Entonces vendí mi alma para conseguir lo que siempre había querido, pagué el precio y convencí a amigos poderosos de apostar por mí. ¿El resultado? Construí un imperio envidiable con una lista VIP de clientes y una cola aún más larga de personas queriendo mis servicios.

—No se va —gruño, sujetándole el brazo—. Aurora tiene que quedarse.

Todavía no me creo la cagada que acabo de hacer.

Y justo con ella… que casi arruinó mi carrera.

Después vino el colapso emocional, la huida, los gritos. Me sigo riendo de eso mientras entro en la comisaría.

—¿Señor Cooper? —Sebastián me dice desesperado por teléfono—. ¡Le estamos esperando! El jet tiene que despegar en cuarenta minutos o tendremos que reprogramarlo.

—Ya voy, no te preocupes —cuelgo.

Llego antes de que ficharan a Aurora o la metieran en una celda. Perfecto, me ahorra tiempo. Y el tiempo es dinero.

—Buenas noches —saludo al recepcionista.

Todos los agentes que están por allí de guardia me miran al instante y empiezan a murmurar.

—Soy Edwar…

—Sí, señor Cooper —el chico asiente rápidamente.

—Esa joven de ahí me dio unos cuantos golpes en plena acera.

—Puedo asegurarle que se quedará detenida hasta que aprenda la lección —aparece el agente que la arrestó y lo dice con firmeza.

Le estrecho la mano y leo su nombre en la placa.

—Agente Holtz, muchas gracias por su excelente servicio. Pero no quisiera presentar cargos. En realidad, la señorita López y yo somos bastante cercanos.

El hombre parpadea con lentitud y luego gira la cabeza hacia la sala con la gran ventana de cristal donde está ella: despeinada, furiosa y retenida temporalmente.

—Gente como ella puede ser muy peligrosa, señor Cooper —me confiesa con una mirada preocupada.

—Me encantan los latinos y su sangre caliente —me divierte la situación.

—Le dio con el bolso, señor —el agente carraspea.

—Tenía sus razones —respondo—. Espero que este malentendido no le haya causado estrés, agente Holtz. Me gustaría llevarme a la señorita López antes de que le abran un expediente penal.

—Señor Cooper, por su seguridad, le recomiendo que nos deje hacer nuestro trabajo. La gente como ella solo busca problemas. Cosas de Black Lives Matter, ¿sabe? —intenta convencerme.

—Entiendo sus razones, agente, pero tengo una reunión importante en Washington con un senador demócrata —miro el reloj —. Y esa chica de ahí es esencial para mí. Gajes del oficio. Tal vez podría recompensar su excelente trabajo con una fiestecita privada en la Cooper-Potter, planta 36, sala 9, ¿qué le parece?

El hombre mira de reojo al recepcionista y a sus compañeros. Asiente rápidamente.

—¡Soltad a la feucha afro-latina!

—Muchas gracias, agente Holtz. Voy a llamar a Matthew Crawford para que lo prepare todo —le guiño un ojo y hago la llamada mientras él va a buscar a Aurora.

Tres minutos después —más de lo previsto—, ella aparece escoltada por diez policías como si fuera la mismísima terrorista de las Torres Gemelas.

—Qué tal, Osama —la saludo con una sonrisa maliciosa.

—¡Osama, mis cojones! Hola... —saluda a los policías—. ¡Quiero quedarme! ¡Arréstenme!

—¿¿¿Arrestada??? Tsk, tsk... —alzo una ceja.

—Sí. Al menos así tendré comida y un sitio donde dormir. No tendré que lidiar contigo ni con mi abuelita —se da la vuelta y choca

de frente contra una pared humana que le impide avanzar.

—No, Osama. Te vienes conmigo. A Washington. Y... ahora —ordeno.

—No voy —cruza los brazos.

—Sí que vas, Osama —insisto.

—Yo. No. Voy —dice entre dientes—. ¡Y deja de llamarme así!

—¿Puedo pedir una última cosa antes de la fiesta? —pregunto a los policías.

—¡Soltadme ahora mismo! —grita Aurora, pataleando—. ¡Soltadme, me estáis secuestrando!

Hacen falta tres agentes de la ley para meterla en mi coche. Yo subo a continuación y arranco.

—El señor Crawford les espera, muchas gracias —saludo a los policías y enciendo el motor.

Antes de salir, me inclino hacia Aurora y me llevo una bofetada en toda la cara.

—¡No te acerques a mí! —dice, alterada.

—¡Solo estaba abrochándote el cinturón de seguridad! —respondo, molesto—. ¿No te enseñaron en el colegio a respetar el espacio personal de los demás? ¿Qué es eso de ir dando manotazos? —la fulmino con la mirada mientras me masajeo la cara.

—¡El que ha invadido mi espacio personal eres tú, acercándote tanto! —replica, nerviosa—. ¡Y encima impidiéndome ejercer mi derecho a quedarme detenida!

Tiembla. Parece muy alterada cada vez que me acerco.

—¡No voy a ser tu secretaria! —cruza los brazos y solo respira tranquila cuando me aparto y vuelvo a conducir.

—Noventa mil al año y asumo tu deuda universitaria —le propongo.

—Ciento treinta mil al año, asumes la deuda y no me vienes con tonterías ni insinuaciones —responde, enfadada.

¡Vaya, qué rápido ha aceptado! Esbozo una sonrisa cínica.

—Doscientos mil dólares al año, asumo tu deuda y eso es todo lo que puedo prometer —gruño entre dientes—. El sexo solo estropea las relaciones si no eres bueno en ello.

Con esa mirada que dice «no me gusta esta negociación, pero eres la mejor opción que tengo», Aurora se queda en silencio.

—¡Soy virgen! —espeta.

Es impulsiva, tiene carácter, no me teme.

Eso me gusta. Veo verdad en ella.

Recuerdo perfectamente por qué la elegí cuando se apuntó a mi laboratorio en Columbia. Hoy en día es difícil encontrar chicas así.

—Si no quieres, puedo dejarte en el aeropuerto para que vuelvas a... ¿de dónde eras? ¿Nuevo México?

—De Arizona —me lanza una mirada de lado que dice que, si tuviera un mazo de dibujos animados, me lo estamparía en la cabeza sin dudar.

—Arizona —repito.

—Vale. Trato hecho —me tiende la mano.

—¿Qué tal un pellizquito en el pezón para celebrarlo? —quito la mano del volante y la acerco a ella solo por diversión.

—¡Señor Cooper! —Aurora me da un manotazo bien merecido en la mano.

Capítulo 8

Aurora López

Me juré a mí misma que no haría las maletas ni saldría de Nueva York bajo ningún concepto.

—¿Estás huyendo, amiga? —Manu saca la cabeza por la ventana; la veo desde aquí—. ¿Todo bien con tu abuela?

—¡Me voy a Washington! —le aviso emocionada mientras lanzo ropa, productos de higiene y el portátil dentro de la maleta.

—¿No era Arizona, loca? —pone cara de confusión.

—¡Manu, me han contratado! —digo tan entusiasmada que empiezo a bailar—. ¡Me han contratado! ¡Me han contratado! —le hago el robot.

—¡Te han contratado! ¡Te han contratado! —ella hace el robot mejor que yo y con medio cuerpo fuera de la ventana—. ¿Y ya te vas de viaje de negocios?

—¡Sí! —no puedo contener la emoción.

—¡Eso sí que es ser una mujer exitosa! —me lanza los pulgares hacia arriba—. ¡Voy a prepararte unos bocadillos para el camino! —desaparece corriendo.

Sigo tropezando con los muebles mientras corro de un lado a otro. Antes de salir, reviso que el gas esté cerrado, los grifos bien apretados, los aparatos electrónicos desenchufados, salvo la nevera.

Desde aquí arriba escucho un claxon frenético.

—¡Ya voy! —esta vez soy yo la que saca la cabeza por la ventana y grita—. ¡Manu, no te preocupes por mí, voy tarde!

—¡Solo me tomo un minutito! —responde desde dentro.

Todo listo. Antes de marcharme, me acerco a mi altar y hago una oración de agradecimiento a Dios, Santa Inés, San Judas y San Antonio.

—Gracias por el milagro. A partir de ahora, yo me encargo. ¡No voy a decepcionar!

No me detengo mucho porque, si lo hago, empiezo a pensar en mi abuelita y en todo lo que me dijo... así que decido salir de inmediato.

Tengo que bajar por las escaleras porque el bendito ascensor, que acababan de arreglar, se ha vuelto a romper.

Cuando dejo la maleta en el coche, me encuentro con una Manu jadeando y corriendo desesperada.

—Toma —me da un táper—. Hay de paté de pollo, de crema de cacahuete y de chorizo. —Me abraza con fuerza—. Sabía que lo lograrías. ¡Eres fantástica y mereces todo el éxito del mundo, amiga! —me da un beso en la mejilla—. ¡Disfruta de tu momento!

—Gracias —le entrego la llave de casa—. Te lo contaré todo por mensaje.

No llego a terminar la frase porque el claxon estridente me hace dar un salto.

Veo al señor Cooper impaciente, mirando al frente y golpeando el volante con el puño cerrado.

—Tengo que irme —le lanzo unos besos al aire a mi amiga—. ¿Podrías tener un poco más de paciencia, por favor? —me siento en el asiento del copiloto.

—No —acelera a fondo y yo me sacudo como uno de esos muñecos hinchables de gasolinera.

Edward Cooper

Llegamos con unos minutos de retraso para coger el vuelo.

Aurora busca acomodarse en un asiento grande y cómodo para poder dormir, mientras yo me dirijo a la cabina donde está mi hija, Ángela.

—Hola, princesita —le doy un beso en la frente—. ¿Cómo fue la cena?

—Papi, te estuve esperando —pone cara de enfadada.

—Lo sé, mi amor. Pero papá estaba trabajando —le explico.

La preparo para el despegue, le doy un chicle y le abrocho el cinturón de seguridad.

—Despegamos en unos minutos, señor —la azafata llama a la puerta para avisarnos.

—Todo irá bien —le agarro la mano a Ángela—. Pasado mañana cumples cinco añitos —sonrío—. ¿Qué quieres por tu cumpleaños?

—Una mamá —dice, parpadeando con sus grandes ojitos.

—Tú tienes una mamá, cariño.

—Pero no le gusto —baja la mirada—. Nunca me ve. Solo aparece para las fotos...

Mi hija es una niña muy despierta. Desde muy pequeña notó la indiferencia de su madre, y me duele que la eche de menos. Por desgracia, no puedo obligar a nadie a querer, y me siento culpable por no estar tan presente como querría. Pero al menos intentaré compensarla estando con ella en su cumpleaños.

—Papá te quiere. Tanto, que te va a llevar de viaje.

—¿Sí? —apoya la cabecita en mi brazo.

—Pide otra cosa para tu cumple.

—Un hermanito.

Le acaricio la mejilla y paso el dedo por la punta de su nariz.

—¿No puedes pedir un día en Disney? ¿Un encuentro con los actores de alguna peli o serie? —le pellizco la nariz—. ¿Un millón de dólares?

Ángela se ríe.

—Pide algo más fácil para tu padre.

—Una mamá o un hermanito —me deja sin salida.

—Quizás algún día, hija...

Por los altavoces, el piloto nos informa del inicio del vuelo y nos pide que sigamos los procedimientos de seguridad. La azafata viene a comprobar que todo esté en orden.

—¿La señorita de ahí delante ya se ha instalado? —pregunto.

—Sí, señor.

—Dígale que, en cuanto estemos en el aire, iré a verla.

Ella asiente y se marcha.

El despegue transcurre con calma. Le enseño a Ángela cómo mascar el chicle, y cuando se le tapan los oídos y se siente incómoda, le explico que debe tragar saliva para aliviarlo.

La pequeña elige una película de animalitos para ver mientras sobrevolamos la ciudad iluminada. Veinte minutos después, ya está dormida profundamente.

Me quito el cinturón y salgo de la cabina de lujo, que parece más una suite de hotel cinco estrellas. Le pido a la azafata que vigile a mi hija y me dirijo hacia Aurora, que observa la noche por la ventanilla.

—Esto es un acuerdo de confidencialidad —le entrego un documento que saco del portadocumentos—. Tendrás tu contrato de trabajo en cuanto aterricemos en Washington.

Aurora firma el documento y se queda mirándome. Me siento en el sillón frente al suyo y retiro el papel de la mesita redonda.

—¿Cuál es el área del marketing que genera más beneficios? —pongo a prueba sus conocimientos.

—Gestión de crisis —responde sin dudar.

—Estás frente a todo el departamento de gestión de crisis de la CTT —me señalo a mí mismo—. Tenemos clientes famosos, figuras públicas, hombres y mujeres poderosos cuya imagen hay que proteger. Debido a unas filtraciones dentro de la empresa, tuve que despedir a todo el equipo y asumir yo mismo la responsabilidad.

—Parece demasiado para una sola persona —pone una mueca y se encoge de hombros.

—Lo es. Pero si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo —entrecierro los ojos—. Eres una pésima mentirosa.

—Mentir es pecado —Aurora cruza los brazos.

—Ya no vivimos en el siglo XIX, donde solo existía una única verdad, Aurora. Hoy en día cada quien tiene su versión de los hechos. La verdad es relativa —dejo claro.

—Una mentira sigue siendo una mentira —responde, encogiéndose de hombros.

Sí. Somos igual de tercos, cada uno aferrado a sus propias convicciones.

—¿No vas a renunciar a tus creencias, verdad? —me humedezco los labios.

—¿Y usted va a renunciar a las suyas? —me lanza de vuelta.

La impresión que me había dado era la de alguien frágil, sensible y muy delicada. Ahora parece otra persona: más firme, más

arisca, mucho más segura que el día de la entrevista. Me gusta más así.

—Por el precio adecuado, yo hago cualquier cosa. ¿Y tú?

La pregunta parece incomodarla, lo que me divierte aún más.

—Hago lo que es correcto, sin importar el precio.

Pongo los ojos en blanco y me aguanto la risa. Pues pienso llevarla al límite hasta que me diga su precio... y yo pueda corromperla.

Hay algo particularmente placentero en hacerlo.

—Nuestra estancia en Washington será de cuatro días. Tengo que resolver un asunto con un senador demócrata y luego nos tomaremos unos días libres. Mañana es el cumpleaños de mi hija —observo las luces de fuera formando figuras asimétricas.

—Qué bonito —Aurora sonríe—. No sabía que tenía una hija.

—Quiero un pastel amarillo, es alérgica a los frutos secos, contrata a los personajes de su dibujo animado favorito para que la despierten por la mañana, a los actores de Harry Potter para la fiesta de la noche, una fiesta en la piscina con sus amigas por la tarde, y eso implica que tendrás que llamar a los padres, traerlas desde Nueva York y asegurar la seguridad y el bienestar de todas las niñas —hago una pausa dramática.

Ella parpadea, intentando procesar toda la información.

—¿Por qué no estás tomando nota? —gruño.

—¡Ay, lo siento! —empieza a rebuscar en el bolso.

Saco de mi portadocumentos una de mis agendas y una pluma Montegrappa con una calavera tallada.

—Alergia a frutos secos —repite en voz alta.

Entorno los labios y respiro hondo, observándola.

—Si no puedes ir lo suficientemente rápido, te sugiero que uses tu móvil para grabar mis instrucciones y luego las pases a limpio a la agenda —me quejo.

—Dios mío, ya veo que esto va a ser un infierno —murmura.

—¿Qué has dicho? —estiro el cuello hacia ella.

—¿Cuáles son las amigas que debo invitar a la fiesta? —me ignora y sigue escribiendo.

—Si tuviera que resolver tus problemas, no te habría contratado —dejo claro.

Capítulo 9

Aurora López

Dulce como una mujer con la regla y sin helado en la nevera. Amable como una coz de burro. Y absolutamente impecable de la cabeza a los pies como un dios griego.

Ese es mi nuevo jefe.

En la hora y media que duró el vuelo, tomé tantas notas que casi se me cae la mano.

Al llegar al hotel, el señor Cooper dejó a su hija en la habitación y salió corriendo para reunirse con su cliente. Yo pasé toda la madrugada enviando correos, haciendo llamadas, recibiendo improperios por llamar tan tarde a la gente.

¿Pero qué podía hacer? ¿Cómo se supone que voy a organizar todo esto para mañana?

Me acosté entrada la noche, agotada, pero con la sensación de misión cumplida.

Tumbada en una cama tres veces más grande que la mía y tan mullida que parecía flotar entre nubes, dormí como un ángel.

Me aseo por la mañana y casi lloro al no tener tiempo para meterme en la bañera de hidromasaje.

Me pongo un vestido floreado con un jersey rojo por encima, medias negras y sandalias de plataforma del mismo color. Voy a optar por la comodidad, porque imagino que pasaré el día entero de pie.

—¿Señor Cooper? —camino por la suite presidencial, buscándolo.

Paso por el salón, no lo encuentro en el despacho ni tampoco en el dormitorio.

—¿Sabe si el huésped de aquí ya salió? —pregunto a la camarera.

—El señor Cooper está en el gimnasio del hotel —la chica me sonríe, amable.

Sigo su indicación, bajo al piso correcto y voy tras mi jefe para recibir las órdenes del día.

Al abrir la puerta del gimnasio me topo con una sala amplia, con las paredes cubiertas de espejos, pesas, colchonetas y todo tipo de aparatos de ejercicio.

—¡Dios mío! —me tapo la boca.

El señor Cooper está... completamente desnudo, haciendo yoga.

Parpadeo, incrédula, y vuelvo a mirar: ¿cómo puede hacer yoga desnudo? ¿¡Y con el pene erecto, además!?

—Habla —gime con una voz que me eriza la piel.

No consigo apartar la vista de sus músculos sudorosos, las venas marcadas en los brazos. Tiene una mano apoyada en el suelo, la otra estirada hacia arriba, ambas piernas suspendidas en el aire… y el *One World Trade Center* duro como una roca, apuntando directamente hacia mí.

Me persigno y me doy la vuelta de inmediato.

—Señor Cooper, si es un mal momento, puedo volver luego —empiezo a temblar.

Lo llamé burro en mis pensamientos, pero ni en mis sueños más salvajes imaginé que en realidad sería un caballo. Y de esos pura sangre que siempre cruzan primeros la línea de meta —y no precisamente con la cabeza.

—Es el momento perfecto. Habla.

—No, yo solo... —se me seca la garganta, empiezo a sudar y me abanico frenéticamente—. Solo necesito saber qué quiere usted de mí.

Me arrepiento de decirlo en cuanto las palabras salen de mi boca.

Y la risita que suelta me incomoda profundamente.

—¿Algún problema con mi desnudez, Aurora?

—No, señor. Solo... no quería pillarle desprevenido —cierro los ojos con fuerza.

—Nunca estoy desprevenido —susurra en mi oído.

Suelto un gritito y salgo corriendo. No sé si me ha tocado la cintura con el dedo índice o con... ¡Santa Inés, protectora de las vírgenes, cúbreme con tu manto!

—Puedes darte la vuelta —avisa.

—No, no quiero mirar.

—¿Te dio miedo? —se divierte.

—¡Señor Cooper! —protesto, indignada.

—Estoy con albornoz, puedes girarte —dice.

El suspiro de alivio me sale demasiado pronto. Me doy la vuelta y, efectivamente, lleva puesto un albornoz... pero la erección se marca clarísimamente bajo la tela. Y como ya lo vi en vivo y en directo, en cuanto miro el bulto, la imagen me viene a la cabeza sin permiso.

—Contrólate, mujer. ¡Solo es un pene! —chasquea la lengua.

Sí, solo un pene. Más o menos del tamaño de una regla. Grande y grueso como debería ser un buen libro.

—¿Dónde encargaste el pastel? ¿Las amigas de Ángela ya confirmaron? ¿Por qué estás mirando mi entrepierna, Aurora?

—¡No lo sé! —agito los dedos estirados alrededor de mi cabeza—. ¡Yo. No. Lo. Sé!

—Confirma todo antes de las nueve de la mañana —su tono vuelve a ser autoritario—. ¿Contrataste a los personajes para que la despierten?

—Sí. Todos los animales de Madagascar, incluido el Rey Julien, que es su favorito.

No la he visto ni he hablado con esa niña aún. Pero tuve que leer entrevistas, ver vídeos, llamar a las niñeras de Ángela hasta conseguir todas las respuestas. Si dormí dos horas, fue mucho, y sorprendentemente estoy fresca como una lechuga.

—¿Y sus amigas? —me lanza una mirada de reconocimiento.

—Aún no han respondido a los correos.

—No, no —niega con el dedo—. A una fiesta de cumpleaños no se invita por correo electrónico. Llama. Diles que mi jet privado las recogerá, que habrá cóctel para los padres y estancia en el hotel por mi cuenta —resopla, frustrado, con los ojos fríos fijos en mí—. ¿Por qué no estás llamando ya?

—Perdón...

Él habla, gruñe, me regaña...

Y todo lo que puedo visualizar es al señor Cooper boca abajo, con una mano aguantando todo el peso de su cuerpo... y su pene erecto, rígido, alto como una torre. No sé quién podría con eso, pero como bien diría Manu: «Si Dios lo hizo, es porque cabe».

—¿Aurora?

—La polla dura —respondo sin pensar.

—¿Cómo?

—¡Ya llamo! —sacudo la cabeza y salgo corriendo antes de perder la poca cordura que me queda—. ¡Voy a llamar ya!

Edward Cooper

Aurora parece más perdida que un ciego en un tiroteo. Se golpea la cabeza contra la puerta, da media vuelta asustada, balbucea algo y luego vuelve a darse contra la puerta.

Agarro el lazo del albornoz y amago con quitármelo para mostrarle algo... y, mágicamente, acierta con el pomo. Sale disparada del gimnasio y me deja riéndome solo.

Solo ella consigue divertirme, y eso que tuve una noche tensa. Estuve reunido hasta las cuatro de la madrugada con el senador Rickson. Pasé la noche entera llamando a periódicos, canales de televisión y programas de cotilleo para borrar todo lo que había salido.

Entregué cinco versiones diferentes para que el cliente eligiera cómo daríamos la vuelta a los hechos a su favor.

El primer paso fue eliminar todo rastro en internet relacionado con el escándalo. El segundo, asegurarnos de que nadie más volviera a mencionarlo. Y por cómo se están dando las cosas, apostaría a que elegirá la opción 3: acusar al senador republicano Houghes de intentar desprestigiarlo con noticias falsas y fotos manipuladas.

Rickson y Houghes son grandes amigos tras bastidores, sirven al mismo poder, pero frente a las cámaras son enemigos acérrimos que se acusan constantemente. Eso les da visibilidad y engagement a ambos, porque sus votantes se encienden.

La política va de eso: mantener la atención centrada en lo que tú quieres, para que nadie mire donde realmente no te conviene.

—Buenos días, señora Rickson —atiendo la llamada de la esposa de mi cliente.

—Los diez millones ya fueron transferidos a su cuenta, señor Cooper. Le agradecemos su servicio.

—El agradecido soy yo, señora Rickson. Me quedaré en la ciudad tres días más, por si necesitan algo.

—Muchas gracias —y cuelga.

Ahora voy a darme una buena ducha y visitar a algunos amigos en el Congreso para asegurarme de que el guion siga funcionando en los próximos días.

Dormí poco, pero ha merecido la pena. Ya corre por los pasillos del Capitolio la noticia de que estoy en movimiento, y todos saben que cuando entro en escena, soy capaz de convertir el caos en una oportunidad.

Los Kroening están ofreciendo setenta millones para que convierta todo esto en una plataforma a favor de la expansión del uso de armas en EE.UU. Los Von Grant han mejorado la oferta para que, de algún modo, esto se traduzca en publicidad para su industria farmacéutica.

Porque cuando hay una crisis y alguien pierde... siempre hay alguien que gana.

Y ese tipo, soy yo.

Capítulo 10

Aurora López

Corro de vuelta a mi habitación en la planta ático, desesperada. No sé por qué, pero siento que el corazón se me va a salir por la boca. Este vestido primaveral empieza a parecerme cada vez más apretado, más asfixiante.

De regreso, todo lo que veo adquiere una connotación diferente.

Veo a un camarero empujando un carrito con ensaladas, y nada me llama más la atención que... el pepino.

—¡Santa Inés! —susurro en una oración.

En la pantalla del ascensor hay un anuncio gracioso de una bebida tropical para tomar en la piscina. ¿Quién protagoniza el anuncio? ¡Un plátano! Bueno, no. ¡Un platanazo! Grande, gordo, brillante, meneándose de un lado a otro en su amarillo chillón, con las manos en la cintura y moviendo las caderas sin parar.

Tropezando, entro en la habitación convencida de que por fin encontraré refugio en un lugar seguro, y me dejo caer en la cama.

Llevo una mano al pecho.

El sudor por la respiración entrecortada me empapa, la imagen de la banana bailarina no se va de mi cabeza y el pepinazo del carrito... dios mío.

—Ya está, ya está. Todo irá bien. Estoy a salvo, sana y salva en mi habitación —murmuro.

Bajo la otra mano hacia la cama y agarro algo cilíndrico, redondeado, grande.

—¡Aaaaaaah! —lanzo el desodorante en spray al otro extremo del cuarto.

Esto tiene que ser una señal.

Necesito despejarme, vaciar la cabeza y dar gracias a Dios y a Santa Inés por haberme concedido este milagro. Me siento bendecida por esta oportunidad, por haber visto una puerta abrirse cuando el mundo se me venía abajo.

Me arrodillo y empiezo a pensar en todo lo que pasó ayer. En cómo mi vida dio un giro de 180 grados... y luego otro de 90 más, todo en cuestión de minutos.

Suelto un grito agudo cuando el móvil vibra dentro del bolso. Este temblor me pone los nervios de punta...

—¡Espabila, Aurora! —grita Manu, animada.

—Una polla grande y dura —respondo.

Juro que pensé en decir «Espabila tú, Manu», pero al parecer mi boca y mi cerebro ya no se coordinan... o no me obedecen más.

—¡Ostras, esa no me la esperaba! —mi amiga se echa a reír.

—Ni yo... —trago saliva—. Perdón. Perdón, amiga, es que tengo tantas cosas en la cabeza...

—¿Solo en la cabeza? —la desgraciada no para de reír.

—Escúchame bien, Manuela —gruño, sin saber muy bien cómo seguir—. ¿Todo bien?

—Todo genial. Te llamé para saber cómo estás. Si llegaste viva a la capital. Si estás trabajando duro... pero tía, ¡nada me preparó para escuchar eso salir de tu boca! —y sigue riéndose.

—Fue un gran malentendido.

—Una polla grande y dura nunca es un malentendido —asegura.

Me arden las mejillas de la vergüenza. Miro a todos lados —evito, por razones obvias, mirar el desodorante en el suelo.

—¿Manuela...? —murmuro, cubriendo el móvil con la mano como si fuera una espía secreta del gobierno.

—¿Sí? —responde con una risita.

—¿Cómo es... tú sabes?

—¿Cómo es el qué? —se hace la tonta—. ¿Tener una polla grande y dura en la mano? ¿En la cara? ¿Entre las piernas?

Solo quiero que la NASA venga ahora mismo, me meta en una nave y me lance al espacio de pura vergüenza.

—Digamos que sí. Digamos que quiero saber eso...

—Mmm... ¿estás leyendo los romances hot de Amazon que te pasé?

Hace una semana, cuando no fui seleccionada para trabajar con el señor Cooper y con mi abuelita respirándome en la nuca, necesitaba distraerme. Manu me recomendó leer romances hot en Amazon, pero no tuve valor de seguir después de una escena demasiado subida de tono.

No quería llenar la cabeza de impurezas.

—No he tenido valor —confieso—. Pero dijiste que eran como telenovelas...

—Sí. ¿Ves porno?

—¡Por supuesto que no, Manuela! ¿Pero qué clase de pregunta es esa? —me indigno.

—Mira, tía... a mí, personalmente, me encanta una buena polla grande y dura. En la mano, en la cara, entre las piernas... —la muy bendita se ríe de mi desesperación—. Sé que tú estás esperando a alguien especial. Respeto tu creencia. Pero eso de «alguien especial» no existe, somos nosotras quienes hacemos que alguien lo sea, dependiendo del momento.

—¿Duele? —me muerdo las uñas.

Manu y yo hemos hablado de esto pocas veces. ¿Tan abiertamente? Nunca. Incluso suspira al otro lado de la línea.

—Claro que duele. Siempre duele. Pero después, chica... —hace un sonido con los labios—. Mmm...

—¿Mmm qué? —me entra la angustia.

—Te acostumbras —hace una pausa dramática—. ¿Que te vas a la capital y ya estás pensando en despedirte de la virginidad, eh? —chasquea la lengua—. ¿Encontraste al hombre perfecto, verdad? Tamaño ideal. Bien hecho, a tu medida. ¿Cómo está el día por Washington?

—Frío, ¿no crees? —miro por la ventana.

Doy gracias a Dios de que el hotel, además de tener el mejor aire acondicionado del mundo, parece una burbuja térmica: la zona de la piscina está cubierta y climatizada, la pista de fútbol también tiene una temperatura agradable, pero allá fuera, por la calle, todo el mundo va forrado hasta las orejas.

—Y tú te estás cuidando, ¿no? Piensa en tu salud. No todo son cosas fálicas... —se ríe bajito.

—Anoche soñé con la abuelita. Me llamó puta, ¿sabías? Dijo que era igual que mi madre —me dejo caer en la cama y me quedo mirando el techo.

—Ay, ¿todavía estás con lo de que tu jefe le dijo a la abuelita que te había quitado la virginidad? —recuerda nuestra conversación de madrugada mientras yo mandaba e-mails como una loca—. Tía, supéralo.

—No puedo superarlo. Mintió, y ahora la abuelita cree que ya no soy su niña... La abuelita era todo lo que tenía. Y ahora todo parece fuera de lugar. Nada encaja —suspiro.

Sus palabras me dolieron mucho. Y me consume un sabor amargo, porque fui fiel a todo lo que prometí, para que al final parezca que ella me crió como a un cerdo para el matadero. Como si en el momento clave pudieran hacer conmigo lo que les diera la gana.

Que llamara a mi madre «puta» no deja de retumbarme en la cabeza. Al crecer, entendí que no tenía padres y que jamás los conocería, porque nunca quisieron saber de mí.

Pero ahora... pienso en mi madre. ¿Era una puta? ¿Seré hija de algún cliente que no quería tener hijos? ¿Por qué me abandonó?

—Pero tú ya habías roto esa promesa una vez, ¿te acuerdas? —me lo suelta sin más y cambia de golpe la dirección de mis pensamientos—. Cuando bebiste demasiado por estrés en tu primer congreso... y eras alumna de ese tal Cooper.

La pausa dramática que hace me pone los pelos de punta.

—Aurora, ¿y si perdiste la virginidad aquella noche? —grita.

—¡Baja la voz, loca! —me escondo bajo las mantas—. No. ¡Claro que no! ¡Me acordaría!

—¡Pero no te acordabas de nada! Y ahora vienes con lo de la polla grande y dura...

—Manuela, tengo que colgar porque tengo cosas que hacer —gruño, irritada de que siga insistiendo con ese tema—. Es la parte dos de mi primer día de trabajo, y tengo tantas cosas por hacer que creo que voy a tener que partirme en dos.

—Mmm... ¿y te vas a partir sentándote en la...?

—Adiós —cuelgo—. ¡Madre mía, esta tía solo piensa en lo mismo! —pongo los ojos en blanco mirando a la esquina de la habitación.

Veo un cactus gigante, y uno de sus brazos tiene la forma perfecta de una polla.

—¡Aaaah! ¡Déjame en paz! —salgo corriendo de la habitación.

Capítulo 11

Aurora López

Pasé el día entero al teléfono invitando a familias de la alta sociedad. Evité mirar a mi jefe a los ojos, porque cada vez que lo hacía, me ponía más roja que un pimiento.

Me pasé un buen rato en la bañera de hidromasaje, sintiéndome una diosa. Dormí como los ángeles en una cama queen y me desperté bien temprano.

Al principio, me sorprendió saber que el señor Cooper tenía una hija de cuatro años. Es algo que casi no aparece en internet. Observé a lo lejos todo lo que había programado en la agenda para su día especial, sin encontrar oportunidad de acercarme o hablar con la pequeña.

Por lo visto, todo salió según lo planeado: los personajes de Madagascar llegaron a la hora acordada, la despertaron con muchos regalos y bailes graciosos.

Sus amigas de Nueva York llegaron antes del mediodía.

El señor Cooper me dejó su tarjeta de crédito para cubrir cualquier gasto y salió a ocuparse de no sé qué asunto.

—¿Dónde está el padre de la niña? —escuché murmurar a dos madres mientras yo corría como loca por el parque infantil montado especialmente para el cumpleaños.

—Nunca tiene tiempo para su hija, es un hombre muy ocupado —dijo una, con tono desdeñoso, mientras se bebía su cóctel—. Es uno de los hombres más poderosos de Nueva York. Conoce la mierda de todo el mundo.

—Y todo el mundo lo conoce muy bien a él —la otra se sube las gafas de sol y junta las manos en paralelo, mostrando un tamaño que enseguida relaciono con algo que vi ayer.

—Al menos la niña tiene cinco niñeras, profesores particulares, amiguitas... y ese mono de circo, ¿lo viste?

—Con vestido de flores y jersey —sigue bebiendo—. Cutre total.

—Dicen que Edward se tira a todas las mujeres que trabajan con él. Supongo que se ha cogido a esta para romper la regla.

Se ríen y brindan. No me ven, porque me mantengo fuera de su campo de visión, pero lo suficientemente cerca como para escucharlas.

Llamé a mi jefe una y otra vez, pero me ignoró por completo.

Las llamadas siempre iban al buzón de voz. Y me dolía el corazón cada vez más al ver a Ángela desde lejos, jugando y bailando con sus amigas. Pero luego, al cabo de unos minutos, cuando las niñas se iban a comer, descansar o estar con sus padres... la niña se quedaba sola.

Como en ningún momento me permitieron acercarme, solo pude observar. Le sonreía y le saludaba cada vez que la veía divertirse. Levantaba los pulgares para mostrarle que lo estaba haciendo genial.

Durante el descanso de la tarde, cuando todas fueron a una sala que transformamos en cine, Ángela encontró la forma de salirse y venir a buscarme —no tengo ni idea de cómo lo logró.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

Me quedé tan desconcertada que empecé a tartamudear, me atraganté... las palabras no salían como las había pensado.

—Nunca te había visto —reflexionó.

—Soy... la nueva secretaria de tu padre —dije como pude.

—Eres diferente —Ángela cruzó los brazos y miró a su alrededor—. ¿Dónde está Sebastián?

Es una cosita de persona, pero habla como una adulta. Y tiene las mismas expresiones serias que su padre.

—Creo que se quedó en Nueva York organizando todo —respondí como si le diera explicaciones al mismísimo señor Cooper.

—No quiero ver una película. Quiero jugar.

—Perfecto. Voy a avisar a todos para que vuelvan al área de juegos. Si tú quieres jugar, ¡vas a jugar!

—¿Cómo te llamas?

Su vocecita me remueve algo por dentro, y no sé por qué. Es solo una voz infantil y femenina, un tanto chillona y al mismo tiempo contenida.

—Aurora. Y sé que tú eres Ángela —le sonrío mientras le hago un gesto con la mano.

—Mis amigas ya no quieren jugar. Dijeron que se van porque están cansadas.

—Hmm... —miro a un lado y a otro sin saber qué hacer. Siento el pelo más enredado y áspero de lo normal —quizás por el clima—, rascándome la cara.

¿A quién debería llamar? ¿Me escuchará alguno de los padres si intento hablar con ellos?

—¿Por qué no juegas conmigo?

—¿Quién, yo? —me señalo a mí misma, sorprendida por la pregunta.

—Sí.

—¿A qué... quieres jugar? —me río, nerviosa.

—¡Vamos a la piscina de bolas! —levanta los brazos, entusiasmada.

Ni siquiera espera mi respuesta y sale corriendo hacia fuera.

—¡Señorita Ángela, espere! —salgo tras ella.

La niña, con su melena castaña clara y sus ojos azules, se lanza de cabeza al castillo hinchable lleno de bolas de colores.

—¡Ven, Aurora! ¡Ven a jugar! —grita.

—¡Señorita Ángela! —me engancho en la entrada, caigo de bruces hacia delante y recibo una lluvia de bolazos en la cara hasta que logro ponerme de pie—. Lo logré... lo logré —murmuro, jadeando.

—¡Aurora! —la niña grita mi nombre con la boca bien abierta mientras salta y lanza bolas por todos lados—. ¡Pide que pongan música!

—Vale, vale —sacudo la cabeza, sintiéndome un desastre.

Asomo la cara por la entrada del castillo y hago señas al vigilante de seguridad.

—¡Eh! —lo llamo.

El hombre me mira con desdén y gira la cara hacia otro lado. Le leo en los labios un «madre mía».

—¡Eh! ¡Pon música! ¡La señorita Ángela quiere música!

Después de refunfuñar y hacerse el sordo, por fin se mueve cuando la niña se sube a mi espalda y saca la cabeza por fuera del castillo:

—¡Pon música! —grita con todas sus fuerzas.

Por fin empieza a sonar algo. Ángela baja de mi espalda, me agarra de la mano y me arrastra para correr entre las bolas. Es bastante complicado, y me concentro para no caerme.

—¡Ahora vamos al tobogán! —aplaude.

—¿Tobogán? —suelto el aire por los labios, jadeando.

No tengo la energía de esta niña. Y mis muslos... mis muslos se van a escaldar de tanto movimiento.

—¡Vamos, Aurora! —me llama con la mano al salir corriendo.

El día está lleno de actividades y yo me siento como en una maratón, corriendo de un juego al otro, bailando canciones infantiles como una loca, y al final Ángela decide, sin previo aviso, lanzarse a la piscina de los adultos.

Me quedo paralizada tres segundos. El tiempo suficiente para ver cómo se hunde... y no vuelve a salir.

—¡Señorita Ángela, no! —corro tras ella, desesperada, y me lanzo también al agua.

Como si todo ocurriera en cámara lenta, veo a la niña hundiéndose, con los brazos estirados y burbujas de aire saliendo por su nariz.

Abro los ojos de par en par, me inclino hacia abajo, la agarro y la impulso con todas mis fuerzas hacia arriba, manteniéndola fuera del agua. Intento incorporarme yo también, pero no lo logro del todo, y con el ajetreo de la niña en mis brazos, me llevo una patada directa a la frente.

Cierro los ojos... muy, muy despacio.

Edward Cooper

La reunión final con el asesor del senador Rickson fue un éxito rotundo. En dos días redujimos el daño a la mitad y mi equipo en Nueva York ya estaba a pleno rendimiento, centrado en convertir todo este asunto en capital político para el cliente.

Volví al hotel sabiendo que me había perdido buena parte de la fiesta.

Toda mi vida está organizada al milímetro. Todo funciona en el momento justo, en el lugar justo, para que yo sepa cómo moverme.

Según la agenda, todos salieron del cine hace quince minutos y están merendando en el restaurante del hotel, así que allí me dirijo.

Busco a mi hija entre la multitud de invitados y no la veo.

Camino hacia el salón reconvertido en cine, cuando soy interceptado por Clair, la madre de una de las amigas de Ángela.

—¡Se está ahogando! ¡Esa loca fea la tiró a la piscina! ¡Se está ahogando!

La adrenalina se dispara y siento la garganta cerrarse por la angustia. Aparto a la mujer de un empujón y corro tan rápido como puedo, cruzo el enorme vestíbulo del hotel en cuestión de segundos y llego a la zona de ocio, donde un grupo de guardias de seguridad se miran entre ellos sin saber qué hacer.

—¿Dónde está mi hija? —paso entre ellos.

Así como el pánico me golpeó como un puñetazo en el estómago, el alivio me inunda al verla agarrada al borde de la piscina, moviendo las manitas en el agua.

—¡Quiero tirarme otra vez! —dice Ángela, emocionada.

—Nada de tirarse otra vez. Sal del agua y ve a secarte —le indico con el dedo—. ¡Ahora!

Las niñeras, que estaban comiendo y riéndose en el restaurante, corren y sacan a la niña de la piscina.

—¡Hay alguien más al fondo! —señalan—. ¡Una mujer!

Miro a mi alrededor y me topo con todas esas caras familiares, como si estuviera frente a un puzle al que le falta solo una pieza. Busco la respuesta a quién podría ser esa mujer que sigue bajo el agua.

—Aurora —pienso al instante y me lanzo a la piscina.

Todavía tengo tiempo de oír un:

—¡Yujuuuu! —de mi hija, creyendo que estoy jugando con ella.

Con brazadas fuertes me sumerjo en la piscina de adultos hasta alcanzar el cuerpo de Aurora, la tomo en brazos y la saco con fuerza, presionándola contra mí mientras la subo a la superficie. Necesito ayuda para sacarla del agua y, por fin, los inútiles de los guardias se mueven.

—¿Aurora? —le doy unas palmadas en la cara, intento notar su respiración—. ¿Aurora? —le acomodo el cuello, coloco los brazos paralelos al cuerpo y empiezo con la reanimación cardiopulmonar.

Su piel está más pálida de lo que nunca he visto, y no reacciona.

Le tapo la nariz, respiro hondo, entreabro sus labios y soplo durante dos segundos. Me aparto.

—Qué asco, Cooper —escucho detrás a una de las madres riéndose—. Ahora sí que podemos cuestionar tu gusto.

—¡Aurora! —le cubro la nariz de nuevo, lleno mis pulmones lo más rápido que puedo, sello mis labios con los suyos y soplo durante dos segundos más, lentamente, antes de alejarme.

—Deberías dejarla morir. Le harías un favor a ese sapo —dice otra voz.

Con la mente a punto de estallar y la rabia apoderándose de mí, repito el proceso con más intensidad, y al alejarme, veo su cuerpo dar un espasmo.

Escupe una gran cantidad de agua y la giro de lado para que pueda respirar.

—Lamentablemente, está bien —Clair, que es la alfa del grupo, intenta calmar al resto de las madres—. No hay nada que ver, solo un espectáculo patético...

Aturdida y palpando el suelo en estado de shock, Aurora intenta incorporarse.

—¿¡Cómo se te ocurre tirar a una niña a la piscina, pedazo de loca!? ¡Yo lo vi! ¡Vi cuando empujó a la pobre Ángela! —una voz la acusa—. ¡Monstruo!

—Lleváosla de aquí —le digo en voz baja a los guardias.

La mujer sonríe... hasta que se da cuenta de que me refiero a ella.

—Por favor, señora, acompáñenos —los gorilas hacen su trabajo.

—¿Qué hacíais aquí? —gruño—. ¡Mi hija debería estar en el restaurante!

—Señor Cooper —Aurora respira hondo, la voz le tiembla—. Ella quiso venir a jugar, así que yo...

—Ella es una niña. Tú eres quien tiene que decirle lo que puede y no puede hacer. ¡Podríais haber muerto las dos!

—Lo sé, pero nadie quería jugar con ella y Ángela se veía tan sola que...

Oírla decir el nombre de mi hija me enfurece aún más. No importa cómo se viera la situación o lo que ella creyera. Mi vida

sigue un guion, todo tiene que estar como yo quiero, nada puede salirse de su lugar. Porque si pierdo el control, todo se desmorona.

Y eso no puede pasar.

Necesito tener el control de todo.

—Señor Cooper...

—Estás despedida, Aurora.

Capítulo 12

Aurora López

Cuando cerré los ojos y sentí el agua invadir mi cuerpo, mi mente flotó lejos. En algún momento pensé —o soñé— con un príncipe azul, de esos de las telenovelas que veía sin parar.

Su mano sobre mi cuerpo calentó mi corazón. Sus labios sobre los míos erizaron mi piel. Un calor abrasador me llenó por completo, y de algún modo, regresé a mis recuerdos de infancia.

A esa época en la que nadie quería jugar conmigo ni se acercaba. Mis únicas compañías durante horas y horas eran una pareja de novela, de mundos distintos, estilos opuestos y personalidades incompatibles, pero que el universo decidía unir por alguna razón inexplicable.

Mi boca ardía como una brasa. Estiré los dedos y sentí el suelo áspero. Abrí apenas un milímetro los ojos para espiar ese rostro moreno, lánguido, con ojos grandes y brillantes frente a mí. Al verlo acercarse de nuevo, toso con fuerza y me giran de lado.

Me arrancan del inconsciente y me devuelven a la realidad.

Y luego... me despiden de un trabajo en el que llevaba menos de 48 horas.

Corro hacia la habitación, con una vergüenza que me desborda por todo lo que acaba de pasar.

Apenas puedo pensar, y quizá no quiera, porque las voces de fondo murmuran cosas crueles y yo ya estoy lo bastante rota, sintiéndome hecha polvo.

De vuelta en la habitación, hundo la cara en la almohada y grito con toda la fuerza que tengo hasta que los pulmones me arden. La tos viene como castigo amargo, y me falta el aire.

—¿Por qué, Santa Inés? —lloro—. ¡Yo pedí un milagro!

No consigo entender qué hice tan mal para que todo terminara así.

¿Y ahora? ¿Sin abuelita y sin el señor Cooper? ¿Qué será de mí?

—Solo quería que Ángela no se sintiera sola en su día especial —abrazo la almohada con fuerza contra el pecho.

¿Estoy empapada encima de la cama? Sí. ¿Y me importa? En absoluto.

—No quería que las cosas pasaran así...

Para no resfriarme, me quito la ropa y me doy una ducha bien caliente. Cuando termino, corro las cortinas que dejan la habitación a oscuras y me tumbo en la cama para dormir. Siento que la cabeza me va a estallar y ya no me quedan lágrimas.

El agotamiento del día anterior, por fin, me pasa factura... y caigo rendida.

Edward Cooper

—No deberías dejar a tu hija al cuidado de *esa cosa* —se queja Bianca.

—Ya te he dicho que te quiero fuera de aquí —repito.

Observo detenidamente a toda esta gente y decido que no los quiero cerca. Ya no soy un niño, no necesito que esta gente me diga lo que debo hacer.

—De hecho, todos vosotros. Volved a Nueva York. ¡La fiesta se ha acabado! —anuncio.

—Papá... —me llama Ángela.

—Vamos a la habitación —le indico que camine delante. La sigo.

—¿Cómo se supone que vamos a volver? —pregunta Bianca a mis espaldas.

—El jet privado despega en dos horas. Así que arreglaos y largaos de aquí.

Me felicito por mantener la compostura y un tono de voz neutral, cuando lo único que realmente quiero es empujar, golpear y echar a todos lo más lejos posible de mi hija.

La angustia aún me carcome por dentro, solo de pensar que algo grave podría haber ocurrido.

—Papá, hoy no estuviste conmigo... —Ángela aparta la vista hacia la pantalla del ascensor, evitando mirarme a los ojos—. Lo habías prometido...

—Papá es un hombre muy ocupado y solicitado. Tuve que trabajar —respondo con firmeza.

—Nadie quiso jugar conmigo —murmura.

Le acaricio la espalda. Una rabia distinta empieza a hervirme por dentro. Por un instante pienso en regresar y hacer lo que mis instintos me piden: golpear, gritar, echarles de una patada. Pero no. Voy a hacer algo mejor: voy a destruirles la vida.

¿Cómo es posible que haya traído a esos desgraciados desde Nueva York y ni siquiera fueran capaces de dedicarle el día a mi princesa? Solo necesitaba que la mantuvieran entretenida para que no sintiera mi ausencia.

Y ahora tengo que cargar con la culpa. Con el peso de la responsabilidad.

—Papá te va a presentar amigos mejores —le prometo.

—No quiero amigos mejores —responde con tristeza—. Quiero una mamá. Un hermanito. Y quiero estar contigo.

—Estoy aquí, princesa mía —le tomo del brazo.

Ángela se aparta.

No es ninguna sorpresa que haya heredado —y que imite tan bien— mi carácter.

—Te peleaste con mi única amiga.

—Ángela, vamos a hablar en la habitación —le señalo la salida del ascensor y entramos en la suite presidencial.

La pequeña viene detrás de mí, con esa mirada helada tan mía que me incomoda más de lo que debería.

—¡No pongas esa cara conmigo, jovencita!

Como respuesta, cruza los brazos y gira la cara con un puchero que apenas le cabe en el rostro.

—Papá ha estado ausente medio día porque se preocupa por ti. Lucha por ti. Quiero darte el mundo, princesa —me arrodillo frente a ella—. Estoy trabajando para asegurarte un futuro feliz.

—Eso no importa —me suelta, cruda y sincera.

Y esa es la peor respuesta. La que me parte en dos. La que me duele hasta lo más hondo.

No es fácil ser padre soltero. Sé que nada sustituye mi presencia, mis palabras, mi consuelo... pero también soy un hombre importante, necesario. Así es como reconstruí mi nombre desde cero y me convertí en quien soy hoy.

—Pensé que me querías.

Y ahí viene el drama.

Palabras simples, y ni siquiera Ángela sabe el peso que llevan, pero duelen. Mucho.

Y más viniendo de la persona más importante de mi vida.

—Te quiero —le aseguro.

—Pero prefieres tu trabajo antes que a mí...

Tiene solo cinco años. Y es más fiera que un león. Más afilada que una espada. Más lista de lo que yo jamás podré ser.

Cuando la miro, veo mi reflejo. Y eso duele de tantas formas que intento ahogar los recuerdos, los traumas, el vacío que me atraviesa.

—Si me quieres... —Ángela sigue con los brazos cruzados, mirando a la pared—. No te pelees con Aurora, ¿vale?

—Hija, ella te puso en peligro.

El simple hecho de que algo pudiera haberle pasado a Ángela... preferiría morir. Y eso fue exactamente lo que sentí hoy, durante unos segundos.

—Aurora jugó conmigo cuando mis amiguitas no quisieron, papá —reclama, golpeando el suelo con el pie.

Me impresiona cómo mantiene esa frialdad sin derramar ni una lágrima.

—Me tiré a la piscina —confiesa—. Aurora me salvó.

Niego con la cabeza. Lo primero que pienso es que está mintiendo para proteger a su amiga.

—Vete a tu habitación y reflexiona sobre tus actos y tus palabras —le indico con el dedo hacia dónde debe ir.

Ángela obedece, pero evita mirarme. Pasa por mi lado como si no le importara lo más mínimo ver mi expresión de miedo, angustia y rabia, todas mezcladas y disimuladas bajo una máscara mal puesta.

Como no podré despedir a esas niñeras hasta que lleguemos a Nueva York, les doy una última orden:

—Vigilad a Ángela. Que no salga de la habitación y ni se os ocurra darle dulces ni chucherías.

Salgo de allí, ciego de furia, directo a la oficina de gerencia. Entro abriendo la puerta de golpe, apartando a la gente, y me dirijo al gerente del hotel sin rodeos.

—Quiero las grabaciones de la piscina.

—Señor, no puede simplemente…

—Mi hija casi se ahoga por culpa de la incompetencia de su personal. Nadie hizo nada hasta que llegué. Una mujer se tiró al agua a salvarla. —Respiro hondo y lo miro como si fuera a partirlo por la mitad, cosa que, sinceramente, no descarto—. Quiero las grabaciones de seguridad. Ya. ¿Me ha entendido?

No me sorprende que ceda sin más.

Sí, estoy enfadado. Pero más que eso, soy el hombre que construye y destruye reputaciones en este país. Y estoy a punto de empezar una campaña de demolición contra este tugurio.

—Por supuesto, señor —dice, conduciéndome a la sala de seguridad. Echa al vigilante de su silla—. Siéntese, por favor.

Me dejo caer en la silla y observo las pantallas de vigilancia.

El vigilante sigue las órdenes de su jefe y pone las imágenes de los minutos y horas previas al incidente: las miradas de desprecio de las familias que yo mismo invité hacia Aurora, ella animando a mi hija, y luego, después de unas horas, las dos bailando y saltando en la piscina entre pelotas de colores.

Finalmente, vemos cómo Ángela corre deliberadamente hacia la piscina de adultos y se lanza al agua. Aurora tarda unos segundos en reaccionar, pero su rostro lo dice todo: miedo, pánico. Y entonces va tras ella. Se lanza.

Mi hija, que estaba hundiéndose, vuelve a la superficie gracias a dos guardias que la sacan del agua. Está bien. A salvo. Pero Aurora no vuelve a aparecer. Y a nadie parece importarle.

—¿No viste que esa mujer se estaba ahogando? —le señalo la pantalla al vigilante.

—Mi turno empezó hace cinco minutos —responde, nervioso.

—Perfecto. Entonces quiero hablar con el del turno anterior —cruzo los brazos.

—Mire, señor Cooper, ha habido una confusión con la información y…

—¿Una confusión? —interrumpo al gerente, poniéndome de pie—. En dos días te enseñaré lo que es una verdadera confusión de información.

—Señor Cooper —me sigue, apurado.

—Guarda tus explicaciones para mis abogados y para los abogados de la señorita López —es lo único que digo.

Voy directo a la habitación de Aurora y llamo a su puerta, sin éxito.

Tal vez se haya ido o esté en otra parte del hotel. Insisto varias veces:

—Aurora, ¿estás ahí? Tenemos que hablar.

Como no responde, decido salir a despejarme por la ciudad. En el camino, empiezo a recibir llamadas de Herbert Nóctua, dueño de esta cadena hotelera. Solo contesto porque insiste demasiado.

—¿Edward? —su voz suena preocupada—. ¿Qué ha pasado? ¡Mi gerente en Washington me ha llamado desesperado!

—¿Qué ha pasado? Nada fuera de lo común. Mi hija y mi secretaria se ahogaron y tus guardias de seguridad no hicieron nada —respondo con la mayor calma del mundo.

—¡Maldita sea! ¡Malditos inútiles!

Guardo silencio. No tengo nada más que decir.

—Voy a despedirlos a todos ahora mismo. ¿Así está mejor?

—No. No lo está. Creo que esto dará una buena portada, Nóctua. Sin hablar de las demandas y compensaciones.

El pánico en su voz es tan real que casi puedo ver su cara desfigurada por el miedo.

—¿Cuándo vuelves a Nueva York? —pregunta—. Estoy en París, pero cojo el primer vuelo.

—Hoy mismo. No pienso pasar ni una noche más en tu hotel. No puedo poner en riesgo ni a mi hija ni a mi equipo —gruño.

—Entonces salgo ya hacia Nueva York. Podemos solucionarlo, somos amigos, Cooper. Seguro que llegamos a un acuerdo.

—Eso te interesa a ti, no a mí —cuelgo el teléfono—. Para aquí —le digo al conductor.

Capítulo 13

Aurora López

Dormir no me sirvió de mucho, pero al menos me permitió desconectar del incidente y desconectar de todo. Me desperté con un dolor de cabeza insoportable, diez llamadas perdidas y un hambre feroz.

—Ay, no... —me quejo mientras revuelvo la maleta buscando algo para el dolor. No encuentro nada.

Busco en Google la farmacia más cercana, me visto con ropa de abrigo y cojo la cartera. Abro la puerta de la habitación y salgo sin pensar, tan en automático que ni me doy cuenta de que choco de frente con un hombre enorme.

—Señor Cooper... —Palpo su traje por reflejo y me aparto enseguida—. Perdón, yo... yo...

Agacho la cabeza, muerta de vergüenza. ¿Estoy enfadada? Sí. Pero ahora mismo lo que más siento es una vergüenza terrible.

—No digas nada, hablaré yo —dice con su tono autoritario de siempre.

Me preparo para los reproches. Tal vez me los merezca.

—Soy yo quien tiene que pedirte disculpas, Aurora.

Sus palabras son tan inesperadas que parpadeo, me pellizco el brazo y lo miro, confundida. ¿Sigo soñando?

—He visto todo lo que pasó en las cámaras. —Su expresión sigue siendo firme, casi impenetrable, igual que su voz—. Te juzgué mal. Te traté mal. Y quiero pedirte perdón.

—Está bien, señor Cooper —hago un gesto con las manos—. Entiendo que estuviera preocupado por su hija.

—Ángela es lo más valioso que tengo en la vida. Solo pensar que algo pudiera haberle pasado es... inconcebible —dice.

Lo entiendo, y estoy de acuerdo. Haber descansado me ayudó a soltar parte del miedo y la rabia que sentí en el momento. Ahora puedo ver las cosas desde otro ángulo, y no le quito la razón.

Si hubiera sido mi hija, yo también habría perdido los papeles primero y hecho preguntas después. Pero admiro que haya venido a disculparse. Jamás pensé que lo haría.

—Esa gente te trató con una crueldad inadmisible. Y no te lo mereces. —Sus ojos, sus manos grandes... todo él me pone nerviosa. Me da un pequeño tic cuando lo miro—. He puesto a disposición los abogados de la empresa para que demandes al hotel o a quien quieras.

—Ay, no hará falta —me río, y luego frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo que me duele la cabeza —entorno los ojos y me masajeo el cuero cabelludo.

—Tengo analgésicos en mi habitación —dice, señalando con la cabeza.

—No sé si es buena idea, señor Cooper.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ti después de lo que hiciste por mi hija. Salvaste mi mundo, Aurora. Una pastilla no es nada comparado con eso.

—Vale, esperaré fuera de la puerta —digo, encogiéndome de hombros.

—También estás recontratada. Si quieres —añade, mientras se adelanta. Su paso firme, su porte elegante, esos hombros anchos que ni se mueven...

—Mmm... ya lo pensaré —respondo. No estoy en condiciones de tomar decisiones con esta jaqueca.

—¡Sorpresa! —escucho el grito infantil de una niña con gorrito de fiesta mientras revienta un matasuegras que lanza confeti por los aires.

—¡Hija! ¡No! ¡Ahora no! ¡Tiene dolor de cabeza!

El ruido me aturde tanto que tengo que apoyarme en la pared. Fuerzo una sonrisa de lado y cierro los ojos, sintiendo el cuerpo flojo, casi sin forças.

—Ven, Aurora, no estás bien —siento las manos del señor Cooper levantándome en brazos.

Me tumba en un sofá delicioso que casi me abraza con su suavidad.

—Aquí tienes el medicamento —me entrega una pastilla con un vaso de agua.

—Gracias —murmuro.

Me quedo quieta unos minutos, dejando que el efecto del analgésico haga su trabajo, y luego abro los ojos. Ángela me observa con los ojos bien abiertos, muy cerca, mientras su padre está en la mesa cortando, colocando y haciendo mil cosas con la comida.

—Hola, Ángela. ¿Estás mejor? —pregunto en voz baja.

—Sí. Le dije a papá que eres mi amiga. Él no puede enfadarse contigo.

—Gracias —extiendo la mano abierta y ella la choca con la suya.

—¿Te divertiste en tu cumpleaños?

—Si tú estás mejor, vamos a celebrarlo ahora —anuncia el señor Cooper.

¿Celebrarlo? ¿Ahora? ¿Conmigo aquí?

—Ah... ¿no preferís que me vaya? Para que sea algo más íntimo, de familia...

Intento incorporarme.

Ángela me empuja suavemente de vuelta al sofá y me coloca un gorrito de cumpleaños. El elástico se rompe al intentar pasarlo por mi melena, pero aun así me lo pongo encima de la cabeza.

Se apagan las luces. El señor Cooper se acerca desde el otro lado del salón con una preciosa tarta amarilla, con cinco velitas que chispean como pequeños fuegos artificiales.

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz! ¡Feliz cumpleaños, Ángela! —cantamos los tres, casi en susurros, porque mi cabeza aún no está del todo bien.

—Sopla las velas, hija —dice el señor Cooper, agachándose.

—Pide un deseo —le digo.

—Ya lo he pedido —responde Ángela, feliz, y sopla.

—¡Bravo! —aplaudo—. ¡Felicidades, Ángela! ¡Que Dios te bendiga mucho!

—Gracias, Aurora. Eres mi amiga, ¿verdad? —lo dice con un tono tan amenazante que no me queda otra opción que responder:

—Claro que sí. Me lo he pasado genial hoy.

—Yo también —sonríe la pequeña—. No eres aburrida.

El señor Cooper corta la tarta y nos reparte trozos generosos. Ángela enciende la tele y pone la primera película de *Madagascar*. Nos pide silencio para verla con atención.

Sé que el señor Cooper me reprendió antes y que me sentí fatal, pero eso ya quedó atrás. Al ver cómo mira a su hija, cómo la cuida, entiendo perfectamente su miedo y su preocupación.

—¡Papá, quiero zumo! —Ángela le acaricia el brazo.

—Vale, voy a por él —se levanta—. ¿Tú quieres algo, Aurora?

—No, gracias —apoyo la cabeza en el respaldo del sofá—. ¿Cuándo volvemos a Nueva York?

—Esta madrugada —responde.

Capítulo 14

Aurora López

La fiesta de cumpleaños íntima de Ángela fue preciosa. La niña vio sus películas favoritas, corrió por la suite para quemar la energía de los dulces que se había zampado y después se durmió sobre mí en el sofá.

Su padre la cogió en brazos y la llevó a su habitación. Yo aproveché para volver a la mía y guardar todas mis cosas. Me di un baño en la bañera de hidromasaje y me sentí como una princesa. Estaba casi dormitando entre las burbujas que acariciaban mi piel cuando oí unos golpes en la puerta.

«¡Debo de haberme pasado de la hora!»

Me sequé a toda prisa, me envolví en un albornoz del hotel y fui a abrir.

—¡Solo necesito diez minutitos más! —le expliqué a mi jefe, que apareció... también en albornoz.

No dijo nada. Simplemente me besó.

Sus manos se cerraron alrededor de mi rostro, nuestras narices chocaron y me quedé aturdida. Di unos pasos hacia atrás, empujada por su cuerpo más grande, intentando mantener el equilibrio, pero mi destino era la cama. Caí como un melón maduro, brazos abiertos, ojos como platos.

—¡¿Señor Cooper?! —pestañeé lentamente.

—No te he agradecido lo suficiente por lo que hiciste por mi hija. —Sus dedos se posaron en el nudo de mi albornoz.

«¡Mierda! ¡No! ¡Otra vez no...!»

—Un «gracias» es suficiente —dije, temblorosa.

Me quedé muda al ver su torso musculoso al descubierto. Sus brazos fuertes apartaron la tela y la tiraron al suelo. *¿Cómo puede alguien tener un cuerpo tan esculpido?* Los abdominales marcados, ese vello justo bajo el ombligo que trazaba el camino perfecto hacia la felicidad...

«¡Santa Inés, ayúdame!»

—Un «gracias» no es suficiente para mí. —Apartó el albornoz de una patada.

Avanzó hacia mí y su polla se balanceó de un lado a otro, haciéndome tragar saliva.

—¡Entonces dilo muchas veces! Así: «gracias, gracias, gracias, gracias» —pestañeé nerviosa—. ¡Señor Cooper! —gemí en un susurro.

Sentí sus manos posarse en mis muslos, sobre la tela del albornoz. Sus dedos recorrieron el algodón con lentitud hasta encontrar mi piel. Tocó mis piernas despacio, ascendiendo, sus palmas masajeándolas con firmeza mientras yo temblaba.

—¡Ya te lo dije! ¡Soy virgen! —hice un mohín.

—Le dije a tu abuela que ya no lo eras. Y que fui yo quien te la quitó —dijo con tanta naturalidad que parecía que no estaba desvistiéndome. *Tocándome.*

Mi boca se entreabrió para respirar; la nariz ya no era suficiente. El corazón se me desbocó por completo.

—¿De verdad quieres que salga de esta historia como un mentiroso? —me provocó.

—¡Usted está acostumbrado a mentir! ¡Yo no! —protesté.

—Pues hagamos que sea verdad.

No fueron exactamente sus palabras lo que me dejó sin fuerzas. Sino cómo me tocaba. Cómo me miraba. Y el golpe de

gracia llegó cuando sus labios húmedos rozaron mis piernas y ascendieron lentamente, arrastrando la lengua.

No supe si eran cosquillas o un principio de infarto cuando metió la cabeza bajo mi albornoz. Su lengua encontró mi coño y, con un chupón lento y profundo, juré que me daría un ataque al corazón allí mismo.

—Si quieres que pare, solo pídemelo —murmuró su voz ahogada, retándome.

Y yo era incapaz de detener a ese hombre.

Las telenovelas nunca son tan explícitas en las escenas de amor, así que sí, había recurrido a vídeos de internet. Pero en ninguno recordaba haber visto que todo empezara con un hombre *metiendo la boca ahí*. Y, pensándolo bien, no habría mejor forma de empezar.

—Me estoy quedando sin aire. —Me abanico, miro la ventana, el techo, el maldito cactus que parece un pimiento gigante.

Mi jefe mete la lengua dentro de mí, con una suavidad y delicadeza que no cuadran con el hombre bruto e impaciente que suele ser. Su boca en mi piel me deja empapada, su lengua pidiendo espacio y yendo cada vez más hondo, como si estuviésemos en una sauna.

—¿Has cambiado de idea? —Saca la cabeza de mi bata.

Tiene la cara llena de babas. Se limpia los labios con el dorso de la mano y luego se chupa los dedos con un gesto provocador.

—¿Qué idea? —Parpadeo, sin entender a qué se refiere.

—Quiero tu boca aquí. —Me agarra la barbilla y me guía despacio hacia su polla.

Es tan grande y gruesa que tengo que abrir bien la boca para tragar el glande. Me siento rara, un poco tonta, no sé si lo estoy haciendo bien.

—Quiero sentir tu lengua, tu paladar, tu garganta… no tus dientes —explica con una sonrisa pícara.

Parece disfrutar exhibiendo ese cuerpo y esa polla enorme delante de mí. Y no me extraña: es tan impresionante como hermoso.

—Dame tus manos —pide.

Se las doy, sin saber qué hará. Tiemblo aún más cuando las apoya sobre su abdomen marcado.

—Ahora chúpalo con cariño y mucho cuidado. Déjalo bien empapado para cuando entre en ti… y sea mi turno de darte ese mismo cariño.

Estoy toda erizada. Paso las manos, araño con las uñas, siento su piel suave y musculosa mientras forcejeo para mantener la boca abierta al máximo.

—Ahora… —Cuando guía mis manos, es como si me electrocutase. Gimo sin querer—. Mira cuánto sobresale. —Me hace agarrar su polla con ambas manos—. Tsk, tsk, esto no está bien.

—¿No lo estoy haciendo bien? —pregunto, con la voz temblorosa.

—¿Nunca te han dicho que no es elegante hablar con la boca llena? —Guiña un ojo. Me limpia los labios con el dedo índice y se inclina hacia mí.

Lleva ese dedo húmedo justo a la entrada de mi coño y yo cierro los ojos.

—¿Asustada?

Niego con la cabeza. En realidad, creo que podría tener ese pirulón en la boca hasta mañana.

—Aprendes rápido. Eres una chica lista, muy inteligente. —Me acaricia la barbilla y la mejilla.

No sé por qué, me muero de vergüenza. Quiero esconderme bajo las sábanas, pero no puedo apartar la vista de él. Este hombre es hipnótico.

—Lo que quiero es que tu coño esté tan mojado como tu boquita. —Sigue acariciándome—. Y eso es lo que voy a conseguir. —Empuja su polla despacio, pidiendo más espacio.

No puedo. Es demasiado grande, demasiado gruesa. Mis dos manos apenas cubren su longitud.

—Y esto… —Se aparta, sacándomela de la boca, y noto cómo me duelen la mandíbula y las mejillas—. Ábreme bien esa boca, Aurora —ordena.

—Es muy grande. —Parpadeo, avergonzada—. Ni cabe en la boca… ¿cabrá ahí?

—Como te dije, seré muy cariñoso y cuidaré de ti. Pero necesito que te relajes y disfrutes… o solo sentirás dolor.

—¿Y cómo se supone que lo disfrute? —Mis ojos clavan en la glande hinchada que me mira fijo.

La boca se me hace agua, con ganas de devorarla, y él parece adivinar mi deseo. Presiona suavemente contra mis labios hasta que los abro por completo y empiezo a chupar despacio, todo lo que aguanto.

—Tienes que confiar en mí. Estás segura en mis manos.

Incapaz de replicar con algo ingenioso, me conformo con sentir su polla caliente y palpitante en mi boca.

—¿Cómo lo prefieres? ¿De ladito? ¿Como pollo asado? —bromea.

—¿Puedo ponerme a cuatro patas? —pregunto.

—No, será incómodo para tu primera vez. —Empuja mi torso con la mano y caigo de espaldas en la cama.

De un tirón, me arranca el albornoz y se lanza sobre mí sin perder tiempo, con la boca húmeda dirigiéndose a mis pechos.

Un calor abrasivo me recorre por dentro, sobre todo cuando su lengua desciende lentamente hacia mi entrepierna. Usa ambas manos para abrirme bien y lame justo en el centro, despacio, sin apartar los ojos de mí.

¿Cómo lo hace? ¡Me va a dar un jamacuco de vergüenza!

—Respira hondo por la nariz —dice, como un médico con el estetoscopio en mi espalda.

Respiro. Algo simple, cotidiano. Lo hago a todas horas.

—Exhala por la boca.

Nada complicado.

Mientras me concentro en la respiración, él se pone el condón con calma. Es el momento. La hora de la verdad.

—Ahora intenta respirar mientras sientes esto.

El señor Cooper se tumba detrás de mí, levanta mi pierna y su polla dura presiona mi piel, rozándome casi el ombligo. La agarra con firmeza y la dirige hacia mi entrada.

No va a doler. Todo irá bien. Solo es un…

—¡Joder! ¡Hijo de puta! ¡Me cago en la leche! —protesto instintivamente.

Él se ríe, echándose hacia atrás, tapándose la cara mientras se parte de risa. ¿Y su polla? Ahí sigue, tiesa como un rascacielos de la Quinta Avenida.

—Te dije que respiraras, no que soltaras tacos.

—Costumbre. —El corazón me late en la boca.

Ni siquiera me atrevo a pedirle perdón a Santa Inés, patrona de las vírgenes. Porque creo que ya no lo soy.

—¿Podrías… para distraerme un poco…? —Señalo hacia abajo, porque la sensación es indescriptible—. ¿Volver a chuparme?

No me creo que lo he dicho. Y me creo aún menos cuando accede, se levanta de la cama, me agarra de las piernas y me devora de un bocado.

Sus labios se expanden contra mi piel, su lengua llega más hondo que antes, lamiendo y succionando sin parar. Es una sensación rara, como si mi alma fuera a salir volando.

Tiro la cabeza hacia atrás y miro al techo.

El mundo parece girar y yo me relajo poco a poco.

Pero me llevo un susto de muerte cuando siento su dedo penetrarme y casi salto de la cama, aunque el señor Cooper me sujeta en su sitio. Tras un largo rato para que me acostumbre, mete dos. Parece ser mi límite. Lo cual me aterra. Porque su polla es, como mínimo, del grosor de cuatro de esos dedos.

—Ahora respira —me avisa.

—Que sea lo que Dios quiera —digo en voz alta, haciendo la señal de la cruz y tapándome la boca al instante—. ¡Perdón, señor!

Nunca he saltado en paracaídas. Ni siquiera tenía valor para subirme a las atracciones más peligrosas de pequeña. Creo que lo que siento ahora debe ser parecido.

Sobre todo porque ya no hay vuelta atrás después de cruzar esta línea.

—¡Señor Cooper! —digo en voz alta, casi gritando cuando lo siento entrar en mí.

Él aplasta su cuerpo contra el mío y me tapa la boca con la mano. Yo muerdo.

La presión es tan fuerte y desesperada que solo quiero huir. Pero cuanto más avanza dentro de mí y noto su polla llenándome, más me relajo.

Mentira, estoy tensa como una puta loca, tengo la mano de mi jefe entre los dientes y estoy a punto de darle una patada.

—Respira —susurran sus labios. Sus ojos se entrecierran lentamente, con complicidad.

—¡Cabrón! ¡Devorador de vírgenes! ¡Anaconda! —Le golpeo el hombro con fuerza.

El señor Cooper sujeta mis manos contra la cama y me mira con seriedad. Mis labios tiemblan cuando entra un poco más y, casi con un suspiro de alivio al sentir que se retira, pienso que el dolor va a cesar.

No cesa. Cuando sale, parece que duele aún más.

—¡Vuelve a entrar! ¡Vuelve! —suplico, agitada.

—Eres muy nerviosa. —Esboza una sonrisa pícara—. Creo que las próximas veces te soltarás más.

¿Próximas veces? ¿Está ahí metiéndome el *Empire State* y ya piensa en repetirlo? Voy a escaparme a los Pirineos. No quiero volver a pasar por esto en mi vi...

—Aaah —empiezo a mirar alrededor, jadeando.

Ha comenzado a moverse dentro de mí con un ritmo constante. ¿Qué es esta sensación? ¿Por qué parece que me han rociado alcohol y encendido una cerilla sobre la piel? ¿Y por qué coño me está gustando?

Abro los ojos como platos, incrédula, sin entender qué demonios pasa. Solo sé que es... bueno. Intenso. Y caliente como el infierno.

—¿Ves? Parece hecho a tu medida. —Él se divierte. Su cadera avanza y retrocede con lentitud deliberada.

Más bien parece un instrumento de tortura, eso sí.

Me pregunto cómo demonios la gente tiene el valor y la fuerza de voluntad para ponerse a cuatro patas, sentarse o adoptar

posturas que parecen sacadas de un catálogo de ventiladores. ¿Cómo hacerlo mientras un tren de cercanías te atraviesa?

¡Yo jamás sería capaz!

—¡No me creo que esté haciendo esto! —murmuro, apretando los ojos con fuerza.

Duele. Duele muchísimo. Como la primera vez que me pusieron una inyección y sentí un dolor punzante. Luego se vuelve placentero, envolvente, me abrasa de deseo. Y vuelve a doler como el demonio.

El señor Cooper está sentado en la cama y yo encima de él, montándolo sin parar, sintiéndolo solo hasta la mitad —que ya es demasiado para mí—. Mis piernas arden como si estuviera en el gimnasio. Estoy rebotando sobre él y él me sujeta los pechos mientras observa mi desempeño.

—Mira qué rápido aprendes —susurra ronco, como si disfrutara el triple que yo.

Qué sensación más rara. Nunca había sentido algo así.

Quizá sea cosa del momento, pero ver cómo me mira, cómo me desea y hace todo esto conmigo… es algo que jamás pensé que experimentaría en mi vida.

—¿Qué está haciendo? —pregunto alarmada cuando desliza sus dedos gruesos sobre mi entrada.

—Ya lo verás. —Empieza a mover los dedos con lentitud, y la intensidad aumenta mientras me empuja sobre su regazo para que no deje de cabalgar.

—¡Se está poniendo demasiado rápido! —Siento cómo entra y sale de mí con una intensidad para la que no estaba preparada.

Parece que estoy sentada sobre un toro salvaje. No sé si mirar su pecho musculoso y sudoroso o su cara de diablo perverso que sonríe por el placer de corromperme.

—Va a ponerse aún más rápido. —Mueve los dedos sin parar sobre un punto que hace que mi cuerpo pierda el control—. Esa es la gracia del juego.

Yo que pensé que lo de respirar era una tontería, ahora me siento perdida y ahogada, sin controlar cuánto aire entra ni cuántos gemidos salen. Solo sé que las vocales empiezan a salir en orden aleatorio, mi boca no sabe qué decir ni qué hacer, y, en un segundo de anestesia, mi cuerpo parece apagarse.

Como un ordenador con problemas técnicos que necesita un reinicio forzoso.

Mis brazos, mis piernas, mi respiración… Todo se contrae, todo se descontrola, todo parece fuera de lugar.

Y entonces me derrumbo como un muñeco roto sobre él y caigo de espaldas en la cama, mirando al techo, viendo estrellas.

—El avión sale en cincuenta minutos —anuncia, quitándose el condón de una polla semierecta pero aún enorme, hace un nudo y lo tira a la basura—.

—Cincuenta minutos —repito, sin recordar ni mi nombre ni qué día es hoy.

Me invade la sensación de que mañana no podré ni caminar.

No. No podré caminar en toda la semana.

Lo veo coger el albornoz del suelo, ponérselo rápido y salir del cuarto lanzándome una mirada que dice que sabe que me ha corrompido. Y le gusta. Cierra la puerta y me quedo sola con el ruido de mis pensamientos.

—¿Podremos hacer esto otra vez? —Me estremezco y suspiro hondo.

Capítulo 15

Aurora López

Despierto con el cuerpo entero dolorido, como si me hubieran dado una paliza. Tanteo la cama buscando el móvil, pero no lo encuentro.

—¿Dónde estoy? —Me froto los párpados.

Definitivamente, esto no es la habitación del hotel. Y desde luego no es mi apartamento. De hecho, en esta habitación de lujo cabrían tres como el mío.

—¿Qué hora es? —Miro la cama queen, las cortinas blancas que cubren toda la pared detrás del cabecero. No veo mis maletas por ninguna parte.

Decido explorar el lugar, que me resulta completamente ajeno. Lo primero que hago es correr una cortina para ver el día allá fuera: el sol brilla, el tráfico es un infierno y, sin lugar a dudas, estamos en Nueva York.

¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué es este sitio? ¿Y por qué me cuesta tanto mantenerme en pie?

Siento el cuerpo en carne viva, como si hubiera recorrido cincuenta kilómetros en bicicleta. Por momentos, ni los pies me responden. Eso solo confirma que lo de anoche con el señor Cooper no fue un sueño.

Ahora estoy segura...

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —Salgo a un pasillo larguísimo que desemboca directamente en una sala de bolos. Todo empieza a volverse más y más surrealista.

Me topo con una estancia donde la televisión ocupa toda una pared, como si fuera una instalación artística. Una puerta de cristal separa el salón de una terraza con piscina cristalina que parece perderse en el borde del edificio.

Me mareo solo de mirar. No me metería ahí ni aunque me obligaran.

—Buenos días —oigo a mi espalda. Una mujer vestida de negro, con la mirada firme y la actitud de quien lo ha visto todo.

—Hola. ¿Dónde estoy? ¿Quién me trajo? ¿Qué es este lugar? ¿Y qué hora es? —pregunto a toda prisa, al borde del colapso.

—Está en el ático del señor Cooper, por supuesto —responde como si fuera la cosa más evidente del mundo.

La mirada que me lanza deja muy claro quién me trajo hasta aquí. Pero ¿por qué?

—Son las ocho y media. El señor Cooper salió hace cincuenta minutos y la señorita Ángela se ha ido al colegio hace apenas nada.

—¿Cómo? —Ignoro todo lo que ha dicho salvo la hora. —¿Las ocho y media? ¡Voy tardísimo!

Intento correr presa del pánico, pero el dolor en los muslos, la pelvis y las piernas me frena en seco. Rebusco en el bolso hasta encontrar el móvil, busco algo decente que ponerme y me meto en el baño lo más rápido que puedo para arreglarme.

En cuanto abro la ducha, el agua caliente cae sobre mí y, de algún modo, alivia la tensión que llevo encima. Me ducho, me seco y me recojo el pelo en tiempo récord, me pongo un traje ancho encima del vestido y salgo de nuevo a los pasillos que parecen un laberinto sin fin.

—Señora, ¿dónde está la salida? —pregunto sofocada, cargando con la maleta, el bolso y el corazón a punto de salirse del pecho.

—¿No quiere dejar sus cosas? —pregunta con amabilidad, pero solo de pensarlo me da un vuelco el estómago.

—¡Ni hablar! ¡Tengo que irme!

—Bueno, como quiera. —Me acompaña hasta la salida—. ¡Que tenga un buen día!

—Gracias. —Me quedo aún más impactada al descubrir que la puerta de entrada y salida de la casa de ese hombre... es literalmente el ascensor.

Edward Cooper

Todo aquí se repite como en la película «Atrapado en el tiempo».

Aparco el coche delante del edificio, lanzo las llaves al aire esperando que el aparcacoches las atrape y camino directo hacia los ascensores. Quien se cruce en mi camino, que se aparte.

—Buenos días, señor Cooper —escucho al menos cien veces. No respondo a ninguno.

Veo cómo cualquiera se baja del ascensor en cuanto me ve, para dejarme entrar. Pulso el botón de mi planta y espero, con toda la calma del mundo, hasta llegar al corazón de *Cooper Think Technology:* una planta entera dedicada a mi despacho y a las salas de reuniones.

Son las ocho en punto de la mañana. Y así como la Tierra gira alrededor del Sol, todo aquí gira alrededor de mí. Yo soy ese Sol que aparece y da permiso para que la vida continúe.

—Buenos días, jefecito —Sebastian me espera obedientemente frente al ascensor, con mi café sobre una bandeja.

—Sebastian —asiento con la cabeza y me detengo frente al escritorio vacío de Aurora—. ¿Todavía no ha llegado? —Miro el reloj.

Ocho y diez segundos.

No importa que haya dormido en la misma cama que yo. Tiene que llegar puntual.

—¿«Ella», señor? —traga saliva—. Me ha llamado la secretaria de Herbert Nóctua, quiere concertar una reunión con usted.

—El día 7 —respondo.

—Señor, hoy es 9 —parpadea, nervioso.

—De agosto —le lanzo una mirada de reojo. Sebastian baja la cabeza de inmediato—. ¿Por qué no está aún en su sitio? —murmuro con fastidio.

Me quito el abrigo y lo dejo caer sin ningún cuidado sobre la silla vacía. Le entrego el maletín a Sebastian y le indico que lo organice todo por orden de prioridad: documentos que debo firmar, pendrives con las futuras campañas publicitarias y los informes de redes sociales de nuestros clientes.

—Yo… —revisa la agenda, aferrado al maletín—. Estoy perdido —casi llora—. ¿Quién es «ella», señor? —me mira como si hubiese cometido un crimen.

—Aurora López —intento recordar si llegué a contarle ese detalle. Por su cara, no lo hice—. La he contratado. ¡Y llega tarde!

Me acerco a la puerta, que se abre sola gracias al sensor.

Tengo una vista panorámica de mi despacho privado: la pared de la derecha, de más de cuatro metros de alto por trece de ancho, es en realidad una pantalla gigante donde se proyectan las campañas actuales. El minimalismo en blanco y negro, desde los muebles hasta el techo, dice mucho de mí: soy de extremos, de «sí» y «no», de «noche» y «día», tan directo como la vida misma.

El escritorio oscuro de madera en el que trabajo está despejado, con solo mi portátil y un bloc de notas con algunos bolígrafos al lado.

La gran pared trasera está hecha de cristal, con vistas generosas de toda la ciudad. Sentado en mi silla presidencial, girando como un niño, hay un hombre con traje sport, tan alto como yo, ojos rasgados, rostro sereno y una sonrisa de canalla.

Matthew Crawford, conocido como el CEO de Potter&Crawford —el conglomerado que domina la industria de la moda—, también conocido como «El Diablo viste Nada», por su costumbre de trabajar

desnudo. El cabrón, también conocido como mi mejor amigo, no para de girar mientras se ríe.

Le lanzo una mirada como si pensara sacarlo de mi silla a golpes. Y a él no le importa lo más mínimo.

Tal vez nuestra amistad haya sobrevivido tantos años por eso mismo: somos dos hombres poderosos y jamás bajamos la cabeza el uno ante el otro. Siempre nos hemos mirado de igual a igual.

—¿Sabes quién me ha estado llamando toda la maldita noche? —dice con desdén—. Herbert Nóctua.

Pongo los ojos en blanco al oír el nombre del dueño de los Hoteles Nóctua.

—No tengo tiempo para ese tío —gruño, señalando que se levante de mi silla.

El muy cabrón no solo no se levanta, sino que sigue girando.

—Debes de haberle comprado un rascacielos en la cabeza a ese desgraciado. No he visto a un hombre más tenso en mi vida —se parte de risa.

—Mi hija y mi secretaria casi se ahogan en la puta piscina del hotel de ese idiota. ¡Y nadie movió un dedo! —Inspiro hondo, controlando la rabia.

—Ah, por cierto —me señala con el dedo índice—. Me he enterado de que hay una secretaria nueva en la zona, después de tantos años.

Ahora sí se levanta y camina hacia mí, con esa mirada insolente y la sonrisa de imbécil que lo caracteriza.

—¿Cómo es? ¿Está buena? ¿Ya te la has tirado? ¿Te cansaste de tener al boy scout pegado a los talones y decidiste volver a las viejas costumbres? —Me quita la corbata del traje y empieza a girarla entre los dedos.

—Déjate de gilipolleces —le suelto un manotazo fuerte para que me devuelva la corbata.

La intimidad, a veces, es una auténtica mierda. Me arrepiento más de una vez de esta confianza que tengo con Matt, pero ha sido mi mejor amigo desde el primer día de universidad.

—¿Qué ha pasado con mi viejo Edward? —me provoca—. Ese que juró que no volvería a acostarse con sus propias secretarias. —Empieza a dar vueltas a mi alrededor—. ¿Y entonces decidiste follarte a las de los demás, eh?

—No vas a parar con esta mierda, ¿verdad? —pregunto solo por preguntar.

—No —responde, y sus ojos rasgados se entrecierran con cada sonrisa. Mueve la cabeza levemente y su pelo perfectamente peinado ni se inmuta.

—Cabrón —gruño.

—Cambiando de polla a cipote... ¿qué fue esa fiesta improvisada que me hiciste organizar para los polis? Tío, no es tan fácil convencer a modelos de que se acuesten con cualquiera —cruza los brazos.

—No es fácil, ya. Lo sé. Solo hay que amenazarlas con que jamás volverán a pisar una pasarela o a ser contratadas para una campaña, y abren las piernas sin más —respondo entre dientes, molesto, y me dejo caer en la silla.

—Sí... tienes razón —admite—. Pero ellas quieren acostarse con hombres de verdad. CEOs, multimillonarios, políticos... no con polis de un condado perdido de Nueva York. ¿Cuál fue la urgencia?

—Mi nueva secretaria —digo de golpe, irritado. Saco el móvil del bolsillo y llamo a Sebastian—. ¿Ya ha llegado? —pregunto apenas contesta.

Cuando me levanté de la cama, aún dormía. Cuando salí desnudo del baño, estaba roncando. Y cuando me fui del

apartamento, seguía abrazada a la almohada. ¿Por qué me sorprende que no haya llegado todavía?

—N... —Cuelgo en cuanto oigo la primera letra de una palabra que no tolero en el mundo profesional.

—La arrestaron por estar pegándome en plena calle —digo.

—Uy, qué sádico —Matthew hace el gesto de un látigo imaginario y lo chasquea en el aire—. ¿Tus gustos están cambiando, Edward? ¿De dominador a dominado?

—Tiene carácter fuerte —explico—. Y llega tarde —añado con clara desaprobación.

—Dale un respiro, hombre. Llegasteis a las cuatro de la mañana. Deja que la pobre descanse. Me imagino que fue una pesadilla tener que aguantarte en ese hotel —me lanza.

—Cállate.

Matthew suelta una risita. Se queda a mi lado, mirando la ciudad a través del cristal.

—A ver... reunión con el gobernador a final de mes. Es una cena para parejas. Él sugirió que fueras acompañado de...

—No —respondo enseguida.

—Tío, Melanie estará en la ciudad. ¿Y si es un buen momento para que vea a su hija?

—No —repito, porque parece que no ha oído bien.

Melanie y yo no tenemos una buena relación. No le importa nuestra hija. Si la ha visto siete veces en todos estos años, ya es mucho —y todas esas veces fue solo para saludar delante de las cámaras.

En el mundo en que vivo, las apariencias lo son todo.

Y tener una familia feliz, con la madre de mi hija —una modelo internacional— fue clave para cerrar la mayoría de los

contratos en los inicios de esta empresa. Los hombres de la alta sociedad no confían en tipos promiscuos, bohemios y sin esposa.

En realidad, todos somos así. Pero a puerta cerrada. En nuestro mundo secreto. Donde nadie mira.

De cara al público y a las cámaras, tenemos que fingir una vida tradicional, normal, decente. Y eso es lo que hago continuamente con Melanie. A ella le viene bien para su carrera. A mí, para los negocios. Pero su desprecio y frialdad hacia Ángela me está molestando tanto que ya no sé si puedo seguir con esta farsa.

—Hombres como el gobernador, el presidente o tu nuevo cliente de Tesla no quieren ver su imagen asociada a la de un libertino —Matthew intenta enseñarme cómo funciona mi propio juego.

Si alguien sabe de eso, soy yo.

—Al gobernador le gusta la influencia de la familia de Melanie y le encanta tu carisma. Eso fue lo que me pidió que te dijera. ¿Qué pasa? —alza las cejas—. Es solo una mentirijilla, tío. No hace daño a nadie. No me salgas ahora con principios. ¿Quién sabe? A lo mejor llevas también a Ángela. Todo el mundo adora a esa niña. Ella, a diferencia de ti, ilumina cualquier lugar donde entra.

—No metas a mi hija en esto —le lanzo una mirada que podría matar.

Puedo hacer cualquier cosa por el poder y aguantar lo que sea. Pero jamás permitiré que utilicen a mi hija en este mundillo asqueroso. Todo lo que soporto, lo soporto por ella. Para que nunca tenga que convertirse en alguien como yo.

—Entonces queda decidido: cena con el gobernador a final de mes, vas con Melanie, sonreís ante las cámaras, os lanzáis miraditas y besos apasionados, y sigues acumulando más poder e influencia que Yan Muller. —Capta toda mi atención solo con mencionar a ese imbécil.

—¿Él va a estar?

—El tipo también tiene sus contactos, Ed —suspira mientras empieza a desabotonarse el traje—. Qué calor... ¿crees que puedo quitarme la ropa?

Le doy una patada con el zapato en la pierna.

—¡Ni se te ocurra empezar con lo de desnudarte! —gruño como un trueno—. ¡Hazlo en tu oficina, no en la mía!

—¿Por qué hace tanto calor en tu despacho? —empieza a abanicarse.

—Vete a mirar eso, lo tuyo es menopausia.

—¿La menopausia no es cosa de mujeres? —el desgraciado se abanica con mi portátil.

—Andropausia —pienso un segundo.

—Eso es de viejos. Tengo tu edad, tío. Treinta y siete —se queja.

—Entonces lo tuyo es fuego en la polla que no puedes controlar —me levanto. Quería contarle lo de anoche, pero no vale la pena ahora—. Vamos a la sala de reuniones, me cansé de esperar a Aurora.

—Uh, tiene nombre… Aurora.

—Ni se te ocurra ponerle los ojos encima ni soltarle una frase barata a mi nueva secretaria —le doy otra patada mientras salimos.

En la sala de reuniones, Sebastian ya ha dispuesto los documentos y los pendrives por orden de prioridad, tal como pedí. Abro el portátil y reviso los últimos anuncios que hicimos para las marcas el semestre pasado.

Matthew llama a su directora de casting para presentarme personalmente a las modelos que participarán en las nuevas campañas.

A los diez minutos, empiezan a entrar una por una.

Rubias, morenas, pelirrojas. Altísimas, femeninas, con la piel tan suave que brilla, y una postura que provoca envidia.

—Estas, para la campaña de cosméticos —señalo con el bolígrafo, y Matt asiente.

—Me está subiendo el calor y se me hace la boca agua —murmura.

—Contrólate —le doy un codazo.

—Menos mal que dejaste esa estúpida campaña de aceptación del cuerpo —dice con desdén—. Esto es lo que quiero ver en una campaña de belleza: mujeres delicadas como una flor, que me hagan imaginar el perfume... el sabor de su coño...

Le suelto una buena palmada en el pecho.

—Cállate.

La sala es amplia, pero la cantidad de modelos es aún mayor, así que hacen fila fuera y entran cuando Matthew las llama por su nombre. Yo hojeo las campañas que tenemos abiertas para esta semana y decido quién va en cuál. Algunas prefiero no comentarlas en voz alta.

—Las latinas son las mejores —susurra mi amigo.

Y no puedo contradecirlo. De las diez que he seleccionado, al menos siete lo son.

—Esa quedaría bien para el anuncio de Apple de este año —me señala a una asiática.

—Tópica y hortera —comento.

—Esta de aquí, sin duda para la campaña de lencería.

—Mmm… —anoto su nombre.

—Por cierto, Ed, no he recibido el briefing del anuncio de Tesla. ¿Cómo vas a elegir modelos si no me has mandado nada para

visualizar?

Suspiro, frustrado.

—El departamento creativo aún no me ha entregado algo decente.

—Después de todo lo que costó conseguir ese cliente, ¿no tienes ni una idea de campaña? —Abre los ojos como platos—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con Edward Cooper?

—Lo sé. Lo sé. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Tío, Tesla debe estar ahora en tu top 3 de ingresos. Ese anuncio tenía que estar listo para ayer —hace una señal a las modelos para que desfilen más lento, insinuándose.

—Lo sé —gruño.

—Más tarde puedo enseñarte a las nuevas modelos de *Victoria's Secret*, ¿qué te parece? —alza las cejas—. Estoy organizando una fiestecita privada solo para empresarios y modelos. ¿Te apunto?

—No.

Llamo a la siguiente modelo, pero quien entra es Aurora. Con la maleta, el bolso, la cara desencajada. Entra casi tropezando, se lleva por delante a por lo menos tres modelos.

—Señor Cooper, lo siento mucho, llego tarde, lo sé, pero… —dice entre lágrimas.

—Esto es justo lo que NO quiero ver en el anuncio de *Victoria's Secret*. ¿De qué infierno ha salido esta diabla? —Matthew echa la silla hacia atrás—. ¡Esa no es de las mías! —señala horrorizado.

—Es de las mías —le obligo a sentarse de nuevo—. Mi nueva secretaria.

—Ah —suspira, o tal vez agoniza, a mi lado.

Capítulo 16

Aurora López

Jadeando, aterrada y con la vista borrosa. Cuando el ascensor se abre en la planta presidencial, lo primero que veo es una fila interminable de modelos que ocupa todo el pasillo.

—Con permiso… —Intento abrirme paso entre ellas y me acerco al secretario del señor Cooper, Sebastian. Él ha sido el único que me ha tratado bien aquí. —Hola, perdona, soy la nueva secretaria.

—¿Y por qué tendría que perdonarte? —sonríe sin levantar la vista del portátil.

—¡Llegué tarde! ¿Dónde está el señor Cooper? —pregunto, desesperada.

—Ah —mira su reloj de pulsera—. Sala de reuniones. Solo tienes que seguir esa fila...

No espero a que termine. Me abro paso entre aquellas bellezas por el pasillo larguísimo, mientras paso frente a varias puertas cerradas. Tropiezo, empujo a medio mundo porque vengo arrastrando mi maleta.

—¡Buenos días! —saludo torpemente a todos esos rostros angulosos, cuerpos altos y delgados, miradas seguras—. Perdón... Necesito pasar... Ay, tu pie, lo siento.

No solo llego a la sala de reuniones, sino que prácticamente me lanzo dentro como si una granada de la Segunda Guerra Mundial estuviera a punto de explotar detrás de mí.

El desfile no se detiene. Las bellezas siguen mostrando sus rostros y cuerpos, caminan suavemente alrededor de la mesa como si flotaran y luego salen por la puerta.

—Mira quién se ha dignado a venir a trabajar.

Estoy tan nerviosa e hiperventilando que eso es lo único que alcanzo a oír. Antes de que pueda inventar una excusa, mi jefe señala una silla vacía y me indica que me siente.

—¿Noche difícil, Aurora? —pregunta.

Y de pronto me vienen a la mente flashes de escenas que aún no he digerido: su mano grande en mi muslo, su boca subiendo por mis piernas, esa sensación abrumadora cuando su cuerpo musculoso se lanza sobre el mío y me penetra...

—¡Aaah! —exclamo y abro los ojos de par en par. Agito las manos alrededor de la cabeza como si así pudiera espantar los pensamientos sucios—. Es que me cansé un poco y...

—¿Y eso que no llevas ni tres días trabajando? —ironiza, con los ojos fijos en cada mujer que entra por la puerta y desfila alrededor de la mesa.

¿Cómo no iba a estar cansada? ¿Él se piensa que es fácil recibir semejante paliza de polla y luego salir fresca y radiante como si nada? ¡Debería estar en silla de ruedas!

—Fue un viaje turbulento —intento justificarme de nuevo. Ni siquiera recuerdo el viaje. Creo que me desmayé del agotamiento y solo desperté hace un rato.

—No te pago para que pongas excusas, te pago para que trabajes —dice con tono seco.

—Sí, señor Cooper.

Con los minutos, y ya con la adrenalina bajando, empiezo a preguntarme por qué parece que estamos en medio de un desfile de

moda. Giro el rostro para susurrarle a mi jefe, pedirle que me ponga en contexto, y me encuentro con sus ojos azules fijos en los míos.

Desvío la mirada al instante y clavo la vista en la puerta.

Esa mirada suya, firme y oscura, me hipnotiza. Me recorren escalofríos al recordar cómo me miró anoche, con ese aire perverso y seductor.

—Quiero a esta y a esta —le dice al hombre que lo acompaña.

Si mi memoria no me falla, sé que es Matthew Crawford, el mejor amigo del señor Cooper. Siempre participa en el pódcast que escucho.

Jamás imaginé que fuera tan alto ni con una presencia tan arrolladora. Nuestros ojos se cruzan cada vez que giro para ver las reacciones de mi jefe, pero ni de lejos me provocan el mismo nerviosismo que siento cuando el señor Cooper me mira. Inmediatamente aparto la vista y finjo que entiendo todo lo que está pasando aquí.

Y que todo lo que ocurrió anoche ha sido producto de mi imaginación.

—Ya tengo todo lo que necesito —dice por fin, tras media hora, con una cola kilométrica aún esperando fuera.

Se levanta y hace un gesto para que lo siga, así que obedezco sin rechistar.

—Ve al tercer piso y tráeme los informes de redes sociales de nuestros clientes de los últimos tres meses. Usa marcadores rojo, azul y verde para señalar caída, estabilidad y crecimiento de engagement, seguidores e interacción —empieza a decir con tono robótico.

Se quita la chaqueta y la deja sobre la mesa, se sienta en la silla presidencial y abre el portátil. Yo empiezo a anotar como una loca en mi cuadernito.

—El miércoles tengo grabación del pódcast con el empresario Ethan Evans. Confirma con su secretaria. El jueves es la reunión de padres en el colegio de Ángela. Probablemente no estaré el viernes, así que no podré ver las piezas publicitarias que el departamento creativo preparó para Tesla. Si haces un buen trabajo, te dejo ir en mi lugar. Anota todo y sé muy exigente con el anuncio que debemos elegir.

Me sorprende que no mencione nada sobre lo de anoche. Por otro lado, rezo para que siga ignorándolo. No sé si sobreviviría a cualquier comentario.

—Sí, señor. Pero... ¿cómo quiere que sea el anuncio? —parpadeo, dudosa.

—Aquel incidente en el hotel —ignora por completo mi pregunta anterior— hizo que Herbert Nóctua viniera desde París hasta aquí. No tengo tiempo para ese hombre. No es bienvenido. Y si necesita tratar algún asunto, que lo trate con... —se detiene y me mira con las cejas alzadas.

—¿Conmigo?! —alzo las mías.

—Buena chica.

—Señor, ¿quién es Herbert Nóctua? —pregunto.

Mi jefe me mira como si acabara de insultarlo.

—¿Por qué sigues sujetando tu maleta? —Sus ojos bajan hacia ella—. ¿Tienes planes de viajar a algún sitio?

—No. Es solo que no tuve tiempo de dejarla en casa.

—¿Y por qué no la dejaste en la mía?

—No quise causarle molestias, señor Cooper.

—Te desmayaste de sueño y me obligaste a cargarte del hotel al avión. Y del avión a mi apartamento. Dormiste en mi cama y ni siquiera te follé más de una vez. ¿Y me vienes con que no quieres molestar?

Perfecto. Hora de desaparecer con una sonrisa en el rostro.

—¡Aurora, vuelve aquí! —gruñe.

—Tengo que ocuparme de todo esto —digo agitando mi agenda antes de salir a toda prisa.

Solo consigo respirar cuando llego a mi escritorio. Dejo la maleta y el bolso detrás de mí y empiezo a abanicarme.

¡Hombre infernal! ¿Por qué tenía que decir aquello? ¿Por qué me cargó? ¿Por qué me hizo dormir en su cama? ¿Y por qué me sedujo hasta hacerme perder la virginidad?

No es que me arrepienta. De hecho, quiero repetir. Pero... ¡es mi jefe!

—No sé si darte la enhorabuena por haber conseguido el trabajo o el pésame —Sebastian se ríe.

No le respondo de inmediato, todavía hipnotizada por todo lo que acabo de oír y sentir.

Es oficial: he perdido el control sobre mi cuerpo. Mi mente me juzga con dureza por lo que hice, pero mi cuerpo... mi cuerpo solo quiere volver ahí dentro y sentarse a gusto en su cara.

Necesito sentir esa lengua otra vez.

—¿Siempre es así? —señalo con el bolígrafo hacia la puerta.

—Hoy está de muy buen humor, sin duda ha echado un polvo —guiña un ojo—. ¿Primer día duro? —asiente con la cabeza hacia mi maleta—. ¿Estás huyendo de algo?

—Ah, no. Es que viajé con el señor Cooper y no tuve tiempo de dejar las maletas en casa —explico.

—¿Pero no llegasteis de madrugada? ¿Dónde dormiste? —arquea una ceja.

En la cama de mi jefe.

Y anoche me quitó el albornoz, me dio una lamidita pervertida en el pecho y luego metió la boca entera dentro de mí. Dios mío, ¡qué calor!

¿Y cuando me agarró del pelo y tiró con fuerza para que sintiera su pi...?

—¿Aurora? —Sebastian chasquea los dedos.

—¿Por qué estaba encima de mí? —pregunto en voz alta, reviviendo la escena.

Una parte de mí quiere olvidarlo y seguir adelante. La otra simplemente no puede. Cuanto más intento no pensar en ello, más lo pienso.

—¿Quién estaba encima de ti?

Sebastian se endereza y deja la actitud relajada. Se centra en la pantalla y empieza a teclear con rapidez. Entiendo por qué dos segundos después, cuando la puerta se abre y mi jefe nos mira despacio.

—¿No deberías estar en la quinta planta? —me gruñe—. ¿O prefieres discutir ese asunto conmigo?

—¡Ah! ¡Ahora mismo voy! —me levanto a toda prisa, abrazando mi cuaderno de notas.

Capítulo 17

Aurora López

Voy a la quinta planta como me lo indicaron.

No sé muy bien cómo me imaginaba el ambiente de trabajo, pero me encuentro con algo que se parece mucho a un call center.

Cientos de personas ni parpadean frente a sus pantallas, teclean sin parar y atienden llamadas con auriculares puestos.

—Perdón… —me acerco al escritorio más próximo—. ¿Quién es el jefe del departamento?

Nadie responde.

Empiezo a caminar por aquel laberinto, es difícil orientarse porque todos los escritorios parecen idénticos.

Después de varios minutos de andar y con la cabeza a punto de dar vueltas, me topo con un escritorio apartado de los demás. Un hombre calvo y delgado, que parece estar siendo estrangulado por su traje, me observa por encima de unas gafas redondas.

—Disculpe. El señor Cooper necesita… —consulto mi cuadernito— los informes de redes sociales de los clientes de la CTT, de los últimos tres meses, por favor.

Con la misma expresión con la que me miró, el hombre vuelve su atención al ordenador, como si yo no existiera.

—Hola —le hago un gesto con la mano—. El señor Cooper...

—Planta treinta y nueve —es todo lo que dice.

—Pero el señor Cooper...

Se pone los auriculares y me ignora por completo.

Me encojo de hombros y me dirijo al ascensor para ir a donde indicó. Tardo un poco en llegar, el ascensor va hasta arriba, acabo aplastada entre ejecutivos, pero llego sana y salva.

La planta es tan diferente como la anterior. Armarios de cristal del suelo al techo contienen todo tipo de ropa.

—No, no puedes estar aquí —un anciano me corta el paso—. Este no es tu sitio, ¡fuera!

—Pero el señor Cooper...

—Planta treinta —me informa.

—Sí, sí, ahí es donde trabajo. Lo que pasa es que fui a la quinta y me dijeron... —digo, ya al borde del colapso.

—Que no puedes estar aquí —me empuja de nuevo hacia el ascensor.

Otra vez en la maldita lata de sardinas. Bajo a mi planta y me planto frente a Sebastian, con la frustración pintada en la cara.

—¿Por qué vienes con las manos vacías? —pregunta, intrigado.

—Bajé a la quinta planta, pero nadie me respondía. Un tipo me dijo que...

Me callo de golpe al ver la puerta del despacho presidencial abrirse. Mi jefe cruza los brazos y se sienta con medio culo en mi escritorio.

—Ah, así que preferiste quedarte a charlar. Entonces dime, Aurora, anoche, cuando fui a tu habitación en albornoz... —empieza sin ningún pudor, y veo en sus ojos que está a punto de relatarlo todo.

—¡Ya voy! ¡Voy a buscarlo ahora mismo! —le interrumpo, desesperada. Miro a mi compañero—. ¡Ayúdame, por el amor de Dios!

—Esos imbéciles del departamento de redes sociales... —se levanta de un salto—. ¡Vamos!

Me siento una idiota repitiendo todo el proceso. Sigo a Sebastian, que camina decidido, con paso tan firme que parece que va a romper el suelo del gran salón lleno de ordenadores y gente trabajando.

—¡Escúchame bien, inútil! —le suelta al tipo de antes, golpeando su mesa—. ¡Tu jefe quiere tu cabeza en bandeja de plata! —gruñe—. Esta chica es la nueva secretaria ejecutiva del señor Cooper y él está hasta las narices de que no le entregues los informes —se lleva una mano a la frente—. Hazlo ahora mismo o no solo perderás el pelo... vas a perder el trabajo.

Y por si quedaban dudas, vuelve a golpear la mesa. Con esa mirada segura y esa voz firme, yo también le obedecería sin rechistar.

—¿Cómo iba a saberlo? Alguien como ella nunca trabajaría aquí —frunce el ceño y se dirige a un armario metálico enorme—. Aquí están.

No tengo ni idea de cómo iba a cargar con todo eso sola. Sebastian divide la montaña de papeles en dos y, aun así, la pila que me entrega me llega al mentón.

—Si esto se repite, te vas a la calle —suelta enfadado mientras salimos.

—Gracias —le digo cuando estamos solos, subiendo de nuevo a la planta treinta.

—No dejes que esa gente te intimide. Se creen mejores que tú, te van a mirar por encima del hombro, tratar como si fueras nada. Pero acuérdate: tú ves todos los días al tipo que firma sus nóminas. Así que impón tu presencia.

—Si hubiera sabido que podía hablarles como lo hiciste tú… —le sonrío, algo avergonzada.

—Y no puedo —guiña un ojo—. Pero si alguien se va a imponer, ese alguien soy yo. Copio el estilo del señor Cooper... y funciona —sonríe.

Cuando llegamos, el jefe está saliendo.

Pasa junto a nosotros sin apartar los ojos de mí. Yo sigo su mirada, atónita, sin saber qué ha pasado para que me mire así.

Cuando parece que va a abrir los labios y decir algo, la puerta se cierra y desaparece.

—Vamos a hacer esto rápido. Solo cuesta los diez primeros, luego lo haces en automático.

—No hace falta que me ayudes, Sebastian, puedo sola —miro los dos montones de papeles sobre mi mesa.

—Si lo hacemos juntos, acabas antes del viernes —lleva uno de los montones a su escritorio y me enseña cómo se hace—. Todos los informes siguen este mismo patrón, ¿lo ves? Él quiere que marques esta información de aquí.

Lo hace tan rápido y con tanta naturalidad que parece fácil.

—¿De dónde eres, Aurora?

La voz de Sebastian me tranquiliza. Sé que me esperan días infernales aquí, pero, por lo visto, él será mi apoyo. Sigue tratándome bien, incluso cuando todo el resto insiste en dejar claro que este no es mi lugar.

—Yuma, Arizona —respondo, sentándome en mi silla mientras separo los marcadores.

—¿Y cómo fue crecer en ese desierto maravilloso? ¿Llegaste a conocer el Gran Cañón?

Esbozo una sonrisa melancólica y suspiro. Hablar de eso me trae recuerdos que ahora duelen. Desde la noche anterior a mi partida a Washington, abuelita no volvió a llamarme.

Aún oigo sus palabras retumbando dentro de mí, como si las estuviera diciendo ahora mismo:

—¡Mira en lo que te has convertido! Sabía que no debía haber cedido a tus caprichos. ¡Te volviste una puta como tu madre!

Suspiro. Intento concentrarme en las marcas del informe, pero ni eso me distrae. Mis ojos arden, llenos de lágrimas, al recordar la voz de la persona que más me cuidó y apoyó:

—¡Vuelve inmediatamente, Aurora, o te desheredo! ¡Vuelve o acabarás como tu madre! Una mujer que cedió a los deseos de un hombre… y encontró su ruina.

—¿Infancia difícil? —Sebastian me saca de mis pensamientos.

—Fue soportable. Después de un tiempo, cuando todos te tratan mal, te acostumbras.

—Deberíamos acostumbrarnos solo a que nos traten bien, ¿no crees? —responde.

Y no tengo argumentos para contradecirle.

—¿Y tú de dónde eres? Con ese pelo precioso y esa piel tan suave... —Le guiño un ojo.

—¿Estás coqueteando conmigo? —Me guiña.

—¡No! —respondo desesperada—. Solo estaba... intentando ser amable. —Siento cómo me arden las mejillas.

—San Diego, California —dice con orgullo.

—Ah, así que vienes de la costa —sonrío—. Tienes una energía muy solar.

—¿Y eso qué significa? —Apoya su barbilla cuadrada en el puño cerrado.

—Que iluminas el ambiente. *Brillas* —digo en español.

Tras una pausa dramática, con su mentón apuntándome como si analizara cada palabra, pregunta:

—¿Ahora sí estamos coqueteando? —Vuelve a guiñarme—. Un día te darás cuenta de que todo en este mundo gira en torno al sexo.

—¿En qué mundo?

—En el mundo de los que controlan el mundo, claro —se echa el pelo hacia atrás—. Bueno, sigamos coqueteando entonces.

Empiezo a reír, desesperada, y me tapo la cara sonrojada con la mano.

—¡Idiota! —vuelvo a las marcas—. ¿Cómo una chica como yo iba a coquetear con un chico como tú? —Niego con la cabeza.

Además, no sé coquetear. Nunca lo he hecho en mi vida.

—¿Y cómo fue tu infancia? —le pregunto para cambiar de tema.

—Fue buena. Movidita. Desde que tengo uso de razón, trabajo.

Hago una pausa para mirarlo de frente.

—¿Cómo así?

—Mi familia es muy pobre. Rebuscan en la basura para sobrevivir y, desde pequeño, yo los ayudaba.

Eso me resulta tan intrigante que dejo de hacer lo que estaba haciendo.

—¿Y cómo acabaste en Nueva York? —abro los ojos, sorprendida.

—Siempre quise ser bailarín. Pero mis padres no podían pagar una escuela y pensaban que el ballet era cosa de maricones.

—Hum... —alzo una ceja.

—Así que ahorré algo de dinero y vine a Nueva York a cumplir mi sueño. Cuando escapé en plena noche, mis padres me dijeron: ¡Por generaciones, nuestra vida ha sido rebuscar entre la basura!

¡No puedes huir de tu destino! ¡Un día volverás con el rabo entre las piernas! —imita la voz de reproche al contarlo.

Contengo la respiración. Eso se parece demasiado a mi historia.

—No tengo nada en contra de los que recogen basura por generaciones, pero mi destino es ser bailarín. Y si no lo fuera, da igual. Yo construyo mi propio destino —me lanza una mirada rebelde —. Soy responsable de mi propia felicidad.

No me equivoqué. Sebastian es, de verdad, una persona solar. Y tenemos mucho en común.

—Yo vine de Yuma para estudiar marketing. Nadie de mi familia me apoyó, solo mi abuelita. Pero ahora... se volvió contra mí —sacudo la cabeza. No quiero seguir hablando de eso—. ¡Deseo que cumplas tu sueño, Sebastian!

—Ya lo cumplí. Soy licenciado en danza —dice.

—¿En serio? —Aplaudo.

—En serio. Tengo dos trabajos. Trabajo aquí como secretario... y doy clases particulares de baile.

—¡Qué genial! ¿Algún día me enseñas a bailar? Siempre quise hacer ballet, pero se reían de mí y decían que solo servía para hacer el papel del patito feo.

—¡Claro que te enseño a bailar! —responde entusiasmado.

—Solo sé hacer el paso del robot —le muestro—. Por lo demás, soy un desastre. ¡Ni siquiera sé andar bien, imagina bailar! —me río.

—Tonterías. Si quieres bailar, puedes. Solo tienes que encontrar tu propio ritmo —dice con amabilidad, sin dejar de subrayar datos en los informes—. ¿Sabes? También me trataron mal cuando llegué aquí. Al fin y al cabo, esto es la Quinta Avenida, todo el mundo viste ropa de marca y yo solo podía permitirme trajes de segunda mano. Pero con el tiempo, mejora. Ya lo verás.

—¡Eso espero!

Por más que hubiera querido imaginar la historia de mi compañero, jamás habría adivinado nada de eso. De verdad, es una caja de sorpresas… y además ha conseguido animarme.

—Vistes muy bien —admito.

—Gracias. Este traje es un Dolce & Gabbana de siete mil dólares —dice.

—¿Quéééé? —Casi se me caen todos los papeles—. ¿Cuál de tus trabajos paga tan bien? Necesito saberlo.

—Ninguno. Tengo un *sugar daddy* y una *sugar mommy*.

—¿Y eso qué es? —Frunzo el ceño.

—Un hombre y una mujer que me mantienen a cambio de ciertos favores.

—¿Favores...? —Entorno los ojos.

—Sexo —responde.

—Ah —se me eriza la piel de los pies a la cabeza solo de oírlo.

Y, otra vez, me viene a la mente la imagen de mi jefe, todo sudado y delicioso, ese cuerpo musculoso deslizándose sobre el mío, su piel suave y...

—Espera un momento —señalo con el dedo—. ¿Una mujer? Pensé que eras gay, Sebastian.

—La «B» de LGBTQIAPN+ no es de «*bobo*», ¿sabes? —se ríe —. Tú pensabas que era de «*bichito*», ¿a que sí?

—Ah —estoy tan confundida que eso es todo lo que logro decir.

—Además, Dios creó a Adán y a Eva, ¿no?

—Sí —asiento automáticamente.

—Y a mí me gusta besar a los dos —concluye con una sonrisa.

Capítulo 18

Aurora López

Paso por el salón de Manu para recoger la llave de casa y por fin regreso a mi dulce hogar. Solo estuve fuera tres días, pero han pasado tantas cosas que ya ni siquiera me reconozco.

El piso me parece demasiado pequeño ahora, no puedo mirar el altar del salón y siento que no encajo, como si fuera una extraña en mi propio nido. Todo lo que fui —o creía ser— ya no existe.

No tengo familia, estoy sola… y ya no soy virgen.

—Perdóname, Santa Inés —murmuro cabizbaja, avergonzada.

Dedico un rato a deshacer la maleta, y aprovecho para reflexionar sobre las consecuencias de todo lo que ha ocurrido.

Crecí oyendo que una mujer decente solo pierde la virginidad en el matrimonio, con el hombre al que ama. Y la persona que me enseñó eso… apareció de la nada para intentar casarme con un viejo, como si vendiera mi virginidad al mejor postor.

Estaba tan confundida, asustada y dolida que acabé cometiendo un error. No debería haberme acostado con mi jefe.

Pero fue tan bueno...

Me acerco al altar de Santa Inés sin atreverme a mirar la imagen de frente. Enciendo una vela y me quedo un rato en silencio, meditando, pidiendo perdón, sintiendo el peso de la culpa sobre los hombros.

—Todo pasó tan rápido... —trato de explicarme, como si hablara con mi madre. En este momento, mi religión es lo único que me conecta con mi pasado, con mi identidad, con algo que me dé

seguridad emocional. —Podría haber dicho que no, pero fue tan inesperado...

No consigo decirlo en voz alta, pero mis pensamientos me delatan: me gustó. Lo deseé. No he dejado de pensar en él desde que lo vi desnudo haciendo yoga. Todo sucedió demasiado deprisa.

—¿Aurora? —llama Manu, pero esta vez no es desde la ventana.

Oigo golpes en la puerta y me levanto a abrir.

—¿Ya has terminado de trabajar? —abrazo a mi amiga, que aparece con bolsas de comida y bebida.

—Me imaginé que tendrías hambre —dice, enseñando todas las delicias—. Y estoy muy curiosa por cierto temón largo y duro —añade con tono burlón.

Le tapo la boca y la arrastro dentro de casa.

Como no tengo mesa de comedor, nos sentamos en el suelo. Manu abre el recipiente con pollo frito, reparte zumo, refresco y cerveza, y clava la mirada en mi altar.

—¿Qué has hecho ahora? Tienes cara de tensión. Recién llegas y ya has encendido la velita para la pobre Santa. —Empieza a comer.

Durante unos segundos dudo si debería contarle o no lo que ha pasado. Me siento muy avergonzada, pero necesito hablarlo con alguien.

—He hecho algo.

—Vendiste tu virginidad a un multimillonario —suelta ella.

—¡Manu! —le doy un manotazo en el brazo.

—No me digas que no estás leyendo los libros que te recomendé en el Kindle… Tremendo salseo. —Abre la cerveza y bebe.

—Bueno… yo… —trago saliva.

Toda la vida intenté seguir las normas y ser perfecta. Sin padres que me apoyaran, sin amigos cerca… no podía permitirme fallar. Las exigencias siempre fueron más altas conmigo.

—Te conté que mi abuela quería casarme con Roger Antunes por ser virgen, ¿verdad? Y que el señor Cooper la interrumpió diciendo que él ya se había acostado conmigo.

—Sí. Una mentirijilla de vez en cuando no hace daño. —Sigue comiendo.

—Ya no es mentira.

El silencio que se instala nos pone los pelos de punta. Manu abre los ojos como platos y agita el muslo de pollo en el aire, como si intentara dibujar algo frenéticamente.

—Pues eso. —Agacho la cabeza.

—Guau —es lo único que dice.

—¿Guau? —frunzo el ceño, desconcertada.

—Es que no sé qué decir. —Se encoge de hombros—. No me lo esperaba de ti.

¡Lo sabía! ¡Soy una decepción! ¡Lo he hecho todo mal! ¡Y de la forma más tonta!

—Quiero decir, siempre has sido tan correcta, tan fiel a tus principios, tan obediente con las normas… —Sigue agitando el pollo —. Él es multimillonario, ¿no? ¿Cuánto pagó por tu virginidad?

—Nada. No le pedí nada —susurro.

—¿¡Qué!? —responde indignada—. Pero si ahora una virginidad vale su peso en oro, niña. —Vuelve a comer como si nada —. Me has dejado loca. Pensaba que ibas a quedarte virgen de por vida. Hasta que a ese coñito le salieran telarañas.

—¡Manuela! —le doy otro manotazo y empiezo a reír—. ¿No estás decepcionada conmigo?

—¿Decepcionada? —pregunta con la boca llena—. Solo si la polla hubiera sido fina y chiquitita. Pero como ya me adelantaste por teléfono que llevaba el sello de aprobación del MOF, todo bien.

—¿MOF?

—Ministerio del Orgasmo Femenino —dice con total desparpajo—. ¿Y esa cara larga, Aurora? Dímelo de verdad: ¿fue malo?

—Fue increíble —confieso, sintiendo cómo me arden las mejillas.

—Entonces, hija mía, eso es lo que importa. —Levanta las cejas—. La primera vez duele. Molesta. Asusta. Pero si te entregas al momento y vives la emoción… es pura felicidad.

Tiene razón. Me sentí tensa y asustada cuando vi a mi jefe desnudo, o cuando él empezó a quitarme la ropa. Pero esa boca... hizo maravillas en mí, y solo de recordarlo me recorre un calor por dentro que, sinceramente, debe ser mi billete directo al infierno.

—¿Crees que Dios me va a castigar por esto?

Manu me mira muy seria. Más de diez segundos. Y luego empieza a reírse como una loca.

—Te lo digo en serio —insisto—. He tenido sexo sin estar casada, ¿lo entiendes? Solo fue una aventura. Ni siquiera estábamos enamorados ni nada por el estilo. Solo fue deseo. Fuego.

Decirlo en voz alta me escandaliza. Pero, al mismo tempo, me libera un poco del peso mental.

—Bienvenida al siglo XXI, Aurora. —Me mete una alita de pollo en la boca—. Mientras respetes tu cuerpo, lo disfrutes y no hagas daño a nadie, ten todo el sexo que quieras. Es una necesidad fisiológica. Es bueno para el cuerpo, para la cabeza, para la piel. —

Me toca la cara con la mano llena de grasa y yo casi me tiro al suelo —. Mira esta carita… ¡piel de bebé!

—Idiota. —Le doy una palmada en la mano mientras me río—. Me preocupa, ¿sabes? Haber estropeado mi relación con Dios. Es lo único que me queda.

Manu entiende perfectamente lo que quiero decir. Respira hondo, termina de masticar y me dice:

—Deja que Dios te juzgue a su debido tiempo. Si te hace bien confesarlo y pedir una absolución formal, hazlo. Pero no te juzgues tú. El peso innecesario que cargamos aquí —señala la cabeza— no vale la pena. Solo nos impide vivir, ser felices...

—¿Crees que mis padres estarían decepcionados conmigo? — Respiro hondo, angustiada.

La abuelita se escandalizó. No sé si por lo que pasó o porque perdió la oportunidad de encasquetarme con ese viejo patético.

—¿Tú cómo crees que te hicieron tus padres, Aurora? —me suelta un manotazo en el brazo—. ¡Tú naciste gracias a una buena corrida, hija mía! ¡Despierta de una vez! ¡Por favor! —Vuelve a comer—. Estás creciendo, madurando. Sentirse insegura forma parte del proceso. Es como la primera vez que hiciste un trabajo publicitario, ¿te acuerdas?

—Sí. —Asiento con la cabeza.

Y es verdad. Aquella vez me sentí insegura, pasé noches sin dormir intentando hacer el mejor proyecto… y al final saqué matrícula.

—Yo solo tengo tres reglas en la vida: nada de presión. Nada de culpa. Y trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti. Antes de que Dios te perdone, tienes que perdonarte tú.

No tengo palabras ante eso.

Mientras como, me pongo a imaginar qué diría mi madre. Cómo reaccionaría mi padre. Aún no sé muy bien cómo me siento… pero una sonrisa se dibuja en mis labios.

¿Será que él me deseó de verdad? ¿Será que le parezco atractiva? ¿Un poco guapa, al menos? Aunque no sea muy femenina, ni alta, ni tenga el glamour de esas modelos de pasarela… ¿por qué yo?

—Solo se acostó conmigo como una especie de recompensa por el trabajo —murmuro mientras bebo el zumo.

—Entonces sigue haciéndolo bien, que a final de mes cobras tu sueldo y además le haces una mamadita al temón largo y grueso —me provoca.

Nos echamos a reír. Siento el pecho más liviano. La presión se va, al menos por ahora. Me siento menos culpable.

No sé qué haría sin mi mejor amiga.

—Dios conoce nuestro corazón. Sabe lo que necesitamos. Escribe nuestra historia incluso por caminos torcidos —me suelta de repente.

Me sorprende oír eso viniendo de ella.

Manu nunca ha sido religiosa. Nunca la había oído mencionar a Dios en todas nuestras conversaciones.

—Espero que sí. —Miro el altar. La velita sigue encendida, la llama firme, apuntando hacia arriba.

—Venga, levanta. Vamos a dar una vuelta por el barrio a cazar tus próximas víctimas —me pincha.

—¡Ni loca! Voy a pasar un buen tiempo sin sexo.

—¿Cómo dices? ¿Recién empiezas y ya quieres parar?

—¡Manu, estoy toda irritada! ¡Casi no puedo andar! —lo digo tan alto que enseguida me tapo la boca.

Genial. Ahora todo el edificio debe saber que la fea del octavo ya no es virgen.

—Qué delicia, ¿eh, niña? —dice Manu con una sonrisa maliciosa.

—Sí… qué delicia —me rindo, sin poder evitar sonreír.

Edward Cooper

El miércoles, el chófer me deja frente a Brearley, uno de los colegios más prestigiosos de Nueva York, donde estudia Ángela. Como no tengo tiempo que perder, entro directamente en la propiedad y observo el entorno limpio y luminoso; las aulas de la planta baja, con paredes de cristal, ofrecen una vista privilegiada de la clase de ballet de un grupo avanzado.

Estoy acostumbrado a venir al colegio, así que sé perfectamente a dónde ir. Me dirijo a la sala de reuniones y soy recibido por miradas disimuladas… y juzgonas.

Si alguna vez alguien me dijo que tener dinero era suficiente para formar parte de la alta sociedad, esa persona mintió.

Para ser aceptado entre ese grupo selecto que representa la élite social, necesitas mucho más que millones en la cuenta o influencia en tu sector. Algunos de los requisitos no escritos para formar parte de ese mundo son: a) pertenecer a una de las familias tradicionales de Manhattan; b) casarte con alguien de esas familias; y c) seguir las reglas del juego de esa gente.

Lamentablemente, yo cometí el error «b». Y ese error tiene nombre: Melanie Smith.

—¡Eddy! —descruza las piernas y se pone de pie como una estatua de mármol; camina hasta mí, me agarra por los hombros y me da un beso en cada mejilla.

—¿Qué haces aquí? —murmuro mientras miro por encima de su hombro.

—Es la reunión del cole de nuestra hija —dice como si fuera lo más evidente del mundo—. Llegué temprano a la ciudad y... quise ponerme al día con los asuntos escolares —añade con toda naturalidad.

Me arregla la corbata y alisa mi chaqueta. Finalmente, me coge de la mano y espera a que yo tome la iniciativa para llevarnos hasta nuestro sitio.

—Perfecto, solo faltan los padres de Kenny, Ashley, Tiffany... —anuncia la profesora, revisando su tablilla.

Melanie y yo no tenemos una relación sana. En realidad, no nos soportamos.

Pero esta pantomima de pareja o familia feliz es lo que mantiene en pie algunos de mis negocios, únicamente por su apellido. Y el hecho de que esté casada con un hombre influyente también le abre muchas puertas en el mundo de la moda.

—Deberías haberme llamado —frunzo el ceño, evitando mirarla directamente, mientras observo el aula: espaciosa, moderna, con ordenadores de última generación.

—¿Ya no te gustan las sorpresitas? —me pasa las uñas por dentro del traje.

—¿Qué quieres? —corto por lo sano, apartando sus manos de encima.

—Nada, Eddy, solo tenía curiosidad por ver cómo le va a nuestra hija prodigio en el colegio. —Melanie tiene muchos más atributos que su belleza, su altura y su delgadez.

Es cínica, sádica y manipuladora. Una actriz digna de Hollywood.

—Ajá.

—Y quiero estar aquí la semana que viene para su cumpleaños —dice, parpadeando con esos ojos enormes—. Es en mayo, ¿no?

—Su cumpleaños fue hace unos días —contesto, manteniendo la expresión lo más neutra posible, consciente de que todas las miradas están puestas en nosotros.

Melanie proviene de una de las familias más influyentes de Nueva York, y este matrimonio fue como firmar un pacto con el mismísimo diablo. Me dio todo lo que siempre quise… pero a un precio altísimo.

—¡Oh! —resta importancia a lo que acabo de decir—. Sabía que era en mayo. —Saca la lengua como una niña.

—En fin, Eddy, necesito que me acompañes a una gala benéfica que organiza Blair este fin de semana. Es de etiqueta. También tengo pruebas para una peli con Tom Cruise. Es un papel perfecto para mí y quiero que estés allí. Tu presencia siempre impresiona a los productores de Hollywood.

—¿Algo más? —Evito poner los ojos en blanco.

—Ah, claro, la cena del gobernador a final de mes. Tenemos que ir con Ángela, así que ve comprándole un vestido rosa desde ya. Va a estar preciosa.

—No metas a mi hija en esos juegos sucios que usas para ganar fama —no puedo contener la rabia esta vez.

Melanie sabe que puede conseguir de mí lo que quiera, pero cuando se trata de Ángela, prefiero mantenerla al margen de todo esto.

—Nuestra hija —me corrige—. Y claro que va a ir. Tengo que actualizar mis fotos con ella en Instagram. —Se sacude el cabello rubio y sonríe a las miradas que se dirigen hacia nosotros—. ¡Todo Mónaco está loco con ella! ¡Una monada! —Me pone la mano encima.

Con un leve guiño y una mirada cómplice me indica que es hora de actuar. Nunca hice un curso de arte dramático, pero soy publicista, soy el maestro de la mentira, capaz de fingir cualquier cosa.

Así que, en este momento, somos la pareja más feliz y ardiente de Nueva York, recién reencontrada tras tres meses separados. Sonrío de lado y le acaricio la barbilla con suavidad.

—No olvides que puedo sacar a la luz todos tus sucios secretitos y arruinarte la carrera… otra vez —me da un beso en los labios—. O mi familia puede encargarse de ti por otros medios —me guiña—. Así que tiene que salir todo perfecto, como a mí me gusta, ¿vale, amor?

Melanie parpadea despacio. Sus ojos azules parecen brillar.

—Melanie —una voz femenina me saca del trance—. ¡Qué alegría verte!

—Clair, querida —se levanta y besa a su «amiga».

En realidad, aquí nadie es amigo de nadie. Todos se soportan porque pertenecen al selecto grupo que fundó este estado y este país.

—Menos mal que has vuelto, Mel —ahora se dirige a mí—. Tu marido se puso hecho una furia con nosotros en el cumpleaños de Ángela.

—Sí, estaba hasta arriba de trabajo, resolviendo un asunto con un senador. Por favor, perdonad su actitud.

¿Cómo sabe lo que estuve haciendo? Entorno una ceja y dejo los labios entreabiertos mientras la miro fijamente.

La mención del senador parece calmar la rabia de Clair.

—Ah, ya entiendo —hace una pausa—. Sí, sí, el escándalo que taparon. —Asiente—. Ahora lo comprendo. Pero por favor, Mel, dile a tu marido que ir por ahí con un espantapájaros no le hace bien ni a su imagen ni a la de su hija. Bueno… él debería saberlo, ¿no? Si se dedica a cuidar la imagen de los demás.

—Se lo diré —Melanie le guiña un ojo, se dan besos al aire y la observa cruzar al otro lado de la sala.

—¿Quién es el espantapájaros?

—Nadie.

—Entonces será fácil mantenerse alejado, ¿no? —Me acaricia la mano.

—Ubícate, Melanie. No tienes voz ni voto en mi empresa —lo dejo claro.

—Sí —responde, y me besa el cuello de la camisa blanca—. Por ahora.

Capítulo 19

Aurora López

Hablar con Manu me hizo mucho bien.

El martes fui a la iglesia a confesarme. Necesitaba quitarme de una vez todo ese peso de encima. Abrí mi corazón con el sacerdote —sin dar nombres ni entrar en detalles— y recibí la absolución.

—No peques más, hija mía. Por favor.

—Puede dejarlo conmigo —respondí con firmeza en aquel momento.

Pero ese maldito hombre es mi kriptonita. Basta con estar cerca de él para que empiece a comportarme como una tonta. Es como si fuera mi héroe, el tipo en el que me inspiro. Y verle actuar de cerca, en los negocios y con las personas, no hace más que fascinarme aún más.

El miércoles acompañé al señor Cooper a la grabación de su pódcast y me puse eufórica al ver en primicia el tema de la semana. Pero noté algo raro… como si hubiera una barrera entre nosotros. Apenas me miró, no me dirigió la palabra y, constantemente, me ignoraba.

El jueves decidí llegar temprano para poder hablar con él.

Sebastian estaba fuera, ocupado con un cliente, así que al comienzo del día solo estábamos él y yo en la planta.

—Buenos días, señor Cooper. ¿Tiene un momento para mí? —le abordo antes de que entre a su despacho.

Su mirada se posa sobre mí y casi me encojo, pero mantengo el gesto firme.

—Cinco minutos. No tengo más —dice, girando el rostro hacia la puerta antes de entrar.

Mi corazón se acelera al seguirle. Tenía las palabras en la punta de la lengua, estaba lista para enfrentarlo, pero verlo así, en carne y hueso… es otra cosa.

Ese hombre tiene un efecto extraño sobre mí.

Por un lado, me enciende la sangre; por otro, me siento completamente a merced de su voluntad. Es difícil de explicar.

—¿En qué puedo ayudarte? —se quita el abrigo y me lo lanza.

Lo cuelgo en el perchero y camino despacio hasta su mesa.

—¿Cree que podríamos olvidar lo que pasó? —no tartamudeo, y mantengo la mirada firme.

Lo mejor que puedo, porque ahora él ha desistido de sentarse y se acerca a mí.

Da la vuelta al escritorio, apoya el cuerpo sobre él… y me mira a solo unos centímetros de distancia.

—¿A qué te refieres?

—A lo que pasó en el viaje. ¿Podríamos dejarlo atrás? Olvidarlo. Fingir que no ocurrió —explico—. No quiero que me trate diferente y...

De repente las palabras se me atragantan. No es solo su aroma lo que me alcanza… es él en persona acercándose. Se acomoda el traje, me mira como si yo fuera un espejo en el que contempla su mandíbula apretada reflejada en mis pupilas.

—… y yo no soy psicóloga, ¿no?

—¿Psicóloga? —dice, desconcertado.

—Para arreglar a un CEO frío y calculador con un pasado traumático. Estoy leyendo un libro en el Kindle… creo que usted necesita terapia y…

El señor Cooper se ríe. Como si acabara de soltar el chiste del año en un monólogo de comedia.

—¿Así que eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy un CEO frío y calculador con un pasado traumático que necesita terapia? —se burla—. ¿Y piensas que te elegí para arreglarme?

—Ajá —me encojo de hombros.

Se acerca a mi oído y susurra:

—Sí. Soy un CEO frío y calculador con un pasado traumático que necesita terapia. Sí. Yo no hago el amor, yo follo duro. —Me eriza la piel con cada palabra—. Pero hay un problema, Aurora.

—¿Cuál? —me arrepiento de preguntar en cuanto la palabra sale.

—No tengo arreglo —responde serio, con ambas manos en mis hombros.

—Señor Cooper… —un escalofrío me recorre la espalda.

—Ni tú, ni mi terapeuta, ni nadie va a arreglar lo que soy, ¿sabes por qué?

—¿Por qué? —Estoy tan en piloto automático que le estoy dando pie.

Y él acaba de sentarme en la silla presidencial.

Se coloca detrás de mí y me quita el abrigo beige. Su mano firme se desliza bajo mi blusa holgada y agarra con determinación mis pechos.

Solo consigo gemir, estoy inmovilizada. No puedo salir de esta silla, y creo que, incluso si pudiera, seguiría igual.

—Porque me encanta jodidamente ser quien soy. —Se planta frente a mí—. Y a ti también te gusta, ¿verdad, Aurora?

Trago saliva.

Me abre los vaqueros nuevos —dos tallas más grandes para que mis muslos no se irriten— y, con la boca, me baja las bragas. Separa mis labios con dos dedos y lame con lentitud, clavándome la mirada.

—¿Qué opinas, Aurora? —Sus labios carnosos presionan contra los míos, contorneando la piel con deliberación hasta que su lengua me penetra.

—Yo… yo… —No logro articular palabra.

Lo único que puedo hacer es agarrarle la cabeza y empujarlo contra mí con todas mis fuerzas.

Prometí no pecar. Y he fallado.

Él es el pecado. He caído en su red. Y estoy a merced de sus deseos.

—Todavía me duele —aviso, temiendo que quiera follarme aquí.

La exhibición, el riesgo de que nos pillen, el hecho de estar en la trigésima planta con paredes de cristal… Nada me asusta tanto como no poder caminar el resto de la semana.

—Ah, entonces estuvo bueno, ¿eh? —dice con una sonrisa diabólica.

Pasa el dedo índice por mis labios. Antes de darme cuenta, lo estoy chupando lentamente mientras él me mira como si fuera mi dueño.

Clava su lengua en mí como si supiera exactamente cómo moverla, cómo deslizarla sin prisa pero con intensidad.

No quería excitarme. No quería estar mojada. Pero el cuerpo reacciona, la mente es débil y se rinde. Estoy a punto de echarme

sobre el sillón y cerrar los ojos.

—No tienes ni idea de lo deliciosa que estás. —Me lame con voracidad, llegando hasta lo más hondo.

¿Cómo puede ser esta sensación tan abrumadora? Es como si el mundo se hubiera detenido y yo estuviera en el mejor de los sueños.

—Podría pasarme el día entero chupándote. ¿Sabes qué? Eso es exactamente lo que voy a hacer hoy.

—¡No! ¡Tiene tantas cosas que hacer! —protesto de inmediato.

—Exacto. Así que déjame disfrutar. —Se divierte, pasando su boca, su nariz, prácticamente frotando su cara contra mí, quedando empapado como un niño glotón—. Es una crueldad no poder follarte, pero tienes razón. No quiero que la gente comente que mi secretaria de repente cojea o necesita una silla de ruedas.

Su dedo, el mismo que me hizo chupar, ahora me penetra. Su otra mano masajea frenéticamente ese mismo punto de aquella noche —Manu dijo que era el clítoris.

Me sorprendió que un hombre supiera dónde estaba. Ni siquiera yo lo sabía.

—No te levantarás de esta silla hasta que no sueltes todo tu placer en mi boca.

—¿Qué? —Abro los ojos como platos.

—De lo contrario, retrasarás todo mi día. Y ya sabes que me enfurece que las cosas no ocurran a su hora.

—¡Señor Cooper! —Intento disuadirlo.

Pero su boca chupándome es más convincente que cualquier argumento que el propio Platón pudiera esgrimir.

—Sé una buena chica, Aurora, y córrete en mi boca —me anima.

Ya he entendido que, cuando estoy con este hombre, pierdo el control de mi respiración, de mis movimientos y de mi cabeza. Estoy perdida. Me arqueo en la silla con los ojos cerrados, sintiendo cómo desliza la punta de su lengua entre mis labios mientras sus dedos me penetran.

—Voy a... voy a... —Intento agarrarme a la silla, pero siento que estoy a punto de caerme.

—Déjalo venir. Quiero empaparme de tu placer.

—No debería...

—Pero sabes que quieres. Y lo harás por mí —insiste.

Mi cuerpo acaba cediendo a sus caprichos, y una sensación intensa me hace contraerme y temblar levemente. Empiezo a ver estrellas mientras la boca de mi jefe trabaja con avidez, chupándome sin piedad.

Sus dedos se deslizan con facilidad al retirarse, y él se levanta, se limpia la comisura de los labios, saca un pañuelo del interior de su traje y se seca las manos.

—Tienes razón —dice, cínico, práctico, clavándome la mirada.

—¿Razón? —Ni siquiera sé de qué demonios está hablando este loco.

Apoya las manos en la silla y se inclina hacia mí, acercándose hasta una distancia vergonzosamente íntima.

—Olvidemos lo que pasó aquella noche. —Sus ojos se clavan en los míos—. ¿Sabes qué? Olvidemos lo que acaba de pasar —propone.

—Ajá —respondo jadeante, sin fuerzas ni para subirme las bragas, con los ojos como platos.

—Y esforcémonos por olvidar las próximas veces que te folle, te ate y le dé a tu cuerpo exactamente lo que necesita —murmura en mi oído.

No tengo reacción más que mirarlo fijamente, muda.

—Por cierto, sigue leyendo esos libros instructivos sobre CEOs con pasados traumáticos. Tenemos autoras fantásticas como clientas; estoy seguro de que te será muy útil en el futuro.

—Ajá —ni yo sé con qué estoy concordando.

Lo único que sé es que él ya me ha subido las bragas, cerrado la cremallera, ajustado mi blusa holgada y me ha levantado de la silla, pero sigue pegado a mí, sin soltarme del todo.

—¿Por qué sigues aquí? —gruñe—. ¿Has decidido no caminar hoy y prefieres sentir mi...?

El mínimo gesto de llevarse la mano a su cremallera basta para que salga corriendo de la sala, mirando atrás para asegurarme de que no me sigue.

—¡Que tú también tengas un buen día! —le grito, con voz clara y burlona.

Capítulo 20

Aurora López

Como necesito terminar de revisar los informes, vuelvo a la monotonía laboral después de empezar el día a doscientos kilómetros por hora. Repaso los documentos tantas veces que ni siquiera noto el momento en que mis párpados se vuelven pesados y mi cabeza cae hacia adelante hasta que cierro los ojos.

El entorno de la oficina se desvanece, y lo único que ocupa mi mente soy yo, adormilada y casi inconsciente, entre los brazos musculosos de mi jefe.

—¡Shh, papá! —la niña a su lado lo regaña—. ¡La vas a despertar!

Con los ojos entreabiertos, logro distinguir la noche oscura de Washington quedando atrás. El aroma cálido y dulzón de mi jefe parece emanar de su corbata, que está a menos de un palmo de mi nariz.

—¿Pesa mucho? —susurra la voz de Ángela.

—Ten cuidado al subir —responde su padre con seriedad, en un tono autoritario que me hace derretirme aún más.

—¿Puede ser mi mami?

—Ángela, silencio.

¿Qué clase de sueño es este? ¿O será un recuerdo?

Él sube las escaleras llevándome en brazos. Sus músculos tensos me sostienen, sus manos grandes sujetan mi cuerpo con

firmeza. Siento el calor de mi rostro contrastar con el viento gélido de la madrugada.

Al entrar en el avión, de repente, la escena cambia.

Cuando me deposita en el asiento para continuar el viaje, todo se transforma en la sala presidencial de *Cooper Think Technology*. Me veo sobre la mesa, con las manos atadas por la corbata de mi jefe, la boca cubierta —no sé con qué—, y solo me doy cuenta de que estoy desnuda cuando sus manos comienzan a masajear mi piel.

—Señor Cooper —murmuro, con la voz ahogada por la mordaza.

—Dime que lo deseas tanto como yo, Aurora.

Su olor me invade, me consume, me hace perder el equilibrio. Mi cabeza se nubla, mi cuerpo ya no sigue un ritmo, ni siquiera sé quién soy.

—Respóndeme, Aurora. —Sus labios se deslizan por mis muslos.

El roce me hace cosquillas y tengo ganas de reír. Al mismo tiempo, mi corazón late tan fuerte como si acabara de correr para no perder el metro. Las manos me sudan, y mi cuerpo empieza a experimentar sensaciones extrañas.

—¿Te gusta cuando te toco así? —Me besa lentamente, recorre mi piel, aprieta mi trasero con tanta fuerza que me hace encogerme entera.

Antes de que pueda decir algo más, sus besos ascienden desde mi espalda hasta mis hombros. Se detiene en mi cuello, su respiración lenta y profunda, exhalando ese aroma viril que lo caracteriza.

Me estoy volviendo loca. Eso es.

No puedo escapar de pensamientos impuros. No soy capaz de controlar estos sueños que me dejan húmeda en las bragas. Y no dejo de recordar el momento en que me quitó la virginidad.

—Aurora —murmura con voz ronca cerca de mi oreja.

Sus labios rozan mi piel con tanta suavidad que cada vello de mi cuerpo se eriza.

—Aurora —repite, más audible esta vez, como si mordisqueara mi lóbulo, la punta de su lengua demostrando una habilidad diabólica al trazar círculos sobre mi piel.

Mis pechos parecen a punto de saltar del sujetador, escapar y huir del edificio. Suelto una risa mezclada con un bufido al imaginármelo dentro del sueño. Creo que ahora soy plenamente consciente de que todo esto no es real.

Y, por estúpido que sea, quiero quedarme aquí un poco más.

Sé que estoy cayendo en brazos del pecado. De cabeza, de boca, sentada y moviéndome sin control.

Pero una parte de mí se siente bien y desea que esta sensación no termine. Me gustan sus manos en mi cuerpo. Su mirada recorriendo mi piel me hace ruborizar. Su lengua, cuando me toca, es como la lluvia limpiando un día caluroso, liberando ese aroma a tierra mojada, fresca y deliciosa.

—Aurora… —murmura una vez más.

—Por favor, señor Cooper… —respondo.

—¿Por favor, qué? —Su voz grave se vuelve cada vez más vívida.

—Lo quiero —admito.

Todo mi dogma, mis virtudes y mi moral parecen desplomarse al suelo. Santa Inés debe haber apartado la cara de pura decepción al oírme decir eso.

—¿Qué es lo que quieres?

Su voz es tan real que parece resonar en mi nuca.

Abro los ojos y lo primero que veo es a Sebastian trabajando, ocasionalmente levantando la vista del portátil como para indicar que hay alguien detrás de mí.

Giro la cabeza lentamente y siento la barba del señor Cooper pincharme. Sí, está justo ahí, pegado a mí.

—¡Ah! —grito, desesperada.

No sé si aferrarme a los papeles, darle un codazo en la frente o gritar más fuerte.

—¿Has tenido un sueño… *interesante*, Aurora? —murmura el muy cabrón en mi oreja, exactamente igual que en el sueño.

Una voz seductora, galante, ronca… capaz de hacerme perder la cabeza.

—Estaba concentrándome con los ojos cerrados —digo por reflejo.

El señor Cooper no se mueve ni un milímetro. Básicamente, tiene la barbilla apoyada en mi hombro, los labios rozando mi lóbulo, y su respiración densa y caliente golpeándome la cara.

No era un sueño. Cada uno de mis vellos está de punta. Y me tiemblan ligeramente las piernas.

—Dime, Aurora… ¿con qué soñaste? —pregunta con deleite, sin apartarse.

—¿Podría usted…? —Vuelvo a estremecerme al intentar mirarlo de reojo.

—¿No estás cómoda así? —Apoya las manos en el respaldo de mi silla, la punta de su nariz presionando mi mejilla—. Quizá si me quedo aquí, trabajarás más rápido.

—Me está desconcentrando.

Fingiendo que no ha pasado nada y que no me han pillado *in fraganti*, mojo un dedo con la punta de la lengua, paso un informe y vuelvo a tachar páginas como si nada. Solo faltan unas pocas.

—¿Te desconcentro, Aurora?

¡Hombre del demonio! ¡Tentación del desierto! ¡CEO infernal! ¿No puede darme un poco de espacio para respirar? ¡Estoy a punto de tener un soponcio!

Ah, buena idea. Voy a hacer como el Chavo y quedarme como una estatua. A ver si así este loco me deja en paz.

—No, estoy bien —digo, decidida, tras un suspiro.

—Perfecto, yo también —replica.

—Pues perfecto —concluyo.

—Entonces, todo en orden —dice, sin moverse de mi nuca.

Y, al parecer, quiere tener la última palabra.

—Todo bajo control —encogí los hombros, pero él no se aparta ni un centímetro.

—Sí. Podría quedarme aquí todo el día viéndote trabajar.

—Pues quédese —vuelvo a mis papeles.

Sebastian, en la mesa frente a mí, se está conteniendo para no reír. Y yo no tengo ni idea de cómo reaccionar. He activado el modo automático de mi cerebro y estoy haciendo mi trabajo, intentando ignorar con todas mis fuerzas que un hombre el doble de mi tamaño, con brazos como troncos, está apoyado en mi silla.

Ah, claro, lo de tener su nariz pegada a mi oreja y su aliento caliente en mi cuello son solo *detalles* que puedo pasar por alto.

Mi cara arde solo de pensar si habré dicho algo en voz alta mientras dormitaba.

No. No puede ser. No he dicho nada. ¡Me moriría si lo hubiera hecho!

—¿El trabajo te aburre?

No sé qué es peor: su aliento cálido, embriagador y cercano, o esa voz que me hace temblar las piernas.

—Me gustaría hacer cosas más dinámicas, pero no pasa nada —digo sin miedo.

—Ah, ¿qué tipo de dinámicas te gustan? He oído que te gustan las fiestas infantiles. Tengo un castillo hinchable para ti —murmura.

—¿Por qué todo lo que dice suena siempre con doble sentido? ¡Me está poniendo nervosa!

—Soy muy creativa, señor Cooper. Se me da bien inventar cosas.

—Ah, pero ya sabes que el departamento creativo tiene plaza ocupada. —Otra vez soplando en mi cuello.

¡Qué infierno! Parece que estoy en un verano de 45 grados, sudando como una loca.

—Vale —respondo en un susurro.

Ya he entendido que esto es un duelo a ver quién habla último. Él es mi jefe, pero yo tampoco soy manca, así que podemos pasarnos el día entero así.

—¿Sabes qué? —Sonríe.

Y es esa sonrisa junto a mi oreja la que hace que mi estómago revuelva todas mis entrañas, liberando pájaros, mariposas, cocodrilos… ¡qué sé yo qué bicho se agita ahí dentro!

—Termina tu trabajo y organízame la agenda. Mañana te libero para que asistas a la reunión del departamento creativo… en mi representación.

—¿En serio? —pregunto, animada.

Me giro tan bruscamente que casi rozamos los labios, así que me aparto en un arrebato, tambaleándome contra la mesa.

—¿En serio, señor Cooper? —Fingiendo que no ha pasado nada, con los ojos como platos.

—En serio. —Se pasa el pulgar por la comisura de los labios, igual que hizo antes.

¡Mierda!

Estoy más tensa por haberlo besado (casi) que por haberle entregado mi virginidad.

Al fin y al cabo, ya asumí que el cuerpo hace tonterías y cede a los deseos de la carne. Pero un beso… eso debería ser cosa de amor. Algo que se hace con quien de verdad quieres pasar el resto de tu vida.

—Tengo un compromiso el viernes y no podré asistir. Pero tú irás en mi lugar y tomarás notas.

—¿Podré dar mi opinión? —Mis ojos brillan.

—¿No eres la «creativa»? —responde con ironía.

—Vale, ¡gracias por la confianza, señor Cooper!

—No me decepciones. —Guiña un ojo, se levanta con esa imponencia suya y se marcha hacia su oficina.

—Vaya carácter los dos, madre mía —silba Sebastián desde su mesa.

—¡Voy a una reunión! —Empiezo a hacer el baile del robot. —¡Voy a una reunión! —Sigo bailoteando.

Sebastián mueve la cabeza al ritmo y aplaude, animado.

—¡Me encanta cuando haces eso! —me señala.

—¿Podríais…? —El señor Cooper asoma la cabeza por la puerta y nos deja paralizados—. ¿Volver al trabajo? —Nos lanza una mirada gélida a Sebastián y a mí.

—Sí, señor —responde mi compañero.

—Sí, señor —digo yo también.

En cuanto se encierra en su despacho, retomo el baile del robot y Sebastián aplaude en silencio, contoneándose en la silla. Ni siquiera sé por qué está tan contento, ¡pero yo lo estoy mucho! Por fin podré demostrar que sirvo para algo y…

—Mmm… —Me detengo al notar cierta humedad—. ¡Necesito ir al baño! —Salgo caminando con las piernas juntas, en un modo bastante peculiar.

—Tía, eres la caña —se ríe mi colega.

Capítulo 21

Aurora López

Para celebrar que hice bien las anotaciones en los informes, invité a Manu a dar un paseo por Central Park. Le pongo al día sobre todo lo que no le había contado:

—Está Megan, fue compañera mía en la universidad. Está siendo una borde conmigo sin motivo alguno —me quejo.

Estamos caminando por el césped y comiendo perritos calientes, muy en la onda de lo que siempre imaginé sobre Nueva York.

—Y también está Sebastian. Es bisexual, ¿te puedes creer que nunca había conocido a una persona bi antes que él? —No sé si estoy sorprendida o simplemente confundida.

Manu me lanza una mirada pícara, animándome a seguir.

—Eso es todo. Y mañana voy a asistir a una reunión en lugar del señor Cooper.

—¿Ah, sí? ¿Confía tanto en ti? —Levanta las cejas. —Hablas mucho de tus compañeros, de la Quinta Avenida, pero ¿y tú? ¿Ya te confesaste con el cura? ¿Le contaste todo?

Me arden las mejillas. La culpa regresa como un peso invisible y me da corte hablar del tema, sobre todo porque...

—Lo hicimos otra vez —confieso, cerrando los ojos.

—¿Qué? ¿Otra vez? ¿Dos veces en una semana? Tía, ¡tu vida está más animada que la mía! —Me da una palmada en la espalda que me hace toser.

—Y allá voy yo, a confesarme otra vez —murmuro con dramatismo.

—Anda, pídele el número al cura y le llamas a las tres de la mañana —se ríe. —¿Hola, padre? He follado.

—¡Deja de blasfemar! —Le doy otra colleja a Manu, pero no puedo evitar reír.

Solo mi amiga consigue aliviar mi mente y espantar un poco la culpa.

—Es que huele tan bien... y tiene una boca... —Me tapo la mía mientras lo digo. —Irresistible.

—Mmm... ¡perfumado! —Manu me lanza una mirada con doble sentido. —Un hombre perfumado vale más que uno guapo y bien dotado.

—¡Manu! —la reprendo.

—Pero si las leyendas son ciertas, seguro que está tremendo y con un buen... ya sabes. —Hace un gesto con las manos abiertas.

—Eres tonta —respondo, dándole otro mordisco al perrito caliente, aunque me quedo mirando la salchicha con cara rara por cómo me observa Manuela, aguantándose la risa.

—¿Y por qué sigues triste? No creas que no lo noto. Lo llevas en la mirada. Estás hecha un lío.

Suelto un suspiro largo y miro a la gente correr por el parque.

—No lo sé —me encojo de hombros—. Tengo miedo de no volver a hablar con la abuelita, mi jefe no deja de seducirme y me siento culpable por haberme entregado a los deseos de la carne.

—Madre mía, eso suena a título de culebrón: «Deseos de la carne» —dice dramatizando.

Le sonrío con desgana.

Pensar en la abuelita todavía duele, y Manu no entiende por qué no lo supero.

Las familias latinas son diferentes de las familias americanas. Yo crecí en una casa que era casi como una villa: todos mis tíos y primos vivían alrededor y siempre nos reuníamos, ya fuera para cenar, ver la tele o celebrar las fiestas tradicionales. Cuando alguien se casaba, toda la familia ayudaba a construirle una casa pegada a la nuestra o lo más cerca posible.

Los americanos no. Son mucho más independientes. Cuando los hijos cumplen la mayoría de edad, se van a vivir a residencias universitarias o simplemente hacen su vida.

Yo viví un poco entre esos dos mundos.

A pesar de tener una familia tan unida, siempre me sentí la oveja negra. Como si mis tíos y primos me ignoraran, todos menos la abuelita.

Manu, que es una americana de manual, ve esa distancia como algo natural. Como si yo estuviera entrando oficialmente en la vida adulta.

Yo lo siento como un abandono.

Sin padres. Sin familia. Sin la abuelita.

—Siempre fui la rara de la familia por no tener padres —le sonrío a Manu—. Y mi abuela siempre estuvo de mi lado, me defendía, me hacía compañía.

Un soplo cálido se escapa de mi garganta, que ahora me arde un poco.

Es una mezcla de lamento y amargura que no sé cómo poner en palabras.

—Me dejó, Manu —empiezo a llorar, porque esta vez no puedo contener las lágrimas—. Pero más que dejarme... quiso

entregarme a un viejo granjero. Quería obligarme a casarme con Roger Antunes.

Manu me quita el resto del perrito caliente de las manos y me abraza por los hombros. Me cubro el rostro para que nadie que pase por ahí me vea así.

—No entiendo por qué mi abuela, una mujer tan independiente y que siempre me apoyó... quiso hacerme eso.

—Seguro se dio un golpe en la cabeza, yo qué sé —dice Manu mientras me acaricia el brazo.

—Yo creo que... —sollozo—. Lo hizo porque... yo nunca me voy a casar. Nadie me va a querer nunca, Manu. ¡Me voy a quedar sola para siempre!

—¡Pero bueno! —Se aparta de mí y me da una bofetada en plan telenovela—. ¡Qué tontería estás diciendo, Aurora López Buendía!

—Manu, yo no soy como las otras chicas que veo todos los días. Tengo granos, soy bajita, mis piernas son gorditas, mi piel está llena de manchas, mi pelo... —Tiro de los mechones resecos—. ¡Y ni siquiera tengo ropa decente!

—Y aun así tu jefe se acuesta contigo y no con ellas —responde con tono ácido.

Eso me arranca una risa entre lágrimas.

—La industria publicitaria nos ha metido un montón de idioteces, Aurora. Que solo vamos a ser felices si somos guapas, si tenemos a alguien, si compramos, usamos, tiramos y volvemos a comprar —suspira—. ¡Tú más que nadie sabes eso!

—Sí —asiento con pesar. Es justo lo que nos enseñan en la carrera: a manipular a la gente para que crea que la felicidad está en el producto que le vendemos.

—Yo soy madre soltera. Una mujer negra con un salón de uñas en Brooklyn, que no tenía ni tres clientas a la semana hasta que tú me ayudaste —me agarra las manos—. Y soy feliz. Y tú trajiste aún más felicidad a mi vida. Aunque nadie más lo vea, ese jefe tuyo tan perfumado sí que lo ha visto. ¡Así que disfrútalo, chica!

—No quiero ser solo el juguetito del señor Cooper. Que me usa cuando quiere y como quiere —me desahogo—. Ya sé que no soy tan atractiva... pero merezco algo más.

—¡Eso, chica! —me apoya con fuerza—. ¡Díselo! ¡Tú te mereces más!

—¡Me merezco más! —repito en voz alta.

—¡Tú. Te. Mereces. Más! —Y solo me doy cuenta de que está abriendo las manos para insinuar algo sexual cuando sus ojos se abren como platos.

—¡Idiota! —le doy unos manotazos mientras intento no reírme otra vez.

—Y por favor, tienes que dejar de decir esas cosas, ¿vale? Ninguna mujer es igual a otra, Aurora —me devuelve el perrito caliente—. Cada mujer es única. Tú no eres fea...

—Solo estoy falta de belleza —me río.

—Idiota —se ríe también—. Ninguna de las dos somos como las mujeres de portada de revista, ¿sabes? Somos reales. Y está bien ser real. Quien está disfrutando, no se queja —dice encogiéndose de hombros.

—¡Pero tu piel es preciosa!

—Maquillaje, cariño —responde con desdén.

—Y tu cuerpo...

—Faja. Un buen sujetador. Una ropa que favorezca. —Me guiña un ojo—. Un día serás amada, Aurora. Por alguien que no se

fijará solo en tu apariencia, sino en el conjunto. Una chica inteligente, creativa, divertida...

—Y exvirgen —me encojo de hombros.

—Tía, deberías haber cobrado por esa virginidad —pone cara de indignada—. ¿Has visto en el Kindle la cantidad de libros sobre millonarios que compran la virginidad?

—No entiendo esa fascinación de los hombres poderosos por las vírgenes.

—Quieren algo que ya no tienen: inocencia, pureza, delicadeza.

—Todo lo que ya no soy —murmuro.

—Deja de centrarte en lo que crees que te falta y empieza a valorar lo que tienes. Tienes un nuevo trabajo, te ha contratado el tipo que más admiras en el mundo y tienes toda la vida por delante. No sirve de nada ir detrás del amor. Él te encuentra a ti. Llega cuando menos lo esperas, sin avisar, lo revuelve todo y cambia tu vida.

—Tienes razón —la abrazo, porque sus palabras consiguen calmar el caos dentro de mí.

—Y ahora hablando en serio: dile a tu jefe lo que quieres. Si no te estás sintiendo cómoda con todo esto...

—Sí que me siento bien —le aclaro—. Solo que es todo tan nuevo. Todavía estoy procesándolo.

—Y qué rico es procesar mientras estás sentada en la polla, ¿eh, niña?

—¡Manu! —grito escandalizada y salgo corriendo detrás de ella para darle unos azotes.

Nos quedamos como dos tontas en el parque y luego nos sentamos en el césped a mirar a las parejas, las familias, padres e hijos jugando por ahí.

Después de todo lo que ha pasado, hay algo que no me deja en paz. Durante estos días he guardado en lo más profundo de mi mente una única pregunta:

—¿Y si la abuelita me mintió?

—¿Sobre qué? —Manu tiene la cabeza apoyada en mis muslos mientras mira el móvil.

—Sobre mis padres. ¿Y si mi madre no era una puta? ¿Y si mis padres no me abandonaron? De mi madre tengo casi certeza, pero... no sé, ¿y si mi padre ni siquiera sabe que existo?

—Mmm... —Baja el móvil y me mira con atención.

—Estoy llena de preguntas. No sé, después de tanto tiempo, me ha vuelto ese deseo de saber de dónde vengo, quiénes son mis padres, quién soy yo...

—Yo te voy a decir quién eres tú —dice, enseñándome una foto de mi jefe en Google, sin camiseta y saliendo de una piscina—. ¡Una pedazo de suertuda, joder!

Capítulo 22

Aurora López

Ya me había acostumbrado a almorzar sola, apartada del resto de la gente.

El viernes, Sebastian se dejó caer en mi mesa haciendo un espagat en el banco antes de sentarse como si nada. Con el comedor a rebosar y las mesas llenas, parecíamos dos marginados en el recreo del instituto.

—Hola, baile del robot —me sonríe.

—Hola, señor espagat —intento imitar su tono—. Lechuga, rúcula y tomatitos cherry —comento mirando su plato, que es todo verde y lleno de cosas sanas—. ¿Cómo consigues mantenerte en pie comiendo solo eso?

¿Mi plato? Un montón de arroz con alubias, carne picada bien picante y calabaza.

—Se llama dictadura de la delgadez —Sebastian come como si estuviera degustando una lasaña.

Su cuerpo es delgado, atlético, con muy buena presencia.

—Admiro tu dedicación.

—Al menos no como gelatina de té verde —señala con la barbilla a las modelos que están en la fila de las gelatinas—. Había una loca que se comía algodón con vinagre.

—¿Algodón con vinagre? —Casi le escupo en la cara.

—Sí. Esa de ahí —señala a Megan—. Se inventó que adelgazaba y una pobre incauta empezó a hacerlo. Un día se

desmayó y casi se muere.

Mis ojos se abren como platos, apenas una muestra de lo escandalizada que estoy.

—¿Siempre ha sido así? —Miro a Megan, que espera en la fila de la gelatina de té verde.

Solo de imaginar el sabor, se me eriza la piel.

—Desde que llegué, sí —Sebastian se come la ensalada como si estuviera teniendo un orgasmo.

—¿Tu ensalada está tan buena como para eso? —Me asomo a su plato.

—Bienvenida al mundo adulto, querida, donde fingimos que algo nos gusta... hasta que acabamos creyéndolo —muerde otra hoja de lechuga y gime como si estuviera comiendo una cucharada de dulce de leche.

—Qué asco —me río por lo bajo—. Sebastian, ¿tú crees que soy fea?

La pregunta es tan inesperada que se atraganta. Bebe un poco de agua y me clava los ojos.

—¿Fea?

—Sí. Todo el mundo aquí me trata como si fuera una extraterrestre —le explico.

—Eres latinoamericana, cariño. Para ellos sí que lo eres —vuelve a masticar la rúcula—. Y yo soy como un surfero hippie del otro lado del país que viene a quitarles el trabajo también —ironiza —. ¿Has oído hablar de xenofobia?

Como no sé qué decir, y además no ha respondido a mi pregunta, me concentro en mi arroz con alubias picantes.

—Esa gente te da la espalda porque creen que este no es tu sitio.

—Hum... —apoyo la barbilla sobre los puños cerrados.

—Esa de allí se pasa horas en la máquina de bronceado para tener tu color de piel. Aquel —señala al jefe del departamento de redes sociales—. El pobre necesita menospreciar a todo el mundo porque la tiene así de pequeña. Y Megan —se ríe—. No tiene un duro porque se lo gasta todo en ropa cara y chorradas para mantener una vida de apariencias que no puede permitirse.

—¿Pero soy fea? —Esta vez formulo la pregunta de forma más directa, para que no se escaquee.

Esto me inquieta de verdad. Antes me daba un poco igual, ya estaba acostumbrada, pero ahora que hay algo entre mi jefe y yo, las inseguridades me caen encima como una avalancha.

—No, no eres fea —responde, para mi alivio—. Eres diferente. Igual que yo soy diferente. Y todas esas personas también lo son, solo que están esforzándose muchísimo por parecer iguales o por vivir una ilusión. Tú no. Tú eres así, estás bien así, y eso está genial.

—¿Y si no estoy bien así? —susurro.

—¿Qué es lo que quieres cambiar?

—Todo —respondo con total sinceridad.

—¿Quieres parecerte a todos ellos? —Sebastian echa un vistazo alrededor.

No lo sé, y no consigo responder. Todo está revuelto dentro de mí, solo sé que ya no me siento cómoda siendo como soy.

Nos interrumpe Megan, que se planta delante de nuestra mesa.

—Mirad qué monos estáis, la fea y el gay —suelta con desprecio.

Me deja en shock el tamaño de su bandeja, enorme, pero con un único vasito blanco que no tendrá más de 200 ml de una gelatina verde nada apetecible.

—¿Y tu amiguita la trastornada, Sebastian? Igual así montáis un trío de lo más encantador —se aparta el pelo y se va a sentar con su séquito de mujeres fabulosas.

Tengo que admitirlo. Envidio esos pechos firmes, la cintura diminuta, el rostro angelical y ese pelo brillante. Pero la personalidad de Megan... me revuelve el estómago.

—Eso te lo aseguro: eso no es belleza —dice Sebastian, señalándola—. La belleza es una ilusión. Algo que uno se monta en la cabeza sobre otra persona. Si me enamoro de una chica así y luego abre la boca y sale eso... —pone cara de asco—. Se me pasa todo.

—No era así en la universidad —suspiro—. Me trataba bien. Era normal, ¿sabes? Pechos pequeños, cuerpo normal, llevaba gafas y aparato.

—¿En serio? —Sebastian sigue con el dedo corazón bien alto en dirección a Megan.

—Hacíamos juntas la mayoría de los trabajos. En fin —me encojo de hombros y vuelvo a comer, porque aún me queda medio plato.

—Se cree la reina porque tiene ideas brillantes para anuncios —bosteza—. Por cierto, suerte en la reunión con ella. La vas a necesitar —me lanza una mirada de compasión.

—¡Madre mía, qué rápido ha pasado esta semana! ¡Sobreviví! —digo, entusiasmada.

—¿Estás viviendo tu sueño, amiga?

Hago una pausa dramática, sorprendida por el «amiga». Me toca más de lo que debería, creo que estoy algo más sensible de la cuenta. Pero si hay alguien aquí que ha sido mi apoyo, ese alguien es mi compañero de mesa.

—Cuando llegue a directora del departamento creativo, entonces sí, estaré viviendo mi sueño —le guiño un ojo.

—Esa es mi chica —levanta la mano.

La choco con la suya al instante y celebramos como si hubiéramos ganado un premio.

Capítulo 23

Aurora López

La sala de reuniones se llena rápido y soy de las últimas en entrar. Megan está repartiendo las carpetas con las piezas de campaña y, cuando coloca la última frente a la silla presidencial, me ve llegar.

—¿Qué hace este esperpento aquí? —gruñe.

Todas las miradas en la sala se giran hacia mí con la misma pregunta en los ojos.

—El señor Cooper me envió en su lugar —aclaro, respondiendo a los juicios silenciosos, y me siento en la silla junto a la presidencial.

—Eso no puede ser —protesta, golpeando el suelo con sus tacones. Desde aquí se oyen perfectamente sus gritos—. ¿Pero quién se cree que es? ¿Qué hace esa ahí dentro? El señor Cooper... —se aleja chillando a pleno pulmón.

Vuelve con el mismo ímpetu con el que salió, pero ahora acompañada de Sebastian.

—Escúchame bien, incompetente —le señala con el dedo índice—. El jefe está hasta aquí de ti y de tus retrasos. Tesla está en nuestro Top 3 de ingresos y ese anuncio todavía no está listo. Deja de cacarear y ponte a trabajar de una vez.

Hasta yo me encojo en la silla con el tono que le lanza Sebastian.

—No puedo trabajar con la jorobada de Notre-Dame aquí —me señala con la nariz.

—Pues entonces presenta tu dimisión, reina —cruza los brazos—. El jefe la mandó porque confía en ella. Sabe que tiene competencia, a diferencia de ti, que entregaste setenta propuestas de campaña y ninguna estuvo a la altura de que él dijera: vale. Lo único que dijo fue: «Estoy rodeado de incompetentes.»

Todos en la sala bajan ligeramente los hombros, incómodos.

—Así que, mira, haz tu trabajo y deja que Aurora haga el suyo, que es evaluar estas campañas —dice antes de salir, cerrando la puerta de golpe.

A través del cristal, me guiña un ojo, hace su baile del robot y me lanza un beso.

Tengo el corazón en la garganta. Se me ha erizado toda la piel.

—Bueno... —Megan se acomoda el pelo—. Empecemos por la propuesta número 73. Por favor, abrid las carpetas —dice, tartamudeando.

—Mala —dice de inmediato uno de los hombres, pasando a la siguiente hoja. Todos en la mesa se miran y asienten.

—Vale, entonces vamos con la 74. Esta idea de la ciudad apagada y el coche reluciendo...

—Pasada de moda —responde una mujer mientras pasa la página.

—La 75 es buena. Un cruce de coches, el semáforo está en rojo, y entonces...

—¿Vamos a destacar a la competencia? —alguien suelta una carcajada.

Las ideas de Megan no son del todo malas, pero todos en la sala tienen razón: están anticuadas o no dan protagonismo al producto de nuestro cliente.

Cuando descubro que algunos de los presentes han sido enviados por Tesla para supervisar el proceso y otros pertenecen al departamento creativo de la empresa, me pongo aún más tensa. Incluso intento dar mi opinión sobre las propuestas 85 y 99, que parecen prometedoras, pero la propia Megan ni siquiera sabe cómo vender sus ideas.

—Otra semana perdida y seguimos sin un guion convincente —lamenta el enviado de Tesla—. Me pregunto por qué su jefe se esforzó tanto en convencernos de confiarles nuestra marca si su marketing es tan mediocre.

—¿Y si…? —Mi voz se pierde entre las veinte personas que ya se están levantando, tirando las carpetas sobre la mesa y saliendo de la sala—. ¿Y si fuera así? —repito con más firmeza—. Es de noche en Nueva York. El semáforo se pone en rojo y un Tesla nuevo se detiene junto a un modelo del año pasado, de la misma marca.

El hombre de rostro severo y expresión cerrada cruza los brazos y gira la cara hacia mí.

—De fondo, una canción que está en lo más alto de las listas. Los dos conductores se miran. Uno de ellos es ciego.

Dos personas se vuelven a sentar.

—El ciego va al volante del nuevo Tesla. La cámara enfoca el diseño del coche, mostrando que, aunque por fuera son parecidos, el nuevo es claramente más potente.

—Solo es la secretaria, no le hagáis caso —dice Megan, encogiéndose de hombros.

—El semáforo se pone en verde. Y en una fracción de segundo, el coche del conductor ciego arranca a toda velocidad. Acelera con una rapidez increíble. Corte de escena: ahora está en Florida, con una playa preciosa de fondo. Corte: está en Texas, con el desierto extendiéndose tras él. Corte: frente al Capitolio en Washington. Corte: de vuelta en Nueva York.

El hombre se ajusta las gafas, se sienta de nuevo y coge un bolígrafo para escribir en el reverso de una propuesta de campaña.

—¿Y dónde está ahora? En el mismo semáforo en rojo. Con el mismo coche antiguo a su lado. Y de repente… el semáforo se pone en verde. Él arranca de nuevo, veloz. La cámara enfoca el logo y aparecen las palabras: TESLA – rápido, seguro, inconfundible. No te quedes atrás.

La expresión de la gente del departamento creativo no es exactamente entusiasta, pero el hombre que representa al cliente empieza a aplaudir. Los que se habían vuelto a sentar también parecen haberlo disfrutado.

Aún no me creo que haya abierto la boca. Tengo las manos temblando bajo la mesa y el pie no para de golpear el suelo con disimulo. Mis ojos van de uno a otro, sin rumbo fijo.

—Por eso Tesla cerró con esta empresa —dice el hombre, señalándome—. ¡Esto es lo que queremos ver!

Veo algunos gestos de desaprobación entre los que siguen de pie, listos para irse. Pero los que se sentaron de nuevo, asienten con entusiasmo.

—El martes, el señor Cooper grabó un pódcast con el empresario Ethan Evans y, al salir, se subió a un Tesla. Y… bueno… él es ciego. Me pareció fascinante ver a un ciego conduciendo un coche y hacerlo tan bien como cualquier otro conductor —explico, emocionada.

—Chiquilla —dice el hombre, señalándome con el dedo—. Dile a tu jefe que ya tenemos la pieza de campaña.

—Y si conseguís que el señor Evans participe en el anuncio, sería aún mejor. Es un rostro conocido —añade una mujer pelirroja, pensativa.

—¡Sí, sí! ¡Voy a llamar a mi jefe en cuanto pueda! —digo, cojo la carpeta y me levanto.

Esta vez no me estoy escapando por miedo. Me estoy apresurando para hacer realidad esta idea.

Capítulo 24

Aurora López

—¡Señor Cooper!

Me inmoviliza las manos contra la pared y presiona su cuerpo desnudo contra el mío. El agua caliente de la ducha hace hervir mi piel, pero entro en combustión cuando sus labios recorren mis pezones. Siento cómo succiona mis pechos y los aprieta con tanta firmeza que me cuesta respirar.

Su pene, ya duro y contra mi piel, me hace temblar.

—Te va a gustar, lo prometo —sus ojos brillantes se clavan en los míos.

Me transmite tanta seguridad que solo me doy cuenta de que estoy asintiendo cuando él avanza, me toma del cabello y echa mi cabeza hacia atrás.

Cuando besa mi cuello, parece que el mundo se detiene. El agua sigue corriendo sobre nuestros cuerpos, pero el mío reacciona con espasmos descontrolados. Siento que el corazón me late en la boca, en las manos, en los pies… y entre las piernas.

Como si nada existiera más allá de nosotros dos.

—¿Confías en mí, verdad, Aurora?

—Sí —respondo con voz temblorosa.

Mis pechos son devorados como si fueran un *cupcake* con mucho chantilly, y entonces él desciende hasta arrodillarse. Me agarra de los muslos y sonríe con picardía.

Pasa la lengua por mi abertura y reprimo un gemido.

Me cuesta mantener el equilibrio, siento que estoy bailando sin música.

—¿Señor Cooper, qué… qué está haciendo? —Me aferro a su cabello, intentando mantenerme en pie.

—Necesito saborearte. He esperado tanto por esto —susurra, y antes de terminar la frase, vuelve a presionar los labios contra los míos—. He pensado en ti, en tu olor, en tu sabor. Ya no puedo resistirme más.

Una sensación húmeda y ardiente me inunda. Su lengua me explora tan profundo que abro la boca y no sale ningún sonido, solo aire. Solo un gemido que intento reprimir.

—¡Señor Cooper! —grito en un susurro desesperado cuando siento un dedo dentro de mí—. ¡Soy virgen!

Despierto. Sudada, agitada, el corazón desbocado.

El sol ya ha salido y quiere colarse por detrás de las cortinas.

El despertador suena con desesperación. Al menos esta vez no me he dormido.

Tiro el móvil sobre la cama y, al desbloquear la pantalla, me doy cuenta de que me había quedado en medio de un capítulo muy caliente de un libro de L. J. Shen, justo en el momento en que los protagonistas se entregaban por completo y pasaban su noche de amor.

Suspiro solo de recordarlo; volví tantas veces a la escena en la que él se arrodilla y le hace el amor con la boca, que acabé soñando con eso.

¡Y estoy completamente empapada!

¡Y soñé con mi maldito jefe!

—Necesito una ducha —salto de la cama y empiezo mi rutina matinal.

Ahora ya me he acostumbrado a mis horarios y no tengo que salir de casa como una loca. Disfruto de una ducha que tarda en calentarse, me hago un moño improvisado y me aplico unas cremas en la cara a ver si consigo mejorar un poco mi aspecto.

Me pongo una camisa roja con rayas verticales para parecer más delgada, un mono encima, mis bailarinas de guerra... y salgo rumbo al trabajo.

—¡Buenos días, Sebastian! —doy una vuelta en el aire al ver a mi encantador compañero.

—Hola, baile del robot. Estás diferente hoy. Resplandeciente.

—¿Te gusta mi ropa? —Doy otra vueltecita frente a él.

—No —Sebastian siempre es brutalmente honesto, y no puedo culparlo—. Tu sentido de la moda es cuestionable. Pero estás radiante —dice moviendo los dedos como si lanzara brillo al aire.

—¿Y por qué será? —le guiño un ojo.

En la reunión del viernes me escucharon, y todos adoraron mi propuesta para el anuncio de Tesla. Algunos incluso comentaron que el señor Cooper estaba a punto de ofrecer una recompensa en metálico a quien presentara la idea millonaria.

Bueno... fui yo quien la tuvo.

Y eso iluminó mi fin de semana, porque la abuelita no me respondió y pasé buena parte del tempo leyendo cosas subiditas de tono... y soñando con ellas.

—Hablando del diablo... quiere verte —dice, señalando hacia el despacho presidencial.

Entro exultante: postura firme, pecho erguido, mirada segura. En cuanto cruzo a sala, noto el cielo nublado al otro lado de las paredes de cristal, y allí está él, sentado en su silla giratoria: mi jefe.

Luce un traje azul marino con corbata color burdeos. El maxilar bien definido, enmarcado por esa barba seductora... y una

mirada de esas que prometen locuras bajo la ducha.

Sacudo la cabeza para expulsar ese pensamiento impuro y me acerco hasta su mesa.

—¡Buenos días, jefecito! ¿Vio el documento que dejé en su mesa? —le sonrío.

—Buenos días, Aurora —me responde con un leve gesto de cabeza—. Qué bien que mencione eso, la mandé llamar por ese motivo.

¡Perfecto! ¡Una promoción! Por fin va a reconocer que tengo talento para estar en el departamento creativo. ¡Voy a convertirme en su mano derecha!

—Megan, ven a mi despacho —dice, pulsando el botón del interfono. Espera.

La rubia de pechos exuberantes entra en escena, con un vestido plateado y unos tacones tan altos que no entiendo cómo no se cae. El labial rojo en su boca destaca incluso más que sus ojos azules.

—Buenos días, jefecito —dice con voz melosa, meneando el pecho y ladeando la cabeza mientras juguetea con el pelo.

—Qué bien tenerlas a las dos aquí. Me han informado que la reunión de Tesla fue todo un éxito.

Sonrío y asiento con entusiasmo.

—Aurora, muchas gracias…

¡Es ahora! ¡Este es el momento! ¡Va a reconocer mi trabajo!

—…por representarme tan bien. Y Megan, enhorabuena por la brillante idea del anuncio. Me han estado llamando durante todo el fin de semana.

—Gracias, jefecito —responde ella con voz fingida, casi como un gemido contenido.

La miro de reojo y luego fijo la vista en el señor Cooper.

—Espere, señor Cooper —digo levantando la mano—. ¿No vio el documento que dejé en su mesa el viernes?

—¿Documento? —mira su mesa vacía—. ¿De qué me hablas?

—De la idea que tuve para la campaña de Tesla —le explico.

—No he visto ningún documento —toma una hoja y un bolígrafo para apuntar—. ¿Y cuál sería esa idea?

Entonces le explico todo, paso a paso, cada detalle de lo que expuse en la reunión del viernes. Su expresión refleja sorpresa, mientras Megan mantiene esa sonrisa burlona clavada en los labios.

—Esa fue la idea de Megan. Tal cual —concluye él al terminar de escucharme.

—¿Qué? ¿Cómo que suya? —me vuelvo hacia ella—. ¡Esa idea fue mía! ¡Había veinte personas en esa sala y todas me escucharon!

—Jefecito, no sé de qué está hablando —dice Megan con esa vocecita aterciopelada—. Aurora fue encantadora tomando nota de todo lo que yo decía y me elogió muchísimo cuando propuse la idea. —Hace un puchero—. Incluso recordó cuando hacíamos trabajos juntas en Columbia.

¿Perdón? ¿Qué dice? ¡Esa idea fue mía! ¡Yo la expuse en voz alta, delante de todo el mundo!

—El representante de Tesla me llamó y me dijo que fue Megan quien tuvo la idea. Igual que otros jefes de departamento —encoge los hombros y coge el móvil—. Quiero advertirles algo a las dos. Megan ya lo sabe, porque lleva más tiempo trabajando aquí, pero contigo no lo he comentado, Aurora.

—Sí, señor —respondo, con el corazón encogido.

—Aquí no está permitido robar ideas. Así que, si Megan robó la tuya, Aurora, será despedida ahora mismo —lo dice con el tono de un juez dictando sentencia.

Se me sube el corazón a la garganta. Me quedo sin reacción.

La idea es mía, y de algún modo voy a demostrarlo. Pero... ¿quiero que Megan sea despedida? Estuve años en paro, sé lo que se sufre, no deseo que nadie pase por eso.

—Dário —dice al teléfono—. Tenemos aquí un dilema sobre quién presentó la idea. ¿Podrías repetir el nombre de la persona que propuso la campaña de Tesla?

Pone el altavoz.

—Fue la rubia. Se llama Megan. Brillante, educada, encantadora. Una mente adelantada a su tiempo —dice el hombre—. ¿Por qué? No me digas que vas a felicitarla por fo...

El señor Cooper cuelga antes de que termine la frase y nos mira tras ajustarse la corbata.

—¿Aurora? —clava sus ojos en mí.

El pánico me invade. Me siento como si me estuviera ahogando.

—¿Megan?

—Ay, jefecito, usted me conoce. Yo jamás le mentiría ni le robaría una idea a nadie. Ya he demostrado mi valor en tantas campañas... —sonríe con falsa dulzura.

La mirada del señor Cooper vuelve a posarse en mí, esperando una respuesta.

—Si digo que la idea es mía y lo demuestro, ¿qué sucede? —pregunto.

—Te llevas el crédito y recibes una bonificación salarial. Pero Megan será despedida —aclara.

Eso me da como un puñetazo inesperado en el estómago. No quería verme en esta situación, y me siento fatal al llegar a este punto. Nunca imaginé que algo así pasaría.

—Fue Megan, señor —digo.

La sonrisa de la rubia se ensancha con descaro.

—Debe de estar confundida. Ayer fue domingo, ¿verdad? Seguro que fue a misa y volvió llena de gloria, unción divina... quizás soñó con todo esto —se ríe—. ¿Necesita algo más, señor Cooper? —camina hasta su mesa, apoya las manos en el borde y se inclina sutilmente, haciendo que sus pechos se balanceen.

—Vuelve a tu despacho —es todo lo que dice—. Aurora, buen trabajo con el informe. Puedes volver a tu puesto.

—Gracias, señor.

Salgo despacio después de asentir. Al cruzar la puerta, me quedo quieta en el pasillo, con la mirada perdida, intentando entender lo que acaba de pasar. Entonces Megan choca contra mi hombro. En lugar de ir directamente al ascensor, se detiene a mi lado y me lanza una mirada de lado.

—Bienvenida a *Cooper Think Technology*, *fea* —suelta una risita burlona—. Todo esto solo me costó tirarme a catorce personas desde el viernes hasta esta madrugada —se encoge de hombros—. Genial, ¿no? Me llevo el bono... y también el sexo. —Me guiña un ojo —. Deberías aprender de mí.

Y se va contoneándose hacia el ascensor. Se despide con la mano justo antes de que la puerta se cierre.

—¿Pero qué ha sido eso? —me pregunta Sebastian, incrédulo.

—Nada —respiro hondo y cierro los ojos un instante.

Soy buena en lo que hago. Tendré otra oportunidad y voy a demostrar todo lo que valgo. Si tengo otra idea brillante como esa, se la contaré directamente a mi jefe.

—¿Qué hiciste el fin de semana? —me pregunta.

—Leí un poco y fui a la iglesia. ¿Y tú?

—Vaya vida loca la tuya, Aurora —Sebastian se ríe—. Yo estuve en algunas fiestecillas con amigos.

—¿Bailaste mucho? —sonrío mientras me siento, organizo mi escritorio y me preparo para un nuevo día.

—Un poquito —me guiña un ojo y contesta el teléfono—. Oficina de Edward Cooper, habla Sebastian.

Capítulo 24

Aurora López

Durante los días siguientes estuve hasta arriba de trabajo: haciendo llamadas, concertando reuniones con clientes muy importantes y revisando el archivo de campañas de la CTT para estudiarlo a fondo.

El viernes, antes de terminar la jornada, mi jefe me pidió que lo acompañara a una sesión de fotos que tendría lugar en uno de los últimos pisos del edificio.

Cuando el ascensor se detuvo en nuestro nivel, repleto de gente, todos salieron para dejarle paso.

—¿Aurora? —levanta una ceja, indicándome que entre.

—Ah, sí, jefe, ¡gracias! —Tengo que empujar algunos hombros y brazos para poder abrirme paso y entrar en el ascensor.

La sensación es algo claustrofóbica y, al mismo tiempo, tengo la impresión de estar dentro de un horno. En realidad, somos solo los dos: el señor Cooper y yo. Él me mira fijamente; yo finjo que no va conmigo.

—Sigo teniendo curiosidad por saber por qué hiciste eso —comenta.

—Ah... pensé que usted me había indicado que entrara —respondo, preparada para pulsar el botón del próximo piso y bajarme.

Él detiene mi mano. Su palma se cierra alrededor de la mía y me aparta del panel.

El señor Cooper me observa con una seriedad tal que me obliga a abanicarme. Malditos libros hot. Malditos sueños en la ducha que se repiten cada día.

Pero hay algo innegable: su mano es suave y, a la vez, fuerte. Y ese aroma que lo rodea se apodera del ascensor, de mí... me deja al borde del delirio.

—Quiero saber por qué le salvaste el cuello a Megan —va directo al grano.

—¿Cómo dice? —Finjo no entender al darme cuenta de a qué se refiere.

—¿Por qué no demostraste que la campaña era tuya?

—La campaña es de ella, señor —asiento con la cabeza.

—Mentirosa —sus ojos se entrecierran. Me sujeta de golpe y me empuja contra la pared del ascensor. Su cuerpo me presiona, su olor me envuelve, me ahoga—. No sabes cuánto me irrita que intentes mentirme.

Es exactamente como en el sueño de la ducha. Solo que estamos vestidos.

—No me mientas, Aurora.

—Sí, señor —gimo muy bajo, por la falta de aire. No lo hago a propósito.

—Vivo en un mundo de mentiras, trabajo con mentirosos profesionales, yo mismo soy un mentiroso —dice mientras se acerca más y más, hasta que su barba casi roza mi piel.

El escalofrío llega antes que los latidos acelerados del corazón.

Me quedo paralizada, mirándole a los ojos.

—Tú no eres buena mintiendo. Eres la persona más auténtica de toda esta empresa, quizás de toda esta ciudad que parece un croma.

—Mmm —vuelvo a gemir.

—¿Quién hizo esa campaña? —gruñe, con su aliento caliente chocando contra mi rostro. Me quema la piel, mis labios se entreabren.

—¿Yo? —digo sin rumbo. Hasta dudo de mí misma con esa cercanía, con esa tensión envolviéndolo todo.

—¿Por qué dejaste que ella se llevara el mérito?

—Porque... porque... —trago saliva—. Usted dijo que si me había robado la idea, la despediría.

—¿Y por qué no la desenmascaraste? —pregunta con más intensidad—. Habría confiado en tu palabra. No importa si veinte personas, cuarenta o cien decían lo contrario. Yo habría confiado en ti.

—Señor Cooper...

—¿Tú confías en mí?

Confío en él. Es mi ejemplo, me dio una oportunidad y hasta me trató bien aquel día en que mi abuelita intentó arrastrarme de vuelta a Yuma. Pero…

—Ajá.

—¿Entonces por qué no dijiste la verdad, Aurora?

—Porque eso habría acabado con su carrera —le explico—. Y yo no soy así.

—Así es como funciona todo en mi mundo —responde. No entiendo cómo no se pone tenso con lo cerca que estamos. Supongo que es porque soy fea y no le provoco absolutamente nada.

—No voy a cambiar por el mundo de nadie, señor Cooper. Voy a seguir lo que creo y hacer lo que es correcto.

Me sorprende no haber tartamudeado ni mostrar ningún tic nervioso. Pero él no afloja, no se aparta, no me da ni un segundo de

respiro con ese aroma cálido y envolvente justo delante de mi cara.

—¿Ni siquiera por mí?

Ahí sí que se pasó. Ahora sí me tiemblan las piernas. Tengo que agarrarme de sus brazos para no caer, tan mareada como estoy.

Y peor que la pregunta... es lo que hace después. Se acerca aún más a mi rostro, su nariz roza la mía y mi corazón pierde por completo el ritmo.

—Señor… ¡Cooper! —mi voz desaparece justo cuando su labio roza levemente el mío.

Mi cuerpo se estremece entero y siento el fuego subiendo por el cuello. Me convierto en una cascada bajo los brazos. Estoy completamente desconcertada.

Y el golpe de gracia llega cuando su lengua se cuela entre mis labios y su boca se funde con la mía. Su respiración es tan densa y caliente que me siento atrapada bajo su cuerpo musculoso, invadida por su aroma, sometida por su piel, rendida al placer y al capricho de este hombre.

¿Me está besando? ¿No es un sueño? ¿Por qué está pasando esto?

—¿No vas a renunciar a tus valores? —susurra contra mis labios. Su labio inferior acaricia el mío y vuelve a apoderarse de mi boca.

¿Claustrofobia? No. Lo mío ahora es *Cooperfobia*.

Encerrada, atrapada, apretada entre sus brazos. Un traje de Armani me empuja contra la pared y no sé qué hacer. No puedo ordenar a mi boca que se detenga, no soy capaz de mandar en mi corazón y hacer que funcione como un reloj.

Pero, de alguna forma, siento que esta es la forma correcta.

Una forma que nunca había imaginado.

—¿No vas a cambiar por mí? —repite al oído.

Siento su barba bajando por mi cuello, rozando mi nuca, arañando mi piel y volviéndome completamente loca. Y por si fuera poco, hay algo duro y grande presionado contra mí.

¡De verdad que no sé qué hacer!

—¡Papi! —una vocecita infantil grita con alegría justo cuando se abren las puertas del ascensor.

Me aparto —o más bien, me lanzo hacia el otro lado del ascensor— y veo a la pequeña Ángela con un mono colorido y adorable.

—¡Aurora! —dice aún más emocionada y corre hacia mí, se lanza a mis brazos.

—¡Hola, Ángela! —respondo nerviosa, la abrazo y acomodo su ropita—. ¡Qué ilusión verte!

—¡Hoy hay sesión de fotos! —dice con una sonrisa que no le cabe en la cara—. ¡Ven, papi! —le coge la mano a Edward y lo arrastra fuera del ascensor.

Capítulo 25

Edward Cooper

—Tuve la impresión de verte besando a tu secretaria —Matthew me lanza una mirada de cabrón.

—Estás viendo cosas donde no hay —murmuro con fastidio.

Mi amigo, que además es dueño de esta parte del edificio, saluda con la mano y me observa de cerca, como si notara algo raro en mi cara.

—Claro que sí. Hace tanto tiempo que no tienes secretaria… y como siempre acababas follándotelas, me pregunté por qué a esta no la has llevado ya al matadero. —Me da una palmada en el hombro—. Ahora me he acordado.

El muy imbécil se aleja hacia el ascensor y, antes de desaparecer, me dedica un gesto burlón con la cabeza.

Cada vez que tengo una sesión de fotos, vengo al último piso del edificio. Además de estar inundado por la luz natural —gracias a las enormes ventanas—, cuenta con varios sets desmontables.

Forbes, The New York Times, Vogue... En los últimos meses no han parado de hacer reportajes sobre mí y siempre piden fotos exclusivas. Esta vez quieren una foto familiar, así que Ángela y yo vamos a posar juntos.

—¡Mira, papi, me han maquillado! —La pequeña corre hacia mí, agarrada de la mano de Aurora.

Allí donde va, arrastra a la mujer con ella. Se meten en los rincones, hablan, juegan, se ríen. Ha hecho un drama toda la semana diciendo que no se dejaría fotografiar si Aurora no venía.

—A ver... —Me agacho y le tomo la carita regordeta entre las manos—. Hum... ¿vas a usar todo ese brillo?

—A Aurora le ha gustado. ¿A que es bonito, Aurora? —Le sacude la mano con impaciencia.

—Creo que pega con su personalidad —responde mi secretaria.

Curiosamente, Ángela no suele ser una niña así. Normalmente es centrada, analítica, callada. Pero desde nuestro viaje por su cumpleaños, desde que conoció a Aurora, ha empezado a brillar por dentro... y por fuera.

—¿Tú te has maquillado alguna vez? —le pregunta Ángela a la adulta.

—¿Yo? —Hace una mueca—. No, nunca. No me quedaría bien...

—¡Vamos! —dice impulsiva, y tira de ella como si fuera su muñeca.

—Estamos listos para empezar, señor —me avisa el fotógrafo.

No sería una mala señal si no viniera acompañado de Melanie... con un vestido blanco escotado, el pelo liso en la raíz y ondas perfectas en las puntas, el rostro afilado, los pómulos marcados y la piel radiante por culpa del maquillaje.

—No pensarías salir en la Vogue sin mí, ¿verdad? —Se agarra de mi brazo.

—Melanie —la miro con frialdad—. ¿Qué haces aquí?

—¿No es un reportaje familiar? —Me arrastra hacia el primer set de fotos, pero yo no me muevo—. ¿De verdad creías que ibas a hacer «fotos familiares» para una de las revistas más importantes del momento sin mí?

Su sonrisa me revuelve el estómago. Cada vez que repite la palabra «familia», siento que se está burlando.

—Ya que no vienes conmigo, iré a salvar a tu hija de esa estúpida —mira hacia el otro extremo del plató, donde están las dos, y se va.

Capítulo 26

Aurora López

Creo que todo lo que no jugué, no bailé ni salté con otros niños cuando tenía su edad, lo estoy haciendo ahora con Ángela.

Tiene una energía que me da envidia y siempre está alegre, divirtiéndose. Antes de que me dé cuenta, ya ha abierto TikTok y empieza a grabar coreografías, pidiéndome que las haga con ella. Pero no importa cuántas veces lo intente, siempre me equivoco en los pasos.

—Ángela, soy malísima en esto —me paso las manos por la frente, empapada en sudor.

—Que no, venga, vamos a hacer esta ahora.

Me enseña un TikTok de una de mis cantantes favoritas: Emily Williams. Se hizo muy conocida por hacer versiones de canciones góspel, y aunque soy católica, tengo que admitir que eran preciosas. Luego arrasó en el mundo del pop con temas súper románticos sobre amores imposibles y prohibidos.

En el vídeo, Emily y su hijo James, que tiene la misma edad que Ángela, bailan una coreo bastante chula, que consiste básicamente en saltar a la pata coja mientras empujas la otra pierna hacia atrás y lanzas el puño derecho hacia delante como si estuvieras llamando a la puerta de alguien.

—¿No te falta el aire? —pregunto después de tres intentos fallidos.

—¡Una más! —no se rinde.

—Vale... solo una más —acepto, sin aliento.

Gracias a Dios o al puro milagro del cansancio, consigo hacer bien los pasos y el vídeo queda bastante guay.

—¡Eres increíble, Aurora! —Me abraza emocionada.

—Estoy sudada, te voy a estropear el maquillaje —intento apartarla, pero me atrapa sin remedio.

—Ángela —una voz femenina la llama con tono autoritario—. Para ya con esas tonterías o vas a arruinar el maquillaje que te hicieron para disimular esa cara redonda y gorda.

La mujer parece sacada de una alfombra roja, con un vestido blanco que le marca las curvas y una melena de pasarela. Pero el tono en que habla le quita toda la belleza. Es como un plato caro servido en la cena... que ya está pasado y te va a sentar fatal.

—Mira cómo estás de gorda —le agarra el brazo—. ¿No te das cuenta de que si sales así en las fotos, todo el mundo va a cuestionar la buena genética de mi familia? —murmura entre dientes.

No sé si la niña entiende lo que está diciendo, pero sin duda entiende el cómo lo dice. El tono es de regaño, la actitud es agresiva, la mirada... completamente vacía de afecto.

—Perdona, ¿tú quién eres? —intervengo.

—Su madre —responde con brusquedad mientras la arrastra —. ¿Y tú quién eres?

Ese tono... lo he escuchado toda mi vida.

Y podría encoger los hombros e irme, como siempre. Pero ya estoy acostumbrada.

—Su amiga.

—¿Amiga? —me escanea de arriba abajo—. ¿Tú? —suelta una risa lenta, burlona—. Venga, Ángela, vamos a rehacer ese maquillaje.

La niña empieza a forcejear. La está arrastrando. Y eso ya es demasiado para mí. Más aún cuando veo que sus uñas, largas y afiladas, se le están clavando en la piel.

—¡Suéltala! —la retiro con todo el cuidado del mundo y la estrecho en mis brazos—. ¡La estás haciendo daño!

Ángela se aferra a mi cuello, desesperada.

—¡Ángela, ven aquí ahora mismo! —ordena la mujer. Pero la niña no se mueve ni un milímetro—. ¡Ven conmigo, mocosa desobediente!

Cuando intenta arrancármela de los brazos, ahí sí que tengo que hacer algo. La empujo hacia atrás y le señalo con el dedo índice.

—¡Te estoy avisando! —creo que nunca había gruñido en mi vida, pero esta vez me sale desde las entrañas—. Si vuelves a hacerle daño a Ángela, si le pones una mano encima, si te atreves a tratar así a tu hija...

—¿Y qué vas a hacer? ¿Asustarme por la noche? —se burla—. ¿Obligarme a vestirme con tus harapos?

Bueno... no tenía ni idea de cómo iba a terminar esa amenaza. Solo sé una cosa: esa mujer no volverá a tratar a Ángela así. No mientras yo esté viva.

La niña está temblando, acorralada, llorando.

—¿Y ahora qué pasa? —la voz de trueno del señor Cooper resuena al llegar.

—Esa de ahí, ¿no la ves? Asustando a todo el mundo. Impidiendo que tu hija vaya a retocarse el maquillaje porque ha estado dando saltos y sudando como una mona.

—¡No vuelvas a hablar así de mi hija!

—Tu hija. Si hubiera salido con los genes de mi familia, estaría más delgada, no sudaría tanto y sabría comportarse como una

dama, no como una farsante... como esa gentuza. —Me lanza una mirada directa.

—Señor Cooper... —intento explicarme.

—Aurora —me interrumpe. Su mirada es firme, segura—. No te expliques. Confío en ti.

Eso me desarma. Mis ojos se agrandan y solo puedo concentrarme en abrazar fuerte a Ángela.

—Ay, lo que me faltaba —la mujer se echa a reír.

—Aurora, ¿podrías llevar a Ángela a retocarse el maquillaje? Déjame a mí esta parte.

—Sí, señor Cooper. —Me levanto con Ángela aún enganchada a mí y empiezo a andar con pasos cortos.

De reojo, veo a mi jefe sujetar del brazo a la mujer exactamente igual que ella lo hizo con la niña, arrastrándola fuera del plató.

—¿Te has vuelto loco? —la oigo gritar—. ¿Vas a hacerle caso al espantapájaros en vez de confiar en mí?

La voz se va apagando mientras cruzamos un pasillo que separa los sets del estudio y nos lleva a un camerino lleno de espejos, banquetas y mesas de maquillaje. Hay un equipo de seis personas preparado, y también veo a mi amigo Sebastian sentado al fondo con otra chica. Le saludo y me devuelve el gesto con una sonrisa.

—Hola, Ángela necesita un retoque de maquillaje —le digo al maquillador.

—¡Eres una trasto! Te dije que no corrieras —le regaña con humor.

—Es que estaba con mi única amiga de verdad.

Me duele el corazón al oírla decir eso. ¿Única amiga? La abrazo con fuerza y le acaricio el cabello.

—¿Podrías apartarte un poco? —El maquillador ya no es tan simpático conmigo.

—¡Maquíllala también! —pide Ángela con entusiasmo.

—No, Ángela, no me quedaría bien...

—¡Por favor, Aurora! Para que nos hagamos fotos juntas en mi móvil. ¡Eres mi única amiga!

No hace falta mucho para convencerme. Por esa niña, me pondría un disfraz de payaso y bailaría por toda la sala como una tonta feliz.

—Vale... —acepto.

—Lo siento, guapita —el maquillador ni me deja sentarme en la banqueta de al lado—. No voy a maquillarte.

—¿¡Pero por qué!? —Ángela protesta, indignada.

—No. No. Soy un profesional. Trabajo para el señor Crawford. Él no me paga para hacer milagros. Ni todo el talento del mundo podría tapar la fealdad de esa tía rara...

Su voz se apaga de golpe cuando Sebastian aparece, acompañado por una chica con síndrome de Down.

—Desde luego, talento no tienes —dice Sebastian, dándole un empujón al pasar.

—Hola, pensé que ya te habías ido. A disfrutar, bailar y ligar con tus... —mira de reojo a la niña— «amigos». —Le guiño un ojo.

—Rowan y yo estábamos discutiendo algo importante. —Aprovecha para presentármela—. Aurora, ella es Rowan Gallagher.

—Encantada. —La chica me tiende la mano.

Me sorprende un poco. De donde vengo, las personas con síndrome de Down son más cerradas, poco expresivas e incluso agresivas en algunos casos. Pero Rowan es todo lo contrario: lleva

un mono moderno, el pelo recogido en un moño desenfadado y un maquillaje suave que le da un aire muy angelical.

—¿Lavamos ese pelo? —me pregunta con una sonrisa.

Miro de Sebastian a ella, sin entender nada.

—Tranquila, amiga, nos encargamos de tu pelo y del maquillaje. —Chasquea los dedos y fulmina a Paul con la mirada.

—Buena suerte obrando un milagro —provoca él, riéndose de ambos.

—No hace falta suerte cuando tienes talento o sabes lo que haces —Rowan le responde, firme.

Me dolió hasta a mí. Nos miramos con complicidad, como si llevásemos diez años siendo amigas.

Paso unos quince minutos entre champús, acondicionadores y una mascarilla de pepino que Sebastian me aplica en el rostro.

—¿Eres peluquera, Rowan? —pregunto.

—No. Soy diseñadora —responde.

—Es la mano derecha del señor Crawford. Rowan cose, revisa cada prenda de marca que entra en este edificio, arregla cualquier desperfecto...

—Y me encantan los unicornios y ayudar a los amigos —añade, mientras masajea mi cuero cabelludo con suavidad—. ¿Crees que le quedaría bien el pelo liso?

—Con las puntas onduladas, suave y con volumen —observa Sebastian.

No me dejan ver nada mientras trabajan en mí. Rowan me seca el pelo, Sebastian me aplica tantos productos en la cara que ya no sé lo que llevo puesto.

—Tienes una piel preciosa, solo un poco descuidada. ¿Estás usando protector solar?

—No... —respondo—. Aquí casi todos los días están nublados y...

—No importa si el cielo está cubierto, gatita. Hasta esa luz —señala la del techo— puede dañar tu piel. El portátil también, ¿vale? Protector solar siempre. Días nublados, dentro de casa, en la oficina o bajo los focos —explica.

Ángela ya ha terminado con el maquillaje. No es complicado, después de todo, esta niña nació deslumbrante. Tiene una luz propia, un aura que la hace increíblemente hermosa.

—Eh... —Le tomo la mano y noto tristeza en su rostro. No sé por qué, pero me veo a mí mesma en ella—. Tu cara es preciosa. Es redondita como la de cualquier niña...

—Winny tiene la cara muy delgada —me dice.

—Y no pasa nada —le explico—. Todas las personas tienen rostros y cuerpos diferentes, delgados o más rellenitos, anchos o estrechos, altos o bajos... y todos son bonitos a su manera.

—¿Tú crees que soy guapa, Aurora? —se acerca para susurrarlo—. Mi madre no lo cree. Dice que me parezco a la familia de mi padre.

—Ángela, eres preciosa. Nunca dejes que nadie te diga lo contrario. Ni siquiera tu madre.

—Aurora, por favor, no llores que me vas a arruinar el maquillaje —Sebastian me regaña.

—Ya lo sé, perdona —respondo haciendo un puchero, a punto de derrumbarme.

Ojalá alguien me hubiese dicho eso cuando todos los niños se alejaban, cuando los adultos me evitaban y hasta mis propios parientes giraban la cara al verme.

—Guau —dice Ángela de pronto.

Sé que es mi amiga y va a elogiarme pase lo que pase, pero esta vez... Madre mía de la Capilla Sixtina, ¿¡qué le ha pasado a mi cara!?

Cuando Sebastian me gira hacia el espejo y me veo reflejada, me quedo en shock. ¿Esa soy yo? Miro a mi alrededor. ¿Soy yo la que está sentada en esta silla? ¿Ese pelo, ese rostro, esa del espejo... soy yo?

—Ahora coge esa buena suerte que tienes, enróllala bien, dóblala como si fuera un origami y métetela por el... —le suelta al maquillador, que está más blanco que la pared.

—¡Sebastian! —lo reprendo, señalando a la niña presente.

—Él sabe por dónde. Siempre lo hace —gruñe mi amigo.

Mis ojos brillan. Mi rostro luce uniforme, sin una sola mancha. Mi pelo parece salido de un salón de lujo. No hay imperfecciones, ni brillos, ni rojeces. Hasta mi mirada parece más firme, y mis cejas, delineadas con precisión, me dan un aire poderoso.

—¡Estoy guapísima! —digo, emocionada, todavía sin creerlo.

—Rowan, por lo que más quieras, tráele un ventilador a esta chica, que me va a estropear todo el trabajo —Sebastian dice agitado, abanicándome con un abanico.

—Estás preciosa, Aurora —dice Ángela con ternura.

—¿De verdad lo crees? —le cojo las manos.

—Los niños no mienten —responde Rowan, apareciendo con un ventilador casi de su tamaño, colocándolo en el suelo mientras baila—. De verdad eres muy guapa. Solo necesitas usar protector solar a diario e hidratar bien la piel por la noche. Tu pelo es precioso.

¿Mi pelo? Siempre me ha parecido fino, frágil, sin volumen. Y cuando tiene algo de volumen, es ese tipo de volumen encrespado, esponjoso y rebelde.

Pero el espejo me cuenta otra historia.

—Ángela, solo te estoy esperando para empezar la... —El señor Cooper se detiene al verme.

Todos me están mirando, de hecho. Los maquilladores, mis amigos, incluso esa bruja que ya debería estar bien lejos de aquí se acerca como una fiera... mas se queda paralizada al verme.

—Guau, ¿a que sí, papi? —Ángela corre a abrazarlo—. ¡Es Aurora! ¿La has reconocido?

—Aurora —dice él como si acabara de descubrir mi nombre por primera vez.

—Qué pena que en cuanto se lave la cara, se le acabe la ilusión —murmura la mujer, e intenta tocar a Ángela, pero el señor Cooper la aparta de inmediato—. ¡Vámonos ya! ¡No tengo todo el día! ¡Tengo una gala benéfica que atender! —Y se va, sola.

—Papi, Aurora y yo vamos a hacernos unas fotos con mi móvil, ¿vale? —dice Ángela con autoridad, como si mandara ella en todo.

El señor Cooper da media vuelta, pero no puede dejar de mirarme. Acompaña a la hija de regreso al set, aunque su cabeza no para de girarse hacia mí.

—De verdad estoy guapísima —vuelvo a mirarme al espejo, aún con los ojos llorosos.

—No aprendes, ¿eh? —Sebastian pone los ojos en blanco—. Rowan y yo hemos estado hablando y tenemos una propuesta para ti.

—¿Una propuesta? —los miro, intrigada.

—Sí. Te la contamos después de vestirte con algo espectacular para una sesión de fotos —explica.

—¿Una sesión de fotos? —parpadeo, atónita.

—Con esta pedazo de producción, necesitamos una buena sesión sí o sí —responde Rowan, ilusionada.

Su entusiasmo es contagioso. Me parece encantadora.

—Si el futuro Diablo viste de Prada lo ha dicho, es ley —Sebastian me lleva hacia el ascensor.

Capítulo 27

Aurora López

Después de probarme varios conjuntos y hacer algunas fotos, vuelvo al estudio acompañada por Sebastian y Rowan. Al llegar, nos topamos con la siguiente escena:

—Mete la tripa —Melanie, la madre de Ángela, le dice a la niña con tono impaciente.

El padre y la pequeña están posando para las cámaras, iluminados por tres focos. El señor Cooper impone. Tiene una mirada penetrante, seductora, y siempre lleva esa expresión seria. Coloca la mano cerca de los botones de la chaqueta, cruza los brazos resaltando sus músculos y mira al fotógrafo como si fuera dueño absoluto de toda la ciudad.

Es divertido ver a Ángela posar. Tiene la cara, los ojos y las cejas de su padre, lo que le da un aire serio, pero al mismo tiempo hay en ella algo dulce, ingenuo, casi de princesa.

—No sonrías. Solo los débiles lo hacen en las fotos —la madre la reprende—. ¿No crees que está gorda? ¿Qué van a pensar de mí? —le susurra al fotógrafo—. Intenta tomarla desde un ángulo que la haga parecer más delgada.

—Es solo una niña —murmuro a Sebastian.

Es evidente cómo Ángela se apaga bajo la mirada de su madre, como si perdiera toda su luz.

—Lo estás haciendo muy bien, no hagas caso a nada de eso —le dice su padre.

Aunque intenta animarla, en su rostro sigue dibujada la tristeza.

—¡Ángela! —Sebastian la llama, y la niña gira la cabeza hacia nosotros—. ¡Vogue! —pone las manos en paralelo junto al rostro y hace una pose dramática.

—¿Vogue? —pregunta Ángela, sin entender del todo.

Menos mal que lo dijo ella y no yo. Sé que es una revista, pero ¿qué quiere decir exactamente con eso?

—Solo tienes cinco años y vas a salir en una de las revistas más leídas del mundo: eres una princesa, una estrella. Todos te van a imitar en el cole. Haz una pose de reina —la anima Sebastian—. Eso es, preciosa. Enseña cómo deben comportarse las niñas: como les dé la gana. ¡Vogue! —coloca una mano bajo la barbilla y la otra encima.

Intento imitar la pose. Me hace gracia y me parece muy teatral.

—Tú eres la dueña de todas las Barbies de la tienda, chica. Quiero ver una cara de «me importa un bledo». —Sebastian pone la mano en la cintura y saca una expresión de desprecio fabulosa.

Ver a Ángela imitarlo es divertidísimo. Incluso su padre tiene que contener la risa.

—No necesitas los consejos de un empleado. Tu madre es modelo internacional. Te voy a enseñar cómo se hace. —Melanie se adelanta y comienza a posar con una actitud impecable.

No sé si es cosa mía, pero nadie parece muy cómodo con su presencia.

—No necesitas posar si tienes una cara como esta —dice, mirando a la cámara con un gesto seductor—. Tampoco necesitas kilos y kilos de maquillaje tapando tu cara si tienes esta piel —me lanza una mirada despectiva.

—Vamos a hacer una toma familiar —propone el fotógrafo.

—¡Ven, Aurora! —Ángela me llama.

—Ángela, concéntrate en la cámara. ¡Vamos a salir en la portada! —le recuerda la madre.

—Aurora —insiste la niña—. Eres mi amiga. ¡Ven! —mueve la manita para llamarme.

—Ella no es de la familia y no quedaría bien en la foto con esos harapos...

Sebastian desata el albornoz que me cubre y prácticamente me lo arranca, revelando el vestido verde neón que Rowan eligió para mí. Los tirantes finísimos enmarcan mi escote. Las mangas, que caen justo sobre el pecho, cubren mis brazos algo rellenitos. La cintura, ceñida, marca mis curvas, y mi piel morena resalta aún más con ese color vibrante.

—Deberías venir —dice el señor Cooper, en tono de orden.

—Ay, eso sí que no —Sebastian me retiene—. Ni hablar si no es con esto. —Y casi me golpea en la cara con unos tacones.

Estoy tan alta que me siento como un pobre árbol en medio de un huracán. Me voy tambaleando hasta llegar a Ángela y a su padre, que enseguida me sujeta para que no me caiga.

—¿Por qué iba a hacerse fotos con vosotros? —protesta Melanie, alejándose—. ¡No pienso posar al lado de ella!

—Porque yo quiero —dice mi jefe—. Y porque es una de las mejores empleadas de mi empresa.

—Y mi amiga —añade Ángela con firmeza.

—Aurora —Sebastian se coloca junto al fotógrafo—. ¡Vogue! —dice en voz alta, mostrándome una pose seductora y poderosa.

Me siento ridícula intentando imitarla, pero él me hace una señal con los pulgares en alto.

—Delicada, dulce y sensible —sugiere Rowan, que parece orgullosísima del vestido.

—Empleada del mes, la mente brillante detrás del anuncio de Tesla —Sebastian pone una cara de diva que parece sacada de una revista de lujo.

Después de tantas poses esmeradas, me hago algunas fotos abrazada a Ángela. Luego nos vamos a un rincón a grabar unos vídeos para TikTok con Sebastian y Rowan.

—¡Aurora, estás increíble! —La niña está en un frenesí, como si se hubiera comido un kilo de azúcar.

—Lo difícil es aguantarme sobre estos tacones —digo, con los brazos siempre abiertos para mantener el equilibrio.

—Es justo al revés: brazos pegados al cuerpo, espalda recta y hombros hacia atrás —explica Rowan.

Le cojo el truco después de unos minutos. Y luego siento como si un terremoto me arrastrara al suelo, como un imán, pero logro recuperar el equilibrio a tiempo.

—Ángela, ven a despedirte de tu madre —la llama su padre.

—Quédate aquí, no te vayas —me dice ella, y corre al otro lado del plató.

Yo me acerco despacio hasta una esquina llena de plantas y espejos, y me miro. Aún no puedo creer que esa sea yo. Parece otra persona.

—¿Estás cómoda con el vestido? —pregunta Rowan.

—Sí, es muy ligero. Aunque me ajusta en la cintura, tiene todo este movimiento. —Sujeto la falda, que ondea sin necesidad de viento.

—Ser guapa es sentirte bien contigo misma. No tienes que estar esquelética, ni llevar una faja que no te deje respirar, ni mostrar más de lo que te haga sentir incómoda. Ser guapa es sentir

que estás en tu piel, ¿me entiendes? —Sebastian se echa el pelo hacia un lado y me pide que lo imite—. Me desperté así, ¿te lo crees? —me guiña un ojo.

—¡Tonto! —Agito la mano, riendo—. Madre mía, ¡habéis obrado un milagro! Siento como si me hubiera hecho varias cirugías.

—¿Puedo ser sincero?

—Sí —respondo, con un poco de miedo por lo que pueda decir.

—Te escondes detrás de la ropa. Te tapas la cara con el pelo. Aurora, eres una mente brillante del marketing... ¡y no haces nada de marketing personal! No tienes redes sociales, no cuidas tu imagen... chica, ¿¡cómo que no usas protector solar!? —exclama indignado.

—Tienes que cuidar tu piel —asiente Rowan, apoyándolo.

—Cuando tú te sientes cómoda, los demás también nos sentimos cómodos. Mírate ahora. —Me sujeta de los hombros y me gira hacia el espejo—. La belleza no es parecerse a los demás, es ser la mejor versión de ti misma. —Señala mi reflejo.

Y tiene razón.

—Ni siquiera imaginaba que esta Aurora existía —confieso, hipnotizada por mi propia imagen.

—No eres otra persona. No has cambiado. Esa Aurora bellísima ha estado dentro de ti todo este tiempo —me aprieta los hombros y me sacude un poco—. Pero necesitamos ver a esa Aurora. En el escritorio de la secretaria, en la reunión del departamento creativo, yendo a almorzar un buen plato de arroz con alubias... ¡si es que me entiendes!

—Comen gelatina de té verde para volverse más atractivos —le suelto el cotilleo a Rowan, escandalizada.

—Por favor. Yo como pizza y soy un pedazo de mujer —responde sin pestañear.

Oír eso de ella es como... una bofetada directa a la cara.

—Eres mucho más que tu cara y tu cuerpo, lo sabes, cielo. Pero queremos ver confianza, queremos ver atrevimiento, queremos ver a la mejor publicista de esta empresa solo con mirarte —Sebastian chasquea los dedos, y Rowan lo imita con estilo.

—Voy a lanzar mi primera colección de ropa dentro de tres meses.

—¡Guau, Rowan, qué maravilla! —me animo al escucharla.

—Y quiere que tú hagas toda la campaña publicitaria de su colección —Sebastian está más entusiasmado que yo.

Me quedo boquiabierta, sin reacción, los ojos abiertos de par en par, sin poder creerlo.

—Y quiero que desfiles también —Rowan asiente—. El tema de la colección es: Tus raíces. He diseñado prendas con temáticas americanas, brasileñas, europeas y mexicanas.

Doy saltitos de emoción y tengo que agarrarme al brazo de Sebastian para no caerme. ¡Ya estoy deseando verlo todo!

—¡Espera! —respiro hondo—. ¿Has dicho que quieres que desfile?

Rowan asiente rápido y yo me echo a reír.

—Creo que hoy ha quedado bastante claro que no soy modelo —los miro a los dos.

—Va a ser más que un desfile. Es una celebración. Celebración de la moda, del movimiento, de la belleza. Celebración de lo que somos y de lo que nos hace únicas —Rowan defiende su desfile—. Quiero gente real llevando mi ropa. Tendremos modelos y famosos, sí, pero también quiero mostrar que alguien como yo puede estar en la moda —gira sobre sí misma con gracia.

Rowan ha roto tantos esquemas en mi cabeza que no sé qué contestar. Estoy bloqueada de tanta información.

—¿Aceptas ser la consultora de marketing de su colección? —Sebastian intenta ir por partes.

—Claro. O sea... sería un honor. Pero, ¿no crees que sería mejor contratar a Cooper Think? —Cruzo los brazos.

—Quiero que seas tú quien haga mi marketing —la chica lo dice con absoluta seguridad.

No pienso discutirlo. Y sonrío de oreja a oreja, con el corazón agradecido.

—Y también vas a desfilar —Sebastian insiste—. Vas a mostrar garra, fuego latino, valor, ¡y un toque sexy! —me va mostrando cada una de esas expresiones frente al espejo.

—Desfilar... —se me eriza la piel solo de pensarlo.

—Eres nuestra chica, Aurora. Hazlo por nosotras y yo te voy a enseñar a cuidar tu piel y a maquillarte como una pro.

—Y yo te voy a prestar los vestidos de la agencia. Los míos... y los de Gucci, Prada, Versace —Rowan dice en tono pícaro, casi provocador.

—¿En tres meses? —ya me quiero comer las uñas.

—Pero vamos a hacer ensayos, te vas a probar la ropa, vas a conocer gente guay de tu edad —Sebastian me lanza la tentación con una sonrisa.

—De aquí a allá, creo que consigo aprender a caminar con estos tacones —me río.

—Cariño, vas a andar en esos tacones sí o sí, porque vas a venir a trabajar con ellos puestos todos los días —Sebastian sentencia.

—¡Aurora! —Ángela regresa, con su padre justo detrás—. ¡Te vienes a cenar a casa! —lo dice como una orden, tan autoritaria

como él, mientras agarra el móvil y me tira de la mano.

—Entonces... ¿nos vemos el lunes? —les lanzo una despedida a mis dos ángeles de la guarda.

—Nos vemos el lunes, y Rowan te va a pasar todo lo que tiene pensado para que puedas ir preparando un primer borrador de la campaña publicitaria, ¿vale?

—Vale —respondo nerviosa—. De verdad, muchísimas gracias por confiar en mí. ¡No sé ni qué decir!

Me dejaron increíblemente guapa... y ahora me ofrecen una oportunidad para ganar dinero. No tengo palabras.

—No digas nada. Y usa condón —Sebastian mueve los labios sin emitir sonido, con una expresión provocadora.

Mi corazón se descompone al instante, empiezo a sudar frío y se me abren los ojos de par en par. ¿Será que... yo voy a ser la cena del señor Cooper?

—¡No te bajes de esos tacones! —Rowan me dice, levantando los pulgares.

—Algún día se va a dar cuenta de que es un mujerón de los que hacen historia —Sebastian cruza los brazos y le susurra eso a su amiga.

Edward Cooper

No puedo apartar los ojos de ella.

Soy muy bueno controlando mis impulsos y guardándome lo que siento, pero esta chica tiene algo… un efecto que no sé explicar. Me descoloca. Pienso en ella incluso cuando está lejos y, cuando la tengo cerca, me incomoda no sentir su piel.

Aurora ya fue mi ruina una vez.

Y estoy cayendo otra vez en esa trampa, en caída libre, sin paracaídas.

—¡Te va a encantar la piscina! —la voz aguda de Ángela me hace sonreír.

Nunca la había visto tan animada, ni siquiera cuando sus amigas del colegio venían a casa.

Ahora que está cada vez más aislada, ha estado triste... y me rogó toda la semana que trajera a mi secretaria a la sesión de fotos.

Pero todo se descontroló.

La besé. No pude evitarlo. Cada segundo dentro de ese ascensor me sentía más loco, ahogado por la corbata, tenso de recordar que ya lo había hecho antes… y fue entonces cuando toda la mierda estalló en mi vida.

¿Aprendí de mis errores? Por supuesto que no. Volví a besarla.

Salimos de la Quinta Avenida rumbo a mi mansión en Manhattan, donde normalmente Ángela y yo pasamos los fines de semana y festivos.

El chófer abre la puerta del coche y Ángela sale disparada, gritando y llamando a su amiga para que se tiren a la piscina.

Y allá vamos otra vez.

Entro en la casa ignorando a los empleados que intentan parecer ocupados. Observo a las dos charlando y corriendo alrededor de la piscina.

—Matthew —digo cuando él contesta al teléfono.

—Si yo… —hace una pausa dramática y gime. Pongo los ojos en blanco—. Si dejo de hablar en mitad de la llamada es porque hay una mujer comiéndome la polla. Dime —suspira.

La intimidad que dan los años de amistad a veces es una auténtica mierda.

—Voy a cometer un error.

—Pues comete dos —responde, y tengo que apartar el móvil de la oreja cuando vuelve a gemir.

Llamo a mi mejor amigo buscando algo de lucidez, pero él está tan jodido como yo.

—No lo entiendes. Me conozco, Matthew, sé de lo que soy capaz. No voy a resistirme. Me la voy a tirar —gruño.

—¿A cuál de...?

—A mi secretaria.

La carcajada que suelta se convierte en un sonido sordo por el móvil.

—Eres un cerdo asqueroso y despreciable —me doy un pequeño cabezazo contra la pared.

—¿Y por qué sería un error? —me pregunta.

—Porque ya la besé una vez. Y terminé despedido de Columbia con una denuncia por acoso, imbécil —aprieto los dientes.

—¡Ah, era ella! —responde desconcertado y, aun así, vuelve a gemir—. Tío… estoy con una mujer que… vaya garganta, colega, qué garganta.

—Evítame los detalles, Matthew.

—Así que contrataste a la chica que arruinó tu carrera por un beso. ¿Y es fea?

—Matthew, escúchame con atención porque esto solo lo voy a decir una vez.

—Hum.

—Si vuelves a decir que es fea, te reviento la cara de un solo puñetazo.

Su silencio era la respuesta que necesitaba.

—¿Por qué la besaste en la universidad? Nunca entendí esa mierda. Y ahora entiendo aún menos, porque es… —hace una pausa solemne—. Una mujer diferente, ¿no?

—Porque no puedo controlarme. Porque soy un cabrón, un idiota, un animal que solo sigue sus impulsos. Y Ángela me convenció de traerla a Manhattan.

—Claro, la culpa es de Ángela —se burla—. Deja de poner excusas para justificar lo que deseas pero no sabes admitir.

—Tienes razón —murmuro. Sirvo whisky en el vaso, sin hielo, sin nada, y lo bebo de un trago.

—Un consejo de tu gurú del sexo, el tío que organiza las mejores orgías de Nueva York —dice.

—Dime —me arrepiento al instante de haberle dado pie.

—Ve y haz lo que te apetece, colega. Es mejor arrepentirse de lo que uno hace que quedarse dándole vueltas. Un rabo duro nunca miente, ¿a que no?

—Hum.

—¿Lo tienes duro?

—¿Qué?

—Tu rabo.

—Ah. Qué conversación más absurda. Voy a colgar, Matthew. Disfruta con la chica de la garganta profunda.

—¿Está duro o no está duro ese pollón, Edward?

—¡Vete a la mierda! —cuelgo el móvil y lo guardo en el bolsillo.

Soy un completo imbécil que nunca aprende de sus errores.

Y la prueba de eso es que la traje aquí... y sé que no la dejaré marcharse hasta que haga exactamente lo que yo quiera.

Y ese simple pensamiento… me pone aún más duro.

Capítulo 28

Aurora López

Ángela y yo nos divertimos muchísimo el resto del día, ya fuera saltando a la piscina, corriendo por aquella propiedad enorme o picando cosas ricas.

Estar con la niña es como ponerle tiritas a mi infancia traumática. Me gusta estar con ella, y la manera en que me trata es muy inesperada. Es muy diferente de su madre.

La cena se sirvió en la mesa y me sentí incómoda comiendo sin la presencia del señor Cooper.

—Mi papi está trabajando —dice Ángela mientras come con tranquilidad—. Es que está muy ocupado.

—Sí, claro. Es tan inteligente que todo el mundo lo necesita —respondo con una sonrisa forzada—. ¿Pasáis mucho tiempo juntos?

—No —contesta con cierta aprensión, pero sigue comiendo—. Siempre está demasiado ocupado.

El silencio que llena la mesa resulta un poco incómodo. Estamos rodeadas de empleados y guardaespaldas, como si fuésemos de la realeza, y como todos están callados y nos observan, es imposible no ponerse tensa.

—¿Qué tal te va en el colegio? —le pregunto a Ángela para romper el hielo.

La niña termina de masticar y me mira sorprendida al oír la pregunta.

—Quiero irme de allí. A nadie le caigo bien —reflexiona—. Pero mi papi dice que tengo que quedarme para ser alguien el día de mañana.

—Mmm… —Junto las manos sobre la mesa. No puedo creer que esta niñita pase por eso. Es tan dulce y encantadora—. Pero, ¿te gustan las clases? ¿Los profesores?

—Sí. Hago ballet, béisbol y se me da muy bien mates.

A veces tengo la sensación de estar hablando con una adulta en miniatura. Hasta los gestos de su padre —esa mirada seria, esa expresión de querer tenerlo todo bajo control— se reflejan en ella cuando habla.

—A mí tampoco me caía bien nadie en el cole —confieso.

—¿En serio? ¡Pero si eres supermaja!

¿Por qué me siento tan bien al oír eso de una niña? ¡Hasta me duelen las mejillas de sonreír!

—Gracias —me limpio la boca—. Supongo que era demasiado auténtica para su mundito —suspiró.

Hoy me he mirado más al espejo que en toda mi vida. También he llenado la memoria del móvil con un montón de fotos, porque nunca he tenido la confianza o autoestima para hacerme un selfi sin borrarla al instante.

—Pero me esforcé mucho, fui a la universidad y, mira, ¡al final he llegado a algún sitio! —digo, sorprendida incluso por mis propias palabras—. ¿Y tú, Ángela? ¿Qué quieres ser de mayor?

—Mamá —responde muy seria—. Una buena mamá. Tener muchos niños, cuidarlos y quererlos.

No puedo quedarme sentada. Me acerco a ella, me arrodillo a su lado y la abrazo con fuerza.

—No tengo ninguna duda de que serás una mamá increíble —le doy un beso en la frente—. Pero hasta entonces, ¡tendrás que

ocuparte de otras cosas! —le digo, señalándola con el dedo.

La pequeña se ríe y vuelve a comer.

—¿Me he perdido algo? —Por fin aparece el señor Cooper.

—Nada —me levanto rápidamente—. Solo estábamos charlando.

—¿Tú también quieres ser mamá, Aurora? —Ángela revela el tema de nuestra conversación.

—Bueno… me gustaría. Quiero decir, sí, claro —tartamudeo—. Siempre lo he deseado. Pero antes tengo que centrarme en mi carrera. Quizá algún día encuentre a alguien que me quiera y que también quiera tener hijos.

Soy incapaz de levantar la mirada. No podría mirar a los empleados, ni a los guardaespaldas, y mucho menos al señor Cooper.

—¿Qué te ha dicho tu padre sobre ser entrometida? La estás poniendo en un aprieto —le regaña el adulto a la niña.

—No, no pasa nada. Es solo que… ahora no es el momento —le digo a Ángela con una sonrisa.

La cena transcurre en silencio con la llegada del señor Cooper. Comemos sin hablar, y yo sigo con la vista clavada en el plato, avergonzada por lo que he soltado.

Ángela se entretiene un rato con el móvil después de comer, luego se va a duchar antes de acostarse. Me despido de ella y le deseo buenas noches.

—¡No te vayas, mañana nos divertiremos más! ¡No la asustes! —Le señala con el dedo índice a su padre y pone cara de pocos amigos—. Ella es mi amiga.

—Lo intentaré —acaricia el rostro de la pequeña y la lleva a la cama.

Me quedo un rato sola en el pasillo mientras padre e hija hablan en la habitación. Observo la noche oscura, los árboles meciéndose con el viento, las luces de la ciudad a lo lejos.

En cuanto mi jefe sale de la habitación, me acerco a él.

—¿Podría llevarme a casa? También estoy cansada.

—Podría. Pero no lo haré —responde serio, mira el reloj una fracción de segundo y vuelve a clavarme los ojos.

—Necesito irme —insisto.

El efecto va a desaparecer. El carruaje se convertirá en calabaza. Este maquillaje tiene que salir de mi cara. Y debo volver a mi vida normal.

—Lo necesitas, pero no lo deseas. Dormirás aquí hoy. Conmigo.

La gente rica tiene esa manía de creer que la vida es fácil, que todo está a su alcance y disposición. Yo no soy así.

—Ha sido una semana agotadora. Necesito limpiar el piso, lavar la ropa sucia, descansar un poco, ¿sabes? —intento explicar.

Cada palabra que sale de mi boca pierde fuerza hasta que mi voz se apaga. Porque, con cada frase, él se acerca más.

Sus zapatos italianos parecen patear el aire, su pantalón de sastre y el traje a medida avanzan hacia mí, hasta que su mano se posa en mi cintura y me empuja contra la pared.

Necesito —necesito con todas mis fuerzas— apartar la mirada, pero no puedo.

El señor Cooper baja ligeramente el rostro y exhala con fuerza cerca de mi piel.

—Mi hija te quiere aquí por la mañana. Y yo te quiero ahora, de noche —dice, sin dejar espacio para lo que yo desee.

—¿Y qué es lo que yo quiero? —murmuro.

Su mano asciende por mi vestido, los dedos rozan mi abdomen y suben hasta pasar entre mis pechos. Al llegar a mi cuello, aprieta con firmeza hasta encontrar mi nuca. Parece clavarme aún más contra la pared.

—¿Qué es lo que quieres? —susurra.

La respuesta se esfuma de mi mente y de mis labios. Pero mi cuerpo… mi cuerpo sí sabe lo que desea.

—Lo sabes perfectamente —sonríe con malicia—. Así que dilo alto y claro. —Rozándome la barba en la mejilla, pasa la lengua por mi cuello y acerca su oreja a mis labios.

Sigo paralizada, sin palabras.

—Eso pensaba —concluye—. Tú también lo quieres, tanto como yo. Solo que no te atreves a admitirlo.

—No lo quiero —trago saliva, con los ojos como platos y el corazón a mil—. No quiero que me trates como un juguete. No nací para ser una más. Sé que todo esto es una locura y que un hombre como usted jamás se enamoraría de una mujer como yo.

Me escucha con atención, sin responder ni cambiar su expresión.

—Pero merezco más. No quiero solo sexo. Me he guardado todos estos años para el amor de mi vida, no para una aventura.

No sé de dónde he sacado tanto valor. Y probablemente acabe expulsada, humillada o, peor aún, despedida. Pero tenía que decirlo o no me lo perdonaría.

—¿Estás diciendo que no te estoy dando lo suficiente? —El muy canalla esboza una sonrisa pícara.

Una clara alusión al tamaño de su… instrumento.

No puedo resistirme a su tacto. Aunque intento mantenerme firme en lo que acabo de declarar, cedí, porque necesito sentir su

boca en mi cuello, sus manos oprimiendo mi cuerpo, su aroma invadiéndome.

Cuando recapacito, ya estoy en sus brazos, siendo llevada a una habitación oscura. Luces de neón se encienden bajo la cama y en los rincones ocultos del techo, dando al lugar un aire lúgubre y sensual. Tras una cortina de cristales diviso un lecho, un columpio de hierro suspendido a un metro del suelo, armarios, puertas y... objetos sexuales.

Si antes lo sospechaba, ahora estoy segura: he caído en las páginas de un libro de perversiones.

—Mi hija no es así —me deposita sobre la cama, hablando antes de que pueda protestar—. Tienes un efecto positivo en ella. La haces feliz.

—Sí, pero...

—Si sigues haciéndola feliz... —Se desabrocha el traje y lo arroja a un lado—. Quizá yo pueda hacerte feliz a ti.

Me quedo paralizada.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quítate la ropa —ordena con un tono que me eriza la piel.

Las tirantes del vestido resbalan de mis hombros. Respiro con dificultad mientras lo observo quitarse el chaleco, quedando solo con la camisa blanca, corbata, pantalón y zapatos.

—Toda la ropa —enfatiza.

El vestido se desliza tan fácil que parece evaporarse. La luz neón transforma el ambiente. Sudo solo por la energía que emana. Su olor me envuelve, el calor me consume.

—Prométeme que harás feliz a mi hija —mientras se quita la corbata sin apartar los ojos de mí.

—Me gusta Ángela. Haré todo lo posible por su felicidad.

—Entonces no dudes que yo te haré feliz, Aurora.

Sus palabras resuenan en mi cabeza, aceleran mi corazón, me ciegan. Literalmente: usa su corbata para vendarme los ojos.

Guía mis manos para desabrochar su camisa. Luego me obliga a arañar su torso musculado, su abdomen definido, hasta llegar al cinturón, el pantalón... y la cremallera.

Ahora es más difícil desnudarlo. Tengo el rostro pegado a su piel, la lengua recorriendo sus abdominales, el olfato intoxicado por su fragancia.

—Quiero sentir tus dientes arañándome —murmura.

El pedido me sorprende, pero obedezco: subo y bajo por su cuerpo marcándole con mis dientes. Mi corazón late tan fuerte que parece saltárseme del pecho.

—No creas que solo tú impones condiciones —sonrío—. Yo también quiero ver tus límites. Llevarte al borde.

—¿Mis límites? —alzo la cara.

Me empuja contra su abdomen y redirige mis manos a su pantalón, que cae con lentitud. Siento la suavidad de su ropa interior, el aroma viril, el volumen prominente que rivaliza con el tamaño de mi cabeza.

—Debes tener tanto odio acumulado —sonrío—. Tanta locura, tanta rabia...

—Mmm... —Tengo la boca demasiado ocupada para hablar, contorneando su gruesa silueta a través de la tela.

—Quiero que lo liberes todo conmigo. Tus miedos. Tus ansias. Tus deseos más oscuros.

Cuando estoy a punto de responderle, el señor Cooper me guía para que muerda su ropa interior y la tire hacia abajo. Es difícil quitársela, porque su polla dura y palpitante lo impide. A continuación, frota lentamente su miembro contra mi rostro.

—Ábreme la boca.

Soy incapaz de negarme a una de sus órdenes. Chupo con suavidad el glande, que llena mis labios sin dificultad.

—Eres una buena chica, Aurora —dice mientras su agarre se intensifica y empuja lentamente su polla, caliente y con un aroma embriagador, dentro de mi boca—. Espero que te haya quedado hueco para el postre después de la cena.

Confieso que he comido bien. Pero, de repente, el apetito me ha vuelto a despertar. Supongo que estaré en pleno crecimiento o algo así.

—Agárrala con las dos manos —ordena, y obedezco—. Mastúrbame despacio mientras me chupas.

Hago los movimientos con lentitud y escucho el sonido de sus zapatos, el pantalón y el cinturón al caer al suelo. Me sobresalto cuando siento que coloca algo alrededor de mi cuello: parece cuero y tiene algo frío, como un aro metálico.

Mi cerebro intenta reconstruir la escena de la habitación. Recuerdo los utensilios colgados junto a la cama, los detalles del columpio, las palmetas y los látigos en la pared… pero no logro concentrarme.

Su olor me consume. Estoy empapada de saliva con su miembro en mi boca. Mi mente no puede enfocarse en nada más.

—Ven conmigo —dice mientras tira de la gargantilla—. Voy a limpiarte esa cara.

—¡Pero si estoy preciosa! —protesto.

—Vas a sudar mucho y lo emborronarás todo —responde, pasando un pañuelo húmedo por mi rostro con cuidado—. No te preocupes por estar guapa. No lo necesitas.

—¿No lo necesito?

No responde. Termina de limpiarme y me lleva de vuelta a la habitación, hacia el columpio.

—Agárrate fuerte para no caerte —advierte. Me acomodo en el asiento y sujeto las gruesas cadenas—. Y recuerda respirar.

—Respirar —repito, sabiendo que lo necesitaré más que nunca.

—Mira qué empapada estás ya —murmura, deslizando su mano pesada sobre mis bragas. Su lengua sigue el mismo camino, mordisquea los bordes y luego las aparta para hundir la boca en mí como solo él sabe hacer.

Sediento, hambriento, enloquecido por un deseo repentino que ciega a un hombre.

Abre mis piernas y clava su lengua dentro, abriéndome paso y preparándome para lo mejor… una sensación que me llena de desesperación y anhelo a partes iguales.

—¿Lo sientes? —pregunta, guiando mi mano hacia su polla gruesa y palpitante.

—Sí —respondo con los labios temblorosos.

—Te necesito ahora, Aurora —se levanta, frotando su cuerpo musculoso contra el mío, haciendo que el columpio se balancee bruscamente.

Me agarro con todas mis fuerzas y respiro hondo. Su polla gruesa y pesada se frota contra mi vientre, y con cada movimiento suyo, casi como si bailara, la siento subir y bajar por mi piel.

—Dime que me necesitas.

—Te necesito, señor Cooper.

Él ríe entre dientes.

—Llámame Edward.

—Edward —repito.

—Dime que lo deseas —cierra mi mano izquierda alrededor de su miembro y me obliga a masturbarlo.

—Lo deseo mucho —admito.

Mi rostro arde de vergüenza y la culpa me envuelve, pero todo se desvanece en el momento en que él entra en mí.

No importa cuánto haya respirado o me haya concentrado, pierdo el control sobre mí misma. Siento cómo presiona mi cuerpo, reclamando espacio dentro de mi piel, escucho sus gemidos cerca de mi oído mientras empuja con determinación su polla dentro de mí.

Mis piernas tiemblan, incluso me hormiguean. Mi boca se seca y esa presión comienza a dominarme por completo.

—Es tan grande —casi lloriqueo, mientras acaricio su pecho musculoso, sus hombros.

—La última vez solo aguantaste hasta aquí —guía mis manos hacia abajo, mostrándome todo lo que aún queda fuera.

Y es mucho.

—Hoy te quiero entera. Quiero sentir tu cuerpo hasta el fondo.

—No sé si podré… Edward.

—Claro que podrás —me besa el cuello—. Solo tienes que desearlo. Y disfrutarlo.

Sus labios me erizan la piel cuando llegan a mi nuca. El hecho de que se mueva dentro de mí es un mero detalle comparado con lo que esta boca carnosa y hambrienta es capaz de hacerme.

—Cuanto más tragues mi polla, más intensamente te besaré. ¿Estás preparada?

Asiento con la cabeza. Mi mente dice «tal vez». Mi coño, si pudiera, cogería el cinturón del suelo y lo chasquearía en el aire como respuesta: «ni de coña».

—Entonces muéstrame que lo quieres —me abraza contra su cuerpo.

El sudor, su perfume, el olor de este hombre lo invaden todo. Mi cuerpo arde como con fiebre, mi corazón late a doscientos por hora en una carretera peligrosa. Y su polla me devora, palpita dentro de mí, me invade con tanta fuerza que conquista cada centímetro.

Los labios de Edward me consumen, devorándome con la misma ferocidad con la que me folla. Mi vagina emite un sonido vergonzoso que me hace reír nerviosa.

—No te preocupes, es normal —interrumpe el beso para decir —. No te avergüences de nada de tu cuerpo cuando estés conmigo —refuerza—. Ahora, agárrate al columpio.

Me aferro a las cadenas con su ayuda. Sus manos fuertes rodean mi cintura y me empujan lentamente hasta que solo siento la punta dentro de mí, suficiente para hacerme gemir.

—Diviértete —suelta mi cintura. Mi peso en el columpio lo hace avanzar, y lo siento entrar con más fuerza.

Es tan intenso que pierdo el aliento. Y un poco el equilibrio.

—No sé si estoy preparada —confieso—. Me siento algo mareada.

—No pasa nada —me atrae por la nuca, y con solo esa fuerza logra que me aferre a él. Enlazo mis brazos alrededor de su cuello.

Me lanza sobre la cama y se abalanza sobre mí sin perder un segundo. Alza mi pierna y me lame de arriba abajo, desde las nalgas hasta la entrepierna, dejándome la piel erizada. Luego vuelve para chuparme con avidez y clavarme un mordisco feroz en el trasero.

—Con el tiempo, estarás lista.

Me coloca a cuatro patas. Sus manos se deslizan bajo mis muslos, masajeando mi sexo con movimientos circulares. Sus dedos presionan mi piel con intensidad y precisión. Apoyo el rostro en las

sábanas e intento controlar la respiración, pero la verdad es que ya he perdido el dominio sobre mi cuerpo.

—Hasta entonces, jugaremos así —murmura mientras su polla, hinchada y ardiente, vuelve a penetrarme.

Entra y sale con tal fuerza que mi cuerpo se desplaza hacia delante con cada embestida.

—¿Es esto suficiente para ti? —provoca, sujetándome la gargantilla y obligándome a arquearme contra su pecho—. ¿O prefieres así? —susurra al oído, follándome con una intensidad que nubla mi mente.

El sonido de nuestros cuerpos chocando llena la habitación. La cama cruje, pero no se mueve del suelo.

—Quiero que te corras en mi polla —gruñe, ronco y seductor.

Gira mi cabeza para besarme, dominando mi boca con su lengua mientras, ahí abajo, hace lo mismo con mi cuerpo, llevándome más allá de mis límites.

—¡Señor Cooper! —gimo, ahogada.

—Edward —me corrige al instante, su voz vibrando como llama en hoguera al ritmo de sus embestidas.

—Edward —repito entre gemidos, sin saber si es por sus manos expertas o por cómo me hace perder el control.

—Córrete en mi polla. Quiero sentir tu clímax —ordena.

No soy tonta: intento resistir, pero acabo sucumbiendo. El placer me inunda, dejándome sudorosa y mareada, sin aliento bajo sus besos. Siento un líquido escaparse de mí, pero él no cesa, follándome con la fuerza de un toro.

La oscuridad agudiza mis sentidos: el tacto, su aroma, los sonidos… Todo me vuelve más sensible, más vulnerable que la primera vez.

—Sigues siendo una buena chica —aprueba, besando mi espalda mientras sus dedos recorren mi sexo. Luego, el sonido de su lengua lamiéndose los dedos.

—Como imaginaba. Sigues estando deliciosa.

Mis piernas tiemblan tanto que me desplomo boca abajo, exhausta. La corbata se desliza de mis ojos, revelando una habitación bañada en luz púrpura, sombras danzantes en las paredes.

¿Cómo diablos sigue él fresco? Yo necesitaría dormir doce horas seguidas.

El reloj marca casi dos horas desde que llegamos. He perdido hasta la noción del tiempo.

Capítulo 29

Edward Cooper

En el pasado

Matthew y yo nos tomamos el día para disfrutar. Visitamos una docena de bares, hicimos una parada rápida en un club de striptease y lo dejé sano y salvo en su apartamento.

—¡Mi primer millón de dólares! —ríe, completamente borracho.

Y yo estoy concentrado en sacarlo del coche antes de que haga algún desastre.

—Vendrán muchos más, puedes estar seguro. —Lo ayudo a subir las escaleras—. Eres muy talentoso, solo tienes una debilidad con las mujeres.

—¡Voy a gastarme todo el dinero en alcohol, putas y fuegos artificiales! —suelta de golpe, se gira hacia la calle y se me escapa de las manos.

—¡Matthew, vuelve aquí! —murmuro, sintiéndome como un adulto responsable.

—¡Tengo una tarjeta de crédito sin límite! —saca su DNI junto con la tarjeta y me la restriega por la cara.

—Bien por ti. —Le doy unas palmadas en la espalda—. Ahora vamos dentro, no estás en condiciones.

—Estoy bien —resopla, y acto seguido vomita toda la acera—. ¡Joder!

—Tranquilo, te meto dentro y luego limpio esta porquería.

No puedo juzgar a mi mejor amigo por estar feliz. Los dos venimos de la nada, prácticamente abandonados por nuestras familias, y tuvimos la suerte de encontrar padrinos generosos en La Colmena que pagaron nuestras deudas universitarias.

—¿Por qué no dejas de una vez esa mierda de universidad? ¿No era tu sueño hacerte millonario? —intenta apartar mis manos mientras le quito la ropa y lo meto bajo la ducha fría—. ¡Pero qué mierda, Edward!

—Me gusta enseñar —respondo, empujándolo de nuevo dentro de la ducha.

—Eres más listo que yo. Ya deberías haber ganado tu primer millón —su voz suena lenta, a ratos se desvanece. Ni siquiera sé si recordará esta conversación.

—Yo no diseño lencería para celebridades y socialités, tío. Me dedico a la publicidad.

—Si dejaras de enseñar y te pusieras en serio, podrías ganar diez millones. Podrías estar detrás de campañas políticas, o dirigir grandes marcas —sugiere.

—Vale, señor consejero. Termina de ducharte y vete a dormir —suspiro.

Después de asegurarme de que Matthew está bien en su apartamento, salgo a limpiar la acera. Son casi las ocho de la tarde. Empezó a beber tan temprano que ya ni se tenía en pie.

De camino a casa, decido cambiar la ruta. Paso por Columbia para ver cómo están las cosas, y en el trayecto me pregunto cuál es mi verdadero sueño.

Durante mucho tiempo fue, sí, ser asquerosamente rico. Rico a tal punto que todo el mundo me respetara, que me reconocieran. Pero todo va bien. La terapia me ha ayudado mucho a dejar atrás el pasado.

Siempre huí de todo lo relacionado con mi familia. Y crecí jurándome que nunca tendría hijos. Pero ahora… es justo eso lo que más deseo. Hijos.

Para poder volver a casa y cuidar de ellos. Compartir mis logros. Tener a quién dejarle una herencia, un legado, mi apellido.

Pero alguien como yo, que viene de la nada y no tiene nada… no tiene mucho que dejar. A menos que me case con alguien importante.

Aparco el coche y voy a la biblioteca a dejar unos libros que tenía en el maletero. Luego paso por la oficina a organizar algunas cosas. Mañana viajo al otro lado del país para un congreso de marketing.

Veo las luces encendidas del laboratorio donde soy director y decido pasar a apagarlas. Acabo encontrándome con Aurora, que está metida entre los libros y ni siquiera parece notar mi presencia.

—Deberías estar durmiendo si vas a coger el autobús a las tres de la mañana —digo, mirando el reloj.

Esta chica es un auténtico enigma para mí. Es tímida, reservada, pero al mismo tiempo tiene las mejores ideas que he visto jamás. Me recuerda muchísimo a mí mismo al principio, cuando no era absolutamente nada.

—¿Megan? —gira el rostro hacia mí—. Ah… profesor Cooper —sonríe, nerviosa.

Su mirada se torna asustada. En un intento por esconder las botellas de la mesa, acaba tirando una. Por reflejo o impulso, trata de agarrar la botella rota, pero termina cortándose.

—¿Estás borracha? —arqueo una ceja y aparto su mano de los cristales.

—No —responde, preocupada.

Libros, cuadernos, el artículo científico y varias botellas de cerveza están esparcidos por la mesa.

—¿Tienes edad para beber? —la reprendo.

—No he bebido, lo juro —solloza, tan anestesiada que ni siquiera parece notar que tiene la mano cortada.

—No te muevas de ahí —le indico con el dedo, recojo los trozos del suelo y los alejo de donde está.

Corro a la oficina a buscar un botiquín de primeros auxilios, y también agarro una bolsa del baño para tirar los vidrios.

—No estoy borracha —repite, incapaz de mirarme del bochorno.

—Eres una pésima mentirosa, Aurora —suspiro, le limpio la herida y después le coloco una tirita. Me parece más seguro vendarle la mano para detener el sangrado.

—Es solo que… estoy preocupada.

—¿Preocupada por qué? —termino de curarla y guardo todo en la mochila. No sé ni qué hacer con tantas botellas. Si alguien la hubiera encontrado aquí con eso, seguro se llevaba una amonestación o incluso una expulsión.

—Por no ser suficiente. Por que mi artículo sea una mierda. Leí el primero que usted publicó y era tan revolucionario… El mío es... simple. —Encoge los hombros.

—Hay personas a las que les gusta lo simple —la reprendo con la mirada—. Y no te compares conmigo.

—Quiero ser como usted. Me inspira muchísimo.

Aurora está lejos de ser esa flor delicada que se insinúa en busca de aprobación —como hacen todas las demás. Es fuerte, centrada, tiene su forma de pensar. Es distinta. Su único defecto es que duda demasiado de sí misma.

—Tu artículo es increíble. Lo revisé tres veces y quedó muy bien.

Sus manos temblorosas intentan ocultar las hojas llenas de anotaciones rojas.

—Tuve que cambiar tantas cosas... estaba mal.

—Así es como funciona esto. Tenemos una idea, tratamos de desarrollarla y vamos puliendo hasta que queda perfecta.

—Yo estoy muy lejos de ser perfecta —suspira, traga saliva—. Me da miedo que se rían de mí. Presentar trabajos en clase es fácil, pero en un congreso…

Tan insegura que hasta resulta gracioso. Es la primera de la clase y ni siquiera ve su propio potencial.

—No tienes que ser perfecta, Aurora. Solo tienes que vivir, disfrutar y acumular experiencias. Y lo que no necesitas es beber como una loca, y menos la noche antes de un viaje en autobús —la regaño—. ¿Estás acostumbrada a beber?

—No —responde tajante—. ¡No se lo diga a la abuelita! —coloca el dedo índice sobre la nariz y hace un «SSsshhhh».

No soy su padre. No voy a sermonearla. Solo necesito asegurarme de que nadie vea esas botellas y que no se meta en líos. En cierto modo, Aurora es mi responsabilidad.

—¿Sabes? Yo también me pongo nervioso cuando hago algo por primera vez.

—¿Usted? —se burla.

—Todos dudamos de nuestro propio potencial en algún momento... hasta que descubrimos la verdad: tienes una mente única. Creativa. Estás triste porque no lograste escribir algo revolucionario, y está bien. Lo que te falta es experiencia.

Me doy cuenta de que no importa lo que le diga… no lo va a recordar. Está en otro mundo, casi en trance.

—¿Sabes montar en bici?

—No —abre mucho los ojos, sorprendida por la pregunta.

—¿Sabes nadar, entonces?

—No, no sé —admite, pensativa.

—Vaya, qué difícil. Lo único en lo que tienes que concentrarte es en la primera vez que hiciste algo. Estabas nerviosa, perdiste el control, no fue como esperabas... sientes ese miedo, esa ansiedad... ¿alguna vez te han besado?

—No, señor Cooper —le incomoda decirlo—. ¿No se ha dado cuenta?

—¿Dar cuenta de qué?

—De que soy fea. Nunca he sido ni seré besada. Ni amada.

Paso la mano por su hombro y la acaricio con suavidad.

—Piensas demasiado, Aurora. Tu mente es tu peor enemiga, cuando en realidad es brillante... y te está venciendo justo porque es tu parte más fuerte.

Ella me mira, como reflexionando sobre lo que acabo de decir. Pero al final, desvía la mirada, como si jamás lo hubiera escuchado.

—No importa lo que te hayan dicho. Olvídate del imbécil que te trató mal. Usa tu mente brillante para algo que te impulse, no para hundirte.

—Es usted el hombre más increíble que he conocido.

—Sí, soy increíble, la verdad —no puedo evitar reírme.

—Estoy enamorada de usted desde la primera vez que lo vi —se tapa la boca, arrepentida de haberlo dicho.

Me quedo sin palabras. Retiro la mano de su hombro, recojo las botellas que había metido en la bolsa y me levanto.

—Piensa en lo que te he dicho. Tu trabajo está excelente. No tengas miedo de presentarlo delante de cientos de desconocidos. Y no vuelvas a emborracharte —le advierto.

Doy algunos pasos para salir del laboratorio y entonces la oigo decir:

—Soy tan fea que nunca seré besada...

Lo dice en trance, casi como un mantra.

—Nadie me va a mirar nunca con otros ojos, y...

Me cuesta tanto oírla hablar así que tomo la peor decisión posible. Dejo caer la bolsa con las botellas junto a la puerta y voy hasta Aurora. Giro su silla para que quede de frente a mí.

—¡Deja de decir tonterías! —le sujeto con firmeza las mejillas entre las manos.

Y junto mis labios con los suyos, sintiendo la suavidad y dulzura de su boca. Ella se queda quieta, sin reaccionar al principio, pero intenta besarme a su manera, torpe, como cree que se hace.

—Déjame hacerlo a mí. Tengo más experiencia que tú —le digo al tiempo que le sujeto la nuca y presiono mi rostro contra el suyo, succionando suavemente su labio inferior.

No sé si se pone blanda por el beso o por el shock, pero en ningún momento se echa para atrás. Gime bajito cada vez que mi boca invade la suya con más intensidad.

Sé que lo que estoy haciendo es una estupidez. Pero la adrenalina me recorre las venas, y de algún modo, su olor no me permite alejarme. Cuanto más la beso, más quiero tenerla cerca.

Contengo mis manos para no hacer ninguna locura, pero Aurora se levanta de la silla y me rodea con los brazos.

Su cuerpo es tan pequeño y suave… me encanta la sensación de tener sus caderas entre mis manos, de apretarla contra mí en un beso que se vuelve tan intenso, que sé que he llegado a mi límite.

Estoy jodidamente excitado y tenemos que parar esto aquí, antes de que pase a mayores.

—Ahora deja de decir tonterías y vete a dormir —resoplo.

—Sí, profesor Cooper —asiente, con los ojos cerrados, etérea, y tambaleándose un poco en el mismo sitio.

—Dame tu móvil, voy a poner la alarma para asegurarme de que no pierdes el autobús.

Me entrega el teléfono y, al desbloquearlo, veo una foto mía frente a la pizarra como fondo de pantalla. Intento ignorarlo, programo la alarma una hora antes de que salga el autobús, con varias repeticiones cada cinco minutos.

—¿Sabes llegar a tu dormitorio? —la ayudo a sentarse de nuevo en la silla.

—Sí.

—Vale. Me voy —digo, y antes de salir, me doy la vuelta de golpe para mirarla.

No sabía que sería la última vez que la vería.

—¡Y deja de beber! —murmuro—. ¡Y de decir tonterías!

—Sí, profesor Cooper.

***

Estoy a punto de embarcar en el avión rumbo a Florida para el congreso de Marketing cuando recibo una llamada del rector Timothe.

—Necesito que vengas inmediatamente a mi despacho.

—Timothe, los pasajeros ya están subiendo al avión, estoy en la fila. ¿No puede esperar a que vuelva?

—No, Edward, no lo has entendido. No vas a Florida —consigo notar que está conteniendo la voz para no gritar—. ¡Ven a mi despacho ahora mismo!

Salgo del aeropuerto con el corazón en la garganta. No me ha dado ninguna información sobre de qué va esta conversación. Llego a la universidad en tiempo récord, creyendo que, de alguna manera, todavía podré coger el siguiente vuelo para alcanzar el congreso.

—Timothe —le estrecho la mano al encontrarlo.

—Entra. Rápido —el hombre, calvo y con rostro de cerdo, camina por la sala como si estuviera desorientado—. Edward, ¿qué se supone que debo hacer? ¡Dios mío! —se cubre la cara.

—¿No prefieres sentarte? —le indico, y lo hace—. ¿Qué ha pasado? ¿Líos políticos? ¿Algún ricachón ha vuelto a meter la pata?

Yo soy quien cuida la imagen de la universidad. Encubro cosas, manipulo narrativas. Fui quien consiguió que Timothe llegara a ser rector. Intento mantener la mente fría, despejada, para pensar rápido en una solución y poder marcharme.

—Ha pasado esto —saca un sobre marrón del cajón y extrae unas fotos.

Son fotos de anoche. La noche en que besé a Aurora.

—Mierda —es lo único que consigo decir.

—Recibí una denuncia anónima. Cuando llegué esta mañana al despacho, el sobre estaba bajo la alfombra —se rasca la cabeza—. Haremos lo siguiente: expulsamos a la chica, tú preparas desde ya toda una campaña en la que ella aparezca como una rara obsesionada que te perseguía y que se aprovechó de ti.

—¿Qué estás diciendo?

—Eres demasiado valioso, Edward. La universidad no puede permitirse perderte. Esa chica —desprecia con la mirada—. Mírala. No va a hacer falta. Podemos destrozar su imagen, pero para que

eso funcione, no puedes volver a verla. No puedes ir al congreso. Pide una baja especial. Eso es lo que vas a hacer —abre mucho los ojos, sonriente por su «gran idea»—. En el futuro dirás que fuiste acosado y coaccionado por esa chica. Si ella o la denuncia llegan a salir a la luz, tú tendrás tu coartada y...

—Timothe —necesito sentarme. Suelto el asa de mi maleta de mano y respiro hondo—. No puedo hacer eso. Es su sueño. Es lo que más ama. Es para lo que ha nacido. Vino desde Arizona solo para estudiar marketing.

—Perfecto. Pues que vuelva a ese rincón paleto del que vino y que no vuelva a pisar Nueva York. —Se levanta y me agarra por los hombros—. Lo sabes, Edward. Siempre lo has sabido. El precio de pertenecer a este mundo. De ser quienes somos. Nosotros somos los grandes. Y para serlo hay que destruir a cualquiera que se cruce en nuestro camino.

Esto fue todo lo que siempre quise.

Columbia me abrió muchas puertas desde joven, y aquí construí una pequeña red de contactos para los que trabajo a cambio de favores y oportunidades.

—Tenemos que destruir las pruebas —dice de pronto—. Preguntaré al personal, revisaré las cámaras, averiguaré quién ha dejado el sobre...

—Timothe...

—Edward, bebe un poco de agua fría y respira hondo. Siempre me has cuidado tú a mí. Déjame cuidar de ti ahora.

—Timothe.

—¿Qué?

—No puedo hacer esto.

Me conozco. Sé que no dormiría tranquilo, que no podría vivir sabiendo que arruiné la carrera de alguien con tanto potencial...

justo al empezar.

—Si la denuncia anónima sale a la luz, ya me las arreglaré. No te preocupes —me pongo en pie, cojo la maleta.

—¿A dónde vas? ¡No puedes salir de aquí hasta que lo hayamos planeado...!

—Timothe —intento calmarlo—. Me voy a casa. Esta noche te mando mi carta de renuncia.

—¡Por supuesto que no! ¡No seas estúpido, Edward! ¡Esto puede arruinarte la vida entera! ¡Tu carrera se irá a la mierda! ¡Años luchando por ser alguien y ahora que estás tan cerca vas a rendirte?

—Simplemente no puedo hacer esto. Si ese es el precio de ser grande, tener que destruir a los pequeños, entonces no soy capaz. —Le aprieto el hombro—. Gracias, amigo.

—¡Edward! ¡Edward! ¡Vuelve aquí! —grita.

—No hagas nada con ella, por favor. Ni permitas que esto se haga público. Sería demasiado humillante. Esa chica tiene futuro, Timothe. No puedo.

—¡Has perdido la cabeza! ¡Estás tirando tu vida por la borda! ¡Edward!

Intenta convencerme de todas las formas posibles, pero sus gritos y argumentos son inútiles. Siempre pensé que sería capaz de todo con tal de ganarme un lugar, de convertirme en uno de los hombres más influyentes de Nueva York.

Solo que había olvidado que, dentro de esta alma corrompida, todavía quedaba un poco de conciencia.

No sé si lograré levantarme tras este golpe.

Pero lo que sí sé, desde lo más profundo de mi corazón, es que Aurora era mi responsabilidad. Y fui yo quien la besó.

La culpa es mía.

Debo cargar con ella.

Capítulo 30

Aurora López

El domingo fue un auténtico día de princesa. Me quedé un buen rato con Ángela en la piscina, flotando en un flotador en forma de donut mientras comíamos y bebíamos cosas riquísimas. Vimos algunas pelis, le ayudé con los deberes y, al caer la tarde, Edward me llevó de vuelta a casa.

El resto del fin de semana lo aproveché para poner a Manu al tanto de todo lo que había pasado y enseñarle las fotos de mi sesión.

El lunes llegué temprano al Cooper-Potter y me encontré con Sebastian en el vestíbulo de entrada.

—¿Qué pasa? ¿Te mudas? —pregunto, señalando la maleta enorme a su lado.

—Esto es para ti —responde, y tirando de mi mano me lleva a los baños de la planta baja.

Tuvimos suerte: el baño de mujeres estaba vacío. Para mi sorpresa, la ropa que Sebastian había elegido para que me pusiera ese lunes consistía en unos vaqueros pitillo negros, rotos por todas partes, una camisa blanca con un escote lleno de volantes, un cinturón fino y negro ajustado a la cintura y un abrigo amarillo chillón que no podía pasar desapercibido.

—Vale, se acabó vestirte como una abuela. Basta de ropa holgada. Y vas a ponerte esto también. —Me enseña unos tacones amarillos.

—¿No tienes algo con plataforma? ¿O unas bailarinas, tal vez? Tengo unas naranjas en casa que son una monada, aunque...

Me quita las bailarinas que traía y las tira directamente a la papelera.

—No vuelvas a ponerte eso en tu vida. ¡Levanta el pie!

Sebastian me ayuda a calzarme los tacones y me ofrece su brazo para que no me tambalee. Luego saca un estuche pequeño lleno de cadenas, anillos y pulseras, y me coloca un collar dorado de tres vueltas alrededor del cuello.

—Ya descubriremos tu estilo, pero hasta entonces, vamos a probar cosas nuevas.

Se da una vuelta para revisar su carísimo traje azul marino y se ajusta las hombreras. Yo intento imitarle, me giro... y me voy al suelo estrepitosamente.

—¡Sebastian! —Le tiendo la mano.

—Tranquila. Caerse es normal. Cuando eras un bebé y aprendías a caminar, te caíste un montón de veces. Lloraste. Y te levantaste. Ahora venga. —Tira de mí con decisión.

Guardamos todo en nuestra planta y regresamos a la Quinta Avenida.

El lugar no está tan lleno, pero algunos coches circulan y personas glamurosas desfilan como si fuera la Semana de la Moda.

—La ropa no está para que te escondas, sino para que brilles. Tienes unas caderas anchas preciosas y un pecho que llama la atención.

Me sonrojo al ver que me está mirando descaradamente.

—Ahora, hablemos de la categoría de moda en el baile. —Suelta mi mano y me deja dar unos pasos sola por la acera—. Hay muchos tipos de andar. Como tienes los muslos anchos, sé que caminar con los pies separados te resulta más cómodo.

—Ajá.

—La vida no está para ser cómoda, cariño. La vida está para ser un desafío, si no, no la estás viviendo de verdad. —Se quita el traje y me muestra cómo debería andar—. Un pie delante del otro, pasando por delante, observa cómo se mueve la cadera. —Mientras camina, parece que el trasero se le va de un lado al otro—. Mira, esquivé la caca. Mira, esquivé el veneno de Megan —canturrea mientras desfila.

—¿Y si me caigo?

—Primera regla del baile, de la moda y de la belleza, Aurora: no tengas miedo de caer. Ya estás en el suelo. No vas a ir más abajo. Lo que quieres es flotar.

Camina con una elegancia y sensualidad que de verdad es un espectáculo.

—Venga, mueve esas caderas, quiero ver ese meneíto.

—¡Sebastian! —Le lanzo una mirada reprobatoria—. ¿Así? —Intento imitarle.

—Mira, el veneno viene por la derecha. —Señala ese lado de mi cuerpo—. ¡Desviado! Vuelve el veneno. ¡Desviado otra vez! Tienes ritmo —dice, sorprendido.

—Soy una chica latina, por supuesto que tengo ritmo —sigo caminando.

—Más despacio, con más gracia, sin prisas. Quieres que te miren, que te vean, este conjunto cuesta cinco mil dólares y la gente necesita ver cómo se te mueve el trasero con estos pantalones, ¡o el dinero habrá sido un desperdicio!

—Es muy difícil con toda esta gente mirando... —Intento concentrarme, pero mantengo el paso.

—Estamos en una de las avenidas más caras de Nueva York, rodeados de escaparates y rascacielos. Si te están mirando es

porque lo estás haciendo bien. —Me enseña cómo mantener los brazos a los lados de forma sensual—. Confianza. Sensualidad. Delicadeza. Eso es lo que quiero de ti.

—¿No había algo más fácil?

Paseamos varios minutos por la manzana, frente a escaparates de alta costura, tiendas de electrónica y edificios donde trabajan multimillonarios.

—Tu postura está mejor. Pero tienes que cuidarla. Tu presencia debe ser elegante e imponente. Deja de andar como si huyeras de la policía o de las miradas. Quieres que te vean, que te noten, que te deseen.

Lo dice mientras clava los ojos en cada persona que pasa. Sebastian nunca desvía la mirada y, aunque esté parado y en silencio, su mirada impone.

—A nadie le importa la belleza, cariño. Solo hay un lenguaje que la humanidad entiende desde que salió de la cueva: el poder. O lo tienes, o vas detrás de él.

—Voy detrás —admito.

—No. —Me da una palmada en el trasero—. Tú lo tienes. Eres poderosa. Eres inteligente. Eres creativa. ¡Ahora quiero ver eso en tu forma de caminar, en tu ropa, en tu actitud!

Me río. Parece un profesor de ballet intentando enseñar pasos imposibles a principiantes.

—¡Otra vez! —ordena—. ¡Cadera! ¡Mueve esas caderas! ¡Haz que esos hombres no dejen de pensar en tu culo en todo el día, chica! ¡Cadera!

Sebastian me orientaba sobre cómo vestirme según el día o la agenda del señor Cooper. Y siempre llegábamos temprano para entrenar mi forma de caminar, mi postura, y cuidar de mi rostro y mi pelo.

El cambio fue tan evidente que la gente empezó a tratarme de forma distinta. Ya no me miraban como si fuera una completa desconocida, ni escuchaba risitas ni comentarios crueles sobre mi aspecto.

Eso me daba aún más motivación y confianza.

—El jefecito se ha vuelto loco y ha contratado a una mona de circo, pero tranquilos, no muerde —escucho a Megan decir en la sala de reuniones.

Como el señor Cooper había viajado por negocios, me dejó a cargo del cierre de una campaña millonaria de cosméticos.

—Mirad esta foto suya —dice, enseñando el móvil.

Respiro hondo y cruzo la puerta con la cabeza bien alta y los hombros hacia atrás. Camino tan segura sobre los tacones que ya ni recuerdo que alguna vez tuve miedo de caer.

—Guau —se oye por la sala.

Desfilo con unos pantalones blancos de corte sastre y una camisa azul de rayas verticales blancas, las mangas remangadas hasta el codo. Llevo el pelo rizado perfectamente hidratado, definido, con vida y brillo.

—Buenos días, vamos a empezar —digo como si fuera yo la CEO de la empresa.

Megan se queda muda. Sus ojos me siguen, el rostro paralizado, la boca entreabierta.

Me siento, saludo con una inclinación de cabeza a nuestros clientes y luego la miro, arqueando una ceja.

—¿Tienes algo preparado, Megan? —pregunto sin apartar la vista de ella.

—¿Tú? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Creo que la directora del departamento creativo necesita tomarse un respiro —digo, sonriendo a los clientes—. Mientras se

recompone, me gustaría presentaros mi propuesta de campaña. Seré sincera: el maquillaje no cambió mi vida. Pero me ayudó a encontrar algo de confianza.

Todos parecen fascinados. Supongo que después de haber visto fotos horribles mías y ahora verme así, sin filtros ni retoques, creen que soy otra persona.

—He preparado un informe detallado sobre quién utiliza más maquillaje y en qué momentos lo hacen. El gráfico muestra edad, ubicación geográfica y clase social. Propongo invertir en belleza natural, algo para el día a día, y centrarnos en ese público concreto. —Me levanto y comienzo a repartir mi propuesta.

Miro a cada uno a los ojos, sin titubear.

Nadie dice nada. Están callados, hipnotizados.

—Vais a invertir la mitad del presupuesto previsto y vais a llegar al doble de personas.

Megan parece haber sufrido un cortocircuito. Se sienta despacio, sin entender nada.

—Ah, por cierto, antes de que se me olvide: ya he registrado esta investigación, estas ideas y estos datos. También he enviado copias al señor Cooper, por si alguien intenta copiarlos —le sonrío a Megan—. O decir que fueron suyos, en lugar de míos.

—Brillante —escucho.

—Eso supondrá un ahorro de quinientos mil dólares —dice otra, entusiasmada.

—Tu idea es centrarte en *influencers* más pequeñas, pero con buen *engagement* con el público —añade alguien, como si fuera la primera vez que escucha algo así.

Ya lo hice antes, en la universidad. Hace años.

—Ahora escuchemos a Megan —le cedo la palabra.

—No, ya lo tenemos claro. Nos quedamos con tu propuesta, señorita...

La mujer que toma la palabra lo hace con firmeza.

—Aurora. Aurora López —respondo con una sonrisa.

Capítulo 31

Aurora López

Ángela entra en un frenesí absoluto cuando le cuento todo lo que ha pasado. Su entusiasmo me contagia, y acabamos las dos dando saltitos en plena calle.

—¡Estás guapísima! Y a todo el mundo le encantan nuestros vídeos en TikTok. —Apenas parpadeo y la niña ya me está sacando fotos.

—¡Me pillaste desprevenida! —pongo morritos.

—¿Crees que algún día seré tan bonita como tú?

—Ángela... —suspiro— ya eres más preciosa que cualquier cosa en este mundo. No dejes que tonterías como esas se te metan en la cabeza.

—Winny no deja que ninguna niña se me acerque —explica, bajando la voz—. Dice que no soy una americana de verdad.

—¡Qué estupidez! —pongo los ojos en blanco.

Vamos caminando juntas hacia el *food truck* Hathaway para merendar algo. Edward aún no ha vuelto del viaje, pero me dio permiso para sacar a Ángela a pasear y jugar un rato.

—Dicen que mi piel es fea...

—Esa niña es una racista —suelto sin pensarlo. —Y no estás perdiendo nada con que se aleje. Ya verás que la vida te pondrá amigas mucho mejores.

—Lo sé. Te encontré a ti. —Y me abraza con fuerza.

¿Cómo se supone que una persona normal debería reaccionar ante un ser humano así?

—¡Sebastian! —grita feliz al llegar al *food truck* y verlo.

—Pero mira qué elegante viene esta señorita con su mono vaquero y chaqueta rosa —analiza su conjunto con aprobación—. ¿Tienes hambre?

—¡Sí! —responde bien alto.

—Pues vamos a comer.

Nos tomamos nuestro tiempo para merendar, disfrutando de una tarde agradable y no demasiado fría. Por un lado, estamos celebrando mi primera campaña millonaria aceptada sin objeciones, y por otro, todo este giro radical que ha dado mi vida.

A veces ni me lo creo. Hace menos de un mes estaba cruzando una calle, minutos después detenida por la policía, y al momento siguiente de viaje rumbo a Washington. Han pasado tantas cosas que ya no siento que siga siendo la misma.

—Aurora, ¿tú crees que mi papi es guapo?

Sebastian casi escupe el perrito caliente y se empina medio vaso de zumo para poder tragar.

—No sé por qué me miras con esa cara, Sebastian —le reprocho entornando los ojos.

—Mi papi está muy ocupado... y muy solito —dice Ángela, haciendo un puchero.

—¿Le echas de menos, Ángela? —le acaricio con ternura su cabello de muñeca.

—Sí. Pero me gustaría verlo feliz.

—La niña está jugando a hacer de Cupido —murmura Sebastian sin emitir sonido alguno.

—Él se pone contento cuando tú estás cerca, Aurora.

—Ah... —me pongo un poco colorada.

—Yo también me pongo contenta —añade, tras pensarlo un poco.

Y sin darme cuenta, sonrío tan fuerte que hasta me duelen las mejillas.

—En el cole la profe nos pidió buscar el significado de nuestros nombres. ¿Sabes qué significa el tuyo?

Niego con la cabeza.

—La que trae la luz —dice con tono místico, muy emocionada.

La verdad es que sí lo sabía. Pero me encanta escucharla hablar, ver cómo se expresa. Siempre que me encuentro con Ángela, al principio está muy retraída. Se nota que en el cole no la tratan bien. Y con la madre que tiene, entiendo que pueda tener algunos traumas. Por eso prefiero dejarla hablar, que se sienta libre.

—¿Y el mío lo buscaste? —Sebastian se acerca, parpadeando como loco—. ¿Llevas dos años conociéndome y nunca buscaste el significado de mi nombre? —empieza a hacerle cosquillas.

—¡Nooo! —la niña ríe a carcajadas e intenta zafarse.

—¿Qué clase de amistad es esta, Ángela? Yo te enseñé a bailar, jolín.

—Lo buscaré —dice, entre risas, pero pronto cambia de tema —. ¿Sabes lo que pedí para mi cumpleaños, Aurora?

—¡No lo digas, que si no, no se cumple! —Sebastian y yo intentamos frenarla al unísono.

—¡Pero ya se cumplió! —dice ella, radiante—. Pedí tenerte a ti.

Edward Cooper

La familia Kroening es una de las mayores productoras de armas del mundo. Hace años me reclutaron para trabajar en el área de contención de riesgos de la empresa, porque el nuevo dirigente y cabeza del clan, Romeo Kroening, hizo una inversión extremadamente arriesgada.

Normalmente venden armas a gobiernos, sobre todo a los de América. Pero bajo cuerda, la familia Kroening mantiene vínculos con milicias armadas en varios países.

La última bomba que estalló fue que la Policía Federal de uno de esos países encontró armamento desviado del ejército en manos de criminales que acabaron detenidos.

Pasé prácticamente cinco días encerrado en reuniones con abogados —tanto del gobierno como de los delincuentes arrestados — para construir una narrativa convincente sobre lo que pudo haber pasado con ese desvío… o, simplemente, para crear una cortina de humo que hiciera que los medios lo olvidaran rápido.

Durante esos días de trabajo tengo que estar incomunicado, sin dispositivos electrónicos, totalmente aislado de la civilización, hasta que todo el proceso esté finalizado.

—¿Papi? ¿Ya vas a volver? —me pregunta Ángela cuando por fin consigo llamarla.

—Sí, mi amor. Papá se va a quedar aquí dos días más y luego irá a verte.

—¿Aurora puede quedarse conmigo este finde? —pregunta con esa vocecita suave que sabe usar tan bien cuando quiere salirse con la suya.

—Claro que puede.

—¡Yuju! Hoy fuimos a ver el musical de El Rey León —dice emocionada.

—¿Y te gustó?

Ángela se lanza a hablar, feliz, sin parar un segundo. Después le cuento un cuento para dormir y me quedo hablando con ella hasta que, poco a poco, cae rendida.

Cuelgo el móvil y vuelvo al trabajo.

—¿Cómo va tu lista de clientes? ¿Necesitas más dinero? —me pregunta Craig mientras cruzamos el búnker.

—El dinero siempre es bienvenido —respondo.

—Perfecto. No conozco al tipo, pero un hermano me lo recomendó. Dice que está en una especie de guerra personal con una senadora por el tema de la legalización de la marihuana.

—¿Él está a favor?

—No. Si la legalizan, se le acaba el negocio. Vive del tráfico. Gana millones sin pagar impuestos.

—Ya veo. ¿Cómo se llama?

—Roger Antunes —me informa Craig—. Este contacto me dijo que Roger ha estado usando una red de supermercados como tapadera para el tráfico, pero que la policía le pisa los talones. Va a librarse de esta, pero quiere asegurarse de que la droga no se legalice, para no perder sus beneficios.

—Entiendo. ¿Y qué papel tengo yo en todo esto?

—Tú mejor que nadie conoces a los políticos y sus trapos sucios. Así que hazle una visita a esa senadora y resuelve el problema. Enséñale cómo su carrera puede venirse abajo si sigue luchando por la legalización.

—Entendido.

—Olivia Gardner. —Me muestra una foto de la senadora.

Tengo que mirar la imagen con más detenimiento, porque me da la sensación de haberla visto antes. Y al fijarme bien, lo confirmo.

—¿Esta es la senadora por Arizona? —Le devuelvo la foto.

—¿La conoces?

—No, nunca la he visto. Pero tengo mis contactos —aseguro.

—Perfecto. Haz lo tuyo. Me han dicho que Roger Antunes está dispuesto a pagar cualquier precio con tal de ver a esa mujer caer.

Capítulo 32

Aurora López

Mi vida había cambiado tanto que juraría que había pasado un año, no un mes. Me embargaba una sensación increíble al recibir mi sueldo, ver las cuentas pagadas y comprobar en el banco que una parte exorbitante de mi deuda universitaria había sido saldada.

Me preparaba para la fiesta privada del gobernador del estado de Nueva York, sin creerme que, solo unas semanas antes, querían arrastrarme de vuelta a Yuma. Y ahora, ahí estaba, a punto de codearme con la alta sociedad.

Casi me da un infarto cuando Edward me llamó.

—Necesito verte ahora.

Su tono severo me erizó la piel al instante. La inquietud me invadió.

—¿Pasa algo, jefe? ¿Fue bien su viaje? ¿Es lo del gobernador?

—¿Ya estás preparada para la fiesta?

Mierda. Va a prohibirme ir. Bueno, tampoco es que me importara tanto.

—Sí —me miré con el vestido blanco que alargaba mi figura y el pelo recogido en un moño impecable—. Necesitaba encontrar a Sebastian para que me maquillara; yo sola era un desastre con la máscara de pestañas.

—Hay un coche frente a tu edificio —dijo, y asomé la cabeza por la ventana para comprobarlo—. Baja. Te traerá a mi apartamento.

—Vale. —La voz me tembló, vencida por el miedo.

Me rocié el perfume, me eché un último vistazo al espejo (ni yo misma me reconocía, tan elegante) y cogí uno de los bolsos que Sebastian me había prestado. Lo llamé.

—Hola. No sé si podré pasarme por tu apartamento. El señor Cooper acaba de llamarme.

—Tranquila, nos vemos en la entrada de la fiesta. Te maquillo en el coche.

—*Si es que al final voy*, querrás decir. —La frase me salió temblorosa.

El trayecto hasta el apartamento del señor Cooper no tardó mucho. El portero me recibió con deferencia y subí en un ascensor privado que daba acceso directo a su entrada.

—¿Señor Cooper? —Lo busqué con la vista al llegar al salón.

El lugar parecía desierto: luces apagadas, solo el reflejo de la luna en la piscina y los muros de cristal.

—¿Ángela? —llamé a la chica.

Casi me desmayo cuando emergió de la oscuridad. Avanzó hacia mí como un rayo. Sus manos me atraparon el rostro y me besó con tal intensidad que me quedé sin aire. Tuve que agarrarme a él para no caer.

—¡Edward! ¡Me has asustado! —Me llevé una mano al pecho, jadeante.

—Quítate la ropa. Ahora. —La orden brotó ronca mientras me subía el vestido.

Su torso desnudo brillaba, perfumado con aceite de avellana y café. El abdomen se tensaba al respirar, y su pene, erecto, se balanceaba hacia mí.

Me giró y me empujó contra la pared. El tirón que le dio a la cremallera casi me arranca el vestido. Apretó su miembro entre mis

nalgas y mordisqueó mi oreja con delicadeza. Cada exhalación suya, caliente contra mi piel, me hacía perder el control.

—No sabes cuánto he echado de menos tu olor. —Me bajó las braguitas con un gesto posesivo.

—¡Debería estar vestido! ¡Llegaremos tarde! —Intenté ponerle sensatez.

—Te enseñaré dónde debo estar.

Se arrodilló detrás de mí y me lamió la entrada con un lengüetazo que me paralizó. La lengua ascendió despacio, chupándome el coño con tal voracidad que la pared ya no era suficiente para sostenerme.

—Tenemos unos minutos —murmuró con una sonrisa pícara.

Hunde la lengua dentro de mi vagina y la mueve en círculos intensos, mientras sus dedos presionan y masajean mi entrada.

—Di que me has echado de menos —ordena.

—¿Yo? Una paz interminable en ese ático —admito, irónica.

—Sí que lo has hecho. —Zanja el tema.

Termina de besarme con voracidad y me gira de golpe para enfrentarlo. Frota su polla contra mi entrada; estaba tan distraída que no vi lo que llevaba en las manos. Ahora distingo dos pinzas al extremo de una cadena y un pequeño objeto curvado.

No tardo en entender qué significa cada cosa.

Coloca las pinzas en mis pezones. No solo me pellizcan, sino que emiten ligeras descargas cada diez segundos. Gimo y acaricio su cuerpo al sentirlas.

El objeto curvado se lo lleva a la boca, lo chupa con dedicación y luego lo desliza dentro de mi ano con lentitud.

—Ahora no tendrás que echarme de menos, porque estaré dentro de ti siempre. —Me besa como si mis labios fueran de azúcar.

Le enlazo el cuello y me levanta contra la pared. Su polla me penetra de un tirón, con tal fuerza que entreabro la boca para respirar.

—¿Te gusta? —Ríe mientras sus dedos me agarran la piel, el rostro, las caderas con firmeza.

Las descargas en los pezones me ponen la piel de gallina, provocándome espasmos incontrolables.

Está tan embadurnado de aceite, perfumado y caliente, que se desliza dentro de mí con facilidad. Mi cuerpo resbala contra sus músculos, y mi coño se abre cada vez más.

Arqueo el cuello para gemir. De pronto, la fría noche neoyorquina queda atrás, y los dos ardemos en medio del salón.

—¿Te gustan mis regalitos? —Quita la pinza de mi pezón derecho, lo chupa y vuelve a colocarla.

La descarga parece llegar al centro de mis huesos, sacudiéndome por completo. Cierro los ojos para saborear la sensación, que casi me saca del cuerpo, dejándome flotar en un éxtasis nebuloso.

—Me encanta. —Le devuelvo el beso con furia.

Su boca me calma. Me siento deseada, dueña de mí, perdida en su lengua húmeda que recorre la mía como si mi boca fuera un oasis. El beso es feroz y delicado a la vez; nuestros cuerpos se frotan, se aplastan el uno contra el otro en un ritmo paleolítico para hacer fuego.

—Que le jodan a la fiesta. Esto no puede esperar.

Me arrastra por el salón y me tira al sofá. Apoya una rodilla en el mueble y planta el otro pie en el suelo. Avanza dentro de mí con calma, retirándose después para exhibir su cuerpo cincelado y fragante, antes de embestirme de nuevo, haciéndome temblar al borde del límite.

—Quiero verte tocarte, Aurora —ordena.

Guía mi mano por mi cuerpo hasta el punto más sensible.

—Hazlo como cuando estás sola.

Me ruborizo. Lo he considerado alguna vez, pero nunca le vi gracia. Me basta cómo él me toca.

—Yo... nunca me he tocado —confieso, avergonzada.

—¿Ni cuando estás sola?

—Ni siquiera entonces. Solo en la ducha, para limpiarme —explico.

Su polla sale de dentro de mí, pero la enorme verga sigue frotándose con fuerza contra mi entrada.

—Joder. —Mira hacia abajo—. Mira cómo me pones. —Guía mis dos manos hacia su erección.

El pene, grande, grueso y ardiente, late entre mis palmas. Las venas marcadas son hipnóticas, quizá más que el tamaño en sí.

—Cómo puedes ser tan inocente. —Esboza una sonrisa pícara —. Quiero que te toques, Aurora. Sobre todo cuando estés sola. Pensando en mí. —Desliza el glande por mi coño, rodeándolo con lentitud—. Y cuando lo hagas... —Coge el móvil del sofá, detrás de él—. Avísame.

No sé qué teclea en el aparato. Solo noto que el vibrador dentro de mí y las pinzas comienzan a vibrar y emitir pequeñas descargas.

Casi salto del sofá, pero él me inmoviliza con su cuerpo, tumbándose sobre mí.

—Tócate pensando en mí, y yo estaré ahí contigo.

Pasa su mano sobre la mía, enseñándome cómo quiere que lo masturbe. Luego me guía para empujar su polla hacia donde nunca

debería haber salido, y entra despacio, deleitándose con mi mezcla de dolor y placer.

—Tócate. Ahora —ordena.

Lo hago con timidez, aún torpe.

—Tú me tocas mucho mejor —reconozco.

Con sonrisa de lobo, vuelve a tomar el control de mi mano. Presiona mis dedos índice y corazón sobre mi clítoris, frotando suavemente al principio, luego en círculos rítmicos. La velocidad aumenta al compás de sus embestidas, que hacen hervir mi sangre.

—Así... —murmura en mi oído, sus labios carnosos rozando mi piel—. Más rápido. —Sigue dirigiendo mis movimientos.

No sé en qué concentrarme. Mi cuerpo recibe tantos estímulos que me pierdo en el éxtasis. Cada descarga en mis pechos arquea mi espalda; la vibración dentro de mí provoca que mis caderas intenten moverse, pero él domina mi cuerpo, empujándome hasta tragar casi toda su polla.

—Muy bien, estás casi ahí. —Sus ojos azules permanecen fijos en los míos.

Mueve sus caderas con determinación, ondulando y haciendo que note su polla pidiendo más espacio. Mi cuerpo está dominado y controlado por su deseo, no puedo hacer otra cosa que...

—Voy a... creo que voy a... —Un orgasmo intenso, como nunca antes había sentido, me arrasa.

No sé si fue la añoranza, el miedo a lo que significaba esa llamada o simplemente tantos estímulos para una pobre e inocente exvirgen.

—Así me gusta. —Se retira de dentro de mí.

Abre bien la boca, saca la lengua y me lame con una intensidad que no solo me limpia, sino que me lleva al cielo.

—Esto es lo que quiero cada vez que diga que te necesito —advierte.

—Yo también quiero sentirlo en mi boca.

Si me hubieran dado un puñetazo en la cara o me hubieran aplicado colorete con una rueda de camión, no me habría puesto tan roja.

—Mira cómo te pones cuando me pides estas cosas. —Niega con la cabeza.

Se abalanza sobre mí y sujeta mi cabeza entre sus manos, haciéndome tragar y atragantarme cuando su polla, hambrienta, entra en mi boca, húmeda y palpitante.

Esta vez los movimientos de vaivén ocurren en mi boca. Y pierdo el aliento al verlo encima de mí, yéndose y viniendo; moviéndose con sensualidad y contrayendo sus músculos hasta correrse en mis labios.

—¿Te gusta esto? —Limpia la comisura de mis labios con los dedos.

No soy capaz de opinar, así que me quedo callada.

—Vamos a ducharnos. Llegamos tarde a la fiesta —informa al mirar la hora en el móvil.

—¡Ah! —exclamo indignada—. ¡Te lo advertí!

—Pero no me lo impediste. —Me gana en la discusión.

Capítulo 33

Aurora López

Voy a la fiesta del gobernador en la limusina con mi jefe. Durante el trayecto, hace varias llamadas y, en cuanto llegamos al lugar, se baja para reunirse con Matthew Crawford.

Su asiento es ocupado por Sebastian, que entra con un pequeño maletín en la mano y me maquilla a contrarreloj.

—No es por nada, pero hoy estás divina, ¿eh? ¡Ese vestido es una locura! Venga, ponme carita de modelo —me anima.

Intento hacer una pose, pero sigo sintiéndome ridícula cada vez que lo intento.

—Creo que voy a llevarte así al baile, estás deslumbrante.

Él se acomoda la chaqueta negra del traje y me ayuda a bajar del coche.

—Y dime... ¿qué agenda estabas repasando con el señor Cooper, eh? —me susurra al oído mientras me da un golpecito con el hombro.

No soy capaz ni de responder, de la vergüenza que me da.

—Te voy a explicar cómo funcionan estas fiestas. Primero, todo el mundo va a querer saludarle —Sebastian señala al grupo de personas que rodea al señor Cooper, impidiéndole incluso entrar—. Luego, va a necesitar que estemos los dos pegados a él para anotar todo lo que diga. También tenemos que atender a los que no consigan hablar con él.

—El señor Cooper parece bastante solicitado, ¿no?

Desde políticos hasta celebridades, empresarios y modelos... todo el mundo quiere, al menos, estrecharle la mano.

—Hombre, teniendo en cuenta que puede destruir o reconstruir carreras e imágenes públicas... pues sí, todo el mundo.

—Vale, ¿y después?

—Después hay una fiesta privada: sexo, drogas y rock'n roll, ya sabes. ¿Trajiste condón?

—¿Qué? —Abro los ojos como platos.

—Sí. Dudo que te deje participar en esas cosas. A mí, en cambio... —me enseña que viene más que preparado, sacando una decena de preservativos de los bolsillos.

—¡Sebastian!

—¿Qué pasa? En una fiesta así conseguí a mi *Sugar Daddy* y a mi *Sugar Mommy*. Me faltan tres, quiero cambiar de coche —dice, mirando a su alrededor.

—¡No tienes remedio! —le doy un manotazo en el hombro.

—Nunca he dicho que lo tuviera —me guiña un ojo.

Casi me da un infarto cuando veo a un niño corriendo hacia mí. Me quedo paralizada y empiezo a parpadear sin parar. ¿Era ese James Petterson? Lo confirmo casi al instante. Veo a Emily Williams viniendo detrás de él.

Sí. Mi cantante favorita. La mujer que más me inspira. Me quedo con la boca abierta, incapaz de reaccionar al verla pasar junto a mí.

—¡Tu padre ya te ha dicho que no corras, James! —le llama la atención.

—¿Esa era...? —señalo por encima del hombro.

—Sí, ella misma —asiente Sebastian—. ¿Y esa cara? ¿No sabías que viene al baile? Además, es jurado.

—¿¡Jurado!? —Lo agarro por el cuello de la camisa—. ¿¡Quieres que desfile delante de Emily Williams!? ¿¡Tienes idea de lo que significa esa mujer para mí!?

—Es maravillosa, luego te la presento.

—¡Sebastian! ¡Aurora! —Nos llama nuestro jefe.

Y su mirada no augura nada bueno. Tiene pinta de querer nuestras cabezas en una bandeja de plata.

—Hora de trabajar, preciosa. Hombros hacia atrás, barbilla bien alta y actitud de que eres demasiado fabulosa como para prestarle atención a esta gente —sugiere Sebastian.

—Lo intentaré.

Seguimos al señor Cooper con cierta dificultad, porque literalmente no paran de rodearlo. Ni siquiera el gobernador está tan acosado ni tan mimado.

La entrada de la casa parece un museo de arte moderno: un salón sin muebles, paredes altas y blancas, algunos cuadros estratégicamente colgados y una lámpara de araña opulenta colgando del techo. Muchos camareros, mucha gente, voces elevadas. Al fondo, una banda toca una música suave y agradable.

—Ese de ahí es Héctor Mitchell, CEO de la mayor empresa de energía sostenible del país —va señalándome a los clientes importantes del señor Cooper—. Aquel es Ethan Evans.

—Lo sé, lo vi el día que grabó el pódcast —sonrío.

—Y aquella es... —La voz de Sebastian se apaga poco a poco.

Melanie, la madre de Ángela, se acerca al señor Cooper como si tuviera una intimidad de años con él. Se miran como una pareja perdidamente enamorada y ella lo besa, incluso cuando él gira el rostro… justo cuando su mirada choca con la mía.

—Sí. Ya sabes quién es esa zorra —Sebastian chasquea la lengua y me arrastra hacia otro ambiente.

Da igual a dónde me lleve o qué intento haga para distraerme… no puedo dejar de mirarla.

Alta, rubia, con un vestido negro cubierto de diamantes. ¿Quién podría ignorarla? Es guapísima, extrovertida, radiante. Todos los hombres aquí la observan.

—¿Ángela? Ay, la dejé dormidita en nuestro piso, ¿verdad, cariño? —le acaricia el hombro y habla con una vocecita afectada—. Estaba tan cansadita… ¡No ha podido venir!

—Mentirosa... —Sebastian canta bajito, intentando distraerme.

Pero yo no dejo de mirarla. No sé si es porque va espectacular y brilla como una estrella… o porque no se despega del señor Cooper. Le coge la mano con familiaridad, le besa el cuello como si fuera lo más natural del mundo.

Y lo peor, lo más cruel: todo lo hace mirándome directamente a los ojos.

***

El tiempo va pasando y sigo de pie junto a mi jefe y Sebastian.

Durante un buen rato, el gobernador Charles Hill conversa con Edward. Cuando el tema parece terminar, me mira fijamente durante unos segundos. Hago una ligera reverencia y lo saludo.

—¿Y esta mujer tan hermosa quién es? —pregunta, dirigiéndose a mí, y me sobresalto con su acercamiento.

—Me llamo Aurora. Soy la secretaria del señor Cooper.

—Qué nombre tan bonito, suena casi musical… —comenta, rozando mis hombros y poniéndome en alerta. Aun así, le sonrío con

educación.

—Gracias, señor.

—Llámame Charles.

De reojo observo a Edward, cuyo rostro ha cambiado de repente. Parece estar a punto de perder el control, y eso me intimida. No quiero arruinar nada, pero tampoco puedo simplemente ignorar al gobernador. Por lo visto, esta cena es muy importante para Edward y, de alguna manera, él también se ha vuelto importante para mí…

—Gracias, Charles —murmuro, sin saber muy bien cómo salir de esta situación.

—¿Te gusta la música, Aurora? —pregunta el gobernador, mirándome directamente a los ojos.

—Sí. Escuchar música es uno de mis hobbies.

Se acerca un poco más y me agarra una mano con firmeza, masajeándola. Intento mantener la calma, respirando despacio.

—¿Has oído hablar de la encantadora Sandra Queen?

—No.

—¡Dios mío, es increíble! —La mujer de la que habla es una artista muy conocida en Estados Unidos, con un estilo de pop crossover, pero algo en mi cabeza me impulsa a mentir—. ¡Tienes que conocerla hoy!

Me quedo allí, de pie, tímida y sin saber qué decir. El gobernador me observa con los ojos muy abiertos y brillantes, y cada segundo es más difícil esquivarlo.

—¿Puedo traerte una bebida? —pregunta.

¡Gracias a Dios!

—Me encantaría —respondo, esperando que se aleje, y así lo hace.

Pocos segundos después, Edward se acerca en cuanto ve al gobernador moverse hacia el lado opuesto.

—¿El gobernador te ha dicho algo que no te ha gustado, Aurora? ¿Te estaba molestando? —pregunta rápido y muy serio. Su respiración caliente me envuelve, y es evidente que está realmente nervioso.

—No, está todo bien, solo estaba siendo un buen anfitrión —sonrío, pero Edward mantiene la expresión seria, analizando mis ojos, y eso me provoca un escalofrío. Este hombre exhala poder y control, y no sé disimular el efecto que eso tiene en mí.

—Ya te lo dije una vez y te lo repito: eres una pésima mentirosa. —Edward sigue mirándome con intensidad, y cuando voy a contestar, me interrumpe—. Si él intenta algo, me lo dices, ¿me oyes? ¡Cualquier invitación, cualquier cosa! ¿He sido claro?

Me quedo quieta, pero asiento con la cabeza.

Al cabo de un rato respiro aliviada cuando un hombre se acerca a nosotros y empieza a conversar con mi jefe.

—¿Has oído? —pregunto en voz baja a Sebastian, que esboza una sonrisa.

—Puede que haya escuchado alguna cosita…

—Qué gente más rara. El gobernador claramente me estaba tirando los tejos sin ningún disimulo… Me miraba de una forma...

—No te confundas, Aurora. El gobernador juega en los dos equipos —dice, incluso antes de que termine la frase.

—¿¡Cómo!? —pregunto, y por lo visto lo dije demasiado alto, porque varias personas se giran a mirarme… incluso mi jefe.

Sebastian estalla en carcajadas, pero se acerca, me rodea con la mano por la espalda y escanea el ambiente.

—Contrólate, mujer. Has oído bien. No me sorprendería nada si te invita a la fiestecita privada cuando acabe esta pantomima en el

salón. La verdadera fiesta empieza después.

—Pero… espera. ¡Está casado!

—Sí. ¿Y qué?

—¿Y qué? ¡Pues que si su mujer se entera...!

—Tranquila, ella también participa. Yo mismo me apunto a algunas orgías de alta gama. Esta ya la tengo fichada —me guiña un ojo.

Abro la boca para responder algo, pero me contengo, intentando procesar lo que acaba de decir. A veces me deja en shock con sus comentarios, pero lo cierto es que adoro su autenticidad.

—Me dejas sin palabras —digo, esbozando una sonrisa.

—La alta sociedad está llena de secretos sucios, y pronto descubrirás hasta dónde son capaces de llegar para darse placer… o no.

Rezo en silencio para que nadie se acuerde de mí para esa dichosa fiestecita.

¿De exvirgen a participante de orgías?

Definitivamente, mi vida ha dado un giro tremendo en las últimas semanas.

—Hay gente aquí obsesionada contigo. Creo que ya lo habrás notado.

Jamás en mi vida había sido el centro de tantas miradas. Ni siquiera me imaginaba tan deseada como me siento esta noche.

Desde que crucé el salón principal con el trasero bien levantado, todo el mundo a mi alrededor me observa. Tengo que reconocerle el mérito a Sebastian por corregirme la postura y repetir una y otra vez que debía lucir mi cuerpo, en especial el culo. El problema es que, al hacerlo, todavía me duelen un poco las lumbares...

Aun con esa pequeña ayuda, no creo que mi cuerpo sea tan llamativo. Sigo con el mismo peso de siempre, y tampoco es que haga ejercicio con regularidad. Sé que debe haber otra explicación más lógica.

—Creo que mi vestido blanco llama mucho la atención… es muy caro y...

—No. —Me interrumpe con una mirada distinta, cargada de algo más—. La que llama la atención eres tú, Aurora. Eres, de lejos, la mujer más guapa de esta fiesta. Acéptalo.

—Gracias —respondo, algo avergonzada, pero también con una sensación agradable al ser vista de esa forma. Sé que soy como un patito feo entre lobos, pero me gusta sentirme guapa… o al menos he empezado a disfrutarlo desde que trabajo para Edward…

—Tranquila, soy tu ángel de la guarda. Edward me mataría si algo te pasara.

—¿Tú crees que Edward es un buen jefe, Sebastian?

—El mejor. Haría cualquier cosa por él. Fue Edward quien sacó lo mejor de mí, y le estoy muy agradecido. Me convertí en un hombre distinto desde que él vio en mí potencial. Desde entonces, intento absorber todo lo que me enseña.

De reojo, observo a Edward con las dos manos en los bolsillos, charlando con el alcalde de la ciudad.

Es imposible ser indiferente cuando él está cerca.

Mi jefe tiene ese poder de atraer a todo el que le rodea, y lo supe desde el primer día que nos conocimos en persona, en la universidad.

Fue entonces cuando empecé a sentir algo distinto por él, algo que jamás había experimentado. Y aquel beso, años atrás, cambió algo en mí… estoy completamente segura.

Capítulo 34

Edward Cooper

Tengo un rato para descansar y libero a Aurora y a Sebastian durante unos minutos. No necesito que estén pegados a mí durante toda la fiesta.

Salgo hacia un rincón apartado en el borde del jardín de la mansión. Estoy empezando a estar hasta las narices de este lugar. Un grupo de invitados importantes se ha reunido en torno a una mesa, y tengo la nítida sensación de que alguien me observa.

Yan Muller.

—Edward —pronuncia mi nombre con ese aire de superioridad tan suyo, que conozco bien porque es su sello personal.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. Solo he venido a conocer a mis potenciales inversores.

A mis potenciales inversores, quiere decir él.

—No tenemos nada que decirnos —respondo, ajustándome la americana y quedando frente a frente con él—. No somos amigos, así que esta conversación está de más.

—¿Sabes en qué me he fijado?

—No, y me importa un carajo.

—Te he visto muy pegado a tu secretaria —ignora por completo mi comentario y clava los ojos en Aurora, que sacude su melena rubia mientras sonríe charlando con Sebastian.

Necesito su cuerpo tanto como anhelo su corazón, por más que eso esté mal. La deseo más con cada día que pasa. Y ese simple pensamiento me aprieta el pecho.

Apoyo la mano sobre el borde de la barandilla frente a mí, intentando que no se note mi nerviosismo.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que vas a decir, Yan. Sabes perfectamente de lo que soy capaz —le advierto, y su rostro cambia. Lo que antes parecía una expresión afable se transforma en algo retorcido. Su verdadero rostro.

Un lobo reconoce a otro.

—Tú y tus amiguitos del gobierno necesitáis un escarmiento en este país, y si me atacas, no voy a desperdiciar la oportunidad de hundirte —responde, pero yo ya estoy harto de sus amenazas veladas.

—Nadie va a destruirte excepto yo —declaro, dejando que el desprecio se filtre en mi voz mientras me acerco a él—. Nadie va a tocarte, y cuando lo haga, será tu final.

—Ya veremos. Por cierto, me alegra saber que tu empresa va tan bien por dentro, que tus empleados están tan contentos... —dice con una sonrisita burlona—. Hasta pronto, Edward.

Vuelve al interior de la mansión, y yo me quedo allí, dándole vueltas a sus últimas palabras.

Al cabo de unos minutos, regreso también, y enseguida el gobernador se me acerca.

—Supongo que sabes que organizaremos una fiesta cuando todo esto termine.

—No pienso asistir —respondo con sequedad—. Ya no.

—Bueno... no pasa nada, pero quiero que esa jovencita venga —dice, señalando hacia donde está Aurora, y noto cómo la sangre me hierve.

—Ella no irá, Charles —espeto entre dientes.

—Vamos, Edward, todo el mundo tiene un precio. ¿Cuál crees que es el suyo? Personas como ella no tienen dinero, pero sí ambiciones. Seguro que se muere por sacarse un dinerillo extra… con algún servicio especial…

Probablemente tomo la peor decisión de los últimos años al agarrarlo por el cuello de la camisa y empujarlo contra la pared más cercana. Escucharle decir el nombre de Aurora con ese desprecio me revuelve el estómago.

—¡Será mejor que cierres la puta boca!

—¡Edward! ¿Pero tú qué te crees que estás haciendo? —pregunta, mirando a su alrededor, desconcertado.

Vuelvo a la realidad cuando noto que varios invitados nos miran fijamente, pero ya es tarde. El daño está hecho. No hay vuelta atrás.

Aún con cierta reticencia, lo suelto, y el gobernador se arregla la ropa mientras me lanza una mirada como si quisiera matarme.

—Esto que has hecho es inadmisible, yo voy a…

—¿Vas a qué? —doy un paso hacia delante—. ¿Revelar alguna mierda sobre mí? ¿Impedirme cerrar contratos millonarios? ¿Ya olvidaste que soy yo quien tapa tus putos escándalos? —Ante su silencio, fijo la mirada en él, aún más irritado—. Esta pantomima de cena solo engaña a quien no te conoce. A mí no. Así que te sugiero que te centres en tu papel: fingir ser alguien que no eres.

—¿Ha pasado algo? —uno de los guardias de seguridad se acerca, pero yo no aparto los ojos del gobernador.

—Está todo bien. Edward solo… está cansado.

—Sí, muy cansado. Y de muchas cosas —mascullo antes de alejarme sin decir nada más.

Durante un rato, noto varias miradas clavadas en mí. Algunas personas incluso me evitan, pero tras unos minutos todo parece volver a la normalidad y retomo la conversación con algunos invitados.

Intento buscar a Aurora sin que parezca que la estoy buscando, y tengo la suerte de encontrarla en uno de los jardines, hablando con otra empleada del departamento de marketing de mi empresa.

Cuando la conversación termina, me acerco a ella, pero no tengo ni idea de qué decir.

—¡Edward! —exclama al verme—. ¿Estás bien?

—Necesito que sepas algo.

—¿El qué? —pregunta, y noto su respiración agitada.

—Soy un hombre horrible. El peor de todos —doy un paso, quedando a escasos centímetros de su rostro—. Estoy harto de fingir, Aurora —confieso, apoyando una mano en el lateral de su cuello—. Eres la única persona aquí que sabe lo suficiente sobre mí.

—Sé que eres un buen hombre —responde casi sin aliento, cerrando los ojos, deseando lo mismo que yo—. Pero… ¿por qué me dices esto ahora? —pregunta, con la respiración acelerada—. Edward, si la gente nos ve...

—Que se jodan todos los hipócritas de esta fiesta. Tú no perteneces a este mundo, Aurora. Nunca vas a pertenecer. Y espero que estés orgullosa de eso —acaricio su rostro con delicadeza, memorizando cada rincón de su piel—. Eres tan distinta a todas esas mujeres... Y, de alguna forma, fue tu ingenuidad lo que me atrajo desde el principio. He luchado contra esto durante tanto tiempo, pero me doy cuenta de que es inútil.

—No es justo, Edward. He luchado contra esto desde la universidad, yo…

Se detiene, pero sé perfectamente cómo acaba esa frase. Recuerdo demasiado bien nuestra última conversación en la facultad, y el beso que desencadenó todo.

—Joder, Aurora. Lo único que deseo ahora es besarte. Eres tan distinta, tan deseable. Puedo sentir tu dolor, y si eso significa arriesgarlo todo, estoy dispuesto a hacerlo.

—Edward...

Sin pensar en las consecuencias, tomo su boca con tanta urgencia que temo hacerle daño. Ella responde al beso, rodeando mi cuello con sus manos. Su lengua se encuentra con la mía y siento algo diferente, algo que me estremece. Inclina la cabeza hacia atrás, como si quisiera liberarse de ese contacto, como si necesitara volar.

—Estoy aquí por ti, Aurora. No voy a dejarte.

—Tus labios son tan suaves… y tu voz está llena de promesas… —susurra, y veo cómo una lágrima se desliza por su mejilla.

Necesito abrazarla, consolarla, tocarla, escuchar su voz...

¡Joder, la necesito!

—Primero esa escenita con el gobernador, ¿y ahora besas a esa rara en plena fiesta pública? —Melanie aparece de la nada, pillándonos por sorpresa—. ¿Qué crees que dirá la gente si se entera de que me estás engañando en una fiesta en la que yo estoy presente? ¿Acaso quieres tirarlo todo por la borda?

Tras sus palabras, Aurora se aleja.

—Tú no deberías estar aquí —escupo, fulminando con la mirada a esa mujer que para mí no significa absolutamente nada.

—¿Sabes? Antes tenías mejor gusto. Ahora... —lanza una mirada desdeñosa a Aurora y suelta una carcajada—. Esa ahí es la más torpe y fea de todas las que has besado.

Sé perfectamente cuánto pueden herir esas palabras a Aurora. Pero a partir de hoy, no está sola.

—Ella tiene algo que tú jamás tendrás, Melanie. Un corazón.

—Escúchame bien —me señala con el dedo cerca de la cara —. He luchado muchísimo para ser rica y poderosa, y no voy a permitir que lo arruines todo. Nuestra hija debería haber nacido con mi genética, perfecta, radiante… pero ha resultado ser una auténtica carga.

—Es preciosa y radiante, sí. La que es una pésima madre eres tú. Y no pienso permitir que hables así de ella delante de mí.

Aurora reacciona antes que yo. Por un instante creo que va a lanzarse sobre Melanie. Sus ojos chispean de furia, su rostro se tensa con toda la rabia acumulada por haber callado durante tanto tiempo.

—Esa niña solo come y duerme, no me sorprende que esté tan fea y gorda, y...

—¡Cierra la puta boca, Melanie! —grito, acercándome a ella—. Estoy hasta los cojones de que trates a nuestra hija como si fuera una carga, un simple accesorio para alimentar esa vida de mierda que presumes ante la prensa. A partir de hoy, yo me encargo de mi hija. Y de mí. Porque tú no tienes nada bueno que ofrecerle.

—No puedes estar hablando en serio. No podemos separarnos, eso arruinaría nuestras carreras.

—Podemos. Y lo vamos a hacer.

Al principio parece no creérselo. Pero poco a poco su cara se transforma, y esa sonrisita arrogante desaparece. Sé que mis palabras la han herido de verdad.

—Voy a destruirte, Edward. Vienes de una familia de mierda y solo llegaste a ser alguien gracias a mí. ¡A mí! —chilla.

—Y tú también creciste gracias a estar casada con un empresario en ascenso. Pero para mí esta farsa se ha acabado.

Melanie no dice nada más. Solo niega con la cabeza, enfurecida.

—Puedes estar seguro de que esto va a tener consecuencias negativas para ti, Edward —advierte, dándose la vuelta y entrando en la mansión.

Miro a Aurora a mi lado. Parece ensimismada, perdida en sus pensamientos.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupado.

—Sí, estoy bien... solo me asusta lo que Melanie pueda hacerle a Ángela.

Incluso en una situación así, sigue poniendo a mi hija por delante. Una vez más.

—Voy a proteger a mi hija cueste lo que cueste. Contra todo y contra todos. Tienes mi palabra, Aurora. Entra y dile a Sebastian que nos vamos. Este circo, para mí, se acabó.

Aurora asiente y enseguida desaparece de mi vista. Acto seguido, saco el móvil y llamo a una de las personas con las que menos ganas tengo de hablar ahora mismo. Porque cuando llamo a mi abogado... es porque algo se ha ido al carajo.

—Te necesito —digo en cuanto contesta.

—¿Qué mierda has hecho esta vez, Edward?

—Unas cuantas cagadas, Logan. Y además de todo… necesito algunas respuestas.

Capítulo 35

Edward Cooper

A las ocho en punto recibo a mi abogado en la Cooper Potter.

Tenemos que tratar asuntos serios, y esto puede afectar mi futuro, así que debo ser aún más cauteloso de lo habitual.

—Tu despacho sigue igual que siempre... —dice, caminando hacia la ventana, admirando el lugar mientras se afloja la corbata—. Debe de ser estupendo tirarte a tus secretarias mientras miras a toda esa gente diminuta ahí abajo. Te sientes un rey, y... —se detiene, fingiendo sorpresa—. Ah, olvidaba que tú ya te sientes un rey sin todo esto, Edward.

Digamos que mi abogado es... peculiar. Por no decir directamente problemático. A pesar de eso, es el mejor abogado de Estados Unidos, y conseguir que te represente es casi imposible. En realidad, él elige con quién quiere trabajar, y lo hace solo cuando le apetece. No me sorprendería descubrir que es más rico que la mayoría de sus clientes.

Logan trabaja con políticos, asesinos, mafiosos y toda la escoria imaginable. Es como un mago, capaz de revertir sentencias imposibles, incluso en casos de pena de muerte.

Dicho esto, también tiene sus defectos —como todos—, y uno de ellos es creerse el centro del universo. Podría decir que Logan es una versión mía, solo que peor: promíscuo, incapaz de sentir nada por nadie. Solo le importa el dinero… y las prostitutas que contrata, por supuesto.

—¿Podemos hablar ya de lo importante o vas a seguir admirando las vistas desde mi edificio?

—No. Me hiciste coger un avión a toda prisa, así que déjame desahogarme un poco —responde con ese tono sarcástico tan suyo —. Tu suerte es que me caes bien.

—Logan, no te cae bien nadie. Y te encargas de recordárselo a todos tus clientes.

—Estoy trabajando en eso, ¿sabes? —respira hondo, y su rostro se vuelve tenso—. De hecho, me apunté a un programa nuevo sobre relaciones interpersonales. Estoy intentando convertirme en una persona mejor, que se preocupa por los demás seres humanos.

—¿Hablas en serio?

—Pff, por supuesto que no. Odio a la gente. Y ni siquiera intento disimularlo.

¿Por qué demonios le hago preguntas estúpidas...?

—Bueno, venga, basta de tonterías y dime: ¿qué mierda has hecho ahora, Edward? Casi nunca me llamas.

Durante quince minutos le cuento lo que ocurrió anoche en la fiesta del gobernador y todo lo que pasó después de tener a Aurora entre mis brazos. Logan no me interrumpe. Escucha cada detalle con atención, como si estuviera estudiando una estrategia.

También le explico que no quiero seguir fingiendo mi matrimonio, lo cual claramente lo deja sorprendido, sobre todo conociendo lo ambicioso que soy. Separarme de Melanie va a afectar futuros contratos, no tengo dudas.

—Vamos por partes... —dice, sentándose mientras vuelve a mirar por la ventana—. Primero: lo del gobernador es lo de menos, no tienes por qué preocuparte. No va a hacer nada, sobre todo sabiendo que tú manejas información confidencial suya. Segundo: besar a tu secretaria en la misma fiesta en la que está tu esposa de pega es... surrealista. Por no decir una soberana estupidez. Y tercero, lo que realmente te va a traer complicaciones: separarte de

Melanie va a afectar no solo tu vida personal, sino también tu carrera profesional...

—No me importa. Yo empecé desde cero. Melanie apareció en el proceso y nos ayudamos mutuamente. Tú más que nadie sabes que esas parejas famosas se construyen por apariencia, no por amor. Además, la forma en que ella trata a nuestra hija ya cruzó todos los límites. No he sido un padre presente, pero eso va a cambiar.

—Entonces, ¿lo haces únicamente por Ángela? ¿Por eso quieres tomar una decisión tan radical? —pregunta con atención, tratando de leer entre líneas el verdadero motivo de mi repentino deseo de separarme.

—En resumen, sí.

—Vamos, Edward. Te conozco desde hace años, ¿vas a venir con mentiras justo a mí? Esa tal Aurora te ha tocado algo dentro, y no me hizo falta mucho para darme cuenta. Lo que más me deja en shock es que te has tirado prácticamente a todas tus empleadas y, de repente, te encaprichas así con una sola.

—Logan, será mejor que...

—Vale, lo pillo —levanta las manos, como si se rindiera—. No es asunto mío.

—Exacto, no lo es. Necesito que vigiles a los Smith, la familia de Melanie. Quédate siempre un paso por delante, y pase lo que pase, elabora un plan, una vía de escape para cualquier situación que pueda surgir.

—Seamos sinceros: hay dos opciones posibles para tu caso, Edward...

—¿Cuáles?

—Fingir que te enamoraste de tu secretaria y mostrar al mundo que eres un hombre íntegro y fiel, que no querías traicionar a tu esposa... y así justificar el final del matrimonio. —Antes de que pueda contestar, Logan se echa a reír, casi cayéndose de la silla—.

Perdón, lo siento. «Edward», «íntegro» y «fiel» en la misma frase es demasiado para mí.

—No me hizo gracia. ¿Cuál es la otra opción? —ignoro su burla.

—La misma. Pero en rojo.

Observo a Logan. Y una vez más, sonríe con ese aire de burla que consigue irritarme.

—Se nota que no te gusta la literatura, porque si no habrías pillado la referencia al libro *Manchas de sangre*, de Anelline Kamble —dice. Pero tras esa frase, su expresión se torna seria—. Alguien en esa fiesta claramente te vio besando a tu secretaria, y esto va a explotar, puedes estar seguro. No me sorprendería que incluso os hayan fotografiado besándoos. Así que, tus opciones son limitadas. Y solo tú puedes decidir qué será lo mejor para tu empresa.

Logan se levanta, se mete las manos en los bolsillos y analiza el edificio frente a nosotros.

—Y ahora... ¿vas a decirme por qué me llamaste realmente o vas a seguir con este numerito de terapia en el que yo te doy consejos?

A veces me sorprende su capacidad para captar las cosas al vuelo. Me gusta trabajar con los mejores precisamente por eso.

—Yan Muller —digo.

—Mmm... ahora sí que se pone interesante...

—Me dijo algo sobre mi empresa, sobre ciertos empleados, y me dejó con la mosca detrás de la oreja —puntualizo, recordando exactamente lo que dijo:

«Me alegra saber que tu empresa va tan bien por dentro, que tus empleados están tan felices…»

—¿Estás insinuando que hay alguien infiltrado aquí?

—Eso ya lo sabía, Logan. Pero ahora empiezo a sospechar *quién* es el infiltrado.

—¿Y qué necesitas que haga? —pregunta, cruzándose de brazos, muy atento.

—Volver atrás en el tiempo —respiro hondo, recordando la fecha concreta, y un aluvión de recuerdos me golpea de golpe.

—Esto se pone cada vez mejor... —murmura con una pequeña sonrisa, visiblemente animado.

—Quiero las grabaciones de un día específico, de cuando trabajaba como orientador en la Universidad de Columbia. Y lo necesito para ayer.

Capítulo 36

Aurora López

Probablemente nunca había visto a Edward tan distante como esta última semana.

Sé que algo ha pasado, sobre todo sabiendo que Melanie nos vio juntos en el jardín. Lo que no termino de entender es el vínculo entre ellos dos, porque parecen odiarse mutuamente.

Por lo que he podido notar, Edward está intentando proteger a Ángela a toda costa, y la primera impresión que tuve de Melanie es que se descontrola con facilidad. Todavía recuerdo bien la firma de libros de hace varios días.

Después de terminar parte de mi trabajo, veo a Sebastian pasar cerca de mí. Me observa durante un buen rato, escaneándome de arriba abajo.

—A alguien le gustó la ropa que elegí —dice, y yo doy una vuelta sobre mí misma.

—¡Guau, qué elegancia!

Hoy llevo un body de corte alto, muy estiloso, con una falda de cintura alta y una blusa sencilla. El pelo suelto, el maquillaje perfecto a mis ojos: sin excesos.

—¿Y tú? ¿Sigues dolido por no haber estado en la fiestecita del gobernador?

—No, sé que tendré más oportunidades de encontrar otros *sugar daddies*... y también *sugar mommys* —responde con una guiñada, mientras termina de organizar unos documentos que Edward le había pedido.

Su respuesta me hace sonreír.

Cuando Edward me contrató, nunca imaginé que haría amigos en la Cooper Potter, pero Sebastian se ganó mi confianza. Sé que no es como la mayoría de los demás empleados.

—Edward está demasiado serio últimamente. Algo pasa.

—Yo también lo creo —asiento. Nos quedamos en silencio unos minutos, observándolo a través del cristal de su despacho, concentrado frente al ordenador.

—Vaya, vaya... Si no son la fea y el rarito juntitos.

Megan aparece de la nada, y veo a Sebastian poner los ojos en blanco.

—Hoy vas bien vestida... pareces una payasita de circo. Apuesto a que Sebastian te ayudó con ese conjunto tan ridículo.

—¿Y ese olorcito, Megan? —pregunta Sebastian, acercándose a ella con gesto curioso, como si buscara algo en el aire o en su ropa.

—¿¡Olor a qué, bicho raro!? —responde, retrocediendo un poco, mirando a los lados y al techo.

—Olor a celos en el ambiente... —me guiña un ojo, y no puedo evitar soltar una carcajada, seguida por la de él.

—¡Por favor! ¿Celos de esta torpe? ¡Mírame a mí! —posa exageradamente, y yo respiro hondo.

Siempre me dijeron, de niña, que hay personas que tal vez no tengan una belleza espectacular, pero que por su educación y sonrisa terminan siendo admiradas por todos. Megan es todo lo contrario. Por muy bonito que sea su cuerpo o por muy delicado que parezca su rostro, por dentro está vacía. Hueca.

—No todo es belleza exterior, Megan. Podrías ser una persona mejor si...

—¡Ah, cállate ya, Aurora! ¿Quién te crees que eres para darme consejos? ¡No eres nadie, una pobrecita!

—Aurora, ignora a esta bruja —dice Sebastian, cogiéndome de la mano e intentando apartarme de ella. Pero no contenta, Megan se acerca con ese aire de superioridad que tanto la define.

—Debajo de esa ropa no hay nada, Aurora. Solo eres una pueblerina que no sabe cuál es su lugar. Apostaría a que tu familia dio gracias a Dios cuando te fuiste. Es más... ¿es que tienes familia siquiera? —se burla, echándose a reír.

Estoy harta de Megan. Siempre me insulta y yo me quedo callada, pero eso se acabó. Y se acabó hoy.

No he venido aquí para ser el saco de boxeo de nadie, y lo que acaba de decir ha rebasado todos los límites de mi paciencia.

—Mejor ser una pueblerina con cerebro que una niña mimada sin idea de nada. En la universidad, si no hubiera sido por mí, ni siquiera habrías terminado la carrera. ¡La pobrecita aquí eres tú!

—¿¡Cómo te atreves a decir eso!?

—Eso mismo. Y como si no fuera suficiente, encima me roba las ideas. No estás al frente del departamento creativo por méritos propios, sino porque usas el sexo para mantenerte en ese puesto. Yo, en tu lugar, estaría avergonzada, porque no tienes la menor preparación para trabajar aquí.

Estoy tan nerviosa que ni siquiera noto el tono que estoy usando. Varias personas ya nos están mirando. Megan, en este momento, parece dispuesta a estrangularme.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —dice, viniendo hacia mí, y empiezo a imaginar lo peor. Nunca me he peleado en mi vida...

—¡Silencio! —Una voz como un trueno hace que todos se callen de inmediato. Es Edward, de pie en la puerta de su despacho —. Quiero a las dos en mi oficina. ¡Ahora!

—Ahora sí que te vas a joder, fea.

Por un segundo me arrepiento de haberle respondido a Megan, y mi cabeza se llena de los peores escenarios posibles para esta reunión. No quiero perder mi trabajo, pero sé que ella tiene más influencia que yo en la empresa. Dudo que Edward vaya a pasar por alto lo que pasó, incluso con la cercanía que estamos teniendo últimamente. Él siempre pensará primero en el bien de la Cooper Potter.

¿Qué hago ahora, Santa Inés?

Entramos con calma en el despacho de Edward. Nos sentamos. Yo lo miro, y él parece fuera de sí. Y no es para menos. Este numerito en el pasillo fue totalmente fuera de lugar. Desde que trabajo aquí, nunca vi una discusión así entre empleados.

—¿Vosotras dos os creéis que esto es vuestra casa o qué?

Edward no se anda con rodeos.

—¡Fue ella quien empezó! Sebastian y Aurora siempre están provocándome, y esta vez no lo aguanté más.

Qué falsa.

—¿Es cierto eso, Aurora?

—No. Y si llama a Sebastian, él puede confirmarlo. Megan lleva meses menospreciándome, y...

—¡Ya entendí, Aurora! —me corta, aún con el rostro tenso. Luego se vuelve hacia la falsa.

—Megan, tienes un minuto para convencerme de que no debería despedirte ahora mismo.

Mi corazón se detiene.

Sabía que habíamos cruzado los límites, pero... ¿despido?

—Jefecito… Siempre he sido una excelente empleada. Hago mi trabajo mejor que nadie y jamás he dado problemas a ningún compañero. Siempre he ayudado con mi gran inteligencia y soy un ejemplo para *Cooper Think Technology*, tanto por mi imagen como por mi desempeño. Además, fui una estudiante dedicada en la

universidad, valoraba los estudios por encima de todo. No puedo decir lo mismo de Aurora, que me acosaba para hacer los trabajos juntas porque nadie la soportaba. Siempre fue rara y la gente la evitaba.

Qué hipócrita. Megan siempre venía con ese tonito suave a pedirme ayuda, y yo, boba, llegué a pensar que éramos amigas. Me equivoqué. Mi defecto siempre fue ser demasiado buena...

—Parece que he llegado justo a tiempo —una voz masculina interrumpe, y un hombre alto y elegante entra por la puerta. Nos observa con calma y se sienta en una de las sillas sin pedir permiso. Lleva un traje caro, con corbata a juego, y parece disfrutar del espectáculo—. Ah, disculpad. Me llamo Logan. Continuad, no os preocupéis por mí. Solo he venido por el show.

—¿Entonces has escuchado lo que dijo Megan? —pregunta Edward, y él asiente con la cabeza.

—¿Qué opinas?

—Como te decía, he venido por el espectáculo. Pero he de admitir que Megan habla muy bien, mis felicitaciones —responde Logan, y la bruja sonríe con orgullo—. Una pena que hablar bien y mentir vayan tan de la mano, ¿no crees, Edward?

No entiendo nada. Hablan entre ellos como si no estuviéramos aquí, y su última frase deja un enigma flotando en el aire.

—Megan... —Edward se pone de pie, camina hacia ella y luego se agacha, clavando la mirada profundamente en sus ojos—. Solo te lo voy a preguntar una vez: ¿con cuántas personas te has acostado para entregar los secretos de mi empresa?

—Yo... no sé de qué estás hablando, jefecito, y...

—¡Ahórrame tu falsedad! —gruñe, acercándose aún más. Veo cómo ella empieza a temblar.

—No sé qué... está pasando, pero yo no he hecho nada, y...

Un ruido seco y metálico retumba sobre la mesa. Logan acaba de lanzar un sobre encima y, sin perder tiempo, saca lo que parecen ser unas fotografías. Se las muestra a Megan.

—La verdad es que hiciste muchas cosas —empieza Logan con una sonrisa en los labios—. Empezando por el día en que fotografiaste a Edward besando a Aurora en la universidad, lo que provocó su despido.

Me pongo pálida al instante y clavo los ojos en ella. Edward parece a punto de explotar; sus pupilas están completamente negras y no se apartan ni un milímetro de su rostro.

—Yo... yo...

—¿Yo qué, Megan? ¿Vas a negarme en la cara que tú no fuiste la responsable de esto? —brama Edward, señalando las fotografías que ahora Logan sostiene en la mano.

Solo pasan unos segundos antes de que ella empiece a llorar, pero ninguno de los dos hombres se inmuta. No hay compasión. Sus rostros permanecen imperturbables, como si todo esto fuera rutina para ellos.

—Mantén cerca a tus amigos... y más cerca aún a tus enemigos. ¿Has oído ese dicho, Megan? Porque precisamente por eso seguiste trabajando aquí tanto tiempo. Sé reconocer a un mentiroso desde lejos, me cruzo con ellos todos los días. Pero necesitaba pruebas. Y ahora las tengo. Avísale a Yan Muller de que se ha metido con el hombre equivocado. ¿Fui claro?

En cuestión de segundos, Megan sale corriendo del despacho, tapándose la boca con la mano, llorando desconsoladamente.

—Logan, creo que sabes lo que tienes que hacer. Sácale toda la verdad. No me importa el precio.

—Cuenta con ello. Esto será más fácil que robarle un caramelo a un niño. Hasta luego...

Logan se marcha, y yo me quedo ahí, de pie, observando a Edward sin saber muy bien qué decir. Todo pasó tan deprisa...

—Cierra la puerta, Aurora —ordena él. Obedezco en silencio y me acerco, respirando hondo.

—Edward, solo quiero decir que no fue mi culpa lo que pasó con Megan, yo...

Pero mis labios no son tan rápidos como los suyos. Siento sus manos firmes rodeando mi cuerpo y atrayéndome hacia él. Edward me necesita. Y yo, a él.

Durante unos segundos nos miramos en silencio. No hace falta decir nada. Sus ojos, por una vez, están completamente abiertos, sinceros.

—Edward... ¿por qué te gusta tanto besarme cuando menos lo espero?

—A veces hablas demasiado...

—Entonces... ¿no estás enfadado conmigo? —pregunto con cautela.

—¿Por qué lo estaría? Tú no hiciste nada malo. Uno de tus pocos defectos es que no sabes mentir, pero no me importa. Me gusta tu transparencia. Me atrae.

Siento que estoy viviendo en un cuento de hadas, y no quiero despertar. Nunca imaginé que Edward, mi antiguo profesor, pudiera besarme sin compasión ni lástima... pero está claro que me equivocaba. Sobre muchas cosas.

—Tengo... que trabajar —digo, aunque solo Dios sabe lo difícil que es separarme de sus brazos.

—¡Aurora! —me llama en voz alta justo cuando estoy a punto de cruzar la puerta, y me giro de inmediato—. A partir de hoy... ¡eres la directora del departamento creativo!

***

Vuelvo a mi sitio tras salir del despacho de mi jefe y me quedo mirando la pared blanca, todavía sin poder creer lo que acaba de pasar.

—Estás pálida, Aurora. —Empiezo a reír de repente al oír la voz de Sebastian, que me lanza una mueca. Luego, una lágrima resbala por mi mejilla, y él da un paso atrás, pero en ese instante estallo en carcajadas otra vez.

—Ahora sí que va en serio, chica. ¡Me estás asustando!

Tardo un poco en calmarme, tratando de asimilar que esto no es un sueño, porque en realidad... estoy cumpliendo uno de los más grandes.

«A partir de hoy... ¡eres la directora del departamento creativo!»

—No me digas que te han desp...

—¡Soy la nueva directora del departamento creativo! —grito, lanzándome sobre mi amigo, y casi nos caemos de espaldas por la emoción.

—¡Dios mío, Aurora! Por un segundo pensé que te habían despedido —dice, mirándome con ternura mientras me limpio la lágrima con una sonrisa boba.

—Entonces... ¿no es una locura que esto haya pasado así, de repente? —pregunto, completamente envuelta en una felicidad indescriptible.

—Sí, y más después de esa pelea. Pero venga, cuéntamelo ya. ¿Qué pasó en el despacho del jefe? Vi entrar a un tío bastante bueno...

—Se llama Logan, pero no tengo ni idea de qué hace exactamente.

—¿¡Ese era Logan!? —pregunta sorprendido, y su reacción me pone en alerta—. ¡Madre mía! Fantaseé tantas veces con ese hombre sin haberle visto nunca la cara.

—¿Cómo que fantaseaste?

—Es el abogado de confianza de Edward. Todo lo que hace pasa primero por Logan. Trabaja con gente muy peligrosa… y también con CEOs de peso por todo el mundo.

No esperaba esa respuesta. Por lo que veo, Logan es casi como un fantasma: todo el mundo habla de él, pero nadie lo ha visto realmente.

—Pero suéltalo ya, ¿qué pasó ahí dentro?

Paso un buen rato contándole todo a Sebastian, y él se queda tan impactado como yo cuando supe la verdad.

—¡Sabía que esa arpía de Megan tramaba algo! ¡Lo sabía! —dice, soltando un pequeño puñetazo al aire—. Nunca me convenció con ese tonito meloso que usaba con Edward.

Pienso un poco en la cara de Megan. Jamás habría imaginado que fuera capaz de hacer algo así. Aun así… siento pena por ella.

—¿Qué te pasa?

—Es que… no me gusta ver a la gente hundirse. Y la verdad es que me dio lástima, por mucho que hiciera todo eso.

Sebastian me toma una mano entre las suyas y me mira con ternura.

—Eres una buena persona, Aurora. Eso es muy valioso, y ojalá nunca lo pierdas. Pero también necesitas aprender a tener más malicia, aunque sea solo un poco. A veces no tienes ni idea de lo que la gente está dispuesta a hacer para mantenerse aquí. Pero hoy lo viste con tus propios ojos. No fue culpa tuya. Ella tomó sus decisiones, eligió mal… y ahora le toca asumir las consecuencias.

Me quedo reflexionando un rato sobre sus palabras, hasta que al final asiento, esbozando una sonrisa.

—Y bien... ¿quieres conocer tu nuevo puesto?

—Sí. Aunque, para ser sincera, no tengo ni idea de por dónde empezar...

—Otra cosa: tenemos que celebrarlo. —Me mira de una forma distinta, como si entendiera que, de alguna forma, ya no soy la misma chica de mi primer día aquí—. Pero ahora... a trabajar.

Capítulo 37

Edward Cooper

Antes de marcharme, aviso al departamento creativo de que Aurora es la nueva responsable del equipo. Se lo ha ganado con creces por todo lo que ha hecho.

Pocas personas aquí son realmente leales, pero ella forma parte de ese grupo selecto. Sus ojos no saben mentirme. Puede intentarlo, pero es demasiado transparente. Y aunque suelo ver eso como un defecto en la mayoría de las personas, en ella... encaja a la perfección. Es parte de su esencia, y eso —de alguna forma— me atrae.

—¿Te vas de viaje, papi? —pregunta Ángela, abrazada a mí.

Hoy, al salir de la empresa, decidí pasar más tiempo con mi hija. Tengo que resolver un asunto pendiente con cierta senadora en Arizona, y es urgente viajar cuanto antes. Además, está el riesgo de que mi divorcio salga a la luz, sobre todo ahora que Logan ya está gestionando todos los papeles.

Estoy cansado de esconderme en las sombras. Quiero que me vean como a cualquier otro. Ya no tengo tiempo para seguir jugando al «como si», ahora es momento de jugar con estrategia y con mis propias reglas. Hay momentos en los que uno debe dejar de lado cualquier máscara y encarar de frente los cambios que la vida exige.

—Sí, mi amor —le beso la frente y la miro a los ojos, tan tristes, mientras la abrazo con más fuerza—. Papá tiene que resolver algunos problemas.

—Mmm...

Su carita se entristece al oírme, y en ese instante le acaricio el pelo, acurrucándola aún más entre mis brazos.

Esta vez voy a hacer lo correcto. Necesito estar más presente en la vida de mi hija, y para eso, tengo que ir resolviendo mis asuntos... uno a uno. Melanie fue solo el primer paso, pero aún queda mucho por recorrer.

—El mes que viene vamos a pasar mucho tiempo juntos, los dos.

—¿Lo prometes, papi?

—Sí, Ángela. Te lo prometo.

Y esta vez... voy a cumplir cada una de mis promesas.

***

El viaje fue tranquilo.

Situaciones como la que estoy a punto de resolver se manejan con chantaje, pero con creatividad. Nadie es tan indefenso como para ceder al primer intento; en casos así, el enfoque lo es todo.

Ya en la ciudad de Phoenix, en Arizona, me dirijo al despacho de la senadora Olivia Gardner.

Al principio dijo que no tenía tiempo para tratar ningún asunto, pero bastó con decirle mi nombre para que ocurriera la magia. Aunque su agenda esté llena, pienso ser breve.

En cuanto cruzo la puerta, ni se levanta. Solo me observa de arriba abajo y suspira mi nombre:

—Edward...

—¿Te sorprende verme? —pregunto, sentándome ya en una de las sillas y echando un vistazo a las numerosas obras de arte que decoran su despacho.

—Verte nunca es una buena señal —responde con desdén mientras ordena una pila de papeles frente a ella.

—Temo decirte que tienes razón —la observo con calma—. Así que seré directo: abandona tu brillante idea de legalizar la marihuana.

—¿Y por qué haría eso?

—Siguiendo con la franqueza: porque te lo estoy pidiendo amablemente.

—Es un asunto que me importa mucho —dice, alzando la voz —. Además, la población está conmigo y...

—Ahórrate el discurso, senadora —la interrumpo—. No estamos en campaña y no me interesa tu propaganda. No he venido a pedirte que abandones el proyecto de ley. He venido a informarte de que lo harás.

—¿Y si no quiero? —me mira con furia, cruzando los brazos sobre la mesa.

No respondo. Me limito a admirar los cuadros que tiene detrás.

—¿Sabes? Me encantan Pollock, Miguel Ángel, Monet, Frida Kahlo...

—A mí también —responde, sin cambiar el gesto.

—Entonces sabrás que uno de esos cuadros cuesta una fortuna, y...

—Son réplicas —me corta—. Jamás podría pagar un original. Valen millones.

—¿En serio? —pregunto, fingiendo sorpresa.

—No entiendo a dónde quieres llegar, Edward.

—Agosto de 2020. París. Museo del Louvre. ¿Te suena de algo, senadora?

Se queda pensativa unos segundos, y luego asiente con la cabeza.

—Fui a una exposición. ¿Y qué tiene eso que ver con esta conversación?

—Dios mío... qué difícil es mi trabajo a veces —resoplo, poniéndome de pie y acercándome a su mesa—. Sé que tuviste ayuda para robar un cuadro original del museo. Llevaste una copia y la colocaste en su lugar. Y también sé quién te ayudó.

—No sé de qué me estás hablando...

—Logan. ¿Ese nombre te dice algo, senadora?

Apenas lo menciono, se queda pálida.

—Ahora voy a ser muy claro: voy a destruirte sin compasión, senadora. Y sería una verdadera pena, sabiendo que en seis meses podrías ser reelegida. Así que te sugiero que hagas lo que te estoy pidiendo y olvides esta ley que tanto te emociona y que podría ser aprobada en el Congreso.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Sé todo lo que necesito saber —respondo mientras me ajusto el traje y le doy la espalda—. Presumo que has entendido el mensaje. Y que harás lo que te pedí, ¿verdad? Sería una lástima que ese precioso cuadro volviera a su hogar original y tú acabaras en prisión —añado, mirando detenidamente la pintura de Paul Cézanne que tiene frente a mí: *La cesta de manzanas*, el cuadro que sustrajo.

—Haré lo que me pides. Hoy mismo.

—Excelente.

Sin añadir ni una palabra más, salgo del despacho y me dirijo al coche de alquiler. En cuanto me acomodo, marco un número. Me contestan enseguida.

—Logan, te debo una.

—Tú siempre me debes, Edward.

Sí, fue Logan quien ayudó a la senadora con el intercambio aquel año.

Por supuesto que no lo delataría. Fue un plan conjunto entre los dos para tener con qué chantajearla. Él tenía información valiosa que me ayudó con este pequeño «problema».

De hecho, fue él quien me contó todo sobre el robo cuando mencioné que necesitaba presionar a la senadora. Solo fue cuestión de unir lo útil a lo agradable.

—Algún día quiero saber cómo hiciste para sacar el cuadro del Louvre.

—Eso nunca te lo voy a contar. Que te vaya bien, Edward.

Cuelga. Y yo sonrío levemente, cerrando los ojos.

Dentro del coche, me limito a relajarme unos minutos. Necesito mantener la cabeza fría. No me gusta volver al trabajo después de un viaje largo, y todavía hay varios asuntos que reorganizar.

Capítulo 38

Aurora López

Probablemente nunca había trabajado tanto como esta semana.

Ser nombrada por Edward como directora del departamento creativo «por sorpresa» fue algo que no me esperaba, y he tenido que ponerme al día con todos los procesos del área, además de descubrir las cosas que Megan hacía mal a escondidas.

Hasta ahora, ella era la encargada de elaborar las campañas de marketing del primer trimestre de 2022 para el departamento… pero ni siquiera había empezado. Así que, indirectamente, ya llevo dos meses de retraso.

Fue más fácil enfrentar los errores que Megan cometió que intentar entender los manuales que dejó redactados. No conseguí encontrar todas las respuestas a las mil preguntas que brotaban en mi cabeza. Su equipo estaba tan acostumbrado a su dejadez que nadie sabía explicarme con claridad en qué estaba trabajando cada uno. Probablemente necesitaré tiempo para poner todo en orden.

Y para complicarlo aún más, a final de año se supone que debe lanzarse la campaña del mayor desfile de moda del año... y ni siquiera tenemos un portafolio decente para mostrar a los inversores. No hay ni una propuesta clara sobre cómo captar la atención del público con los productos de invierno de 2022.

Dios mío…

—Parece que alguien por fin está trabajando de verdad para arreglar el desastre de Megan —dice Sebastian, con su taza de café en la mano, mirándome divertido.

—¿Sabías que era tan irresponsable en el trabajo?

—No, pero me lo imaginaba. Sobornaba a mucha gente con sexo, eso no era precisamente un secreto entre nosotros.

—¿Sobornaba en qué sentido? —pregunto, pasmada.

—Follando —responde casi sin pestañear—. Si un patrocinador pedía una prórroga y ella no conseguía entregar a tiempo, se ofrecía «personalmente», y como por arte de magia le daban más días. Trabajaba cuando le daba la gana, Aurora. Pero ahora la empresa tiene una directora de verdad. Todos confiamos en ti. Especialmente Edward.

—Gracias.

Sebastian es mi único amigo de verdad en esta empresa, y me tranquiliza mucho saber que puedo contar con él pase lo que pase.

—Por cierto, venía a decirte que el jefe quiere hablar contigo, y parece estar de buen humor.

—¿Edward Cooper de buen humor? —pregunto, sonriendo con escepticismo. Sebastian me guiña un ojo.

—Claro que no. Nunca está de buen humor. Pero... me gustan los hombres malos. Sobre todo, jugar con ellos. ¿Y a ti, Aurora?

Me imagino su expresión y no puedo evitar sonreír, recordando lo que ocurre cuando nos quedamos a solas...

Creo que me ha empezado a gustar que me castigue últimamente, y el problema es que si esto sigue así… voy a meterme en líos. ¿Por qué me volví tan descarada, Santa Inés?

Por culpa de los libros eróticos del Kindle, hija.

Una vocecita me lo susurra y yo cierro los ojos, sonriendo.

—¿Qué te pasa?

—Nada —respondo mientras me levanto—. Voy a enfrentarme a la bestia. Tengo que hablar con él sobre el anuncio de Tesla… solo espero que no me mate por el plazo tan justo.

—Puede matarte... de otra manera.

—Sebastian...

—Ay, Aurora. Yo me entero de cosas, ¿sabes?

—¿Qué cosas? —me hago la despistada.

—Soy muy observador. ¿Crees que no noto tu pelo o tu ropa cuando vuelves de su despacho? No me extrañaría que incluso...

—Ya está, Sebastian. —Lo corto, sintiendo las mejillas arder de vergüenza.

—La próxima vez, arréglate un poco mejor antes de salir de allí. Sobre todo... el pelo.

—¡A trabajar, Sebastian! —respondo con voz grave, imitando al jefe. Nos reímos, y él se marcha a su pequeño despacho, encantado de haberse divertido.

Yo voy al baño y me miro con atención en el espejo. Hay algo distinto en mis ojos. Como si hubiera nacido una nueva mujer: más segura de sí misma, más decidida… y más guapa.

Creo que esto nunca me había pasado, pero estoy tan bien conmigo misma que me quedé durante varios minutos admirando mi cuerpo y mi rostro frente al espejo.

¿Será que todo esto ocurrió porque alguien o algo me influenció? La verdad... creo que no. Es un conjunto de cosas. Probablemente he encontrado esa libertad que llevaba tanto tiempo buscando.

Después de respirar hondo y salir del baño, camino hacia el despacho de Edward. No entiendo por qué estoy tan nerviosa por una simple visita al despacho de mi jefe. Al cruzar la puerta, lo observo en su mesa de siempre, revisando unos papeles y moviendo la cabeza como si algo no cuadrara.

—¿Quería hablar conmigo?

Levanta la cabeza, pero no responde de inmediato. Solo me mira. No, en realidad, me devora con los ojos. Siento cómo me arde la cara al instante.

—Cierra la puerta, Aurora —dice, y obedezco al momento—. Quiero saber cómo ha sido tu primera semana al frente de tu nuevo equipo.

—Intensa.

—¿Intensa? —pregunta, entrecerrando los ojos.

—Tuve que reiniciar varios procesos que estaban atrasados, y encontré algunos errores en el departamento.

Le explico durante algunos minutos lo que ocurrió, y lo que pienso hacer para solucionarlo. Al terminar, algo extraño sucede: Edward esboza una pequeña sonrisa y asiente con la cabeza.

Nunca hace eso. Normalmente tiene el rostro completamente cerrado, así que lo tomo como una buena señal.

—Siempre supe que serías una gran coordinadora, sin importar el departamento. Tenía planes para ti dentro de unos meses, pero me demostraste que estabas lista antes de tiempo.

Me siento un poco avergonzada por sus palabras, pero simplemente asiento.

—Necesito hablar contigo sobre el anuncio de Tesla.

—Adelante.

—Si estás de acuerdo, las fotos se tomarán el próximo sábado, y una semana después entregaré todo al departamento de producción.

Una vez que Edward haga las fotos, me espera mucho trabajo. La semana siguiente será el lanzamiento público del anuncio, y hay que revisar toda la parte legal: documentos, permisos, detalles que no se pueden pasar por alto.

—Perfecto —responde, volviendo la atención a su portátil. Me quedo ahí, de pie, mirándolo... sin saber muy bien por qué.

—¿Necesitas algo más, Aurora? —dice, desviando la mirada de la pantalla.

—No, señor.

—¿Estás segura?

—Sí, señor.

—Deja de llamarme «señor» —gruñe, levantándose y acercándose a mí de inmediato. Mi cuerpo se tensa. Su cercanía suele ser la antesala de algo más...

—¿Qué... prefiere que le diga?

—¿Decir? Nada. Pero ya que lo preguntas... me gusta escucharte gemir bien rico.

No era exactamente lo que esperaba oír... ¿o sí?

No lo sé. Me confunde. Tan cerca de mí, sabiendo perfectamente lo que provoca en mi cuerpo. Es inútil disimular.

—Creo que debería volver al trabajo.

—¿Crees, Aurora? —dice con tono irónico, acariciándome el mentón, mirándome como si quisiera devorarme. Literalmente—. Tu boquita hace que me vengan pensamientos a la cabeza... y no son apropiados cuando estoy así de duro, ¿sabes?

No digo nada.

Mi jefe consigue ponerme nerviosa incluso con una conversación tan simple.

—¿Sabes...? Me encanta observar tu carita cuando te digo guarradas, Aurora. Me pone a mil.

—Y a mí también me pone, Edward —me acerco a él, simulando que voy a rozar sus labios... pero me aparto justo a tiempo—. El problema es que tengo mucho trabajo, así que... volveré a mi despacho. Si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme.

Sin más, me doy la vuelta, recordando los consejos de Sebastian. Salgo contoneando las caderas de forma exagerada.

—Puedes estar segura de que voy a necesitar mucho de ti, Aurora... más de lo que imaginas.

***

Justo cuando estoy a punto de entrar en el edificio, veo a Manu doblando la esquina. Es como si hubiera leído mis pensamientos. Hoy, sí o sí, iba a hablar con ella. Como la loca torpe que soy, corro hasta alcanzarla.

—¿Ya te dije que amo nuestra amistad y que nunca he querido tanto a una amiga como a ti? —le digo mientras la abrazo con fuerza.

—¿«Amo» y «he querido» en la misma frase? ¿Qué demonios te pasa, Aurora? —pregunta con seriedad... pero enseguida nos echamos a reír.

—Hoy necesitaba respirar un poco después del trabajo, y tú me pareces la persona perfecta para llenar este vacío de risas y conversaciones absurdas —respondo sin parar de reír.

—¿Pero qué…? ¡Estás hasta filosofando, tía! ¿Qué te ha pasado? —me dice mientras me pellizca el brazo para llamar mi atención.

—Primero quiero dejar claro que no tiene nada que ver con el señor Edward... bueno, un poco sí, pero… —hago una pausa dramática, y ella casi se desespera—. ¡Me han ascendido a directora del departamento creativo!

—¡Dios mío, amiga! —grita dándome un abrazo larguísimo—. ¡Eso sí que es una pedazo de noticia! —¿Pero cómo ha pasado?

—¡Ven conmigo!

Subimos a mi apartamento, y durante un buen rato cotilleamos sin parar.

Manu se queda impactada con algunas cosas que han pasado en la empresa, y no la culpo... yo misma pensé que iban a despedirme.

—Trabajar allí te está sentando muy bien, amiga —dice sonriendo.

—¿En qué sentido?

—¡En todos los posibles! —remarca—. Tu ropa, tu forma de hablar, todo, Aurora. Te veo más segura, más alegre... más feliz. Estoy muy orgullosa de ti, amiga.

Algo que no ha cambiado en mí es lo tonta que me pongo con ciertos elogios... y dudo que alguna vez me acostumbre.

—Me cansé de sentirme una pobrecita, Manu. Toda mi vida me adapté a lo que los demás querían, nunca tenía opinión propia, nunca me mostraba como era de verdad, ¿sabes? Ahora siento que puedo ser yo misma, sin sentirme fuera de lugar —le explico, feliz con ese cambio—. No sé si es solo una cuestión de autoestima, pero me siento mucho más segura, y eso... me hace feliz.

—Ninguna mujer debería sentirse inadecuada. ¡Ninguna! —responde Manu con firmeza, y yo asiento.

—No quiero ser más esa persona que llora a escondidas, sino una mujer que lucha por lo que quiere —digo con una sonrisa, y ella me la devuelve, orgullosa de ver cómo he cambiado.

—¡Así se habla! Ya te lo dije: en cuanto dieras el primer paso, verías el mundo con otros ojos, amiga. ¡Liberaste la almejita y todo fluyó! —empiezo a reírme a carcajadas, aunque quizás tenga un poco de razón—. Y hablando de eso… ¿qué tal tu jefe? —añade con una carita muy traviesa, y enseguida sé por dónde va.

—Creo que ya lo sabes —respondo, suspirando. Ella lo nota enseguida.

—Te has enamorado. Y no sé hasta qué punto eso es bueno.

—No me he enamorado, Manu.

—Mira, guárdate las mentiras para quien no te conozca —replica, alzando el dedo como si fuera una madre a punto de echar la bronca.

—Es que... él fue el primero. Y el único. No tengo claro lo que estoy sintiendo.

—Somos amigas desde hace mucho, así que me siento con derecho a decirte esto: no dejes que te use como un objeto, Aurora. Si lo deseas, lucha por él; si no, aléjate. Por lo que me cuentas, Edward es un hombre muy intenso, pero tú necesitas saber lo que él siente por ti antes de tomar cualquier decisión. No quiero verte sufrir por culpa de un hombre. Ellos no merecen nuestras lágrimas.

—Estoy de acuerdo... pero este tema me confunde. Creo que quiero algo más, pero no sé cuánto más. ¿Me entiendes?

—Solo dale tiempo al tiempo. Y no olvides algo... —me toma las manos y me mira con ternura—. En cualquier proyecto que valga la pena tiene que haber amor, no importa cómo haya empezado. Es como construir algo paso a paso. No te saltes etapas. En el fondo... vas a hacerlo muy bien.

Capítulo 39

Aurora López

Me despierto más temprano de lo habitual.

Me quedo mirando el móvil durante al menos diez minutos, dudando si de verdad voy a hacer lo que tanto estuve pensando anoche.

Hace bastante tiempo que no hablo con la abuelita, y nuestro último encuentro me removió por dentro. Para mal. Aun así, ella es lo único que tengo como familia, y quiero saber qué está pasando.

Después de darle unas cuantas vueltas más, marco su número. Espero unos segundos a que conteste, pero no lo hace.

Lo intento una, dos, cinco veces… nada.

La abuelita siempre respondía, sin importar la hora en que la llamara.

¿Y si le ha pasado algo?

Intento espantar ese pensamiento. Volver a Arizona para una visita está completamente descartado, y si ella no quiere atenderme, no puedo hacer nada. Cada uno es dueño de su propio destino, y yo sé que el mío está aquí, en Nueva York, persiguiendo mis sueños. Tengo que seguir con mi vida.

Tardo un poco más de lo normal en arreglarme. Hoy me pongo una falda clara y una blusa azul, nada demasiado llamativo o sofisticado. Tengo una reunión programada a las 9:00 con Edward y otros gerentes de la empresa.

Llego puntual al trabajo y saludo a las personas que van cruzándose conmigo.

Ya lo hacía en semanas anteriores, pero la mayoría me ignoraba. Sin embargo, algo ha cambiado. Nadie me trata con indiferencia. De hecho, algunas personas incluso me sonríen con simpatía.

—¡Poderosa! Así me gusta. Solo te falta practicar un poco el «mirada de diva».

Me río con el comentario de Sebastian mientras me dirijo a la sala de reuniones.

—Hola, Sebastian —respondo. Él abre una de las puertas para mí, y me observa durante unos segundos.

—Qué falda más preciosa… Parece que la hubiese elegido yo mismo para ti, ¿sabes?

—Es que la elegiste tú —le guiño un ojo—. Hoy decidí ir con algo sencillo, sin llamar demasiado la atención.

—Y aun así llamas —dice con una sonrisa—. Sabía que había sido una gran idea apostar por ti.

Le devuelvo una sonrisa discreta y entramos en la sala, donde ya están reunidos algunos jefes de departamento, incluido Edward.

Sus ojos se cruzan con los míos en cuanto entramos. Es automático. La forma en que me mira me ruboriza, y me apresuro a disimularlo mientras tomo asiento.

A los pocos minutos, la reunión comienza. Tras la intervención de varios gerentes, le llega el turno a Edward.

—Aquí lo que falta es innovación. En todos los sentidos. El marketing no es una línea recta que se siga con piloto automático. Requiere pasión, motivación y creatividad. Internet está transformando la vida de las personas día tras día. Los consumidores están conectados, son más exigentes, más informados, y el conocimiento es la moneda más valiosa de este planeta. Lo que estoy viendo en estos informes me dan ganas de salir de esta sala y despedir a todos. No veo nada nuevo, solo copias de lo que ya

funcionó en el pasado. Lo que se creó ayer no es innovación, es un trabajo vago, hecho por comodidad. Voy a ser muy claro: ¡sed creativos!

Su tono, su presencia… Me recuerda al profesor que solía observar con admiración en la universidad. Y esa admiración no ha hecho más que crecer.

Por muy amenazantes que sean él y sus palabras, lo que dice es cierto. Acomodarse no es una opción, especialmente en una empresa tan grande como *Cooper Think Technology*.

Los minutos que siguieron fueron un desfile de intentos desesperados por justificar lo injustificable, pero mi jefe tiene muy claro lo que quiere, y cuándo lo quiere.

—¡La reunión ha terminado!

Uno a uno, todos empezaron a salir, y solo Sebastian y yo nos quedamos en la sala.

—¡Sebastian! —lo llama, y él acude de inmediato a su encuentro—. A partir de hoy quiero un informe detallado sobre la productividad de cada departamento de Cooper Potter. Infórmame de todo lo que consideres relevante. Sé que anotaste los puntos clave; al fin y al cabo, te entrené para detectar estas fallas y pensar en soluciones.

—Lo tengo, jefe.

—Perfecto.

Cuando Sebastian sale de la sala, reparo mejor en el rostro de Edward y noto que está visiblemente preocupado.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me ofrezco.

—Tú siempre puedes ayudarme, Aurora. En todos los sentidos.

Nuestras miradas se encuentran, y al principio no comprendo del todo a qué se refiere, hasta que lo veo acercarse.

—No solo me ayudas en la empresa, o con Ángela, sino en todos los aspectos —añade, levantando una mano y rozando mi rostro—. Y otra cosa: hoy estás más guapa de lo normal —dice, deslizando suavemente el pulgar por mi barbilla.

—Gracias.

—No quiero que me des las gracias. Solo quiero que estés a mi lado y que nunca me traiciones —declara con firmeza, haciéndome temblar.

—Jamás te traicionaría, pero... esas cosas que me dices me dejan sin palabras.

—¿Así que te gusta cuando lo hago?

Esta vez, mi jefe me sujeta con firmeza por el cuello, acercando mi boca a la suya, mordiendo mis labios, saboreándolos como si fuera la última vez que pudiera hacerlo. No pude evitar gemir, ni tampoco abrazarlo. Por unos segundos, me olvido del mundo y de lo que puedan pensar.

—Sí. Me gusta —susurro, perdida en su beso, en su tacto.

—Me alegra saberlo… porque me encanta hacerlo —sisea, mordisqueando mi lóbulo, y me estremezco, los pensamientos hechos un caos.

Esto está mal…

—¿Qué sientes por mí, Edward? —pregunto, abriendo los ojos. Su rostro muestra confusión.

—¿Y eso qué importa, Aurora?

—Hablo en serio. Para mí sí importa. No quiero que me trates como si fuera un objeto.

—Tú no eres un objeto, en absoluto —gruñe, algo molesto, mirándome a los ojos.

—A veces me siento como uno en tus manos. Siempre que me deseas, me tienes... y yo soy más que eso. Tengo sentimientos,

y no quiero seguir sintiéndome culpable por algo que me da tanto placer.

Cuando termino de hablar, él se aparta, dándome la espalda, pasándose una mano por el cabello, visiblemente inquieto.

—Aurora… tú me escuchas, me conoces, confío en ti, y espero que me entiendas. Nunca mezclo sentimientos en nada relacionado con el trabajo. Mi carrera depende de eso. Soy un hombre complicado, pero con las ideas muy claras.

—Por desgracia, yo sí mezclo sentimientos en todo —replico —. Y me gusta vivir así. Me gustan las emociones intensas.

Edward se gira para mirarme, pero esta vez es diferente. Esta vez, yo no estoy jugando. Me gusta cuando me toca, cuando me da placer… pero quiero más.

Necesito más.

—No sé si puedo darte lo que estás buscando, Aurora.

Es inevitable que una tristeza honda me inunde el pecho. Pero estoy aquí para trabajar, no para implicarme emocionalmente con mi jefe. Lo cual se vuelve más difícil con cada día que pasa.

—Está bien. Yo... voy a volver a mi puesto —digo, esbozando una sonrisa forzada. En el fondo, ya me lo esperaba. Me doy la vuelta enseguida. No quiero parecer una blandengue, aunque, por desgracia, mi rostro ya está cubierto de lágrimas.

Salgo por la puerta y me dirijo directamente a mi departamento…

Capítulo 40

Edward Cooper

«No quiero sentirme tan mal por hacer algo que me da tanto placer.»

La frase que Aurora dijo hace unos minutos no sale de mi cabeza. He tenido muchas empleadas, pero nunca una que me removiera tanto por dentro.

No… ella es distinta, es mucho más que una simple mujer que trabaja en mi empresa. Se ha convertido en alguien mucho más importante que un simple polvo. De algún modo, está logrando que vea la vida con otros ojos. Con más luz.

La Aurora que yo conozco es una mujer atenta, que ama lo que hace. Es sencilla, y le da a mi mundo una belleza que yo ya no creía posible.

Joder. Estoy tan jodido que ni siquiera sé qué hacer ahora.

—No hace falta llorar, acabo de llegar, dulzura —comenta Logan mientras entra, con esa sonrisa burlona de siempre que a veces me saca de quicio.

—¿Te cuesta tanto llamar a la puerta antes de entrar?

—No necesito esas formalidades —responde, dejándose caer en una silla—. Pareces más estresadito de lo habitual. ¿Te bajó la regla?

—Reuniones, plazos incumplidos, empleados sin creatividad y demasiado cómodos, y una lista infinita de cosas que no vienen al caso —respondo, pasándome una mano por el pelo, sin dejar de mirar por la ventana, perdido en mis próximos pasos.

—¡Perfecto! Entonces he llegado justo a tiempo. Vengo a traerte más problemas.

Por supuesto. ¿Cuándo no trae problemas, mi abogado?

—Pero ahora me has dejado con la intriga. ¿Qué estupidez has hecho esta vez?

—No he hecho ninguna estupidez y…

—¡Espera, deja que adivine! —Levanta el dedo índice y me analiza antes de girar la cabeza hacia la ventana, fingiendo sorpresa —. ¡Has atropellado a una abuelita de camino al trabajo!

—Logan…

—No, no, espera… esta vez sí que doy en el clavo —dice entrecerrando los ojos, estudiándome como si fuera un caso médico —. Le has negado un aumento a una empleada y ahora amenaza con denunciarte... o castrarte.

—Casi —respondo con sorna, cruzándome de brazos.

—¡Mierda! —exclama, dando un puñetazo al aire, como si estuviera realmente frustrado—. Último intento… —Respira hondo, y esta vez su expresión se ensombrece ligeramente—. Estás jodido porque te has enamorado de una mujer. Y no de cualquier mujer. Es distinta. Se preocupa por la vida, por las personas, y eso te desconcierta, porque en nuestro mundo vivimos de apariencias. Nunca sabemos qué es real y qué es puro teatro. El hecho de no poder meterte en su cabeza ni saber lo que desea en el fondo te enfurece, porque necesitas tener el control de todo, y ahora mismo lo único que deseas es conocerla de verdad —concluye, esbozando una sonrisa triunfal—. ¿Qué tal lo hice?

—Fallaste. Por tercera vez —digo con frialdad, aunque maldita sea, ha dado en el clavo, y eso me inquieta. A veces me da miedo lo preciso que puede llegar a ser.

—Sé mucho más de ti de lo que imaginas, querido jefe. Si quieres, te doy el nombre. Podemos jugar a «el ahorcado».

—Ya basta, Logan —le corto, pero él se echa a reír, pensativo.

—Hoy me siento inspirado, Edward. Te voy a dar una clase magistral sobre… nosotros.

—¿Nosotros?

—Exacto. Nosotros, los hombres. Y lo primero que debes saber es que estamos programados para hacer estupideces a todas horas, incluso mientras dormimos. Y cuando metemos a una mujer en la ecuación… todo empeora.

—Eso no justifica cometer errores, Logan.

—No, claro que no. Pero es la pura verdad. El tema es que somos idiotas, arrogantes, pensamos en sexo las veinticuatro horas del día, ignoramos temas importantes, tratamos a las personas como objetos y… eso. Siempre se lo digo a mis clientes: nací para decepcionar a los que me rodean. No quiero que nadie espere apoyo emocional de mí, ni sentimientos, ni nada por el estilo. Lo único que quiero que esperen es el trabajo por el que me han pagado. Si no me pagases, Edward, ni siquiera estaríamos hablando. No tengo amigos, nunca los he tenido, y para ser sincero, tampoco los quiero. Prefiero ser un hombre solo, haciendo su propio camino. Así no decepciono a nadie. Solo a mí mismo.

—Un lobo solitario.

—Exacto. Hoy en día, la gente tiene una necesidad absurda de ser deseada, pero no es mi caso.

—¿Por qué, Logan? —pregunto, intrigado. Él casi nunca se abre para hablar de esas cosas, y lo cierto es que me estoy divirtiendo.

—Muy sencillo: no me interesa algo llamado reciprocidad. Si el mundo se acabara mañana, yo estaría feliz mandando a mucha gente a la mierda —la mayoría de mis clientes— y tomando un buen vino mientras miraba el reloj, contando los segundos hasta que todo se viniera abajo. Y sí, me estaría riendo, porque muchas personas horribles como tú y como yo simplemente se convertirían en polvo. Por eso prefiero a los perros.

—¿Yo sería uno de esos clientes a los que mandarías a la mierda?

—Con total certeza, querido. Eres un auténtico dolor de huevos.

—Sonrío levemente, y Logan abre su pequeño maletín.

—Pero mientras el mundo no se acabe, hay que currar. Ya he perdido casi cinco minutos contigo, y tengo más clientes.

—¿Y cuál es el problema que me traes esta vez?

—Este.

—Coloca unas fotografías delante de mí y cierro los ojos al instante, sabiendo perfectamente de qué se trata.

—¿Te resulta familiar?

Las fotos esparcidas por mi mesa son del evento con el gobernador. En ellas aparezco besando a Aurora, y al fondo… Melanie acercándose a nosotros, con cara de pocos amigos, como si estuviera desfilando hacia la guerra.

—¿Cómo conseguiste esto?

—Tu ex empleada. Mi versión femenina. Es una desgraciada, igual que yo.

—¿Te estabas acostando con la mujer que saboteó mi empresa? —pregunto, sin pizca de sorpresa.

—Puede ser. Pero estaba en busca de información, y fuiste tú quien lo pidió.

—Justo.

—Bueno, vamos al grano…

—Dice, entrelazando las manos con una expresión más seria.

—Mañana saldrá a la luz todo el tema de tu divorcio, y la causa principal será Aurora, esa chica de la que estás perdidamente enamorado…

—Logan, esto es…

—¡Espera!

—Me interrumpe.

—Déjame terminar que todo va a encajar. La cuestión es la siguiente: a nadie le importa si estás enamorado o no. Mañana todos los periódicos van a publicar esto.

—Señala las fotos.

—¡Y joder, Edward! Besaste a tu empleada en la misma fiesta en la que estaba tu esposa. Si eso no es actuar como un tío desesperadamente enamorado, entonces no sé qué lo es. Pero, lo bueno es que puedes usarlo a tu favor. Claro… si quieres.

—¿Cómo?

—Diciéndole a la prensa lo que quiere oír: que te enamoraste de Aurora hasta el punto de que nada más te importa. Solo ella. Tu verdadero amor.

—Logan suspira, casi como si se hubiera enamorado de su propia historia.

—¿No es acaso un romance digno de película? De esos que hacen que la gente se emocione hasta las lágrimas.

—Creo que ya lo sabes, pero por si acaso lo repito: si realmente existen el cielo y el infierno, tú no eres digno ni de conocer al diablo. Eres la peor persona que he conocido, Logan. Las cosas que has hecho y que haces son…

—Profesionales —completa, sin inmutarse—. No tener corazón me ayuda. Lo reconozco.

—Nada de esto tiene sentido. Ella lleva poco tiempo trabajando aquí, y Edward Cooper jamás se enamoraría así, tan de repente, en cuestión de semanas.

—¿Sabes qué? A veces subestimas mi talento, y eso me decepciona.

—En fin…

—Se levanta y camina hacia la ventana, observando la multitud bajo nuestros pies.

—Sé que fuiste su profesor, y también conozco los motivos por los que dejaste la universidad. Eso puede jugar a tu favor.

—No me gusta la idea de utilizar a Aurora.

—Ahí está la clave.

—Se gira hacia mí con una sonrisa torcida.

—¿Realmente la estarías usando? ¿O es que de verdad estás enamorado de tu empleada?

Touché.

—Antes de que digas algo… no me importa la respuesta. De verdad.

—Lo que más me preocupa ahora es Ángela, y todo lo que Melanie pueda hacer para hacerle daño.

—Edward, hablemos en serio: Melanie odia a su propia hija, y se nota claramente que tú amas a Ángela. Mantenerla alejada de una madre así sería un favor. He visto en más de una ocasión cómo la trata, y eso es… inhumano.

Observo el rostro de Logan, sorprendido por el tono con que dijo esa última frase, y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Y pensar que hace unos minutos dijiste que no tenías corazón.

—¡No lo tengo! —responde enseguida—. Pero me gustan los niños. En fin… desde mi punto de vista, Melanie no va a hacerle daño a su hija. Lo intentará contigo. La custodia legal ni se le pasa por la cabeza, sobre todo porque sabe que yo soy tu abogado… y no pierdo un caso desde…

—Cuenta con los dedos como si hiciera cálculos.

—¡Desde que nací! Así que si ese es el miedo, puedes relajarte.

—¿Algo más? —pregunto, cruzándome de brazos.

—Solo una última cosita, pero no creo que te afecte en absoluto. Melanie podría ir a por la persona que realmente te importa, y ahí está lo divertido, querido amigo, porque tú no te preocupas por nadie más que por ti mismo. Eres el centro del planeta Tierra. Así que solo tendrías que protegerte a ti, ¿verdad? ¿O no...? —dice, con una sonrisa burlona.

Durante unos segundos no respondo. Pero la imagen de Aurora invade mi mente con fuerza. Me importa. Mucho más de lo que ella imagina.

—Si teóricamente estoy enamorado de Aurora, ella también necesitaría protección.

—¿Teóricamente? Venga ya, deja los rodeos. No es ninguna vergüenza decirle a tu abogado que estás enamorado. No te voy a juzgar, tío —afirma, serio, pero tras unos segundos estalla en carcajadas—. ¡Mentira! Claro que te voy a juzgar, de hecho, ya lo estoy haciendo.

—En fin… si te sirve de consuelo, o como consejo para futuras aventuras amorosas, intenta disimular un poco la mirada. La forma en que miras a Aurora no deja lugar a dudas. Solo tienes ojos para esa mujer. Ella, de alguna forma, parece ser suficiente para ti.

—No me engañes. O mejor dicho, no intentes engañarte a ti mismo. Vive tu vida intensamente y toma las mejores decisiones. Tienes opciones de sobra.

—Lo pensaré. Te llamo luego.

—¡Perfecto! —dice, dirigiéndose a la puerta—. Ahora tengo otros asuntos que resolver. A diferencia de «cierto alguien», tú ni de lejos eres el centro de mi mundo.

Capítulo 41

Aurora López

Me siento radiante al salir de casa por la mañana.

Hoy decidí soltarme el pelo, ponerme una blusa blanca y unos vaqueros ajustados. Además, me pinté los labios de rojo para darle un poco más de protagonismo a mi boca.

Ya estoy a medio camino de la Quinta Avenida, cuando, de reojo, noto que un hombre me está mirando. Apresuro el paso, y al girar hacia el otro lado, otra figura masculina hace exactamente lo mismo.

Mis manos comienzan a sudar, y acelero aún más. Las miradas de algunas personas me siguen, y puedo oír el eco de mis propios pasos con claridad, como si el miedo apretara mi pecho desde dentro.

Siento alivio al llegar a la Cooper Potter, pero algo muy grave parece haber ocurrido. La cantidad de periodistas apostados frente al edificio me lo confirma. Aun así, pienso que puede ser algo habitual. En ocasiones, los reporteros insisten mucho para conseguir declaraciones de Edward Cooper.

El problema empieza cuando me ven.

Prácticamente todos vienen hacia mí, rodeándome al instante.

«¿Es usted la amante del señor Cooper?»
«¿Desde cuándo mantienen una relación?»
«¿Sabía que está en proceso de divorcio con Melanie Smith?»

Me bombardean con preguntas, pero no soy capaz de responder a ninguna. De alguna forma, todo empieza a encajar. Cuando intento decir algo, alguien me toma del brazo y me arrastra con rapidez. Es Sebastian.

—Entra, ¡rápido! —me dice sin perder el paso.

Sigo confundida, pero me siento aliviada al cruzar la puerta del edificio.

Ya en el ascensor, veo el rostro de Sebastian más serio de lo habitual.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente.

—Sí —responde—. Pero tenemos un problemón. Estás en los periódicos —añade, visiblemente preocupado.

—¿Y qué dicen? —pregunto, con un nudo en el estómago.

—Nada bueno. Fotografiaron al jefe y a ti besándoos en la fiesta del gobernador. Y todo eso ha salido esta mañana en los principales diarios de la ciudad.

—¿Y él está bien? —pregunto enseguida.

Aunque yo pueda estar metida en un lío, mi preocupación es Edward.

No voy a fingir inocencia. Aunque no entienda del todo la relación entre ellos —si es que a eso se le puede llamar relación—, tengo parte de culpa por corresponder a su beso. No voy a hacerme la víctima.

—No sé responderte con certeza, Aurora. Pero lo que sí sé es que quiere verte en su despacho. Ya.

Los minutos que preceden a ese encuentro pasan como un borrón.

Evito pensar en las posibles consecuencias, y ni siquiera estoy prestando atención a lo que Sebastian me dice. Me pongo en modo automático hasta llegar a la oficina de Edward y cerrar la puerta.

—Buenos días —digo simplemente, intentando captar algún gesto en su rostro, pero no consigo descifrar nada.

—Siéntate, Aurora —dice con voz ronca.

Observo a mi jefe con más atención. Está sentado al borde de su mesa, con la mandíbula apretada. Sus manos se mueven por la superficie como buscando algo, y me observa sin apartar la mirada, como ya me tiene acostumbrada.

—¿Qué ha pasado, señor Cooper? —pregunto con cautela, temiendo lo peor.

—Estás…

—¡Por favor, no me despida! —me adelanto, levantándome. El tono de mi voz deja claro el pánico que me invade—. He luchado mucho para conseguir este trabajo. Si quiere, puedo… ignorarle, hacer todo lo posible por evitar cualquier contacto, pero por favor, no me despida. Estar aquí siempre ha sido mi sueño.

Edward me observa durante unos segundos que se hacen eternos. Parece sorprendido por mis palabras.

Luego, esboza una pequeña sonrisa y respira hondo.

—Lo que iba a decir es: estás preciosa, Aurora —confiesa, con los ojos fijos en los míos, aunque esta vez hay algo distinto en su rostro, una preocupación silenciosa—. Un cambio de ropa y de actitud puede hacer que algunas personas se sientan bien de forma instantánea, pero en tu caso… veo que esto ha tenido un efecto real en tu autoestima. Te estás valorando más, y me hace muy feliz ver que te estás enamorando de ti misma. Entraste en la Cooper Potter con miedo, pero ahora veo en tus ojos una seguridad que antes no tenías, y sé que eso te ayudará en este entorno empresarial, que está lleno de gente dispuesta a hacer lo que sea por ascender.

—Gracias —respondo, algo avergonzada por mi pequeño drama—. Estaba preocupada porque... bueno, creo que lo ha entendido. Pensé que perdería mi empleo.

—Sí, pero lo que dije es necesario. Nuestras aproximaciones tienen que terminar.

—¿Fui yo la culpable?

—En absoluto. El que está mal en esta historia soy yo. Y no soy capaz de usarte en beneficio propio.

—Pero... ¿por qué me usarías?

Edward no responde. Se limita a mirar por la ventana, pensativo.

—Has ayudado mucho a esta empresa. Tienes una inteligencia fuera de lo común. Y lo supe en el momento en que puse los ojos en ti: realmente querías el puesto, aunque fuera el más bajo.

—Es que yo te admiraba desde la universidad.

—Lo sé —dice, poniéndose de pie y acercándose a mí, tocando mi rostro con suavidad, aunque con el ceño serio—. Creí que todo esto se debía al beso en la biblioteca. Pero con el tiempo comprendí que estaba equivocado. Me admirabas desde mucho antes, cuando aún no había pasado nada.

—Sí —murmuro, bajando la mirada, avergonzada.

—En el mundo en el que me muevo no confiamos en nadie. Vemos a todos como mentirosos. Pero, de alguna forma, conocerte cambió algo en mí. Solo que hay un problema muy grande en todo esto, Aurora: no puedo deshacer los errores de mi pasado, ni borrar las consecuencias de ciertas decisiones que tomé para llegar hasta aquí. Lo que intento decir es que no soy un hombre bueno, Aurora.

—Sí lo eres, Edward. Yo veo lo que haces por Ángela, y...

—Mataría por mi hija —me interrumpe—. Y eso no me convierte en bueno. Siempre he medido mis pasos, analizado las consecuencias, pero tú ves en mí un lado bueno que no sé si sigue existiendo. Y ahora… tengo que tomar una gran decisión.

La tensión lo envuelve todo. Lo miro, suplicando una respuesta. Su mano acaricia mi rostro, y siento cómo su calor me recorre por completo, especialmente al respirar su perfume, que me envuelve por completo.

Puede parecer exagerado, pero este hombre es el más guapo que he conocido. Y odio sentirme tan vulnerable frente a él.

—Dímelo.

—Me arrepiento de haberte buscado aquella vez en la biblioteca. Sabía que no debía hacerlo, pero no pude evitarlo. Me dolió mucho lo que me dijiste años atrás… pero aquel hombre ya no existe... —revela, soltando mi rostro, dándome la espalda y metiendo las manos en los bolsillos, con la cabeza levemente inclinada hacia abajo—. No soy capaz de amar a nadie que no sea mi hija. Y si sigues cerca de mí, acabaré usándote… como hago con todo el mundo. Así que, a partir de hoy, mi orden es que te mantengas alejada de mí.

Aurora López

—¿Qué ha pasado, Aurora? Te he estado buscando toda la mañana y… tu cara está distinta…

He intentado evitar hablar con la gente hoy, pero por desgracia no sé disimular cuando algo me afecta. Y Sebastian sabe leerme demasiado bien.

—Nada que no pueda resolver con el tiempo. —Miro mi reloj y cojo el bolso, ya que ha empezado mi hora de almuerzo.

—Si necesitas hablar, estaré aquí, ¿vale?

Le dedico una última mirada, asintiendo, y salgo de mi despacho, y luego del edificio de Cooper Potter.

El gran problema es que, al salir, veo a Edward entrando. Y no hay forma de ignorar su presencia, sobre todo cuando Ángela corre hacia mí y prácticamente salta a mis brazos.

—¡Aurora! ¡Aurora! Te he echado de menos.

Creo que es la primera vez que sonrío hoy. No, no lo creo. Lo sé con certeza.

Me agacho para ponerme a su altura.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—También estoy bien —respondo, aunque por dentro sé que eso está muy lejos de ser verdad.

—¡Aurora! —Oigo la voz de mi jefe como un trueno, y me preparo para lo peor—. Os dejaré solas unos minutos. Si quieres, claro.

—Iba a almorzar. ¿Puedo llevarla conmigo? Es aquí al lado.

—Déjame ir con Aurora, papi, ¡por fa!

No pensé que Edward fuese a aceptar, pero asiente rápidamente y dice:

—Sí. Confío en ti.

Edward besa a su hija en la frente y luego se dirige al ascensor.

—¿Tienes hambre? —pregunto, sonriendo.

—No. Pero vamos a estar juntas, ¿no?

Es increíble cómo un niño puede cambiarte el día por completo.

—Claro que sí.

Le cojo la mano y caminamos hasta el restaurante.

Ángela me va contando cosas todo el camino. De todo un poco.

Me divierte cuando «chiva» cosas de su padre, revelando pequeñas anécdotas, pero lo que más me alegra es que dice que Edward pasa más tiempo con ella, que le prometió eso… y lo está cumpliendo.

Por desgracia, Ángela no tiene una madre presente. Y cuando están juntas, ni siquiera parecen madre e hija. La forma en que Melanie la trata está muy lejos de lo que debería ser el amor maternal, y eso me indigna.

Ángela es una niña que necesita cariño. Y me gusta especialmente. Ángela no me juzga, a diferencia de muchas otras personas.

—Mi mamá dice que estoy gorda. ¿Estoy gorda, Aurora?

—No, Ángela. Eres preciosa. No sé de dónde ha sacado tu madre esa idea, no sabe lo que dice.

—Siempre dice que estoy gorda, y que no soy bonita. Siempre lloro. Ella no me quiere.

—Ángela… —le tomé ambas manos, observando su carita triste—. Puede que ella no te quiera, pero tu padre sí te quiere. Y… yo también.

Noto cómo sus ojos se iluminan con mis últimas palabras. Me abraza tan fuerte que nadie en el mundo podría hacer que me apartara de ella ahora mismo.

—Yo también te quiero, Aurora. Y...

Ángela deja de hablar, pero enseguida su expresión se vuelve triste.

—¿Qué ha pasado?

—Quería que tú fueras mi mamá, pero mi papá tiene miedo de buscarme una.

No es lo que esperaba oír. Ella siempre dice lo que piensa, sin filtro, pero nunca antes la había visto tan triste.

—Ángela, algún día tendrás una mamá maravillosa a tu lado.

—Pero yo quería que fueras tú, Aurora. ¿No te gusta mi papi? ¿Por qué no son novios?

Sus preguntas me toman totalmente por sorpresa.

¿Cómo explicarle que me he enamorado de su padre, que desde la universidad él siempre me llamó la atención? Es demasiado complicado intentar poner todo isso em palavras...

—Me gusta tu papá, sí. Pero... soy su empleada, y me gusta mucho trabajar aquí. Creo que no es bueno mezclar las cosas, ¿sabes?

Está claro que no lo entiende. Intento justificar lo injustificable. Explicarle a una niña que solo somos jefe y empleada es inútil, pero… ¿es eso realmente lo que quiero?

—Mmm. Está bien.

Confieso que paso todo el almuerzo en piloto automático.

Ángela no deja de hablar ni un segundo, pero en mi cabeza sus palabras siguen resonando con fuerza.

¿Por qué no son novios?

Al cabo de unos minutos volvemos a la Cooper Potter. Pasamos casi una hora juntas, y el tiempo se me va volando.

—¿Podemos almorzar otro día juntas, verdad, Aurora? La próxima vez sí voy a comer contigo, ¿vale?

Sonrío, encantada con su preocupación.

—Trato hecho.

La acompaño hasta el despacho de mi jefe y, en cuanto entramos, él se acerca, se agacha y observa a su hija con una ternura que me derrite.

Adoro la forma en que la mira. Así es como todos los padres deberían tratar a sus hijos: con amor, atención y orgullo.

Ángela es solo una niña, pero ya tiene una personalidad maravillosa: es valiente, sabe lo que quiere, no es arrogante y solo ve lo mejor en las personas.

—¿Qué tal el almuerzo? —le pregunta.

—¡Muy bien! Hablamos muuuuucho la Aurora y yo. Y quiero volver a comer con ella otro día, papi.

—Está bien.

Me sorprende lo rápido que responde, tan seguro, pero no digo nada.

—Tú también podías venir, ¿no, papi?

Es entonces cuando noto un leve cambio en su expresión. Se pone de pie y evita mirarme.

—Quizás algún día, hija. Papi tiene mucho trabajo. —Después de eso, sus ojos se encuentran con los míos, y los sostengo un instante. Cuando se aleja, vuelvo a mirar a Ángela—. Gracias por quedarte con ella, Aurora.

—No hace falta que me lo agradezcas. Me gusta hablar con Ángela —respondo, guiñándole un ojo mientras la veo sonreír.

—Es verdad, papi. Y Aurora dijo que me quiere, ¡y yo también la quiero!

Oír eso de su boquita me deja ligeramente desconcertada y emocionada, pero al parecer afecta aún más a Edward, porque es una de las pocas veces en que lo veo realmente sorprendido por algo.

—Bueno, me voy. —Tras un suspiro, me doy la vuelta y empiezo a mirar hacia la puerta, pero antes me agacho y le doy un fuerte abrazo a Ángela—. Nos veremos pronto.

—¿Lo prometes, Aurora?

—Lo prometo.

Capítulo 42

Edward Cooper

Nunca imaginé que hablar con Aurora sería tan difícil.

Me provoca una sensación parecida al miedo, y eso es nuevo para mí. Me da miedo hacerle daño con mis actos.

Aurora es tímida y sensible. Tiene esa mirada constante de quien ha sufrido demasiado en la vida.

Como yo, en otro tiempo.

Creo que hay algo entre nosotros. Una conexión, tal vez. Y desde luego no se parece en nada a las mujeres que he conocido.

—¿Puedo quedarme con Aurora, papi?

Hoy decidí traer a mi hija al trabajo, para enseñarle un poco de lo que hago. Pensé que me acribillaría a preguntas, que querría saber cada detalle... pero no. Durante quince minutos se muestra fascinada, luego su boca solo repite un nombre: Aurora.

—No, Ángela. Ella está trabajando.

—Mmm...

—Has pasado toda la hora de la comida con ella, señorita. Seguro que ya habéis hablado de todo.

—Le dije a Aurora que quería ser su hija.

Una vez más, mi propia hija me deja sin palabras. Ya es algo habitual. Y no sé cómo reaccionar. Literalmente, no sé qué decirle.

—Papi, ¿puedo contarte un secreto?

—Claro que sí, mi amor.

Ángela parpadea muy rápido, y luego aparta la mirada, aún dudando.

—¿No me vas a castigar?

Otra pregunta más, y empiezo a preocuparme por lo que pasa por esa cabecita.

—Te lo prometo, no.

—Es que... no me gusta mamá.

Ni a mí, hija...

Aunque ya me lo imaginaba, no pensé que Ángela lo diría en voz alta. Melanie la trata mal. Y, aunque he intentado proteger a mi hija de todas las formas posibles, no he encontrado aún una manera de asegurarme de que reciba el amor que merece. En realidad, la separación es una forma de protegerla, pero no deja de parecerme cruel impedir que una madre vea a su hija. Aunque, en este caso, sé que a Melanie no le importaría. Para ella, Ángela no es más que un trámite...

Cierro los ojos y me paso la mano por el pelo, dándole vueltas a lo que acaba de decir.

—Papi, si no quiero a mamá, ¿no voy a ir al cielo?

—Claro que sí vas a ir, cariño. Hay personas que no se quieren, sobre todo cuando una de ellas nos hiere... —Le pongo la mano sobre el corazón—. Tú mereces estar cerca de quien te quiere de verdad.

—Yo te quiero mucho, papi. Y también quiero a Aurora. ¿Por qué no vivimos los tres juntos? —pregunta, entusiasmada.

Supongo que mi hija aún no sabe el tipo de monstruo en el que me convertí. Todo lo que hice para llegar a la cima en Nueva York. Espero que algún día pueda entenderlo... y que me perdone.

—No puedo hacer eso, hija. No es tan sencillo.

—¡Pero yo quiero otra mamá!

Cada vez que dice la palabra «mamá», se me hace más difícil seguir la conversación. Necesito cambiar de tema ya...

—¿Quieres saber cómo construyó papá esta empresa, mi amor? —pregunto, intentando sonar animado, sabiendo que eso la distraerá.

—No.

Sí. Así de claro.

Un «no» seco, de los que no admiten réplica. Y aun así, estoy seguro de que ha heredado lo mejor de mí. Podría ser una CEO brillante en el futuro. Mucho mejor que yo...

Nunca pensé que diría esto, pero me siento aliviado cuando Logan entra en mi despacho. Por fin tengo una excusa para cambiar de tema.

—¿Y tú quién eres? —pregunta mi hija.

—Soy el abogado de tu padre —responde él con una sonrisa radiante.

—¿Ah, sí? —Mi hija me lanza una mirada sospechosa y Logan se agacha un poco.

—Sí, y te voy a contar un secretito... —se acerca más—. Me da muchísimo trabajo, ¿sabes?

Ángela empieza a reír, y por fin deja escapar una pequeña sonrisa. Lo que ha dicho Logan no deja de ser verdad.

—¿Puedo pedirte un favor, Ángela?

—Ajá.

—Cuida de tu papá. Te quiere muchísimo y solo quiere lo mejor para ti, aunque a veces tenga esa cara de ogro.

Los dos vuelven a reír, y aprovecho para ligar a Sebastian.

Minutos después, él aparece en la puerta de mi despacho.

—Quédate un rato con Ángela. Necesito hablar con Logan.

—De acuerdo.

Cuando salen, Logan se sienta y afloja la corbata.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi abogado sin corazón?

—Ya te lo dije una vez: me gustan los niños. A esta edad aún no están podridos por la mierda de mundo en la que vivimos.

—Tengo que darte la razón.

—Por lo que vi, estabais teniendo una especie de charla sentimental. Tenías cara de estar removido cuando llegué.

—Me dijo que no le gusta Melanie.

—¿Y qué niño querría tener a esa mujer como madre, dime tú? —pregunta, serio.

—Aurora y ella almorzaron juntas hoy, y Ángela me dijo que Aurora le dijo que la quería. Justo antes de que llegaras, mi hija me dijo lo mismo. Que la quiere como madre.

—Eso sí que es un buen giro de guion. Y, además, encaja perfectamente con mi idea, y...

—Olvídalo. No voy a usar a Aurora.

—Si te importa de verdad, no sería usarla... En fin, tengo otros asuntos que tratar contigo. Me reuní con Melanie. Firmó los papeles. Ya estás oficialmente soltero.

—Es la primera vez que me das una buena noticia —respondo, aliviado.

—Depende de cómo lo mires. Te lanzó unas cuantas amenazas. Que esto no se iba a quedar así, bla bla bla...

—¿Mencionó algo sobre la custodia de Ángela?

—Ya te lo dije: no pierdo casos en los tribunales. Y aunque lo hubiera dicho, ganaríamos con la mano atada a la espalda.

—¿Por qué siento que no me estás contando todo?

—Muy sencillo: porque no te lo estoy contando todo. Me picó la oreja izquierda justo en ese momento, y tengo la corazonada de que va a hacer algo gordo. Igual hasta intenta matarte, no sé. Voy a servirme un cafecito de tu mueble...

Como ya dije, tengo un abogado problemático que suelta cosas así, como si morirme hoy y resucitar mañana fuera lo más normal del mundo.

—Continúa.

—Por eso mismo creo que es mejor que no metas a Aurora en esto. No querrás ponerla en medio de tus líos personales.

—No. Me importa mucho. Igual que mi hija.

Su sonrisa irónica aparece al instante.

—Un hombre enamorado... eso ya es otro nivel. En fin, contraté a dos guardaespaldas para ti, y...

—No quiero, ni los necesito —gruño—. He sabido cuidarme solo desde el principio.

—Creo que no entendiste el tiempo verbal, Edward. Ya los contraté. Te gusten o no, ya te están siguiendo. A ti y a Ángela, por supuesto. Son discretos... bueno, uno de ellos lo es.

—¿Cómo se llaman?

—John y Kenypher. Son hermanos gemelos y llevan años trabajando conmigo. Completamente de confianza.

—Quiero sus números.

—Hecho. —Logan deja una pequeña tarjeta sobre mi mesa, mirándome con atención—. ¿Quieres una palabra sabia?

—¿Sirve de algo negarse?

—No —responde con sarcasmo—. La vida es una grandísima hija de puta. Siempre empezamos en desventaja cuando iniciamos algo nuevo. Y lo que más me ayudó en este camino fue ignorar a los

que se quedaron atrás. Enredarse con sentimientos puede costarnos la vida.

—Ya que lo dices... ahora me toca a mí —Coloco las dos manos sobre la mesa, mirándole fijamente—. No todo son pérdidas. Hoy me di cuenta de algo distinto en la mirada de Ángela. Si ella es capaz de amar, tal vez tú también puedas lograrlo algún día, Logan.

—Vaya, vaya... —Parpadea varias veces y se lleva la mano al pecho, simulando estar emocionado—. Me llevaré tus palabras hasta la tumba, Edward. ¡Gracias por hacer de mí un hombre mejor!

Sin decir más, sale del despacho riéndose a carcajadas.

Mi abogado es un auténtico gilipollas.

***

Antes de salir de Cooper Potter hago algunas llamadas, y ya en la calle noto que dos hombres se acercan a mí.

—Debéis de ser los guardaespaldas de los que me habló Logan.

—Sí. Me llamo Kenypher, y él es mi hermano, John.

—¿Qué tal? —dice John. Y al observar bien su rostro, me doy cuenta de que no tiene pinta de guardaespaldas. Transmite algo más contenido, tranquilo. En cambio, su hermano tiene el gesto cerrado, de esos que intimidan a la mayoría. Aun así, los dos son armarios empotrados.

—Entonces... ¿sois hermanos?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando con Logan? —pregunto, intentando saber un poco más sobre ellos, ya que por internet no encontré casi nada.

—Casi diez años. Nos dijo que querías discreción, y eso es justo lo que haremos.

—¡Excelente!

—Nos movemos en las sombras, es nuestro hábitat natural. Yo me encargaré de ti y de tu hija. Mi hermano se ocupará de Aurora.

Los observo con atención, y entonces algo me viene a la cabeza.

—Si solo sois vosotros dos, ¿cómo vais a vigilar a tres personas si están en sitios distintos?

—¡Tenemos fantasmas! —responde John con una sonrisa enorme, mientras su hermano niega con la cabeza y suelta una palabrota en un idioma que no reconozco.

Por lo visto se llevan bien. O, si tuviera que apostar, se sacan de quicio todo el tiempo.

—Lo que quiere decir es que hay un equipo detrás de nosotros. Hombres que no salen al campo, pero que se encargan de otras tareas.

—Entiendo. Si Logan confía en vosotros, yo también confío. Haced vuestro trabajo como siempre y, si algo se sale de control, avisadme.

—Cuenta con ello.

Capítulo 43

Aurora López

Me costó concentrarme en el trabajo, pero conseguí terminar todas mis tareas del día.

Salgo de la empresa sobre las siete de la tarde, y con una mirada rápida noto que Edward sigue en su despacho.

Mientras bajo en el ascensor, pienso en mi jefe y en todo lo que ha pasado desde que empecé a trabajar aquí. No sé exactamente en qué momento me enamoré de él.

Edward es un hombre fantástico, altivo, dinámico y... guapísimo.

Intento alejar esos pensamientos. Lo nuestro ya terminó, si es que alguna vez empezó.

Antes de salir del edificio, miro a mi alrededor por si hay algún paparazzi raro al acecho, pero no veo a nadie. Sebastian tenía razón: nuestro jefe resolvió eso en un abrir y cerrar de ojos...

Camino unas cuantas manzanas, pensando en todo y en nada a la vez. No sé si estoy siendo paranoica, pero noto algo extraño... una persona que parece seguirme, girando exactamente por las mismas calles que yo.

No siento miedo, aunque no sabría explicar por qué. Aun así, decido cambiar de ruta, y así confirmo que me están siguiendo.

Reconozco que estoy un poco nerviosa, e intento despistar al hombre rodeando la manzana con rapidez. Al hacerlo, lo observo por detrás, y claramente está buscando algo... o a alguien. Lo vigilo durante al menos un minuto, y él acaba entrando en un local de la calle para picar algo.

Mi curiosidad solo crece. No parece llevar equipo alguno para hacer fotos, y probablemente cometo la mayor estupidez del día: soy yo quien se acerca a él.

—¿Por qué me estás siguiendo? —pregunto, seria, con los brazos cruzados.

—¡Hostia, tenía que ser discreto! —confiesa, dándose un golpecito en la mesa mientras sostiene su bocadillo con la otra mano —. Tienes buen ojo, ¿eh?

—Últimamente odio a los fotógrafos, así que por favor...

—Ah, no soy fotógrafo. Soy guardaespaldas particular... —puntualiza, mordiéndole un gran trozo al bocadillo, todo sonriente—. Por favor, no le digas a nadie que descubriste que te estaba siguiendo. No quiero que me despidan.

—¿Despedido?

—Espera... —Sonríe—. Olvidé que soy uno de los jefes, así que está todo bien. Por cierto, me llamo John.

El hombre vuelve a comer, y yo me quedo sin saber qué decir. Solo le sonrío por lo espontáneo que es.

—¿Quieres un trozo? —ofrece.

—No. Pero tengo curiosidad... ¿por qué tengo un guardaespaldas particular?

—Es una historia larga, pero resumiendo: Edward y Melanie se separaron legalmente, y ella no se lo tomó nada bien, ¿sabes? Básicamente amenazó a las personas que él más quiere: tú y Ángela.

Escuchar eso es un golpe. En todos los sentidos.

—Y-yo... entiendo.

—En realidad, no entiendes mucho, Aurora —responde, esta vez más serio—. Parece que te sorprende estar en la lista de personas que más le importan. Muy tierno por tu parte.

Vuelvo a reír. Jamás imaginé un guardaespaldas así. Tiene un humor encantador.

—¿Por qué Edward no me dijo nada?

—No tuvo tiempo. Nos conocimos hoy y empezamos a trabajar hace apenas unas horas.

Miro a John durante unos segundos y asiento con la cabeza, confiando en sus palabras.

—Ya que eres mi guardaespaldas, ¿qué te parece si me acompañas hasta casa?

—Claro, pero cuidado, señorita, que tengo novia. No quiero que te enamores de mí.

Es imposible no soltar una carcajada. Él hace lo mismo.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

John me cuenta que lleva años trabajando con Logan en temas de seguridad eventual junto con su hermano gemelo, pero no se corta un pelo al decir que son completamente opuestos, ya que Kenypher es un gruñón. Lo recalca con énfasis.

Yo prácticamente no abro la boca en todo el camino, porque él no para de hablar, y confieso que me encanta. John es divertido, y no se parece en nada a un guardaespaldas. Si me está mintiendo sobre todo esto, es un gran mentiroso, pero por lo que me ha contado —y por la información que me dieron antes—, no parece que me esté tomando el pelo.

—¿Cuál ha sido la persona más complicada para la que hiciste de escolta?

—¿Complicada en qué sentido?

—No sé... un trabajo distinto de lo habitual.

—¿Distinto...? —Mira al cielo mientras camina, y sonríe—. Hubo un caso. Tuvimos que proteger a una mujer llamada Ashley Olsen. Había intentado suicidarse varias veces, y nuestro trabajo era protegerla de sí misma.

Se me abren los ojos como platos, y aunque me preocupo por cómo terminó todo, no puedo evitar preguntar:

—¿Pero... ahora está bien?

—Mejor que bien. Se casó con mi antiguo jefe, tuvieron hijos y ahora son felices.

—Espera... ¿se casó con tu jefe?

—Otra historia larga, pero sí, lo oíste bien. Mi hermano y yo trabajábamos para Romeo, nuestro antiguo patrón. Aceptó ese trabajo tan raro porque, en el fondo, había pasado por cosas muy parecidas a las de Ashley. Y bueno, el final fue que se enamoraron. Como me gusta decir: se enamoraron de sus propios miedos, y juntos los superaron apoyándose el uno en el otro.

—Guau... eso que me acabas de contar es...

—¡Espectacular! Eso sí, hubo que comerse unos cuantos balazos en el proceso, pero todos salimos bien —se ríe, y yo me uno a él—. Listo, escoltada hasta la puerta.

—Gracias por la charla. Y si descubro que me mentiste en algo, iré a por ti y te vas a arrepentir —le digo, intentando sonar seria.

—Mejor quédate con tu papel de directora creativa. No le das miedo a nadie, Aurora. ¡Hasta pronto!

Dicho eso, se marcha caminando, y yo me quedo riéndome. Segundos después, Manu aparece a mi lado, pero solo tiene ojos para el trasero de John.

Qué descarada es esta mujer...

—Amiga... ¿quién era ese bombón tamaño XXL que iba contigo?

—Tiene novia —me adelanto, cortándole las alas.

—¿Y desde cuándo soy celosa? ¡Por favor! ¿Acaso no me conoces?

—La historia corta es que John se encarga de mi seguridad.

—Hmm, así que se llama John, y... —Manu me mira, y parece que por fin le cae la ficha—. ¡Niña! ¿Dijiste guardaespaldas particular?

—Exactamente.

Durante unos minutos le cuento lo que está pasando, y cuando termino veo una sonrisita floreciendo en su rostro.

—Ay, qué fantasía... yo también quiero uno de esos guardaespaldas tuyos. Puede ser ese. Por lo que vi, está buenísimo, tú confirmaste que es inteligente, y además se le nota que es un caradura. Ese hombre es muy... yo. No sé cómo explicarlo.

—La respuesta sigue siendo no.

—¡Mierda! —refunfuña—. Pero al menos ahora sabemos que Edward está enamorado de ti.

—¿C-cómo dices?

—Lo que has oído. No te hagas la tonta. Ya lo intuía en las entrelíneas, y... —Una vez más sus ojos se desorbitan, mirando por encima de mi hombro—. ...ahora lo sé con certeza.

Me señala con la cabeza, y al girarme veo a Edward allí, parado, mirándome con las manos metidas en los bolsillos.

Sus ojos prácticamente me devoran por dentro, y puedo ver ese brillo misterioso en su mirada. Mi jefe está, como mucho, a diez metros de distancia.

—Creo que ya me voy... —dice, y se dirige hacia su edificio, pero antes se da la vuelta con una sonrisa—. No creas que te vas a librar de pasarme el número de tu guardaespaldas, ¿eh?

Manu es única...

Después de unos segundos, mi jefe se acerca a mí, esta vez con una expresión más seria.

—Necesito contarte algo.

—¿Es sobre mi guardaespaldas particular?

—¿Sabes lo de los guardaespaldas? —pregunta, atento.

—Sí, acabo de conocer a John hace un rato.

—¿Cómo lo descubriste?

—Soy lista.

Edward respira hondo, y por un momento pienso que va a echarme la bronca, pero en lugar de eso sonríe, mordiéndose un poco el labio inferior.

Necesito evitar mirarlo fijamente. No consigo pensar con claridad cuando me pierdo en sus ojos... o en su boca. Y mucho menos si pienso en su cuerpo.

—Entiendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con un tono algo más cortante—. Si no recuerdo mal, habíamos quedado en mantener la distancia. Y ahora estás en la puerta de mi casa.

—Sigo siendo tu jefe, Aurora, y...

—No me importa. Eres mi jefe dentro de la empresa. Aquí, en la calle, no eres más que un conocido.

Me encanta haber dicho eso. Fingir que tengo el control de algo me hace sentir bien.

—Veo que has aprendido a decir lo que piensas. Y sé que soy un buen profesor.

—Eso no lo puedo negar —respondo, cruzando los brazos, intentando mirar su... frente. Cualquier cosa con tal de no quedar como una idiota frente a él.

—He venido precisamente para hablarte de John. Si quieres, te explico por qué lo contraté, o lo que necesites saber.

—No hace falta. Él ya me contó todo lo que necesitaba saber.

Mejor así. Respuestas breves evitan una cercanía innecesaria. Y si Edward se acerca más... estaré perdida, porque decirle que no me resulta imposible.

—¿Algo más, Edward?

—En realidad, sí —responde, y lo noto divagar unos segundos, pero después fija la mirada en la mía, decidido—. En ocho días cumplo treinta y ocho años. No suelo hacer fiestas ni nada por el estilo. Normalmente lo celebro solo con Ángela, y ella no acepta que no esté contigo.

—Sé cuándo es tu cumpleaños.

¡Mierda!

Tengo una agenda donde marco las fechas importantes de las personas que más significan para mí. Y lo curioso es que la suya está ahí desde hace ya unos cuantos años...

—Bueno... ya veré si tengo tiempo. Te aviso un día antes —digo, altiva, con la nariz en alto. Pero claramente voy a ir. Solo estoy intentando hacerme la difícil.

—Si no lo haces por mí, hazlo por Ángela. Hace unas horas te dijo que te quiere.

Golpe bajo. No puedo negarle nada a esa niña.

—Lo pensaré con cariño.

Se queda unos segundos analizándome en silencio, y luego se da la vuelta. Respiro aliviada. Creo que incluso estuve conteniendo el aire todo ese tiempo.

—Una última cosa... —añade, girándose parcialmente—. Me encanta cuando me llevas la contraria. Estás aún más sexy de lo que ya eres. Hasta mañana, Aurora.

Capítulo 44

Aurora López

—¿Así que tienes a dos guardaespaldas buenorros pegados a ti?

Sebastian lo dice con una sonrisa mientras me entrega unos papeles.

—Esa noticia ya es vieja. Hace ocho días que me siguen.

—Pensé que eras mejor amiga y que me lo contarías, ¿sabes? Estoy decepcionado contigo. Quiero que me devuelvas toda la ropa que te regalé. ¡Ahora mismo!

Empiezo a reír.

—Perdón. Pensé que Edward ya te lo había contado.

—Sí que lo hizo, hace ocho días. ¡Solo te estaba poniendo a prueba, Aurora! Y tú... ¡has fallado! —me guiña un ojo.

—¡Farsante!

Vamos hasta mi sector y, al sentarme, me quedo observando a Sebastian. Me recuerda a alguien.

—Sabes... tengo a alguien que quiero presentarte.

—¿Un hombre fuerte, con músculos definidos, metro noventa y manos del tamaño de mi pie?

—Digamos que no. Es mi amiga Manu. Parecéis hermanos gemelos.

—¿Cómo que hermanos gemelos?

—Básicamente los dos decís tonterías todo el día —respondo entre risas.

—Muy graciosa. —Hace un puchero.

—En realidad es porque los dos son unos descarados —digo, recordando algunas de nuestras conversaciones, y también el día en que Manu me inició en los libros eróticos del Kindle.

Dios mío... ahora leo por lo menos tres a la semana.

—No la conozco, pero ya me cae bien.

Sonrío mientras ordeno los papeles en mi mesa.

Estoy consiguiendo cumplir con el cronograma del año, y aunque Megan dejó un buen retraso, he logrado poner la casa en orden, por así decirlo. Al principio fue complicado, no tenía claro qué hacer, pero con los días fui ganándome la confianza de todos y cambié un poco la forma en que trabajaban. Digamos que Megan era el reflejo de la mayoría, y muchos empleados estaban ociosos incluso dentro de la Cooper Potter.

—¿Cómo crees que será la fiestecita de nuestro jefe? Y antes de que respondas: eso fue ironía.

Me quedo pensativa, sobre todo porque desde aquel día en que fue a la puerta de mi casa, no hemos vuelto a hablar. Ni siquiera confirmé con él un día antes, como dije que haría.

—Me invitó —digo de repente, aún pensativa.

—Espera... ¿hablas en serio?

—¿Por qué te sorprende?

—No sé... ¿quizá porque él solo celebra su cumpleaños con Ángela? —responde con sarcasmo.

—Fue Ángela quien me pidió que fuera.

—¿Y solo ella quiere que estés? —me lanza una sonrisa maliciosa, y me pongo colorada.

—Sabes, me gustabas más cuando eras menos directo.

—Lamentablemente ahora somos mejores amigos, y vamos a saberlo todo el uno del otro. Ni se te ocurra ocultarme nada de

ahora en adelante.

—Solo hay un pequeño problema con esa invitación —suspiro, preocupada con lo que Edward puede estar pensando.

—¿Cuál?

—Le dije que confirmaría un día antes, pero no lo hice. Debe de estar pensando que no voy.

Sebastian niega con la cabeza, sonriendo, y no entiendo nada.

—Aurora... ¿alguna vez has visto que alguien rechace a Edward? Yo, por lo menos, nunca. Y llevo años trabajando aquí.

—¿Estás diciendo que él cree que voy a aparecer?

—No. Digo que lo tiene clarísimo.

Me quedo en silencio, y entonces veo a nuestro jefe acercándose a nosotros, con los ojos puestos en mí.

—Te recojo a las siete.

—Yo...

Edward simplemente se marcha, y cuando miro a Sebastian, lo veo con los brazos cruzados y las cejas arqueadas.

—¿Qué era eso que decías, Aurora?

***

Uso mi banco de horas para salir antes de la empresa.

Tengo bastante tiempo para arreglarme y, aunque se supone que es un cumpleaños sin segundas intenciones, estoy nerviosa.

Cuando el reloj marca las 19:00, suena el portero. Edward ya está esperándome, tal como dijo esta mañana.

¡Todo saldrá bien!

En pocos minutos ya estoy frente a su coche, y cuando me ve, se baja y se queda mirándome durante un buen rato. Todavía no me acostumbro a eso, y casi siempre me pongo incómoda.

—Imagino que ya estás acostumbrada a oírlo, pero estás preciosa, Aurora.

Hoy llevo un vestido rosa claro, sin mucho escote. Un pintalabios rojo muy suave y el pelo recogido en una coleta alta.

—Gracias.

Una vez dentro del coche, Edward no me habla. Parece muy concentrado en el tráfico caótico de Nueva York, o al menos lo finge bien. Da la impresión de que está debatiéndose internamente, y no es el único que sabe leer a las personas... yo también he aprendido unas cuantas cosas en el tiempo que llevamos trabajando juntos.

—No me preguntaste si iba a venir —rompo el silencio.

—Sabía que vendrías.

—¿Por Ángela?

—No —responde. Y tras unos segundos de silencio, añade—: Por nosotros dos.

—Tú dijiste que era mejor... no acercarnos.

—Sí, sé bien lo que dije. Y no creas ni por un segundo que esto es fácil para mí —responde, esta vez mirándome a los ojos, totalmente centrado en mí.

—Entonces... de verdad te importo.

—Últimamente, ese es mi mayor problema, Aurora. Cada día que pasa me importas más. Y cuanto más me importas, más siento que tengo que alejarme. Son dos extremos.

Todavía no entiendo la lógica de sus palabras, ni de qué tiene tanto miedo, pero no digo nada.

—Sé que piensas que te estoy soltando un montón de mentiras, pero hoy voy a ignorar esa regla.

—No creo que estés mintiendo, solo pienso que...

Me detengo, aún con dudas.

—Puedes decirlo.

—Tienes miedo. Lo veo en tus ojos. Y no hay nada de malo en sentir miedo. También veo que no estás acostumbrado a sentir eso por nadie más que por Ángela.

—¿Por qué me estás preguntando eso? —pregunta con voz grave, pero cargada de emoción.

—No era una pregunta. En mi corazón, sé la verdad.

Escucho a Edward respirar hondo. Parpadea varias veces. Parece nervioso, o atormentado.

—Solo estoy... —empieza a decir, pero se interrumpe a sí mismo, negando con la cabeza—. Mejor no hablemos de esto.

—Está bien.

Después de casi treinta minutos conduciendo, llegamos a una preciosa mansión en Manhattan. Una de sus casas.

Al bajar del coche, veo a una mujer que supuse que era la ama de llaves, cogida de la mano de una niña.

Ángela...

—¡Viniste de verdad, Aurora!

Es más rápida que yo. Corre hacia mí y prácticamente se me lanza encima.

Nos abrazamos durante mucho rato. Un abrazo de amigas. Las mejores amigas del mundo...

—Estás muy guapa, Aurora —dice, sin soltarme aún.

—No, tú eres la que está guapísima —le toco la nariz, haciéndola reír.

—Esta noche seremos solo nosotros tres —dice Edward, sacándome de mis pensamientos—. Que nadie nos interrumpa.

Anota todos los recados —le dice a la mujer que está con Ángela.

—¡Voy a por el pastel, papi!

Ángela sale corriendo, y yo arqueo las cejas, sorprendida.

—Tenemos una tradición. Cada año ella elige el pastel. Y tengo que confesar que siempre escoge algo de lo más raro.

—¿Y siempre son solo ustedes dos? ¿Y Melanie?

—No tengo nada que ver con Melanie. Y sí, la respuesta es sí. Me gusta celebrar mi cumpleaños solo con personas de verdad.

Nos quedamos ahí, mirándonos. Me faltan las palabras.

En ciertos momentos, parece tan vulnerable... y aun así se encierra por completo cuando alguien se le acerca.

¿Cómo se puede vivir así?

Ni siquiera los CEO de los libros que he leído son tan cerrados como Edward Cooper. Y dudo mucho que alguien como yo pueda llenar esos huecos, descubrirlo. Es una pena... porque me encantaría ayudarle de verdad.

***

Creo que nunca me había divertido tanto como en estas horas que estamos pasando juntos.

Hacemos mil cosas: ver una película, jugar al ping-pong, tomar el té de mentira, comer...

Parece que la cumpleañera es Ángela, y a Edward no le importa en lo más mínimo. Cumple todos los deseos de su hija. Siempre he visto el cariño con el que se tratan, pero hoy noto algo distinto: Edward lo hace todo por ella.

Esta noche ha sonreído más veces que en todos los días que llevo trabajando en su empresa.

Miro el reloj, y ya pasan de las once de la noche. Mañana es viernes y, aunque me encanta estar con ellos, necesito volver a casa.

—Bueno... —digo con cierta dificultad—. Me voy a casa. Tengo que dormir un poco, Ángela.

—¡Quédate a dormir, Aurora!

—Cariño, ella trabaja mañana. Y papá también.

—Ohhh... yo quería que fuerais novios. Y quería que tú fueras mi mamá, Aurora.

Silencio.

Era de esperar que Ángela dijera algo así, sobre todo porque hasta ahora no había mencionado a los dos juntos... hasta este momento.

—Cielo, ya hemos hablado de eso.

No sé qué decir ni qué hacer, así que me quedo callada. Tras la respuesta de su padre, Ángela se vuelve hacia mí y pregunta:

—Aurora... ¿puedes ayudarme a dormir hoy?

—Sí, claro que sí.

—Las dejo solas. Yo me encargo de recoger este desastre —dice Edward, pensativo, levantándose.

Ángela me toma de la mano y me guía hasta su habitación.

Después de ayudarla a ponerse el pijama, se tumba en la cama y me mira fijamente. Tiene la misma mirada que su padre. Es como si pudiera leerme por dentro, como si supiera algo muy profundo sobre mí.

—¿Estás bien? —pregunto, un poco preocupada.

—Ajá.

—¿Estás feliz de que viniera a tu cumpleaños?

—Sí. A mi papá le gustas mucho, Aurora. Pero le da vergüenza, ¿verdad?

Si ella supiera que es exactamente al revés...

—A mí también me gusta mucho él.

—Mmm.

—Voy a contarte una historia que mi abuela solía contarme...

Me tumbo en la cama junto a ella, y durante unos minutos le narro una pequeña aventura. Es un cuento que mi abuela me contaba siempre antes de dormir cuando yo era pequeña.

—... entonces, ella decía que cada corazón es un mundo propio... —cuento con ternura—. ... y que el amor se presenta de muchas formas distintas, siempre que sea verdadero y puro. Por eso, las personas se entienden y pueden sentir el amor que nace de la otra...

Al terminar el pequeño cuento, veo que tiene los ojos cerrados. Le doy un beso en la frente y la observo en silencio durante un buen rato.

Creo que nunca he sentido algo tan fuerte por una niña. Y estoy segura de que, si hiciera falta, haría absolutamente todo por Ángela...

Capítulo 45

Edward Cooper

Va completamente en contra de mis principios espiar conversaciones ajenas, pero durante unos minutos observo cómo Aurora trata a Ángela, y también la historia que le cuenta para dormir.

Cuesta creer que aún existan personas buenas, sobre todo conociendo a tanta gente podrida por dentro, pero ahora estoy seguro de que Aurora es distinta.

Vuelvo al salón, con mil pensamientos en la cabeza. Me prometí a mí mismo que me mantendría alejado de ella, y suelo cumplir mis promesas... pero nunca había deseado tanto romper una.

Al cabo de unos minutos, ella sale del cuarto y me observa.

No sé en qué momento dejé que este sentimiento se instalara en mi pecho, pero ahora ya no puedo disimularlo.

—Ángela ya está dormida. Estaba muy feliz —dice con una sonrisa.

—Claro que lo estaba. Has venido. Gracias por eso.

Aurora aparta la mirada, fija los ojos en el suelo, visiblemente avergonzada.

—Quiero mucho a Ángela. Haría cualquier cosa por verla feliz —dice, con cierta inseguridad.

—Ella también te quiere. Y creo que lo sabes.

Pasamos largos segundos sin decir nada, pero no hace falta. Creo que el «error» de Aurora es ser demasiado transparente al

mostrar lo que siente... pero eso la convierte en la persona más humana que he conocido.

—Tengo que irme.

—Te llevo.

El camino hasta su casa es tan silencioso como la ida. Prefiero no hablar. Si lo hago, ella sabrá todo lo que se agita en mi cabeza y en mi corazón.

Nunca tuve un confidente, alguien a quien pudiera confiar lo que siento. Pero con cada día que pasa, confío más en ella. Tanto, que estoy empezando a olvidar lo que siempre me atormentó.

Cuando llegamos a su edificio, la observo bajar y cierro los ojos. Necesito ser un hombre y enfrentar los hechos: estoy perdidamente enamorado de Aurora.

Salgo del coche, y ella se detiene, mirándome.

—¿Qué ves en mí? —pregunto.

—Veo a un hombre trabajador, que ama a su hija y la pone por encima de todo y de todos. También veo a alguien que se hizo a sí mismo, y que ha ayudado a cumplir los sueños de muchas personas... como el mío.

Parte de mí quiere gritarle lo que siento. Y otra parte, la más cínica, solo quiere escuchar lo que tiene para decir. Podría escuchar a Aurora hablar durante horas sin interrumpirla ni una sola vez. Pero si lo hiciera, acabaría convenciéndome de cualquier cosa que quisiera.

—Me gustas porque me aceptas. Nunca había conocido a alguien de verdad. Y cuando empezamos a convivir, me di cuenta de que estaba equivocado en muchas cosas.

—¿Qué cosas? —pregunta, acercándose.

—Hay personas buenas en el mundo. Personas que no esperan nada a cambio y que se preocupan por los demás,

deseando lo mejor para ellos. Dije que necesitaba alejarme, pero la verdad es que no quiero hacerlo.

—Entonces no te alejes. Solo... déjame mostrarte un poco más de quién soy, Edward —dice, casi suplicando, y yo cierro los ojos, sin saber cuál debería ser mi próximo paso.

De repente, una imagen oscura invade mi mente. Recuerdo a mis padres, la forma en que los perdí, y cómo pasé los años siguientes en una miseria absoluta, tratando de contener el dolor en mi pecho... incluso pensando en morir.

No podría soportar volver a sentir algo así. Tengo que proteger a mi hija.

—Aurora, quiero... pero no puedo.

Creo que es la primera vez que no puedo mirarla a los ojos, intentando esconderme de alguna manera.

Me doy la vuelta y, justo cuando toco el pomo de la puerta, escucho su voz:

—Edward, a veces la vida es así. Pasamos por cosas horribles, pero siempre hay algo bueno dentro de nosotros, independientemente de lo que otros nos hayan hecho. Yo tengo fe en que algún día ese dolor que sientes en el corazón va a desaparecer, y cuando eso pase... voy a estar aquí, para escucharte, para lo que necesites contarme.

Cuesta marcharme. Me cuesta incluso sentarme al volante. Me quedo inmóvil, al menos durante dos minutos. Luego, con esfuerzo, arranco el coche.

De camino a casa, no puedo dejar de pensar en las palabras de Aurora.

—¡Mierda! —golpeo el volante con rabia.

Odio que ella me conozca tanto. Tengo que encontrar una salida, pero no sé qué hacer. Lo peor es que hace que parezca que no hay nada roto en mí.

—No soy un monstruo —digo en voz alta, mirando fijamente el volante.

Demuestra que no eres un monstruo, Edward...

Es como si su voz resonara dentro de mi cabeza.

—No soy un monstruo —repito, aunque sin estar del todo seguro.

Esa es una pregunta que me hago constantemente desde que la conocí, pero mi respuesta solía estar muy clara. El problema es que estoy cambiando. Aurora me está cambiando.

Normalmente analizo cada paso antes de darlo, pero hoy he ignorado por completo lo que Edward Cooper haría en una situación como esta.

Y tal vez... tal vez acabo de tomar una de las decisiones más equivocadas de los últimos años.

Capítulo 46

Aurora López

Me quedo viendo la tele un rato. Dormir está siendo imposible, y Edward no sale de mi cabeza.

A veces siento que me estoy dejando llevar por la vida, como si no tuviera voz ni voto. Luego, me invade la urgencia de tomar decisiones, de recordarme que soy mujer, y que tengo derecho a ir detrás de lo que deseo.

El problema es Edward. Él es la variable que lo complica todo. No consigo pensar con claridad, sobre todo cuando me vienen a la mente los momentos que compartimos.

Es difícil... y sé que será aún más difícil con el tiempo, y...

Suena el portero automático. Me lo pienso bastante antes de contestar. Manu nunca hace eso; si algo se le escapa de las manos, normalmente me manda un mensaje. A duras penas respondo y, al oír esa voz...

Es como si el universo me restregara por la cara que la ley de la atracción existe. Edward está aquí.

Le abro la puerta, y poco después lo tengo frente a mí, en el umbral de mi apartamento.

No sé qué decir, ni qué quiere, así que simplemente me quedo allí, contemplando al hombre tan increíble que tengo delante.

—Tenía que volver —dice, acercándose.

—¿Por qué? —pregunto, intentando no gemir por lo bien que huele, ese aroma que me hace sentir en casa.

—Porque tienes razón. En todo.

Me quedo mirándole. Hay algo distinto en él. Mi jefe ya no parece el mismo. Está... vulnerable.

—¿Eso es algo bueno? —pregunto con cautela.

—Dijiste que hemos pasado por cosas horribles, pero que siempre hay algo bueno dentro de nosotros... y tenías razón. —Edward se acerca más, me acaricia el rostro y cierro los ojos—. Quiero demostrarte que merezco estar a tu lado.

—Por favor... no digas eso si no lo sientes de verdad —murmuro, apartando la mirada, porque esto es lo que pasa con nosotros. Nunca puedo aferrarme a nada. Siempre hay un obstáculo. Y estoy cansada. Muy cansada. —Quiero algo real, y no sé si eres capaz de darme eso, Edward.

—Déjame intentarlo, al menos. —Sujeta mi rostro entre sus manos, acercándose más—. Por favor —añade, con esa voz ronca que me derrite.

Le miro a los ojos... y no puedo evitarlo. Soy yo quien lo besa. Con hambre, con desesperación. Es como si algo en mí despertara, y no me importa nada más, solo las consecuencias de lo que va a pasar.

—Nunca lo olvides: eres preciosa, Aurora.

Edward me levanta en brazos, cruza el umbral y cierra la puerta de un golpe. Probablemente hayamos despertado a algún vecino, pero no me importa. Por una vez en la vida, estoy pensando más en mí que en los demás. Y eso... eso se siente liberador.

Con impaciencia lo desvisto, y él hace lo mismo conmigo. Cuando me abraza, cierro los ojos un instante y, al abrirlos, lo veo sonriendo. Es como si un sol brillara dentro de mí.

—Me gusta este lado tuyo —le digo.

Me tumba en la cama, sujetando mis manos, mientras pasa la lengua por mi piel.

—¿Te he dicho ya que me encanta tu cuerpo? —pregunta, aunque no parece esperar respuesta. Está concentrado en una parte concreta de mi vientre. —Eres la mejor persona que he conocido, y te lo voy a demostrar cada día. Voy a cuidar de ti...

Edward vuelve a besarme, y yo me pego a él, intentando no llorar por sus palabras. Siempre quise escuchar algo así de alguien, y ahora que por fin ocurre, me deja sin aire.

Lo quiero todo de él. Y esta vez, no pienso disimular.

Con suavidad, comienza a besar mi muslo, descendiendo poco a poco hasta mi centro. Cierro los ojos, feliz por sentir esa caricia delicada, pero también impaciente por lo que vendrá después... porque sé que no tendrá nada de delicado.

—Edward... hazme tuya...

Cuando se inclina sobre mí, su sonrisa descarada me atraviesa. Y en ese instante lo supe con certeza: estoy perdida...

Edward Cooper

La pasión se hace cada vez más evidente en la voz de Aurora, y ver la determinación en su mirada me confirma, una vez más, que tomé la mejor decisión.

—Por favor...

Paso la lengua con lentitud alrededor de su clítoris, y siento sus dos manos aferrarse con fuerza a mi pelo, empujándome contra su pelvis.

—Sí... —murmura, con la voz entrecortada, y entonces intensifico los movimientos, saboreándola, lamiendo cada rincón de su placer—. Fóllame, Edward...

Sus piernas se enroscan con firmeza alrededor de mi cuello, presionándome aún más contra su cuerpo. Mientras sigo devorándola, deslizo dos dedos en su interior, observándola arquear la espalda, retorciéndose, gimiendo, pidiendo más. Me encanta oír su voz cargada de deseo...

—Dios... Edward... —grita entre jadeos, su cuerpo rogándome por más, y no tardo en complacerla. Su orgasmo explota en mi boca, y el sabor dulce de su clímax solo despierta más mi deseo.

—Quiero que me folles mirándome a los ojos.

Nunca había visto a Aurora tan decidida.

Ese cambio en su forma de ser, esa madurez repentina, la hacía aún más hermosa e irresistible.

Me coloco encima de ella y acomodo mi polla en su entrada. Está más que lista para mí, y mientras la penetro, mantengo la mirada fija en sus ojos, que me lo dicen todo sin necesidad de palabras.

Me he enamorado. Y fue inevitable.

Luché por no admitirlo, quise reprimirlo... pero no pude. Aurora y Ángela ocupan el primer lugar en mi corazón, y voy a luchar por ellas.

La coloco encima de mí, y mientras mis labios se aferran a sus pezones, ella cabalga sobre mí con fuerza, abrazándome, temblando. Veo una lágrima deslizarse por su rostro, pero no es de tristeza. Para ella, esta intimidad significa algo real. No voy a fallarle.

—Prométeme que no vas a rendirte conmigo —susurra, mientras le respondo con embestidas firmes, nuestros cuerpos entrelazados, sudorosos, vibrando juntos.

—Sí, te lo prometo.

Mis palabras la reconfortan. Parecen haber despertado algo en ella. Ya no es esa chica ingenua que entró a Cooper Potter... ahora es una mujer que sabe lo que quiere. Y admiro esa evolución.

—Me he enamorado de ti, Edward...

No soy lo bastante rápido para responder, porque ya está besándome, tomando el control. Me penetra con fuerza, sus gemidos llenan la habitación, y yo la sujeto contra mi pecho, murmurando obscenidades en su oído, viéndola sonreír entre gemidos.

El tiempo pasa y seguimos haciéndolo hasta que no nos queda más fuerza. Yo llego al límite, y libero todo lo que llevaba dentro.

Me quedo ahí, contemplándola mientras ella me regala una sonrisa tímida.

—No me mires así... aún me da un poco de vergüenza.

—Me encanta tu lado salvaje, y hoy me has demostrado que lo tienes —le digo, apartando un mechón de su pelo mientras la observo ruborizarse.

A partir de hoy, Aurora va a tener lo mejor de mí. Aunque tenga que cambiar por completo. Ella me ha dado confianza, y ahora

siento que tengo libertad para decidir mi futuro...

Aurora López

Al salir de mi edificio veo a Manu cerrando la pequeña verja del suyo. Luego viene hacia mí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué me miras así?

—Tú has follado anoche, ¿verdad?

Sí, esas son exactamente sus primeras palabras.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—A ver, estabas sonriendo sola, vas más arreglada de lo normal, tienes los ojos brillantes... solo espero que...

Manu se pone seria de repente, y por un instante me asusto. No es algo que suela pasar.

—¿Solo esperas que...?

—Que no haya sido con mi novio imaginario: John. Si no, se va a armar, mujer.

Casi me atraganto de la risa, y ella se une a mí.

—No puedo prometer nada...

—Sé que te acostaste con tu jefe buenorro. No hace falta que lo niegues.

—A veces me asusta, ¿sabes? Cómo tú y Edward sabéis tanto de mí con solo mirarme.

—Es que disimulas fatal, tía. Eres como un cristal: transparente.

—Pues me gusta ser así.

Conocer a tanta gente en la empresa solo me ha dado más ganas de... ser yo misma. A veces me siento poco competitiva para trabajar en Cooper Potter, pero otras veces siento que estoy ahí justo para cumplir con mi propósito, sin importar lo que digan los demás.

Cuando una persigue sus sueños, está expuesta a todo tipo de críticas. Pero me da igual. Tengo claro lo que quiero y no dejaré que nadie me frene.

—No te gires ahora, pero John viene hacia aquí.

—¡Ay, Dios mío! —dice sin moverse. —¿Cómo estoy? ¿Mi pelo está bien? ¿Huelo bien? ¡Ayúdame, Aurora!

—¡Tranquila, loca!

Segundos después, otro hombre se une a él, y me quedo boquiabierta: se parecen muchísimo. Lo único que los distingue es que John va afeitado y el otro lleva barba.

—Buenos días, Aurora —saluda John, y mi amiga se da la vuelta sin disimular ni un poco—. Buenos días...

—Manuela. Pero... puedes llamarme Manu.

El otro hombre nos observa en silencio, con cara seria, hasta que John habla:

—He venido a presentarte a mi hermano. Ya te dije que es un borde, y...

—¡John! ¿Qué tal si te callas al menos un minuto al día?

Mientras los dos se lanzan una mirada asesina, mi amiga me da un codazo y susurra:

—Me encanta un tío rudo.

—Soy Kenypher. Supongo que ya te ha dicho, pero vamos a encargarnos de tu seguridad. No te preocupes, no soy como John, que va por ahí haciéndose notar cuando sigue a alguien —bromea, y esboza una sonrisa.

—Aurora ha tenido suerte, ¿eh? —dice Manu guiñando un ojo, y cuando me doy cuenta, casi está tumbada sobre el pecho de Kenypher.

—¿Sois del tipo «paga uno y llévate dos»?

—¿Qué has dicho? —pregunta John.

—No ha dicho nada —respondo rápido, ya roja como un tomate.

—Bueno, solo he venido a presentarme. Espero que tengáis un buen día, las dos.

Kenypher cruza la calle sin más. John, en cambio, se queda delante de nosotras.

—Te dije que era un gruñón.

—Oye... me han dicho que tienes novia, John. Qué lástima... —dice con tono meloso, y yo cierro los ojos, intentando respirar hondo.

—Sí.

—Una lástima. ¿Y tu hermano?

—Kenypher sigue soltero. Necesita con urgencia una novia. ¿Te interesa?

No sé si John está flirteando o no, porque no para de sonreír. Pero por la cara de mi amiga... está interesada en los dos.

—A ver... digamos que me interesáis los dos ahora mismo.

Manu no tiene filtro. Ni cuando hace falta. Estoy avergonzada y no sé dónde meterme.

—Como dice el dicho: uno está bien, dos... está de puta madre.

Empiezo a reír a carcajadas por el refrán que acaba de inventar, y John también se ríe.

—Me caes bien.

—¿Ah, sí...? —pregunta ella, derritiéndose en el acto.

—Absolutamente. Me gustan las personas que dicen lo que piensan. Ahora... —John mira el reloj— tengo que volver al trabajo. Si necesitáis algo, estoy disponible.

—Puede que te necesite, ¿eh...? —responde Manu sin pensárselo dos veces.

—No dudes en llamarme —añade, guiñándole un ojo antes de alejarse.

Y, cómo no, mi amiga se queda mirando fijamente... su culo.

—Tía... ahora no sé por cuál tirarme.

—Lo mejor es que hablas como si ellos estuvieran peleándose por ti.

—No es culpa mía si tengo la autoestima por las nubes. Y ya me he montado unos cuantos *fanfics* en mi cabeza. ¡Júzgame!

—¿Qué tipo de *fanfics*? —pregunto, inocente y con curiosidad.

—Los dos desnudos en la cama, comiéndome, lamiéndome la...

—¿Sabes qué? Mejor ignoro que he hecho esa pregunta...

Seguimos caminando, y se me ocurre una idea. Creo que ya es hora de que cierta persona conozca a uno de mis mejores amigos.

—¿Estás libre esta noche?

—Puedo estarlo. ¿Qué tienes en mente?

—Quiero presentarte a Sebastian.

—¿Ese es el sinvergüenza que tiene *sugar mommy y sugar daddy*?

—El mismo.

—Perfecto. Creo que voy a necesitar unos cuantos consejos...

Capítulo 47

Aurora López

Nada más poner un pie en la Cooper Potter, el corazón me late con fuerza.

No dejé de pensar ni un segundo en lo que pasó ayer entre Edward y yo, y no sabía qué esperar. Bueno, en realidad sí tenía una idea... al fin y al cabo, él dijo que necesitábamos distanciarnos.

Estoy a pocos metros de mi despacho, pero de reojo lo veo. Y en cuanto me ve, camina directo hacia mí.

¿Qué se supone que hago ahora?

—Mira, sobre lo de ayer... entenderé si...

Es más rápido que yo. Y en medio de toda esa gente que pasa a nuestro alrededor... simplemente me besa. Y no es un beso cualquiera, ni de lejos. Cuando nuestros labios se funden, su sabor me golpea como una promesa de romper todas las barreras. La pasión que emana de su beso dulce deja claro que alejarse... no está en sus planes.

Creo que estoy filosofando demasiado con tanto libro subido de tono del Kindle. Ya estoy hasta pensando como las protagonistas...

—Buenos días, Aurora.

—¿Por qué has hecho eso...? —pregunto bajito, mirando a mi alrededor. Es como si el tiempo se hubiese congelado, porque casi todos han dejado lo que estaban haciendo para clavarnos la mirada.

Qué vergüenza, Santa Inés...

—Porque hago lo que quiero, cuando quiero.

Sin añadir nada más, se da la vuelta y desaparece en su enorme despacho. Y justo entonces veo una cara conocida acercándose a mí.

—¡Un diez por ese besazo! —dice Sebastian, llevándose la mano a la cabeza, intentando procesarlo todo.

—¿Por qué habrá hecho eso? Él nunca... creo que ya lo sabe.

—Eso mismo es lo que todo el mundo aquí se está preguntando.

—Bueno... será mejor que me concentre en el trabajo —respondo, y él sonríe.

—O que lo intentes, al menos —me guiña un ojo, y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Esta noche estás convocada para salir conmigo y una amiga.

—¿Convocada?

—Así es. Tu presencia es obligatoria. A menos que quieras perder a una amiga. En este caso, yo.

—Dios mío... —finge encogerse, llevándose la mano al pecho —. ¿Y tú desde cuándo sabes hacer chantaje?

—He aprendido a hacer cosas que ni imaginas —respondo con una sonrisa maliciosa, y sus ojos casi se le salen de las órbitas.

—Ah, pero puedes estar segura de que me vas a contar todo. Ni se te ocurra esconderme secretos. Y otra cosa: considérame confirmadísimo para esa fiestecita de esta noche.

***

Quedé con Sebastian en el Maison Premiere, uno de los bares más exclusivos de la ciudad. Manu vino conmigo y dice que está deseando conocer a alguien tan deslenguado como ella.

No hizo falta ni media hora para que pareciera que se conocían de toda la vida. Básicamente me quedo allí, de adorno, mientras Manu y Sebastian se parten de risa y comentan sobre los hombres que pasan cerca de nuestra mesa.

Me encanta ver lo bien que se han llevado desde el primer momento, no pensé que fueran a conectar así, tan de golpe.

—¿Por qué no me habías presentado a esta criatura antes, Aurora, se puede saber?

—Lo intenté, ¿vale? Pero los dos tenéis la agenda hasta arriba. Yo no puedo hacer milagros —me encojo de hombros.

—Ella hablaba mucho de ti —añade Sebastian—. Lo que no imaginaba es que fueras tan chiflada.

Se vuelven a reír, y yo me uno a ellos.

Mi vida ha cambiado mucho. De ser una mujer tímida, me he vuelto más atrevida, y me he dado cuenta de que eso no tiene nada de malo. A veces hay que arriesgar un poco más si queremos resultados distintos a los que siempre obtenemos.

Quiero seguir así. De alguna manera, me he descubierto como mujer. Puede que para mucha gente no sea nadie, pero estoy feliz con esta nueva versión de mí misma, sobre todo porque no he perdido mi esencia.

—Sebastian me ha contado que hoy te han plantado un buen beso en el trabajo.

—¡Qué lengua tienes, bicha! —gruño.

—¡Y bien orgullosa! Júzgame si quieres. Nuestro jefe está coladito por Aurora. ¡Hasta un ciego lo ve!

¿Coladito...?

La última vez que nos vimos fue tan distinta, tan... real.

No creo que esté idealizando. Por primera vez estoy pensando con claridad, y no tengo la sensación de que me esté engañando.

—Mmm... a ver, Sebastian, ¿no tendrás por ahí un amigo bueno para mí? —pregunta Manu con un guiño.

—¿Para qué quieres amigos si puedes tener *sugar mommys y sugar daddys*?

—Empiezo a enamorarme de ti...

Los minutos siguientes son como una clase. Literalmente.

Sebastian nos explica todo sobre el mundo «sugar»: qué hacen, cómo funciona, cuáles son los beneficios. Confieso que muchas cosas ni las sabía, como eso de que no hace falta tener sexo.

Sí, lo sé... soy muy inocente.

—¿Y qué pasa si me entran ganas de follar? —pregunta Manu con un tono de lo más ingenuo.

Sebastian hace un puchero, pero su cara lo dice todo.

—Si te entran ganas, no pasa nada. ¡Te aseguro que nadie se va a quejar! —suelta una carcajada contagiosa.

Nos quedamos charlando más de dos horas, y ni me doy cuenta del tiempo. Me parece que estas salidas se van a volver habituales... y más aún sabiendo que Sebastian quiere contarle todo, absolutamente todo, a mi amiga.

Capítulo 48

Aurora López

La noche fue larga.

Hacía tiempo que no me reía tanto como hoy, y jamás imaginé que presentar a Sebastian y a Manu sería tan buena idea.

Manu y yo volvimos en Uber y seguimos con el cotilleo.

—Estoy deseando que Sebastian me inicie en esa vida de desenfreno.

—Vosotros dos no tenéis remedio. Con lo bien que hablaban, parecía que os conocíais de toda la vida.

—¡Me cayó genial esa loca! —Hace una mueca divertida—. Y ya hemos quedado para volver a salir.

—¿Solo vosotros dos?

—Sí.

—No me lo creo... —Fingo indignación—. ¿Mi mejor amiga traicionándome así...?

—Digamos que el sitio al que vamos incluye hombres y mujeres desnudos, vibradores, pole dance y gogós. ¿Te apuntas? —pregunta con tono juguetón, y yo niego enseguida con la cabeza.

Hoy ya tuve una buena dosis de realidad sobre los lugares que frecuenta Sebastian, y creo que no son lo mío.

—Mejor paso.

—Ahh... no me dejes sola, Aurora —dice acercándose, rodeando mis hombros con un abrazo lateral.

—Prefiero mis fiestecitas con mi jefe.

—¡Vaya! Qué espontánea...

Últimamente me siento más segura a la hora de expresar lo que siento con la gente. Antes me aterraba la idea de ser juzgada, pero ahora, con todo lo que he vivido, me he dado cuenta de que callar no sirve de nada. La gente va a pensar lo que quiera, así que... el problema es de ellos.

Lo que de verdad importa es mi felicidad y la de mis amigos.

—Estoy convirtiéndome en una mejor versión de mí misma. Y me encanta.

Cuando el Uber para frente a mi edificio, bajamos las dos, y entonces lo veo: mi jefe, apoyado en su Lexus RX, observándonos con atención.

—Parece que tienes visita. Solo no olvides una cosa: ¡dale el coño como si el mundo se acabara mañana!

—¡Manu! —exclamo, escandalizada, y ella me abraza para despedirse, muerta de risa.

Edward camina hacia mí, y el simple hecho de oler su perfume ya me desarma por completo. Está más imponente que nunca... parece otro hombre.

—No esperaba verte hoy.

—Y yo no esperaba que unas pocas horas lejos de ti me hicieran tanto daño.

Sin darme tiempo a responder, me besa. Y mi mente se llena de mil pensamientos. Aún necesito saber si soy suficiente. Si de verdad soy la chica de la que se ha enamorado.

—Edward...

—Te necesito. Ahora —dice, y cuando va a besarme de nuevo, me aparto suavemente, mirándole a los ojos, buscando alguna duda... pero no encuentro ninguna.

—¿Qué pasa?

—¿Soy la única, Edward? ¿Estás... acostándote solo conmigo?

Tengo miedo de su respuesta, pero necesito la verdad.

—Tú y Ángela sois las únicas mujeres que me importan —responde, sujetándome el rostro—. Te lo voy a demostrar cada día.

No necesito oír nada más. Lo abrazo, agradecida de que por fin esté verbalizando lo que siente.

—Sube conmigo. Es una orden —digo, envolviéndolo con mi cuerpo, y ver su sonrisa solo hace que me encienda más.

—¿Se han invertido los papeles? —pregunta al oído, pegado a mí.

—Creo que no tienes ni idea de lo que soy capaz —respondo, mordisqueándole la oreja.

Definitivamente, las conversaciones con Manu y Sebastian me han dado una buena dosis de confianza. Y Edward... lo va a notar en carne propia.

***

Empujo a Edward sobre mi cama, pero antes me aseguro de quitarle toda la ropa.

—¿Qué estás tramando, Aurora? —pregunta mientras yo sigo de pie, aún vestida.

—Lo vas a descubrir muy pronto...

Normalmente no soy una mujer especialmente atrevida, ni dada a probar cosas nuevas, pero hoy sentí unas ganas irresistibles de provocarlo, de poner mis caderas en acción.

Empiezo a quitarme la ropa lentamente, bailando al ritmo de una música imaginaria, con los ojos medio cerrados. Cuando los abro, veo sus labios tensarse, y la manera en que me mira, cargada de deseo, me excita aún más.

Gracias por tanto, Kindle.

Me saco la blusa con suavidad, sabiendo que esa lentitud lo está matando por dentro. Y justo esa es la intención.

Sigo bailando con sensualidad mientras bajo lentamente los vaqueros, dejando entrever mi braguita roja. Sé perfectamente que no necesito desnudarme por completo para provocar a un hombre, y lo mejor es la sensación de poder que me recorre el cuerpo al ver cómo lo domino.

Al quitarme por fin los pantalones, veo cómo el deseo se refleja en su rostro. Está hipnotizado, mirándome como si fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra.

Me encanta verlo así, completamente maravillado, porque sé con certeza que es el único hombre por el que lucharía...

—Vas a ser debidamente castigada, Aurora. Tenlo por seguro...

—¿Ah, sí...? —pregunto mientras me quito el sujetador, sin apartar mis ojos de los suyos.

Nunca me he sentido tan empoderada, tan segura de mi cuerpo como ahora.

—Joder...

—Eso mismo, Edward —me acerco a la cama y coloco mi dedo sobre sus labios—. Y quiero esa boquita justo aquí...

Sigo el pequeño ritual que había imaginado minutos antes, besando lentamente su torso, mientras lo observo con atención, saboreando cada pequeña expresión de deseo en su rostro.

—Aurora... —susurra, apoyando la cabeza sobre la almohada, los ojos cerrados.

—Hoy me toca darte placer a mí.

Recorro con la lengua su pecho, bajo por su vientre, hasta llegar al punto que más deseaba. Su polla está dura como una piedra, y al rodearla con mi mano siento cómo late. Hoy me he convertido en una niña muy traviesa...

Empiezo lamiendo su glande con lentitud, y sus gemidos llenan la habitación. Eso me excita aún más, intento metérmela entera, pero no puedo. Es demasiado grande para mi boquita...

Hago todo lo que puedo, y pronto sus manos se aferran a mi pelo, marcando el ritmo de las embestidas. Tardo unos segundos en acostumbrarme al movimiento, y respiro por la nariz para poder seguir chupando.

—¡Joder!

—Sí... es un señor pollón —respondo mientras lo masturbo y chupo sus huevos.

—Me encanta este lado tuyo.

—¿Qué lado? —me subo sobre él, mimosa, y siento sus manos agarrándome el culo con fuerza.

—Este lado sucio, descarado. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —pregunto en tono juguetón.

—Vas a descubrirlo ahora.

Edward coloca su polla en la entrada de mi coño, y entra con facilidad, porque nunca he estado tan mojada como ahora.

—¿Vas a ir despacio...? —pregunto.

—Ni de coña.

Siento su polla gruesa penetrándome de golpe, y me derrito sobre su pecho.

El sonido de sus caderas chocando contra mi pelvis llena el cuarto. No bromeaba cuando dijo que iba a follarme duro.

—Edward... esto es demasiado... demasiado bueno —digo abrazándolo con fuerza, mientras me da unas palmadas firmes en el culo.

Me levanta, me coloca con la espalda sobre la cama, y se mete encima de mí, sujetando mis manos mientras me folla con fuerza. Enrosco las piernas a su cintura, rogándole por más. Acepto absolutamente todo lo que quiera darme.

Poco a poco, mientras me besa los labios, me sienta sobre su regazo, penetrándome más hondo, llenándome por completo. Esa sensación... es increíble.

Ahora me folla mirándome a la cara, y este momento íntimo se vuelve más especial a cada segundo. Ojalá pudiera detener el tiempo.

—Me encanta cómo me miras —digo, jadeando, mientras acaricio su rostro.

—Y yo te amo, Aurora —responde, sin dejar de embestirme con fuerza.

Me viene a la mente una película que vi hace tiempo, en la que la protagonista decía que el amor te transforma... y puedo sentir en la piel que tenía razón. A partir de ahora, haré todo lo que esté en mis manos para corresponder a este amor.

—Yo también te amo, Edward...

Capítulo 49

Aurora López

En los últimos diez días he tenido muchísimo trabajo.

Rowan Gallagher se puso en contacto conmigo para saber si seguía interesada en participar en la campaña publicitaria que me había ofrecido hace unos meses. No lo dudé ni un segundo y acepté de inmediato. Confieso que me llevé un buen susto; pensaba que había sido solo una cortesía cuando me lo dijo durante la sesión de fotos de Edward para la Vogue. Pero por teléfono dejó claro que no había considerado a nadie más. Solo a mí.

Trabajé más motivada que nunca. Durante varios días llegué a echar hasta 18 horas diarias, porque salía de la Cooper Potter directamente a casa para seguir planificando la campaña.

Trabajar en lo que te apasiona es algo completamente distinto. Siempre imaginé que sentiría algo especial cuando por fin consiguiera entrar en este mundo, pero la realidad está superando todas mis expectativas. Y, además, hay alguien que ya no puedo sacar de mi cabeza…

Edward y yo nos hemos visto muchas veces estos días, y cuando estamos a solas, el resto del mundo desaparece. Es como si perteneciéramos el uno al otro. No sé cómo explicarlo.

Jamás había sentido algo tan intenso, y sabía que no volvería a sentirlo nunca más.

Ni siquiera quiero.

Por desgracia, nunca fui una mujer que se enamorara con facilidad, sobre todo porque en mi adolescencia me ridiculizaban constantemente las personas de mi entorno. Aun así, siempre deseé

experimentar esa sensación bonita... y ahora la estoy viviendo con Edward. Y con Ángela también.

Todavía atrapada en mis pensamientos, entro en mi despacho mientras ordeno unos dosieres. Hoy voy a dirigir una reunión con varios inversores. Edward estará presente, y sé lo importantes que son estos compromisos para él, especialmente cuando hay ideas nuevas sobre la mesa.

Justo cuando salgo de la sala, alguien familiar se acerca a mí.

—¿Rowan?

—Hola, ¿cómo estás, Aurora? —pregunta con una sonrisa cálida.

—Estoy bien, ¿y tú?

—Mejor ahora.

Estoy a punto de responderle algo cuando Edward se une a nosotras tras terminar una conversación con un hombre al que vi hace unos meses. Creo que se llama Matthew Crawford. Lo recuerdo sobre todo por la cara, ya que no es muy común ver coreanos por aquí.

—¿Puedo estar presente en la reunión? Me encantan las reuniones —pregunta Rowan, y me sorprende un poco. No sé qué decir.

—Por supuesto —responde Edward antes que yo. —De hecho, me han dicho que tu campaña publicitaria va a ser todo un éxito.

—¿Cómo lo sabes?

Edward me mira, y yo me pongo roja al instante. Últimamente he estado compartiendo con él algunas de las ideas que se me ocurrieron… y también he estado compartiendo otras cosas en mi cama.

Digamos que pasé de virgen a ser una mujer que folla mínimo seis veces por semana. ¿Eso es malo?

Quiero decir… es bueno. Muy bueno.

Pero pensar en la polla de tu jefe antes de una reunión importante… no es precisamente lo ideal.

—¿Estás lista, Aurora?

—Sí.

Después de esperar unos minutos a que todos tomaran asiento, respiro hondo y enfoco mi atención en los inversores sentados alrededor de la mesa ovalada.

—Buenas tardes a todos. Hoy quiero hablar de algo distinto, un tema en el que hemos fallado mucho este último año: la creatividad. Pero para fomentar un ambiente creativo hacen falta dos cosas esenciales: dignidad y trabajo serio. Quiero que tengáis presente que estamos trabajando duro para renovar nuestra imagen, y voy a explicaros paso a paso algo que ha ido madurando en mi mente...

Pido a todos que presten mucha atención y empiezo a explicar mi propuesta para una campaña conceptual e innovadora. Expongo todos los puntos clave y detallo en qué aspectos vamos a centrarnos para mejorar.

Además, hablo de mi admiración por *Cooper Think*, y comparto una parte de mi vida como estudiante, cuando Edward me ayudó como uno de mis mentores.

—Mi equipo y yo queremos mostrar el mercado laboral desde la perspectiva de personas con poder, pero sin olvidarnos de vosotros, que sois el pilar de esta empresa. Por eso, mi idea es invitar a los propios colaboradores de *Cooper Think* a participar en el proyecto. No me importa el rango: todos nosotros, independientemente del sueldo que ganemos, contribuimos a la empresa, pasamos más tiempo aquí que en nuestras propias casas, y ya es hora de mostrarles a los inversores potenciales y a nuestros clientes que somos un equipo unido, que desempeñamos nuestro papel con excelencia.

Hablo durante aproximadamente una hora, y aquel nerviosismo inicial desaparece por completo. Todo fluye con naturalidad en mi cabeza, y hasta me entusiasmo con algunas ideas a medida que las explico.

Al terminar la reunión, noto que casi todos me miran con admiración. Incluso personas con las que nunca había hablado se acercan para felicitarme.

Al salir de la sala, veo a Edward conversando con algunos accionistas, y Rowan aparece de repente frente a mí.

—¡Eso ha sido emocionante! ¡Eres fantástica!

—¿De verdad no crees que me pasé un poco? —pregunto, aún algo insegura.

—En absoluto. Ha sido un placer verte con tanta energía. Has nacido para esto, Aurora.

Sus palabras hacen que mi corazón se llene de esperanza. Realmente tengo todo lo que siempre quise, y me invade una gratitud tan intensa que me emociono, recordando un poco del pasado difícil que viví.

Me quedo charlando un rato con Rowan, cerrando los últimos detalles de la campaña. Sigo un poco inquieta, sobre todo porque insiste en que yo desfile.

Al cabo de un tiempo regreso a mi departamento, pero no me quedo allí. Edward quiere hablar conmigo, y sospecho que tiene algo que ver con los inversores.

Repaso mentalmente todo lo que dije, por si acaso metí la pata en algún momento, pero sinceramente creo que esta ha sido una de mis mejores presentaciones.

—¿Querías hablar conmigo? —pregunto al entrar en su despacho.

—Sí —responde, sin apartar los ojos del portátil durante unos segundos. Después me mira con atención—. Quiero felicitarte por la

reunión, especialmente por las ideas que propones implementar. A todos los accionistas les encantó, y puedo decir con certeza que te has convertido en su favorita.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente. Llevan muchos años en este sector y saben reconocer un trabajo bien hecho, sobre todo cuando alguien ama lo que hace.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias —dice, serio—. Solo sigue haciendo tu trabajo y pronto cosecharás los frutos de todo lo que soñaste.

Escuchar eso hace que una sonrisa enorme se dibuje en mi rostro. Saber que personas tan importantes valoran mi trabajo me hace sentir poderosa.

—Otra cosa: Ángela no para de hablar de ti. Como padre... estoy celoso —dice con una sonrisa entre divertida y tierna.

—Eso tiene fácil solución, ¿no crees? —respondo.

Últimamente he ganado más valor para decir lo que pienso. No solo en el trabajo, sino sobre todo cuando se trata de Edward.

—Facilísimo. Por eso voy a recogerte a las siete en casa. Vamos a tener una reunión… solo los tres.

—Espera... los viernes no sales de aquí hasta después de las ocho.

—Hoy sí —afirma, con firmeza—. Estoy dedicándole más tiempo a Ángela, y no voy a sacrificar eso por ningún trabajo.

—Eres un buen padre, Edward. Probablemente uno de los mejores que he conocido.

Por un momento creo que va a sonreír al escuchar mis palabras, pero ocurre justo lo contrario. Su expresión cambia, y sé que se ha acordado de algo que no le hace ninguna gracia. No sé si

tiene que ver con Ángela, pero prefiero no preguntar. Conozco el temperamento de mi jefe dentro de Cooper Potter.

—Puedes volver a tu trabajo. Y, de nuevo, enhorabuena.

***

—¡Mira, papá! —Ángela le enseña uno de sus dibujos hechos en el cole, y mi jefe lo observa con atención.

Llevamos dos horas los tres juntos, y hoy Ángela está mucho más animada que otros días. Cuando Edward va a la cocina, ella me susurra: «Mi papá es el mejor del mundo».

Como soy una llorona, casi se me escapan las lágrimas en ese momento, pero consigo controlarme. Para ella, eso significa muchísimo, y lo que ellos dos se han convertido en mi vida… no sé ni cómo ponerlo en palabras.

—Ven aquí. —Edward abre los brazos y la pequeña corre a abrazarlo, subiéndose a su regazo—. ¿Te lo estás pasando bien hoy? —pregunta mientras la estrecha fuerte y acaricia su pelo.

Al ver ese gesto, me pregunto si alguna vez fui amada así en mi infancia. Mis recuerdos sobre eso son un borrón. Ni siquiera sé cómo eran las caras de mis padres, si siguen vivos… si alguna vez me quisieron.

—¿Pasa algo? —pregunta él, y yo niego con la cabeza.

—Papá, ¿a que Aurora es súper guay?

Todavía no me acostumbro a que Ángela me elogie, y últimamente lo hace todo el tiempo. Me hace feliz formar parte de ese amor, y me despierta un deseo muy real de ser madre algún día.

—Sí, y me gusta mucho estar con ella —responde Edward, y mi corazón se acelera de inmediato.

Permanecemos unos minutos más en el salón con Ángela, y luego ella se va a bañar. Parece agotada, pero feliz.

—¿Tienes noticias de Melanie? —le pregunto mientras le ayudo a recoger algunos juguetes.

—No ha intentado contactar con su propia hija desde el día en que nos separamos —responde, como si repitiera algo que ya se ha resignado a decir.

Después de eso, se queda callado. Y yo noto que algo más grave se esconde detrás.

—Pareces preocupado. ¿Quieres hablar?

—No te preocupes por mí, Aurora. Voy resolviendo mis cosas poco a poco.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que mentirme ya no sirve de nada?

Probablemente nunca antes había sido tan directa con él respecto a esto. Pero no me contesta.

—Edward... ¿estás preocupado por algo relacionado con Ángela? ¿Melanie quiere llevarte a juicio para pedir la custodia? —pregunto, con el corazón en un puño, porque tendría todo el sentido del mundo… como una forma de castigo por la separación.

—¡No! Bajo ningún concepto mi hija se irá con ella. Ni siquiera quería tenerla, y…

Se detiene, mirando fijamente un punto en la pared. Mi jefe parece derrotado, y verlo así me rompe el alma.

—¿Y qué más, Edward? —pregunto casi suplicando, y él me mira a los ojos, conmovido.

—Ninguno de los dos quería tener hijos. Ángela… Ángela no debía existir. Y... me siento un puto desastre de padre por seguir pensando eso todos los días.

Escucharle decir eso... es un auténtico golpe al pecho.

¿Edward no quería a Ángela como hija? ¿Qué significa eso?

—Por favor… estoy aquí. Puedes confiar en mí —le digo, tomando sus dos manos. Él vuelve a mirarme, aún visiblemente afectado por algunos recuerdos.

—Estoy utilizando a mi propia hija desde el día en que nació, Aurora, y nunca voy a perdonarme por eso. Fue un experimento y... soy el peor padre del mundo por haber hecho algo así.

Sus palabras vuelven a golpearme por dentro. No tengo ni idea de por qué se siente así.

—No lo entiendo...

—¡Melanie y yo nunca tuvimos relaciones! —espeta de pronto, con los ojos enrojecidos—. Desde que nos conocimos compartíamos los mismos objetivos: construir un imperio. Esa era nuestra prioridad. Decidimos casarnos, y para darle credibilidad a nuestra imagen… tener un hijo.

—¿Ángela...? —susurro, llevándome una mano a la boca, en shock.

—Nuestra hija fue concebida por inseminación artificial. La idea era proyectar una imagen de familia perfecta ante los demás. Fingir. Usé a mi propia hija, Aurora. ¿Tienes idea de lo que significa eso? —Edward se desmorona delante de mí, y de pronto todo empieza a encajar—. Soy un monstruo.

—No, no lo eres. La amas, se ve en tus ojos.

—Sí, pero lo que hice en el pasado...

—¡Olvídate del pasado! —lo interrumpo—. Ángela es tu hija. Sientes algo real por ella, y eso es lo que importa. Todos cometemos errores, pero ahora ella forma parte de tu vida. No importan las circunstancias, porque sé que la amas con todo tu corazón… igual que yo os amo a los dos.

Decir eso tan abiertamente me habría costado hace unas semanas. Pero ahora me sale con total naturalidad. Sé que fue la

elección correcta.

Edward parecía vencido, pero ahora parece recuperar algo de fuerza. Me sujeta el rostro y toca mis labios con intensidad, deseándome.

—No tienes ni idea de lo feliz que me haces, Aurora.

Nos quedamos así, con las frentes pegadas, saboreando el beso. Me siento tan segura entre sus manos, que por un momento, el mundo parece perfecto.

—¿Estabais besándoos?

Damos un respingo al oír la voz de Ángela, que se acerca sonriendo de oreja a oreja.

—Cariño…

—Sí, tu padre me ha besado —digo con una sonrisa y le guiño un ojo antes de que él pueda decir nada.

—Entonces... ¿vas a ser mi mamá ahora?

Me quedo sin palabras. No esperaba que reaccionara tan bien a todo esto que está ocurriendo entre nosotros.

—Ángela... —Edward se acerca a ella con un tono completamente distinto, y por un segundo creo que va a decirle que no repita algo así. Pero no. Todo lo contrario—. Creo que Aurora sería la mejor mamá que podrías tener.

Capítulo 50

Aurora López

¡Por fin ha llegado el tan esperado día en que voy a desfilar!

Claro que lo digo en tono de broma, porque en realidad estoy convencida de que voy a terminar de cara contra el suelo, y no hay nadie en el mundo que consiga sacarme esa idea de la cabeza: ¡ES EXACTAMENTE ESO LO QUE VA A PASAR!

—¡Tranquila, mujer! —Sebastian me acompaña en el camerino mientras yo sudo por las manos y mi mente se llena de pensamientos aleatorios.

—¿Aún puedo echarme atrás? —pregunto al borde del llanto.

—¡Ni se te ocurra! —exclama con un tono firme—. Has hecho toda la campaña, y lo más fácil es desfilar.

—¡No lo es! —replico—. Haría la campaña diez veces más si no tuviera que poner un pie en esa pasarela.

Sebastian resopla, pero se agacha enseguida frente a mí.

—Sé que puede dar miedo, pero todo lo que se hace por primera vez cuesta. Tenemos miedo de fallar, y eso es completamente normal —dice, mientras una chica se acerca para ayudarme a meterme en un vestido rojo ceñido. —Sé lo importante que fue esta campaña para ti. Por eso, cuando salgas ahí fuera, vas a estar espectacular.

Son veinte minutos interminables hasta que por fin estoy lista... o al menos, casi. Ahora le toca a Rowan encargarse de mi maquillaje.

—Sé que estás nerviosa, pero también sé que estás preciosa. Todo lo que hiciste para mí fue maravilloso —dice de pronto, con

una sonrisa tímida.

—Nunca he desfilado. De hecho... nunca imaginé que algún día pondría un pie en una pasarela. Creo que sabes lo torpe que soy.

—Aurora, las mujeres somos bellas por naturaleza. Tú eres una mujer preciosa, y ahora tienes la oportunidad de mostrarlo al mundo. Puedes inspirar a muchas, igual que me has inspirado a mí —responde sonriendo mientras da los últimos retoques a mi maquillaje. Sus palabras me dan confianza, y dejo de pensar tanto en lo que ocurrirá dentro de unos minutos.

Después de un rato, observo a las demás modelos, casi todas listas. Respiro hondo y cierro los ojos.

De verdad voy a entrar en esa pasarela. Y lo haré lo mejor que pueda. Como quien decide mirar de frente a sus miedos más profundos...

Edward Cooper

—Lo siento, Edward.

—¿Por qué? —le pregunto a mi amigo, Matthew Crawford, arrepintiéndome de inmediato. Él nunca se disculpa por nada.

Estamos en primera fila, esperando a que empiece el desfile. Las modelos saldrán en breve, y tengo que admitir que estoy nervioso.

—Me refiero a Aurora. Hace unos meses dije que ella era fe...

—¡Matthew! —gruño.

—Que tenía una belleza peculiar, ya sabes. Pero ahora veo que no era fea. Simplemente escondía su belleza con ropa horrible... y con miedo. Con mucha vergüenza.

—Aurora es preciosa, y lo vi desde el primer momento. No me importa lo que los demás piensen de ella, solo me importa lo que pienso yo —respondo con firmeza. Y durante unos segundos, él me mira con desconfianza. Supongo que acabo de decir más de la cuenta.

—Tú y ella... —deja la frase en el aire y pone los ojos en blanco antes de sonreír—. Bueno, por lo visto eso le ha sentado bien a tu empleada. En la reunión en la que estuvimos juntos, parecía otra persona. Llena de confianza, con ideas brillantes.

Siempre supe que Aurora era inteligente desde el primer momento en que la vi. Pero ahora sé que es más que eso... si es que eso es posible. Tiene justo el perfil empresarial que estuve buscando durante años. Ama lo que hace, y eso es lo que más admiro en alguien. Ella me hizo querer conocerla. Y hoy... no sé cómo sería mi vida sin ella a mi lado.

Joder, estoy completamente enamorado de esta mujer. Y ya no soy capaz de disimularlo.

—Fue creativa y se lo curró. El mérito es todo suyo.

—Si tú lo dices... —responde, levantando las manos.

Pasan unos minutos más, las luces se apagan y, segundos después, se encienden para dar inicio al desfile.

—¡Hostia! Pero qué cantidad de tías buenas juntas... —dice, entusiasmado.

Una a una, las modelos cruzan la pasarela. Pero a mí no me importa ninguna.

Cuando Aurora aparece finalmente en el salón, no sé describir exactamente lo que siento. No me fijo en nada concreto: ni en el vestido, ni en el peinado, ni en los zapatos. Solo en su rostro. En su porte. Y en su boca.

Ah, su boca. Está realmente preciosa.

—Guau. Aurora está... —Matthew iba a terminar la frase, pero mi cara le advierte que no lo haga—. Deslumbrante...

Verla desfilar, con tanta profesionalidad y creatividad, me llena de orgullo.

Reconozco que la forma en que una mujer se viste dice mucho de ella, y ahora, al fijarme bien en su vestido rojo ajustado a la cintura, veo un encanto especial en las curvas de su cuerpo.

Verla sonreír, tan feliz y segura, me hace sentir... un hombre completamente distinto.

***

El desfile dura una hora, y Aurora aparece en la pasarela tres veces, con conjuntos distintos, cada uno más bonito que el anterior. Tengo que decir que no presto demasiada atención a los accesorios… porque ese pintalabios rojo en sus labios me impide concentrarme en cualquier otra cosa.

Cuando termina la ceremonia, me retiro a un salón reservado para hacer una llamada. Logan me había contactado, y hay asuntos que no pueden esperar.

—¿Querías hablar conmigo? —pregunto, en cuanto responden al otro lado.

—¡Quiero hablar contigo! —escucho una voz detrás de mí. Está con su maletín en una mano y el móvil en la otra.

—Dime, ¿cuál es el problema esta vez?

—Ninguno. Solo he venido a ver el desfile.

—Cuenta otra, Logan.

—¿Soy tan predecible? ¡Mierda! —responde, fingiendo decepción—. En realidad he venido a contarte algunos planes.

—Te escucho.

—Melanie y Yan Muller van a casarse.

No puedo evitar soltar una carcajada sarcástica al oírlo. Aun así... esos dos se merecen mutuamente.

—Que sean felices, aunque no lo serán jamás —me encojo de hombros—. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Bueno... —se acerca un poco más y suspira—. Están planeando comprar tu empresa.

—Eso no va a pasar —respondo al instante, y Logan niega con la cabeza.

—Estás debilitado, Edward. En breve, la mitad de esas inversiones pertenecerán a Melanie. Sabes bien lo que estipula la cláusula.

—Lo sé perfectamente. El 50 % es suyo —digo, automáticamente, recordando el acuerdo que firmamos cuando nos casamos.

—Exacto. Y Yan Muller tiene un patrimonio tan grande como el tuyo. La unión de ambos es un... jaque.

—¿Y qué propones?

—Contraatacar. Primero deja claro que fuiste tú quien quiso el divorcio, no al revés. Estoy seguro de que van a intentar usar algo en tu contra. Luego... está Aurora, y...

—No pienso usarla, Logan —lo corto de inmediato.

—No te estoy pidiendo eso —responde con seriedad—. Te estoy pidiendo que hagas lo que realmente deseas. Sé que te has enamorado. No estaba bromeando cuando dije que venía a ver el desfile. Vi cómo la mirabas. Si la amas de verdad, haz pública esa relación. De lo contrario, tienes más que perder que ganar. Vivir con miedo del pasado es la peor de las locuras...

Aurora López

Nunca antes me habían felicitado tantas personas como hoy. Y no solo por el desfile, sino también por la campaña publicitaria.

Varios empresarios presentes en el evento vinieron a hablar conmigo, interesados en mi trabajo. Y respondí con orgullo que formaba parte de la Cooper Potter.

Y hablando de la empresa…

Mi jefe camina hacia mí con el rostro serio y la mirada intensa.

—¿Pasa algo? —pregunto, preocupada.

—No, todo lo contrario. He venido a felicitarte por la campaña y por el desfile… y a decirte que estabas preciosa.

Todavía no me acostumbro a sus elogios.

—Gracias, jefe —respondo, sonrojándome.

—No me llames jefe, Aurora —dice mientras se acerca poco a poco, rodeándome con sus brazos y fijando sus ojos en mis labios, decidido—. Estoy cansado de ocultar lo que siento. Te quiero para mí. Todos tienen que saber que te he elegido. No solo yo… también Ángela.

Oír su nombre me recuerda cuánto la quiero…

—Edward… yo…

—Sé que tengo que demostrarte que te amo. Y voy a hacerlo. Muy pronto.

Él se separó hace poco, y no sé si eso es lo que le impide dar un paso más. Quizá tenga miedo de la opinión pública…

Sinceramente, no sé qué pensar. Y en momentos así, lo mejor es dejarse llevar por el instinto. Y mi corazón ya tenía la respuesta a sus palabras.

—Tú y Ángela ya vivís en mi corazón. Y haré todo lo posible por demostrarte que puedo ser completamente tuya.

Capítulo 51

Aurora López

1 mes después

Estoy viviendo un cuento de hadas.

Edward parecía otro hombre durante estos últimos treinta días. Estaba más presente, pasaba mucho tiempo conmigo y con Ángela, y hablábamos durante horas —por las mañanas y las tardes — sobre el futuro de la empresa, así como de los nuevos proyectos que yo estaba deseando implementar. Incluso nos fotografiaron juntos a los tres mientras salíamos.

Hace dos semanas salimos en portada de varios periódicos, donde decían que yo era el nuevo «affaire» de uno de los CEO más prominentes de Nueva York. Aún me asusta un poco, pero ahora tengo una certeza: él confía en mí.

Lo siento, lo sé. Aun así, lo veo preocupado buena parte del día, y sé que puedo ser una de sus preocupaciones... sobre todo teniendo en cuenta que seguimos con los guardaespaldas encima todo el tiempo.

Ahora mismo estoy en su casa, y Ángela ya está dormida. Hoy, Edward está más distante y apenas ha dicho nada.

Eso me inquieta.

Estoy preocupada por lo que pueda estar ocurriendo, y quiero ayudarle… como él me ayudó a mí meses atrás.

—¿Pasa algo? —pregunto con suavidad, y él niega con la cabeza.

—Preocupaciones normales del trabajo.

Tras unos segundos de silencio, respiro hondo. Hay algo que quiero saber. Una pregunta arriesgada.

—¿Dónde están tus padres, Edward?

Creo que no se esperaba esa pregunta. Su rostro cambia de inmediato, tan brusco que por un instante pienso que va a gritarme o a decirme que no es asunto mío. Pero no. Se sienta, pensativo.

—Murieron hace ya tiempo, Aurora.

Lo había imaginado, pero quería conocer un poco más de su pasado.

—¿Y... qué ocurrió?

—Los asesinaron cuando yo tenía cinco años, en México.

Escuchar eso fue como recibir una bofetada.

—Lo siento, no debería haber...

—Está bien. No suelo hablar de ello, pero confío en ti —me dice. Me ruborizo cuando lo escucho decirlo, y él sonríe después—. Se metieron con la gente equivocada y no pagaron una deuda.

—¿Entonces tienes nacionalidad mexicana?

—Mi padre era mexicano. Mi madre, en cambio, nació en Estados Unidos. Se conocieron cuando ella viajó a Cancún, la ciudad de mi padre. Ella decidió mudarse a México y así empezó su historia. Pero como toda historia... tuvo sus altos y bajos. Y acabaron rodeándose de personas equivocadas.

—¿Eran criminales? —pregunto con cautela.

—No del tipo que estás pensando. No eran narcotraficantes como tal... pero andaban en cosas parecidas. Se dedicaban a trabajos ilegales.

—Ya veo...

No quiero insistir demasiado. Está claro que esto todavía le remueve mucho por dentro. Pero aun así, sigue hablando:

—Robaron una cantidad significativa de droga y tenían pensado volver a Estados Unidos y empezar de nuevo aquí. El problema fue que los descubrieron, y no dijeron dónde la habían escondido. Los mataron a los dos, y toda mi familia fue amenazada de muerte. Yo incluido. La hermana de mi tía, Paulina, me cuidó unos días, pero luego me entregó a una familia. Ellos me llevaron a cruzar la frontera de forma ilegal.

—¿Pero por qué todo eso?

Edward se giró lentamente, mirándome con los ojos vidriosos.

—Como te dije, mi familia fue sentenciada a muerte, y la única forma de sobrevivir fue huir a Estados Unidos. Mataron a todos… menos a mí.

Me llevo una mano a la boca, impactada, aún intentando asimilar todo lo que acaba de confesarme.

—Eso es…

—Aurora, eso ni siquiera es la mitad de lo que pasé. Aquí en Estados Unidos viví en un orfanato durante bastante tiempo, y crecí con el miedo constante de que vinieran a por mí. En aquella época no entendía bien la situación, pero cuando me trasladaron a Nueva York, conmigo venía una carta explicando todo lo que acabo de contarte. Cuando cumplí la mayoría de edad tomé una decisión importante, y tuve que falsificar mi nombre, por miedo a que aún después de tantos años me siguieran buscando.

—Pero… ¿tu nombre no es Edward Cooper?

—No.

Mi cabeza dio vueltas.

—Entonces... ¿cómo te llamas?

—¿Tú qué nombre me pondrías? —pregunta con tono divertido.

—No sé… Alejandro, Luis, Roberto…

—¿De verdad crees que tengo cara de llamarme así? —me lanza una mirada entrecerrando los ojos.

—¡No! Estoy soltando los primeros que me vienen a la mente.

Se queda en silencio unos segundos, y luego dice:

—Mi nombre es Miguel Ángel.

—Espera un momento… —Abro los ojos de par en par y, de repente, muchas cosas empiezan a encajar—. ¿Por eso Ángela…?

—Exacto. Quería que llevara el apellido de mi familia, y por eso le puse ese nombre.

Seguía en shock. Jamás habría imaginado que Edward no era estadounidense. Mucho menos que su familia había sido asesinada.

—¿Y por qué te casaste con Melanie?

—Mi relación con Melanie fue una alianza estratégica para tener poder. Yo ya era un CEO respetado en la ciudad antes de cumplir los treinta, y ella era una estrella emergente. Sé que me equivoqué al asociarme con ella… y al usar a mi propia hija en todo eso. Pero cuando Ángela nació… —Una sonrisa auténtica se dibuja en su rostro. Está claro que es un padre orgulloso—. Nada de lo que había planeado tenía sentido. Y cuando vi su carita por primera vez, empecé a amarla incondicionalmente. Mataría por mi hija. Pero Melanie no. Para ella, Ángela no es más que una estrategia de marketing. Y lo sigue siendo.

—¿Entonces por qué ese miedo a separarte de ella? —pregunto, y él no responde. Su expresión se torna fría. Preocupada —. ¡Dios mío! Ella sabe todo sobre tu pasado...

—Sí. Todo. Melanie no solo puede arruinarme... también tiene poder para amenazar a las personas que más amo: tú y

Ángela. Por eso nunca me he permitido acercarme demasiado a nadie.

Es inevitable acercarme a él y abrazarlo.

—Siento mucho todo lo que has pasado. No fue culpa tuya.

—Lo sé. Pero hay cosas que simplemente no se pueden olvidar.

Pienso en mi propia familia durante unos segundos. O mejor dicho… en la falta que me hace.

—No conozco a mis padres, pero daría lo que fuera por saber dónde están ahora. Quiero saber por qué me abandonaron.

—No sabes si te abandonaron. Puede que simplemente...

—¿Murieran? —pregunto, y él asiente.

—No sabemos nada con certeza en esta vida, Aurora. Pero es en los momentos en los que más ansiamos una respuesta cuando, de pronto, la vida aparece… y nos obliga a mirar todo desde otra perspectiva. Yo soy la prueba viviente de eso.

Capítulo 52

Aurora López

—¿Qué te pasa hoy, Aurora? —pregunta Sebastián mientras regresamos del almuerzo.

Hoy estoy en modo automático. No consigo sacarme de la cabeza la historia que Edward me contó ayer, y no paro de imaginarme en su lugar.

—Nada. Solo es el trabajo acumulado.

—Claro... Tengo que confesarte un secreto —dice, justo al entrar en la empresa—. ¿Me perdonas?

—Depende. ¿Qué hiciste? —le lanzo una mirada traviesa, con curiosidad.

—Es que... anoche salí con Manu. ¡Ya está, lo solté!

—¿¡Quéeee!? ¿Y ni siquiera me invitaron? ¡Traidores! —respondo fingiendo indignación.

—¡Joder! Sabía que te lo tomarías así, pero es que fuimos a sitios bastante... subiditos de tono. Estoy mostrándole algunos placeres de la vida.

—Estoy de broma. En serio, me haría muchísima ilusión que os volvierais buenos amigos. De verdad, no te imaginas cuánto.

—Ya lo somos, gatita —me guiña el ojo, devolviéndome el gesto.

Mientras esperamos el ascensor, suena mi móvil. Al mirar la pantalla, veo que es una llamada de... la abuelita.

El corazón se me acelera. No me llama desde hace meses, y todas las veces que intento hablar con ella, no contesta.

Respiro hondo y atiendo.

—¿¡Abuelita!?

—¿Aurora? —responde una voz que no reconozco al instante, y dudo un segundo antes de contestar, pero lo hago.

—Sí... ¿quién habla?

—¿No te acuerdas de mí? Soy Consuelo.

Automáticamente recuerdo a la vecina de la abuelita.

—Perdona, no reconocí tu voz. ¿Ha pasado algo?

—Sí, Aurora... verás... tu abuela está muy enferma.

Un impacto brutal.

Durante unos segundos no soy capaz de pensar con claridad. Lo único que me viene a la mente es la imagen de mi abuelita en la cama, temblando, llorando...

—¿Me estás escuchando? —pregunta ella. Yo me apoyo contra la pared. Las piernas me flaquean, y me cuesta volver a la realidad.

—S-sí... Voy a buscar la forma de ir a Yuma.

—Está bien, Aurora. Y... ha sido ella quien ha pedido verte. Está en casa, con cuidados, pero se negó rotundamente a ir al hospital después del diagnóstico. Perdóname por avisarte tan tarde.

Se me llenan los ojos de lágrimas. No imaginaba que había sido ella quien pidió por mí.

—G-gracias.

Cuelgo, y mi mente se llena de pensamientos desordenados. No sé ni por dónde empezar.

—¡Estás blanca como un papel, Aurora! ¿Qué ha pasado?

A trompicones, le cuento lo que acabo de saber. Mi amigo no se lo piensa dos veces.

—Vete a casa ahora mismo y compra el primer billete que encuentres. Yo le aviso a Edward.

Sigo funcionando en piloto automático cuando salgo de Cooper Potter... sin tener idea de que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

***

Edward me llama justo cuando pongo un pie en el aeropuerto.

Le cuento lo que ha pasado y, aunque se ofrece a venir conmigo, prefiero ir sola. Tiene sus responsabilidades, y su ausencia podría entorpecer el funcionamiento de la empresa.

Al llegar a Yuma, en Arizona, voy directamente a la casa que conozco de memoria y donde viví tantos años.

No sabría explicar por qué, pero resulta extraño volver aquí. Como si algo oscuro recorriera mi cuerpo entero.

Llamo a la puerta, y Consuelo me abre. Parece algo sorprendida.

—Has llegado rápido.

—Sí —respondo, entrando sin rodeos—. ¿Está en su habitación? —pregunto con urgencia.

—Sí.

Cruzamos juntas el salón y, al ver a ese hombre sentado en el sofá, siento un escalofrío. No sé por qué, pero Roger Antunes siempre me ha puesto los pelos de punta.

Apoya las manos en su bastón característico y me mira serio, como si pudiera leerme por completo. Pero no puede. Nunca podrá.

—Aurora —dice, con un leve gesto de cabeza. Yo no respondo—. ¿Cómo estás?

—Eso ahora no importa.

Paso de largo, con Consuelo pegada a mí, y entramos al dormitorio de la abuelita, cerrando la puerta tras nosotras.

—Aurora... tiene cáncer de pulmón. En fase avanzada. Lo descubrimos la semana pasada —susurra.

La imagen que tengo delante me parte el alma.

Mi abuela está delgadísima, con la mirada perdida en el techo. Al acercarme, veo unas lágrimas corriendo por sus mejillas y su pelo todo revuelto.

—Estoy aquí, abuela... —murmuro. Ella gira la cabeza, atónita al verme.

—Os dejo a solas —dice Consuelo, saliendo del cuarto y cerrando la puerta.

—Mi niña...

Por mucho que me haya hecho daño, no soy capaz de sentir rencor. Lo único que siento es una preocupación inmensa, porque ella fue... como una madre para mí, cuando no tenía a nadie.

—Sí, abuela. —Le tomo las manos. Las lágrimas me caen al recordar todo lo que vivimos juntas.

—Perdóname —dice de pronto, y sus ojos se llenan en un segundo.

Me acomodo con cuidado a su lado, junto a su cuerpo que ya casi no tiene fuerza.

—No te preocupes por eso. Estoy aquí ahora.

Observo lo difícil que le resulta hablar. Se remueve inquieta al verme.

—Aurora...

—¿Sí, abuela? —respondo, angustiada.

—Tienes derecho a saber la verdad, mientras aún me quede tiempo.

—¿La verdad sobre qué?

—Sobre tu familia.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Ese tema siempre fue tabú. La propia abuelita se refería a mi madre como una «puta», así que crecí pensando que había sido una mujer de la calle. Pero ahora... ya no sé qué pensar.

—Abuela, por favor, descansa. Hablamos luego y...

Me agarra la mano con fuerza, sus ojos fijos en los míos.

—Fui yo quien pidió a Consuelo que te llamara. Necesito contarte la verdad. Por favor, escúchame...

Sigo mirándola, intentando confiar en lo que me dice, y entonces veo algo en su mano derecha: lleva un anillo de oro que nunca antes le había visto.

En él hay dos letras grabadas en el centro: «BC».

En nuestra cultura, la «B» representa la mala suerte y la «C», la calamidad. No creo que eso tenga relación... pero aun así, me da miedo.

—¿Mis padres... murieron? —pregunto, con el alma encogida.

La abuela no responde de inmediato. Niega con la cabeza y luego empieza a toser sin parar.

—¿Necesitas que haga algo?

—Sí. Escucha bien, Aurora. Abre ese baúl...

Me señala un viejo arcón que está junto al espejo.

Nunca me dejó acercarme a él mientras viví aquí. Si siquiera lo miraba de cerca, me castigaba o me gritaba.

Con cuidado, levanto la tapa y la miro.

—Coge el sobre y tráemelo.

Obedezco. Al acercarme, vuelve a agarrarme la mano con firmeza.

—Léelo esta noche. Y lo más importante: ¡no se lo enseñes a nadie!

No entiendo tanto misterio, pero lo más sensato es asentir.

—¿Mi madre fue realmente... una prostituta?

Ella no responde. Solo clava los ojos en la pared, como buscando las palabras adecuadas.

—No. Pero él te abandonó —revela, tosiendo de nuevo.

No quiero verla así, tan débil. Pero parece dispuesta a darme las respuestas que tanto he buscado durante toda mi vida.

—Tus padres... son muy ricos. Pero también extremadamente peligrosos y vengativos.

—¿Pe-pe... peligrosos? —pregunto, con el corazón en la garganta.

—Prométeme que no los vas a buscar. ¡Por favor!

—Pero... ¿qué podrían hacerme?

—Matar a su propia hija.

***

Permanezco en la habitación unos minutos más, y mi abuela acaba quedándose dormida.

En su rostro se refleja el dolor profundo que está sintiendo, además del peso del arrepentimiento, la pena y la decepción. Me doy cuenta de que la mujer que me crió está a punto de morir.

Respiro hondo y camino hasta el salón, donde veo a Roger Antunes exactamente igual que antes: inmóvil, observándome en silencio.

—Tenemos que hablar —dice de pronto.

—No, no tenemos.

—Aurora. No soy tu enemigo, y...

—Querías utilizarme —lo interrumpo, con los ojos enrojecidos por la rabia—. Tenerme como esposa sin que yo siquiera hubiese dado mi consentimiento.

—¡Y todavía quiero que seas mi esposa! —intenta incorporarse con dificultad, y yo doy un paso atrás—. Por favor, ven a vivir a Yuma. Haré todo por ti, y...

—¡Me das asco! —escupo, y su expresión cambia de golpe.

Durante unos segundos se queda sin saber qué decir. Luego niega lentamente con la cabeza y una sonrisa burlona aparece en su rostro.

—No soy tan diferente de tu jefe, Edward Cooper.

—Sí que lo eres —replico, firme, acercándome—. Sé perfectamente que vendes droga por todo Arizona desde que yo era niña, y si tuviera pruebas, te metería en la cárcel sin dudarlo.

—¿Estás segura? —pregunta con una mirada distinta, entrecerrando los ojos. Pero esta vez no voy a dejarme intimidar.

—Sí, completamente segura.

—Y supongo que también denunciarías a todos los implicados, ¿verdad, Aurora?

No entiendo muy bien a qué se refiere, pero mi respuesta es obvia.

—Creo que ya sabes la respuesta.

—Qué lástima... —dice, soltando un suspiro y dejándose caer de nuevo en el sillón—. Por lo que estás diciendo, no dudarías en meter a Edward Cooper entre rejas.

—No voy a creer ni una sola palabra tuya, y...

—Me da igual si me crees o no, ¡pero voy a decirte la verdad, niña! —me interrumpe, encendido de rabia—. Edward me ayudó bastante con la senadora en lo referente al tráfico de drogas. Si ahora tengo vía libre, es gracias a la influencia de tu querido jefe.

—¿Y por qué crees que iba a creerte?

—Ya te lo he dicho: no me importa —responde aún con seriedad—. Por lo que veo, no conoces en absoluto al hombre para quien trabajas, ni lo que ha hecho para llegar donde está. Pero déjame abrirte los ojos: Edward Cooper no es ningún héroe. Todo lo contrario. Se convirtió en CEO pisando cabezas, y es solo cuestión de tiempo que haga lo mismo contigo.

—Edward... no me haría eso —respondo, recordando su rostro, la manera en que cuida de Ángela, la forma en que me toca...

—Si dudas de mí, enfréntalo. Puede que sea un hombre que ya no tiene nada que perder, pero lo que nunca he sido... es un mentiroso de mierda.

***

Decido dormir en mi antigua habitación.

La preocupación por mi abuela crece con cada segundo que pasa, y no hay nada que yo pueda hacer.

Instintivamente, mis ojos se dirigen al altillo, y allí veo el sobre con la carta. Me quedo observándolo durante mucho rato, aún con miedo de descubrir lo que me espera.

Matar a su propia hija...

Esa es la única frase que resuena en mi cabeza, y un miedo profundo se apodera de mi corazón.

Aunque sigo resistiéndome, termino tomando el sobre entre las manos. Lo abro, y paso los ojos por la carta.

«Estoy segura de que guardarás este sobre, mamá. No tengo mucho que decir, solo unas palabras sobre este viaje sin regreso... y un recado para ti.

El amor es una calle de doble sentido, y por eso no vale la pena quedarse sola en una carretera vacía. Así que, mejor estar con quien te ama. Al menos, eso es lo que pensé.

Todos nacemos puros, pero frente a la sociedad, esa pureza se vuelve insostenible. Una forma de entender el corazón es reconocer el propio ego y ver quién eres en realidad. El problema es que el ego siempre buscará transformarse para no ser descubierto, evitando así mostrar la verdad.

No soy «pura», y me involucré con una familia peligrosa. Amé a un hombre, pero... todo se vino abajo cuando nos descubrieron. Fue entonces cuando entendí que estaba atrapada en una carretera sin destino, y mi ego me empujó hacia una salida común a la de muchas otras mujeres. Actué por instinto, y huir fue mi última opción... hasta que descubrí que llevaba una vida creciendo dentro de mí.

Todo cambió, pero... nada cambió.

No podía arriesgar todo mi plan de escape y volver al infierno del que venía. Aun así, su recuerdo inundaba mi mente: todo lo que ese hombre hizo por mí, el amor que sentía y lo poco que quedaba de mi corazón todavía latiendo. A pesar de eso, no quiero ese futuro para la sangre de mi sangre.

Por favor, jamás permitas que Aurora tenga contacto con los Boccuti. Si lo hace, estoy segura de que la sangre mestiza de mi hija, tu nieta, será derramada en un suelo frío, sin el menor remordimiento.

Espero que algún día podáis perdonarme…»

Helena.

Capítulo 53

Edward Cooper

Durante algunas horas intenté ponerme en contacto con Aurora. Sin éxito.

Estaba a punto de irme a Arizona, pero por fin me devolvió la llamada y me contó los detalles de lo que estaba ocurriendo.

Sebastián ya me había informado lo básico: que su abuela estaba muy enferma y que Aurora había decidido viajar hasta allí.

No me opuse. Su abuela es su única familia. El problema es que sé que esa mujer intentó manipularla en el pasado, y si Aurora no trabajase en Cooper Potter, probablemente ya habría tenido que ceder a sus exigencias.

Por lo que parece, el cáncer de su abuela está en fase terminal.

Aurora es una mujer fuerte, pero aun así... tengo miedo de cómo vaya a reaccionar.

Logan había agendado una reunión urgente conmigo. Mi abogado acababa de llegar a mi despacho, pero no dijo nada. Se quedó mirando por la ventana, pensativo.

—¿Qué pasa, Logan?

—En diez días, Yan Muller y su exmujer vendrán a verte. El motivo de esa pequeña reunión será proponerte que vendas tu empresa.

—No pienso recibirlos —respondo, irritado.

—Eso sería un gran error —apunta, sentándose frente a mí —. Abrirás la puerta para que se busquen otras vías... y la gente

cercana a ti podría salir perjudicada. Conozco a esa clase de personas. Lidio con ellas todos los días.

Los rostros de Aurora y Ángela se me vienen de inmediato a la cabeza. No voy a permitir que un problema provocado por un Edward inexperto del pasado acabe afectándolas.

—Tengo que protegerlas de alguna manera, pero no puedo arrastrar a Aurora a esta red de mentiras.

Logan esboza una pequeña sonrisa, que enseguida desaparece mientras se queda pensativo.

—Diles lo que quieren oír, Edward —cruza los brazos—. Tu única salida es mentir para protegerlos a todos.

—¿Mentir cómo? ¿Decir simplemente que voy a considerar su oferta?

—No hablo de la empresa. Hablo de preocuparte por las personas que te importan. Si quieres mantener a Aurora fuera de su radar, eso es lo que tienes que hacer. En cuanto a Ángela, mi intuición me dice que no harán nada con ella. Sobre todo porque Melanie es su madre.

Tras su explicación, algo empieza a tomar forma en mi cabeza. Una idea que apenas está brotando... pero que puede madurar muy pronto.

—Veo que se te ha ocurrido algo —añade Logan.

—Sí.

Le explico a mi abogado cada detalle del plan. Hay una forma de hacer que Melanie y Yan Muller enfoquen toda su atención en mí y en la empresa... y no en quienes me rodean.

—Me gusta tu idea, Edward. Y podríamos reforzarla un poco más.

—¿Cómo?

Ahora es Logan quien me explica, paso a paso, lo que sería recomendable hacer en una situación como esta. Lo escucho con

atención.

—¿Estás seguro de que esto mantendrá a Aurora lejos de sus focos?

—Es arriesgado, pero si juegas bien tus cartas, puede funcionar.

Aurora López

Estuve hablando un buen rato con Consuelo, y me contó que mi abuela descubrió el cáncer demasiado tarde.

No quiso hablar con nadie, y solo acudió a Consuelo unos días después del diagnóstico. El gran problema era que el cáncer ya estaba en una fase avanzada, y...

Boca arriba, cierro los ojos, y al abrirlos me quedo mirando fijamente el techo, con los ojos llenos de lágrimas. Supongo que por tener un corazón bondadoso, sufro el doble ante ciertos obstáculos... y no deseo ver a nadie pasar por tanto dolor.

Me seco el rostro y trato de obligarme a dormir. Al parecer lo consigo por un tiempo, hasta que un ruido fuerte me despierta, y la puerta de mi habitación se abre bruscamente. Consuelo entra corriendo, completamente desesperada.

—Aurora, ella... no respira.

Salto de la cama y corro hacia la habitación de mi abuela. Por más que haya hecho muchas cosas terribles contra mí, todavía queda un resquicio de amor en mi corazón.

Al entrar en su cuarto, compruebo sus signos vitales. Después de unos minutos, confirmo lo que Consuelo ya temía.

Mi abuela ha muerto...

***

Fueron muchas horas preparando el funeral de mi abuela, ignorando las innumerables llamadas de Edward al móvil.

Ya había avisado a Sebastián y a Manu de que la abuelita había fallecido, y estoy segura de que Edward también lo sabe.

No quiero hablar con él. No quiero hablar con nadie.

Pasadas las seis de la tarde ya estaba todo listo, y el velatorio comenzaría sobre las ocho. Estoy mentalmente agotada. Y sola.

Completamente sola...

Me apoyo contra la pared y me quedo allí unos minutos, con los ojos cerrados, intentando resistir el nudo en el pecho... pero no puedo.

Toda mi infancia me viene como un relámpago a la cabeza, y recuerdo los momentos bonitos que pasé con mi abuela. No tiene sentido pensar en las cosas malas. Ahora que ya no está, solo quiero recordar lo que me hizo feliz.

Camino un poco y siento el móvil vibrar. Es un mensaje de mi jefe: dice que viene inmediatamente a Yuma. Por eso, decido devolverle la llamada.

—Aurora, lo siento muchísimo.

—Está bien, y gracias —respondo en voz baja—. La gente muere todo el tiempo.

—Sé que eras muy unida a ella. Te ayudaré con lo que necesites. Estoy saliendo para Yuma, y...

—No quiero que vengas, Edward —lo corto, respirando hondo—. Esto es algo que necesito enfrentar por mi cuenta, y no quiero involucrar a nadie más. Es lo mejor.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad? —su voz suena firme, y no puedo evitar recordar la conversación con Roger Antunes, cuando lo acusó de haberlo ayudado con el tema de las drogas. Algo se revuelve en mi estómago. Literalmente.

¿Sería capaz de matar a alguien por mí?

Siento una punzada en el vientre y me agacho.

—Necesito colgar, hablamos luego.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí —respondo con firmeza, aunque el ardor en la garganta me impide disimular el dolor.

—De acuerdo. Mis condolencias... y espero que estés bien.

Después de colgar, corro al baño y acabo vomitando.

Me quedo un buen rato mirando mi reflejo en el espejo: mi rostro pálido, la mujer en la que me he convertido.

Mi ropa, mi pelo, mi postura...

Todo ha cambiado. Pero lo que llevo en el corazón sigue intacto. Tengo mis valores, y no pienso traicionarlos.

No permitiré, bajo ninguna circunstancia, que me corrompan.

Cuando me recompongo, voy a la sala donde se celebrará el velatorio y empiezo a ver algunas caras conocidas llegar.

El funeral será sencillo. Era lo que ella quería.

Varias personas del pueblo ya estaban en la pequeña sala, y todos venían a darme el pésame.

A pesar de tanta gente alrededor, me siento fuera de lugar. Ahora lo tengo más claro que nunca: Yuma no es mi sitio. Nací para volar más alto, para luchar por mis sueños.

Después de unas horas, voy al cementerio para despedirme de mi abuela, y entonces, como una película, toda mi vida pasa por mi cabeza.

Todo ha sucedido tan deprisa. Hace nada era una niña corriendo por el suelo de tierra. Ahora soy una mujer con responsabilidades, que hace lo que ama... Solo me gustaría, de verdad, que la abuelita supiera que me estoy convirtiendo en una mujer feliz y realizada.

Capítulo 54

Edward Cooper

Han pasado tres días desde la muerte de la última persona con la que Aurora tenía un vínculo de sangre.

Siempre me dejo guiar por mis instintos, y todo en mí gritaba que debía viajar a Arizona. Pero decidí respetar lo que ella me pidió por teléfono hace unos días, y dejarla sola fue la mejor decisión.

Aurora no volvió a contestar mis llamadas, y me dijo que se quedaría en Yuma durante unos días.

Parece que está intentando simplemente distraerse, evadir el dolor y el duelo, pero la conozco mejor de lo que ella cree. Cuando se rompe un lazo verdadero, la sensación no es como uno espera.

Lo sé perfectamente.

No tengo ningún vínculo de sangre con nadie... salvo con mi hija.

No consigo concentrarme en el trabajo. Muchos temas me rondan la cabeza: Aurora... y la caída del beneficio trimestral. Mi empresa está enfrentando problemas serios, y el divorcio terminó sacando todo a la luz, ya que una parte del capital cayó directamente en manos de Melanie.

Después de un rato intentando concentrarme en mis obligaciones, veo a Sebastián entrando en mi despacho, mirándome... paralizado.

—¿Qué pasa, Sebastián? —pregunto, irritado al notar que me observa sin decir palabra.

—Es que... Aurora ha venido a trabajar.

Me levanto de inmediato, sorprendido.

Le había dado al menos diez días, y prácticamente le ordené que no se acercara a la empresa durante ese tiempo. Aurora necesita cuidar su mente, y su pérdida todavía está demasiado reciente.

Sin decir nada más, salgo de mi despacho, y unos minutos después entro en su oficina y cierro la puerta detrás de mí.

—¿Qué haces en Cooper Potter?

—Trabajando —responde sin mirarme siquiera.

—Te dije que podías tomarte el tiempo que necesitaras, y...

—Edward —me interrumpe con el rostro cansado, cerrando los ojos—. Necesito distraerme, y estar aquí me ayuda a no pensar en lo que pasó. Por favor, no me quites esto.

No esperaba una respuesta así. Ver su cara desolada, pero al mismo tempo decidida, me hizo recordar lo que sentí cuando mi propio pasado salió a la luz.

Sin amigos. Sin familia. Sin nadie con quien hablar.

Mentir fue mi única salida, pero no quiero que Aurora tome el mismo camino. Ella es una mujer pura. Sabe lo que quiere.

—No lo haré. Pero tampoco quiero que te sientas presionada a nada.

—Está bien.

Me doy la vuelta, pero durante un buen rato me quedo allí de espaldas, con los ojos cerrados.

—Te he echado de menos —digo al fin, girándome para mirarla a los ojos. Sus ojos parecen desconfiados, y no entiendo por qué.

—Yo también...

Fue como si respondiera en automático.

Quiero estar a su lado para todo lo que necesite. Y haré lo que sea necesario para demostrarle que es la mujer de mi vida. Alguien por quien pelearía contra el mundo entero si hiciera falta... con tal de cuidarla.

Aurora López

Después de que Edward sale de mi despacho, cierro los ojos, aliviada... en parte.

Durante unas horas consigo concentrarme en mis tareas, pero siento que hay algo mal. Algo conmigo. Algo con Edward.

Las palabras de Roger Antunes siguen resonando en mi cabeza, y por todo lo que he visto dentro de esta empresa, sé que Edward sería capaz de muchas cosas para protegerse. Para proteger a Ángela.

Cumplo con mi jornada normalmente, y al llegar a casa, veo a alguien literalmente plantada frente a la puerta del edificio, con los brazos cruzados.

—¿¡Cómo me mandas un mensaje diciendo que tu abuela murió y luego desapareces durante días!?

Por supuesto que la histérica de mi amiga iba a darme un sermón. Ignoré a todo el mundo: todos los que intentaban llamarme para preguntar qué había pasado.

No quería hablar con nadie... y ni siquiera sé si quiero ahora. Pero Manu es persuasiva, y entiende lo que es perder a alguien querido. Perdió a sus padres antes de llegar a la mayoría de edad.

—No quería hablar, amiga... y todo sigue demasiado reciente en mi cabeza.

—Ven conmigo, nos vamos a mi casa. Yo me voy a encargar de ti.

Minutos después ya estamos en su apartamento.

Me encanta la decoración de mi amiga: los tonos suaves, la cantidad absurda de utensilios extraños, y los cuadros por todas las paredes. Su casa refleja la alegría de su rostro, y hay momentos en

los que quisiera poder olvidarme de mis problemas como lo hace ella.

—Bueno, amiga, lo primero que tengo que darte es el pésame. Tú sabes por lo que yo pasé, y entiendo perfectamente el dolor que sientes ahora. Más aún sabiendo que tu abuelita era la única persona que conocías de tu familia.

La única persona que conocías de tu familia...

Esa frase retumbó en mi cabeza, aún más fuerte ahora que sé un poco más sobre mis padres.

Es un tema que no paro de pensar. No tener el derecho de buscar a mi propia familia no me parece justo, pero no sé por dónde empezar... y no quiero morir. Valoro demasiado la vida.

Durante unos minutos hablamos de mi última conversación con la abuelita, y le cuento lo que ponía en la carta que me dejó. Mi amiga se queda en shock, diciendo que no sabría cómo reaccionar en una situación así.

—Es que... es muy fuerte. Eso de que una familia ni siquiera quiera ver a su propio hijo es muy loco.

—Ni siquiera he encontrado nada en internet sobre los Boccuti.

Durante algunos días hice búsquedas en Google, y no me llevaron a ningún sitio.

—¿Será un apellido común? Quizá sea una familia que vive en otra región, por ejemplo.

—He intentado de todo, pero en realidad solo aparece ese apellido en la carta. Y, según lo que investigué, más de 10.000 personas lo llevan. Es como buscar una aguja en un pajar... y no estoy dispuesta a ir detrás de alguien que me abandonó.

En eso estoy bastante convencida. Por más que tenga curiosidad por mis orígenes, mi corazón me dice que no los voy a encontrar, y confío en él.

—Ya... mejor olvidar todo esto. Si algún día quieren encontrarte, estoy segura de que sabrán cómo hacerlo.

Me quedo rumiando sus palabras, imaginando qué clase de mujer sería si hubiese sido criada por mis padres, si mis valores habrían cambiado solo por crecer en un entorno poderoso.

Aun así, me gusto. Me gusta quién soy, me gusta mi corazón, y no me imagino siendo otra mujer. La humildad y las ganas de superarme son mis principales aliadas.

—Creo que te estás guardando algo.

Manu es muy intuitiva, y sabe perfectamente cuándo estoy ocultando algo. En cuanto lo dice, recuerdo la conversación que tuve con Roger, y tras unos minutos decido que es mejor contarle todo.

—Aurora, ¿tú crees que Edward sería capaz de hacer algo así?

Quisiera decirle que no... pero en el fondo sé de lo que es capaz. Y siento miedo. Por él. Por nosotros.

—Probablemente, sí.

—Pues... solo hay una forma de averiguarlo.

—No puedo preguntarle eso directamente, y...

—¿Quién dijo que lo vas a hacer? ¡Ni loca! —me corta enseguida.

—Entonces... ¿qué me estás queriendo decir?

—Que seas curiosa, gatita. Una mujer curiosa es peor que el demonio, y fisgonear en su vida... es totalmente normal.

—¡Espera! ¿Me estás sugiriendo que me siente en la silla de mi jefe y empiece a buscar cosas en su portátil?

—¿Ves? Ya lo estás pillando al vuelo. Te dije que me gusta esta nueva versión tuya.

—¡Me pueden despedir, Manu! ¡Estás loca!

—Claro que te pueden despedir, pero no lo harán. ¿Y sabes por qué? Sencillo: tu jefe está coladito por ti. Lo mínimo que podría hacer es contarte su pasado. Pero hay cosas que nadie nos cuenta... en cambio, los correos personales, esos sí que lo cuentan todo. Y bien clarito, además...

—¿De dónde sacas esas ideas? —pregunto, alucinada.

—Series policiales de Netflix. Soy toda una investigadora. Veo muchísimo CSI. Lo sé, soy una crack. —Empiezo a reír, y no entiendo por qué me siento levemente inclinada a hacer algo tan arriesgado.

—No lo pienses tanto, haz lo que te apetezca. Últimamente te has convertido en una mujer valiente y poderosa. Sé que vas a saber manejarlo.

—A veces me asustas con esas locuras, amiga.

—Relájate —me guiña un ojo—. A veces yo también me asusto de mí misma...

Capítulo 55

Aurora López

Ha pasado una semana.

Edward ha intentado acercarse a mí de varias formas, pero yo no estoy bien.

Ni conmigo misma. Ni con él.

Tener una duda martilleando en la cabeza es horrible, y si antes no me había planteado llegar hasta el final para descubrir la verdad sobre mi jefe, ahora estoy decidida a investigar su vida. O al menos intentarlo.

Salgo de mi departamento y voy hasta el despacho de Sebastián para entregarle los documentos que me había pedido. De reojo, miro hacia la oficina de Edward, pero no está allí.

—Gracias, Aurora —dice, ya girándose hacia su ordenador.

—¿Dónde está Edward?

—Ha ido a ver a unos inversores. Creo que estará de vuelta antes de las doce.

Miro el reloj. Eso significa que tengo, como mucho, treinta minutos.

—Entiendo.

—¿Podrías hacerme un favor? —pregunta, mostrándome todos los dientes, y no puedo evitar reírme, sabiendo que probablemente me estoy metiendo en líos.

—Te escucho.

—Tengo que resolver un par de cosas en RR. HH., pero ya sabes que nuestro jefe no está. ¿Podrías…?

—¿Quedarme en tu silla mientras te ocupas? ¡Claro! —Respondo tan rápido que incluso yo me noto un poco ansiosa, y sé que él también lo nota, porque entorna los ojos y se ríe.

—Vaya...

—En diez minutos me toca el almuerzo. Todo bien.

—¿De verdad? Vale, te prometo que no tardaré.

—Tómate el tiempo que necesites, Sebastián. Estoy encantada de ayudarte.

—Sabes... si fuera hetero, te comería a besos. Pero además de ser amigos, a mí me gusta todo y todos. Así que lo tengo difícil.

Volvemos a reírnos y, justo después, veo cómo se aleja.

Me siento en su mesa y mi mirada se clava en un solo punto: el portátil de mi jefe, abierto sobre su escritorio. No puedo apartar los ojos, como si fuera una obra de arte.

Esto está muy mal, Santa Inés…

Dudo durante unos segundos más, hasta que, con aparente calma pero con toda la intención, me levanto y entro en el despacho de Edward, acercando lentamente la mano al portátil.

Joder...

Intento disimular, removiendo unos papeles sobre la mesa, pero el corazón me late con fuerza. Me da miedo que me pillen.

Como si no tuviera ningún plan oculto, me dejo caer en su silla. Al mover el ratón, lo evidente: el ordenador tiene contraseña. Si ya era difícil, ahora roza lo imposible.

Me quedo allí, observando la pantalla, y como si no esperara nada, pruebo con una primera opción: Ángela.

Obviamente, error. ¿Quién usaría una clave tan evidente?

De pronto, se me enciende una luz.

Cuando alguien pone una contraseña en algo tan importante, suele ser porque sabe algo que nadie más sabe. Y ¿qué sabe Edward que nadie más conoce?

Con toda la calma que puedo fingir, tecleo lo primero que me viene a la cabeza… y, para mi sorpresa, el sistema se desbloquea.

Miguel Ángel...

Como casi nadie sabe su nombre completo, era la mejor opción.

Ahora estoy corriendo contra el reloj y no tengo ni idea de por dónde empezar. El corazón me va a mil, y cada dos por tres miro la puerta abierta, imaginando lo que haría si me pillase husmeando en sus archivos personales.

Me siento idiota haciendo esto, sobre todo porque demuestra que no confío en mi jefe… en el hombre al que amo.

Durante unos segundos pienso en rendirme. Pero ya estoy aquí.
Voy directa al correo, abro su bandeja de entrada. Aún no sé qué estoy buscando, pero necesito encontrar algo. Y rápido.

Intento recorrer los miles de correos, sin éxito. Ya casi había decidido rendirme cuando pruebo una última búsqueda: Roger Antunes.

Y entonces siento que el corazón casi se me detiene.

Hay un asunto con ese nombre…

Cierro los ojos y respiro hondo. Luego, abro el archivo:

«Se ha depositado el importe de cinco millones en su cuenta. He recibido información de fuentes fiables que indican que la senadora no luchará por la legalización del cannabis. Buen trabajo.»

Mi mundo se derrumba al terminar de leer ese simple mensaje. Roger tenía razón.

No puedo creer que haya hecho esto. Y por la fecha… es algo reciente. Nosotros incluso…

Cierro los ojos, más decepcionada de lo que nunca estuve. El hombre al que amo ayudó a alguien que quería mantenerme encerrada y, para colmo, lo hizo por algo que detesto con toda el alma. Por culpa de eso, muchos adolescentes pueden perder la vida…

—¡Me da igual! ¿Quién se cree que es para ir poniendo horarios?

De repente escucho la voz de Edward y me levanto de golpe, asustada. Parece estar justo al otro lado de la puerta, y no tengo escapatoria.

Miro a mi alrededor, y aunque la sala es grande, no sé qué hacer.

¡Piensa, Aurora!

Después de unos segundos, corro hacia su armario, lo abro despacio, rogando que haya espacio suficiente para meterme dentro. Por suerte, es amplio, y no lo dudo: me encierro dentro, con cuidado de no dejar nada mal cerrado.

—Tranquilo, Edward. Ella ya está aquí, y vamos a acabar con esto de una vez.

Reconozco la voz de Logan, su abogado, y por el tono de ambos, ya han entrado en el despacho.

Santa Inés, me van a pillar. ¿Qué hago ahora?

Durante un rato, los hombres se quedan en silencio, y me temo lo peor. Me descubrirán, me despedirán y me echarán a patadas. No hay excusa posible para estar aquí. Aun así… al menos ahora sé parte de la verdad.

—Edward... —escucho la voz de una mujer y reconozco a Melanie, la madre de Ángela—. Espero que tengas un momento para mí y para mi esposo, Yan Muller.

Espera un segundo…

¿Melanie y el mayor enemigo de Edward se han casado?

—Tenéis cinco minutos.

—Oh, venga, Edward —ahora es Yan quien habla—. Estamos entre amigos, ¿no?

De repente alguien empieza a reír a carcajadas, y casi me uno a la risa por lo sarcástico que suena. Me parece que es Logan.

—Sois los dos de lo más gracioso —dice él.

—No veo cuál es la gracia —responde la mujer.

—Perdón, Melanie, es que… nada. Y entonces, ¿cuál es la puta reunión...? quiero decir, ¿cuál es el punto del día?

Me aguanto la risa por su comentario, pero la broma de Logan hace que alguien más suelte una carcajada: el nuevo marido de Melanie.

—Tu abogado siempre tan simpático.

—Déjame adivinar de qué va esto: ¿habéis venido a quitarle la custodia de Ángela a Edward?

—Yo no…

—Oh, ya sé cómo te sientes. Pero sabes que no vas a ganarme. Buena chica.

Logan habla como si estuviera regañando a un perro, y por lo visto, cuando quiere humillar a alguien, sabe perfectamente cómo hacerlo.

—¿No tienes algún criminal tullido al que salvar, Logan? Me han dicho que eso se te da muy bien: ayudar a la escoria a ser aún más escoria.

—Ahora mismo no. Ayer me llamó tu madre gritando, pero por lo visto solo estaba follando con tu tío. No me va mucho el rollo incestuoso, ¿sabes?

—¿Nadie te ha enseñado a no caer tan bajo y no hablar de las madres ajenas?

—No sigo reglas.

—¿Qué tal si todos cerramos la boca y hablamos de lo que realmente importa? —Esta vez es Edward quien habla, y por su tono, está más alterado de lo normal.

—Seremos directos y claros: hemos venido a formalizar una propuesta para comprar tu empresa —dice Yan Muller—. Una oferta excelente, irresistible, debo destacar.

—La respuesta es no. Podéis largaros.

—Edward… sabemos muy bien que estás debilitado. La mitad de tus bienes están a nombre de mi esposa, y mi patrimonio es tan grande como el tuyo.

—¿Y a mí qué? Ocúpate de tu empresa y yo me ocupo de la mía —responde, casi rugiendo—. ¿Para eso habéis venido?

—Sé razonable.

—¡Estoy siendo razonable! —brama—. ¿Te casas con mi exmujer y piensas que no sé lo que tramáis? ¿Tan idiota te parezco?

—El motivo por el que nos casamos no importa. Lo que de verdad importa es esto...

Durante unos segundos guardan silencio. Algo está ocurriendo, pero no logro saber qué.

—¡Este cheque no vale nada para mí!

—Estamos ofreciendo quinientos millones de dólares por tu empresa. ¿Lo tomas o lo dejas?

Esta vez Edward no responde. Es mucho dinero y... ¿estará considerando la oferta?

—Largaos —dice finalmente, y puedo oír cómo suspira después.

—Nos iremos, pero antes… ¿dónde está esa rarita...? ¿Cómo se llamaba...?

—Se llama Aurora —responde con firmeza—. Y no quiero volver a oírte pronunciar su nombre.

—Por favor, Edward. Sé de todas tus aventurillas fuera del matrimonio, y sé que esto no va a durar. De hecho… —se interrumpe, riéndose.

—¿Qué?

—Creo que la estás utilizando. Viste una oportunidad y te aferraste a ella con uñas y dientes.

Por el tono de voz de su exmujer, sé que se está burlando. Se ríe de mí.

—Yo... no sería capaz de eso —responde mi jefe, pero su voz tiembla claramente—. Lo diré por última vez: será mejor que os vayáis.

—Interesante... —Escucho el sonido de los pasos de Melanie; parece acercarse a él—. Nunca has amado de verdad, ¿a que no, cariño?

—Por favor, Melanie... para ya.

—También sería difícil para mí, ¿sabes? Tener a los padres muertos por culpa de las drogas, venir a Estados Unidos para huir de gente peligrosa... te entiendo, cariño.

—¿Me estás amenazando?

—No, qué va. Solo quiero saber la verdad, y...

—¡Sí, Melanie! ¡Exactamente eso hago! Utilizo a las mujeres que tengo cerca. Y Aurora fue la única salida que encontré para toda la mierda que pasó entre nosotros dos. ¿Eso es lo que querías oír?

Escuchar eso me ha dolido. Mucho.

—¡Lo sabía!

—Y sí, otra vez, nunca me he enamorado, nunca he amado de verdad. Y eso es culpa tuya.

—Probablemente —se ríe—. Tienes una semana para pensar en nuestra oferta, dulzura. Que te vaya bien...

Me quedo allí, paralizada, atónita.

Lágrimas silenciosas ruedan por mis mejillas, y todo lo que ha dicho, junto con lo que descubrí en su correo, solo confirma lo que ya temía: Edward es un mentiroso profesional.

¿Cómo he podido involucrarme con alguien así...?

Tengo el estómago revuelto. No sé qué hacer. Me van a descubrir.

Pero… ya no importa. Ahora lo sé todo.

—Necesito un poco de aire —dice mi jefe.

—Voy contigo.

Segundos después, escucho pasos alejándose y una puerta cerrándose. Tras unos minutos, salgo del armario. Ya no queda nadie.

***

Miro a ambos lados al salir del despacho de mi jefe, pero no contaba con encontrarme a alguien observándome fijamente: Sebastián.

—¿Estabas en la oficina de nuestro jefe, Aurora?

—Es una larga historia... —respondo, caminando deprisa, con el estómago revuelto.

—Pero… ¿cómo has acabado ahí dentro, chica?

—Necesito tomar un poco de aire.

Salgo corriendo en dirección al primer baño que encuentro.

Voy tan deprisa que casi resbalo al entrar en el baño de mujeres, y de forma automática me lanzo hacia el inodoro y... lo suelto todo.

Vomito sin parar, y cuando salgo del cubículo me miro al espejo. Me siento rara. Todo lo que he escuchado, todas esas confesiones…

¿Cómo ha podido hacerme esto Edward? ¿Cómo ha podido mentirme así?

Intento controlar cualquier manifestación de rabia. De algún modo, sus mentiras están destruyendo el orgullo que sentía por haberme enamorado de él. Tengo los ojos llenos de lágrimas, pero es el corazón lo que más me duele.

Esto no puede estar pasando.

Me quedo allí unos minutos, mirando fijamente mi reflejo, y es la primera vez que no me reconozco.

—Tengo que ser fuerte —me digo a mí misma, secándome la cara.

Cuando me dispongo a salir, alguien se me adelanta, y reconozco a Melanie entrando en el baño.

No dice nada. Solo me examina lentamente de arriba abajo. No entiendo el motivo de su gesto, pero no digo nada.

—Tú… —dice con tono burlón—. Pareces una payasa con esa ropa. Y... has engordado bastante.

—Tengo el mismo peso de siempre —le contesto, y una sonrisa cínica se dibuja en su rostro.

—¿Sabes? A mí me pasó lo mismo una vez... —Sus ojos se vuelven crueles—. Bueno, lo único que puedo decirte es que...

—No quiero saberlo —la corto—. No tengo por qué quedarme aquí hablando contigo.

—Parece que Edward te ha convertido en una mujer nueva. La última vez que te vi, tus ojos gritaban miedo. Pero ahora... hay algo diferente.

—Sí. Y no voy a permitir que personas como tú me hundan —respondo, acercándome a la bruja—. Sé toda la verdad. Sé que no te importa tu propia hija.

—Ángela nació con un único propósito...

—¡No! Ella merece una madre que la quiera. Y tú eres un monstruo.

Melanie vuelve a sonreír con desprecio, dando un paso hacia mí.

—Si sabes toda la verdad, entonces entenderás que Edward aceptó la inseminación artificial.

—Pero a diferencia de ti, él lo olvidó en cuanto la miró a los ojos.

Se queda allí mirándome, incluso algo sorprendida.

—No somos amigas, pero te daré un consejo valioso... —Se acerca a mi oído y susurra—. Edward te está utilizando, como hizo con todas las mujeres que pasaron por su vida. Ahora puede que no lo veas, pero pronto te dará una patada y entenderás que tengo razón. Que te vaya bien, Aurora...

Capítulo 56

Edward Cooper

—¿Crees que funcionó esa escenita?

—La parte de Aurora, sí. Desde mi punto de vista, Melanie se tragó que no te importa en absoluto.

Logan y yo estamos en la calle, y vemos cómo Melanie sale del edificio junto a Yan Muller. Independientemente de que el plan haya salido bien, siento un nudo fuerte en el pecho, y eso no me pasa a menudo.

—Bien.

—Todo está bajo control, Edward. Al menos dijimos lo que ellos querían oír y hemos ganado tiempo.

—Pero esto aún no ha terminado —puntualizo, concentrado, y mi abogado sabe perfectamente cuál es la segunda parte del plan, la más arriesgada.

—No. Todavía tengo una semana para descubrir alguna mierda sobre Yan. Pero no te preocupes, sé exactamente dónde buscar.

***

Busco a Aurora dentro de Cooper Potter, pero al parecer está evitándome. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, se aleja, como si supiera que voy a hablar con ella.

Después de una de las reuniones programadas, nos quedamos solos en la sala, mientras ella recoge algunos papeles.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no lo estaría? —responde, sin siquiera mirarme.

—Parece que me estás evitando.

—Tengo trabajo que hacer. Me pagan por trabajar, no para ir de charlita —dice, y se dispone a salir de la sala, pero soy más rápido y le sujeto una de las manos.

—¿He hecho algo que no te ha gustado? —pregunto, mirándola directamente a los ojos.

—No, Edward, eres un hombre perfecto...

Aurora suelta esa frase con una sonrisa, y luego se aleja a paso firme hacia su departamento. Por lo que parece, está dolida conmigo, pero no tengo ni idea de qué he hecho mal.

Aurora López

Es difícil evitar a Edward, pero no quiero hablar con él. Ni hoy, ni mañana...

Las palabras que escuché me partieron el corazón, y no sé si habrá vuelta atrás. Me creí especial en su vida, pero por lo visto no soy más que otra mujer descartable, como todas las demás.

Debo estar pagando mis pecados por haber follado tanto antes del matrimonio...

El problema es que pecar sienta bien. Y lo haría todo otra vez.

Cierro los ojos y sonrío. Hasta mis pensamientos me están traicionando.

Hoy salí antes de tiempo de Cooper Potter. No quiero tener que darle explicaciones a mi jefe, él es muy persuasivo.

Al acercarme a mi edificio, veo a Manu, y en cuanto me mira, percibe mi rostro preocupado.

—¿Día complicado en el trabajo?

—Sí. Yo... —callo, negando con la cabeza, sin saber qué decir. Jamás pensé que las últimas horas me dolerían tanto. Edward me dijo que me amaba hace apenas unos días...— No quiero hablar de eso, o sea... no lo sé.

—Lo que necesitas es una infusión de manzanilla. Vamos a mi casa.

Probablemente la única persona en quien puedo confiar está justo delante de mí, y no tengo fuerzas para rechazar su ayuda.

Una vez dentro, intento ordenar mis pensamientos, pero todo está revuelto.

—Amiga, dime qué pasó. Cuéntamelo todo, hasta el más mínimo detalle. Quiero ayudarte —dice Manu, seria, y respiro hondo, empezando por la parte en la que me escondí en el armario.

Sería cómico si no fuera tan trágico.

Hablo durante bastante tiempo, y ella me escucha con atención. Ni siquiera bromea sobre mi escondite.

Después de contarle toda la situación, veo que su rostro está serio, pero enseguida se suaviza.

—¡Madre mía! ¿Dentro del armario, tía?

Eso fue suficiente para que soltara una carcajada, aliviando un poco la carga emocional que llevaba encima.

—No tenía otra opción, era eso o... que me pillaran.

—Mira... no pensé que seguirías mi consejo de fisgonear en su portátil.

—¿En serio?

—Sí, eso es algo que yo haría, pero nunca imaginé que tú te atreverías.

—Yo también pensaba que no tendría el valor... —susurro, recordando el contenido de aquel correo—. No quiero pensar en eso, pero por otro lado, no sé qué hacer. Nos vemos todos los días, casi a todas horas...

Esa es la parte complicada de esta relación. No puedo evitarlo. Y ni siquiera sé si quiero. Por más que Edward haya hecho todo eso, sigo sintiendo algo por él. Y me siento una idiota por seguir recordando sus besos, su boca, su cuerpo...

—Aurora, habla con él. No hay otra opción.

—Dijo que me estaba utilizando, Manu. No solo a mí, sino a todas las mujeres que pasaron por su vida.

—Eso suena muy raro —responde, mirando al techo, pensativa.

—¿Por qué?

—Sé reconocer a un hombre enamorado, y Edward no parece que te esté utilizando. Algo no cuadra, y ahora me pica la curiosidad.

—Lo escuché todo, amiga.

—Sí, lo sé. Y te creo en todo lo que me has contado —dice, cogiéndome una mano.

Pasados unos segundos, cierro los ojos. El dolor en el estómago se intensifica, y sin avisar, salgo corriendo del salón y voy al baño. Lo vomito todo, solo que esta vez duele más que las anteriores.

Después de un rato, me levanto y me miro en el espejo. Mi cara es un desastre.

Veo a Manu mirándome, con los brazos cruzados, apoyada en la puerta.

—Estoy mejor, amiga.

—¿Desde cuándo estás vomitando?

—Solo hoy, cuando descubrí la verdad, y ahora. Bueno... también hace unos días. ¿Por qué?

Manu respira hondo, cerrando los ojos, como si algo le preocupara de verdad. Rara vez la he visto con esa expresión, y eso me inquieta.

—Tenemos que ir a la farmacia.

—¿A la farmacia? ¿Por qué?

Se acerca más a mí y esboza una pequeña sonrisa.

—Digamos que hay muchas probabilidades de que pronto me convierta en tita...

***

Manu parece estar susurrando mientras volvemos de la farmacia.

Oigo su voz bajita, y sé que es porque yo estoy en otra «dimensión».

—¿...sí o no?

—No lo sé —respondo, aunque ni siquiera escuché lo que me había preguntado.

—¡¿Cómo que no lo sabes, si te acostaste con él sin condón, loca?!

—Ah...

Recuerdo algunas veces en que tuvimos sexo, y en todas mi jefe usó preservativo, pero...

Cierro los ojos, y también me vienen a la cabeza algunas ocasiones en que no usó protección.

—¿Cómo voy a cuidar de un niño, amiga? Si apenas consigo cuidar de mí misma... —digo, con los ojos llenos de lágrimas, y ella sostiene mi rostro entre sus manos.

—Tranquila, Aurora. Hazte la prueba y luego veremos qué hacer.

Cuando llegamos a mi casa, voy directa al baño.

Tener un hijo es una bendición en la vida. Al menos eso me enseñaron. Pero criarlo ya es otra historia, y yo no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Quiero ser madre, de verdad que sí, lo deseo con todo mi corazón... pero nunca imaginé que pudiera ser antes de los treinta.

¿Qué hago, Santa Inés?

Después de algunos minutos, salgo del baño, y Manu me está esperando, caminando de un lado a otro.

—¿Y bien?

—Yo... no tuve valor para mirar. ¿Tú podrías...?

—Claro, amiga.

Me siento en el sofá, con las manos en la cabeza, sin saber qué pensar. Al cabo de un rato, mi amiga se sienta a mi lado, apoya la mano sobre mi pierna y me dedica una leve sonrisa.

—¿Y entonces...?

—El resultado ha dado positivo. En unos meses... vas a ser mamá.

Capítulo 57

Edward Cooper

En los últimos siete días no he hablado prácticamente con nadie, ni siquiera con Aurora.

Vi en su rostro una preocupación distinta, y no le pregunté el motivo. Tengo que resolver un asunto urgente relacionado con *Cooper Think Technology*, de lo contrario, puede que me vea obligado a renunciar a mi empresa.

Hoy es el último día del plazo que le di a Logan, y si no consigue nada, probablemente tendré que considerar vender la compañía a mi mayor enemigo.

Esto no puede estar pasando.

Me cuesta concentrarme durante la mañana, y a cada rato miro la pantalla del móvil, con la esperanza de que mi abogado tenga buenas noticias.

Sabiendo que nada va a ayudarme a concentrarme, salgo del edificio y camino hacia el parque que queda a unas pocas calles. Allí observo a varias familias reunidas y a un montón de niños jugando sin la menor preocupación.

No sé qué es esto. Jamás he logrado ser un hombre libre, ni siquiera en mi infancia.

Me quedo allí unos minutos, viendo a esos niños jugar al pilla-pilla, gritar, reír. Yo no tuve eso, pero quiero que Ángela sí pueda disfrutar de momentos así, sin miedo ni sombras en su corazón.

—Los niños molan, ¿a que sí...? —escucho la voz de Logan acercándose.

—Sí, y...

—Solo cuando están dormidos, por supuesto —me corta con una sonrisa en la cara, mientras se afloja la corbata.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —pregunto.

—Me dijeron que saliste del edificio, y fue cuestión de seguir un punto reluciente con un traje de más de cincuenta mil dólares y... *voilà*.

—¿Punto reluciente, Logan? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué?

—Hoy me he despertado inspirado.

—Vale —me encojo de hombros—. Y bien, ¿tienes buenas noticias para mí?

—Sí y no.

—¿Más enigmas? —pregunto, preocupado, respirando hondo.

—Te lo explico: cobré algunos favores, accedí a sitios prohibidos, chantajeé a personas e incluso amenacé a unas cuantas para descubrir lo que descubrí. Eres, de lejos, el cliente que más trabajo me da, así que a partir del mes que viene mis honorarios se duplican.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio —responde, esta vez con el rostro tenso.

—Dime lo que averiguaste.

—Mejor volvamos a tu despacho. Ver a todos estos críos corriendo me da ganas de ser padre —dice, cerrando los ojos, pero luego los abre—. Era una broma, que conste.

Después de unos minutos, llegamos a mi despacho, y cierro la puerta de inmediato. No puedo arriesgarme a que alguien escuche lo que, por lo que parece, es un tema bastante delicado.

—Escucha con atención lo que voy a contarte...

Durante al menos treinta minutos, mi abogado habla sin parar, y no lo interrumpo ni una sola vez. Lo que ha descubierto podría cambiar las reglas del juego a mi favor, y tengo que pensar varios pasos por delante.

—¿Lo has entendido todo? —pregunta.

—Sí, lo he entendido —respondo con calma.

Me alejo de mi mesa y camino hasta la ventana. Observo el tráfico, y luego vuelvo mi atención hacia el cabrón de Logan.

Ahora mismo, es una de mis personas favoritas en la vida, ya que ha conseguido información valiosa y concreta que puedo utilizar.

—Solo te lo diré una vez: eres un genio, Logan.

—De hecho, creo que he nacido para esto: invadir la privacidad ajena, meterme en nidos de avispas, manipular a la gente. Soy casi el antihéroe que esta ciudad necesita.

—Puede ser. ¿Qué te parece si lo solucionamos ahora mismo? —me acerco a él, ajustándome el traje, un poco más confiado de obtener algunas respuestas.

—Claro. Tú mandas, jefe.

***

En menos de una hora ya estamos dentro de la empresa de Yan Muller y, minutos después, en su despacho, junto con Melanie y mi abogado.

—Presumo que has venido en persona porque aceptas mi oferta —sonríe de oreja a oreja, sin imaginar que mi intención es totalmente opuesta.

—Es una buena oferta, pero no —respondo, sentándome—. He venido para comunicarte lo que ocurrirá mañana.

—Hmm... ¿y qué ocurrirá?

—Voy a revelar algunas de tus trampas, entre ellas la verdad sobre tu ama de llaves.

—¿Cómo dices? —pregunta, abriendo los ojos de par en par.

—Edward... —Logan me da un codazo—. ¿No sería mejor empezar con la empresa? ¡Hablar de familia así, de sopetón? ¿Qué va a pensar de nosotros? —añade con sarcasmo.

—Perdonad. Me dejé llevar, cosas del hábito. En realidad, lo más importante que descubrimos son tus fraudes —digo, girándome hacia Melanie—. Podrías ser arrestada y condenada por varios delitos, entre ellos falsificación, corrupción, fraude bancario y otros cuantos más.

Melanie se queda pálida. Blanca como el papel. Sus labios tiemblan, y no logra articular palabra.

—N-no sé de qué estás hablando.

—Por favor, Melanie. Tu cara te delató hace segundos. Pero déjame ser más específico: sé de todas las declaraciones falsas en los registros bancarios, direcciones fiscales ficticias, nuevos negocios a nombre de testaferros, entre otras cosas... pero la guinda del pastel son las falsificaciones de tu marido, registradas a tu nombre justo después de casaros.

—Todo eso es mentira —Yan Muller se pone de pie, furioso.

—Y tú... —continúo, implacable—. ¿Sabías que parte de los beneficios de tus empresas provienen del desvío de fondos públicos? Ah, claro... seguro que no. —Me burlo, mirando a Logan, que hace una «O» con la boca, simulando sorpresa.

—Y los delitos no acaban ahí. Según un informe de hace unos meses, hay más de cien millones de dólares desviados en los últimos cinco años. Y eso, solo en una de tus empresas.

—Eh... eso es delito, ¿no? —pregunta Logan, haciéndose el ingenuo.

—Supongo que sí. Pero tú eres abogado, ¿por qué me lo preguntas? —le sigo el juego.

—Es que Melanie dijo que yo solo sirvo para otras cosas. Soy un poco lento con temas legales, ya ves.

—¡No podéis probar nada! —gruñe Yan, furioso.

Logan lanza dos carpetas sobre la mesa, y cada uno de ellos toma una.

—Todo lo que necesitáis saber está ahí.

Durante un rato, ambos revisan los documentos, y noto cómo mi enemigo se va poniendo rojo. Incluso Melanie empieza a dudar.

Nos quedamos mirándonos en silencio, pero mi discurso aún no ha terminado.

—¿Qué queréis? —pregunta Yan, irritado.

—Que reconozcáis todo lo que está escrito en esos papeles —indico—. Y tenéis hasta mañana a las doce.

—Eso no va a pasar.

—¡Mierda! ¿No le habías contado, Edward?

—¿Contarle qué? —pregunto a mi abogado, fingiendo desconcierto.

—Que tenemos más revelaciones. Esto solo es la punta del iceberg.

—¡No tenías que haberlo dicho, Logan! ¡Idiota! —le suelto una bronca, siguiendo con nuestra actuación—. Pero ya que lo has mencionado... hemos descubierto muchas más cosas de las que están ahí.

—Creo que lo sabes, pero te lo repito: estás empezando una guerra peligrosa, Edward.

—Sé perfectamente lo que estoy haciendo.

—Si es así, entenderás que estoy dispuesto a todo. Melanie me ha contado algunas cosas interesantes sobre tu pasado.

Me acerco al hombre, apoyando ambas manos sobre la mesa, a escasos centímetros de su rostro.

—Si crees que puedes aprovecharte de mí, más te vale entender que estoy dispuesto a asumir las consecuencias.

Yan no responde, y me doy la vuelta hacia la puerta.

—Ah, antes de que se me olvide... sobre el tema del ama de llaves: Yan tiene un hijo bastardo con ella al que lleva años intentando ocultar. Quizá sea porque fue fruto de una violación, quién sabe. Pero eso se va a resolver, y él va a liberar a esa pobre mujer.

Sin esperar respuesta, salgo de su despacho acompañado de Logan.

Una vez fuera del edificio, me mira con una sonrisa enorme.

—Lo has hecho de puta madre.

—Que sea la última vez —le digo, serio.

—¿Cómo?

—Lo sabes muy bien. A partir de hoy no voy a involucrarme más en cosas sucias o ilegales. Mi hija merece un padre de verdad, responsable. Y Aurora, un hombre íntegro y fiel. Voy a cambiar, Logan. Y mañana, cuando todo esto termine, voy a empezar de nuevo.

—Lo sé —esboza una sonrisa irónica—. Lo más curioso de todo esto es ver, desde primera fila, lo mucho que puede cambiar un hombre por una mujer...

Capítulo 58

Edward Cooper

Después de dar el ultimátum a Yan Muller y Melanie, espero pacientemente hasta alrededor de las doce, pero no llega ningún comunicado.

Un minuto después de que venza el plazo, hago una llamada, que es atendida de inmediato.

—Haz lo que acordamos, Logan.

Capítulo 59

Aurora López

—¡No me lo puedo creer! ¡¿Todavía no se lo has contado?!

Manu está en mi casa, echándome la bronca a primera hora de la mañana.

—He intentado hablar con él, de verdad… pero no consigo ignorar lo que siento, Manu.

—No tienes que ignorar nada, solo tienes que decírselo de una vez y dejar de torturarte.

—No es tan fácil, no después de haber descubierto que no me quiere.

Todavía me duele recordar lo que pasó aquel día. Caí de lleno en sus juegos.

—¿Tú te has fijado en cómo le brillan los ojos a Edward cuando te mira, loca?

—Sí, pero...

—No hay ningún «pero» en esta conversación. Tienes que armarte de valor y hablar con él. ¡Es el padre del bebé precioso que llevas dentro!

—Si hablamos, vamos a acabar discutiendo, y le voy a echar todo en cara. Yo... soy muy impulsiva.

—¡Pues que se lo eches! Al menos sabrá a lo que se enfrenta. Ya han pasado diez días desde que te enteraste de que estás embarazada.

Como soy la friki de los datos, me hice un análisis de sangre al día siguiente del test de farmacia, y con cero margen de error confirmé que, efectivamente, hay una vida creciendo dentro de mí.

Todavía estoy llena de dudas, y no tengo ni idea de cómo va a reaccionar mi jefe cuando se entere de que va a ser padre otra vez.

—Voy a hablar con él hoy. Creo.

—Aurora... termina con esto de una vez. Tiene derecho a saberlo.

***

Hoy no consigo concentrarme como de costumbre.

Tengo la cabeza en otra parte, y una de las razones es la conversación difícil que voy a tener con mi jefe.

Durante toda la mañana me sumerjo en el trabajo, intentando distraerme de la bomba que estoy a punto de soltarle a Edward.

Ha llegado la hora de enfrentarlo, pero ni siquiera he tenido que avisarle que necesitaba hablar. Sebastian me comunica que Edward ya me está esperando en su despacho.

Paso unos minutos repasando mentalmente lo que voy a decirle y, cuando al fin entro, lo encuentro de pie, mirando por la ventana. Solo se da la vuelta unos segundos después de que cruzo la puerta.

—¿Qué necesitas? —pregunto.

—Muchas cosas, Aurora. Entre ellas… a ti.

Camina lentamente hacia mí, y no tengo fuerzas para moverme. El problema es su mano rozando mi cara… y mis ojos cerrándose solos. Eso no está bien.

—Por favor, no me toques.

—¿Qué está pasando? Sé que llevas días evitándome, y no creo que tenga que ver con la muerte de tu abuela.

—Yo… no quiero seguir con esto, y… creo que lo mejor es que nos alejemos. —Intento darme la vuelta, pero él es más rápido y me agarra de la mano.

—Vas a tener que ser más convincente que eso. No me he creído ni una sola palabra desde que entraste por esa puerta —gruñe, con los ojos fijos en los míos.

—¿O sea que no me crees? Entonces dime, ¿cómo se supone que voy a creerte yo a ti?

Una rabia descomunal me sube por dentro, y ahora lo miro con desprecio, con el corazón ardiendo al recordar la conversación con Roger… y la reunión con Melanie.

—¿De qué estás hablando?

—¿Qué relación tienes con Roger Antunes? —pregunto, seria, aunque ya sé la respuesta.

Edward no dice nada. Solo entrecierra los ojos, desconcertado.

—¿Cómo sabes de él?

—Esa no fue mi pregunta. —Doy un paso firme hacia él—. Te lo voy a preguntar una sola vez más: ¿qué relación tienes con Roger Antunes?

Duda de nuevo, pero esta vez respira hondo y me mira a los ojos.

—Fue cliente hace unos meses, pero eso qué...

Mi mano se estrella contra su cara en un gesto automático. El golpe resuena en la sala. Empiezo a temblar, y una parte de mí se arrepiente al instante.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta entre dientes, con la mirada oscurecida.

—¿¡Cómo has podido ayudar al hombre con el que casi me obligaron a casarme?! ¿¡Cómo has podido hacerme eso, cuando fuiste tú quien me salvó de él en el tráiler Hathaway?!

Por la expresión de absoluto desconcierto en su rostro, Edward no consigue ocultar lo que siente, y parece no entender de qué le estoy hablando.

—Eso es… imposible. —Se da la vuelta, llevándose una mano a la cabeza—. Si lo hubiera sabido, jamás habría aceptado ese trabajo, Aurora.

—¿Y quién dijo que ese es el mayor problema? —suelto, señalándole con el dedo—. Perdí a varios primos por culpa de las drogas cuando era adolescente, y todos sabíamos quién financiaba esa mierda en nuestra zona. ¡Tú ayudaste a un hombre que mató a más inocentes! —grito—. Dime, ¿cómo se supone que voy a confiar en alguien como tú?

—Eso no tiene nada que ver con lo que sentimos el uno por el otro, y...

—¿Sentimos? —lo interrumpo—. No creo que esa sea la palabra adecuada. Porque tú me estás usando, como hiciste con todas las otras mujeres que pasaron por tu vida.

Ahora su ceño está completamente fruncido. Es tan guapo, tan atractivo… pero también tan mentiroso.

—Eso que estás diciendo no tiene ningún sentido.

—¿Quieres decir que no les dijiste a Melanie, a Yan Muller y a Logan que usas a las mujeres que te rodean… y que también me estás usando a mí? —Lanzo la bomba sin piedad, y veo cómo la ira se apodera de su cuerpo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No importa. Lo que importa es que me utilizaste, y...

De repente, se pega a mí, su cercanía me sobresalta.

—Ni se te ocurra pensar que te estoy usando, Aurora —dice, con la mirada clavada en la mía. Y me da miedo—. Todo lo que he hecho tiene una explicación.

—No. Para mí solo hay una: necesitas mantener las apariencias, y yo encajo en tu fachada perfecta.

Creo que nunca había estado tan jodidamente furiosa.

En los últimos días, ha nacido otro sentimiento hacia Edward.

La rabia.

Y no quería que se diera cuenta de lo que estaba pasando dentro de mí. Si me quedaba un segundo más en esa sala, todo iba a venirse abajo. Lo sabía.

—¡Te amo, Aurora! Todo lo que estoy haciendo es para protegerte —susurra muy cerca, pero me aparto, negando con la cabeza. No puedo creer en sus palabras.

—Y yo… ¡te odio!

Sin decir nada más, me marcho. Y, en cuanto cruzo la puerta, las lágrimas empiezan a caer sin control por mi rostro.

Capítulo 60

Aurora López

Me considero débil ahora, pero no puedo seguir dentro de *Cooper Potter*.

Por un instante llegué a creer de verdad que Edward me quería, pero todo lo que ha pasado desde entonces me ha dejado hecha polvo.

Aprovecho que está a punto de empezar mi hora de almuerzo y salgo a caminar sin rumbo por la ciudad. Al pasar frente a un bar, me detengo al ver una televisión enorme que transmite una noticia polémica, y cuando leo el nombre de Yan Muller, me quedo clavada, intentando averiguar de qué se trata.

Me paso al menos cinco minutos allí, atónita, intentando asimilar toda esa información.

Sus empresas —y él mismo— están siendo acusados de fraude, blanqueo de capitales y otras cosas más… incluso Melanie está implicada.

¿Tendrá Edward algo que ver con todo esto?

Me voy a casa y, al llegar, me dejo caer en la cama, con la cabeza hecha un lío.

Durante unos minutos me pierdo en mis pensamientos, pero un estruendo me saca de mi ensoñación: parece el sonido de una puerta abriéndose de golpe.

Me incorporo, pensando que podría ser Manu —tiene llave de casa—, pero lo que veo me congela la sangre.

Melanie ha entrado, y no está sola. La acompaña un hombre… y lo peor: lleva un arma.

—¿Qué te parece si damos un paseíto, Aurora?

***

No sé adónde me están llevando.

Salimos de mi casa sin hacer ruido, y rezo para que John se dé cuenta de que estoy con desconocidos, pero me viene de golpe a la cabeza que hoy no salí por la entrada principal de Cooper Potter.

No quería que nadie me preguntara por qué estaba llorando, así que me escabullí por el garaje.

—¿Qué queréis de mí?

—Enseguida lo sabrás, Aurora.

El trayecto en coche dura al menos cuarenta y cinco minutos. Durante todo el camino no dejo de pensar en la criatura que llevo dentro, y me siento fatal por no haberle dicho la verdad a Edward esta mañana. Podrá tener todos los defectos del mundo, pero sigue siendo el padre. Y tiene derecho a saberlo.

Llegamos a una casa enorme, con otros dos guardias esperándonos en la entrada. Al cruzar la puerta, lo primero que veo es a Yan Muller en el interior, bebiendo whisky con gesto inquieto.

—Melanie, haz lo que tengas que hacer —dice, y sin más, se da la vuelta y sale de la casa, dejándome sola con ella y dos guardaespaldas más.

La miro, y ella me devuelve una sonrisa cargada de superioridad. No parece lo más mínimo afectada por las acusaciones que acaban de salir en televisión. Todo lo contrario a su marido.

—¿Cómo se va a llamar? —pregunta de repente. Al principio no entiendo.

—N-no sé de qué hablas.

—Vamos, Aurora. Sé que estás embarazada.

¿Cómo lo sabe?

—Melanie...

—Mira, cuando te vi en el baño pensé que simplemente habías ganado unos kilos. Pero después me fijé bien: en tu cara, en tus manos temblorosas, y en ese aspecto de quien acaba de vomitar. Tuve los mismos síntomas, y lo supe de inmediato: estás esperando un bebé. En aquel momento, no me importaba. Tú no me importabas. Pero todo cambió cuando Edward nos puso contra las cuerdas.

Fue Edward quien filtró el secreto de ellos dos.

—¿Qué quieres de mí?

Melanie se acerca con brillo en los ojos.

—Que nos ayudes a Yan y a mí a comprar la empresa de Edward.

—No tengo ningún poder para eso —murmuro, asustada, pensando en Ángela, en Edward… y en mi bebé.

—¡Anda ya! Durante un tiempo nos tragamos el teatrillo de Edward, pero cuando conectas los puntos, todo encaja.

—¿Teatrillo?

—Cuando nos reunimos, Edward dijo que manipulaba a las mujeres a su alrededor. Y sí, lo ha hecho muchas veces. Pero contigo fue distinto. Solo te mantenía cerca para protegerte… porque estás embarazada —responde con una sonrisa burlona.

—Pero… él no lo sabe.

Melanie se queda en silencio unos segundos. Pasea por la sala como si estuviera ordenando ideas, y luego se recoge un mechón de pelo tras la oreja, sonriendo como una niña.

—Entonces, de verdad te quiere. Edward intentó evitar que fuésemos a por ti, pero no contaba con que yo descubriría su

pequeño secreto —dice, mirando mi vientre. Siento un escalofrío.

—Por favor, no le hagas daño ni a mí ni al bebé —suplico, desesperada.

—Entonces será mejor que colabores, Aurora. Porque si no lo haces, ni tú ni esa criatura saldréis vivas de esta casa.

Yo pensaba que Edward era un monstruo por utilizarme, pero en realidad… solo intentaba protegerme.

Edward Cooper

Miro el reloj y veo que ya pasan de las nueve de la noche.

Aurora no ha vuelto de su hora de comida, ni siquiera fichó al salir, y eso me está preocupando.

Sigo en la empresa, y hoy voy a tardar en marcharme.

—Creo que nuestro plan ha funcionado. Yan está contra las cuerdas —dice Logan.

—Yo también lo creo. Además de conseguir liberar a Aurora, ya no vendrá a por mí.

—El mayor problema es que puede vengarse —responde él.

—Sí, pero si lo hace, su objetivo seré yo. Y sé defenderme bastante bien cuando soy el blanco.

Seguimos hablando un rato sobre nuestros próximos pasos.

Necesito recuperar la empresa. La separación de Melanie no solo afectó a mi patrimonio, también al trabajo. Sigo siendo un hombre millonario, pero aquí no se trata solo de dinero, sino de honor.

—Ya te lo dije una vez, y no estaba bromeando: de ahora en adelante, no haré nada que se salga de la ley.

—Déjamelo a mí —responde Logan, con un vaso de whisky en la mano—. A diferencia de ti, a mí me gusta meterme en un avispero.

Intentamos cambiar de tema, pero no paro de ser interrumpido por el sonido del móvil. Me está sacando de quicio.

Normalmente no contesto llamadas de números desconocidos, pero esta vez decido responder, sobre todo al ver que la misma persona ha llamado más de diez veces seguidas.

—¿Quién es? —pregunto, con tono cortante.

—Soy Manu, la amiga de Aurora. ¿Está contigo?

Recuerdo a su vecina, y me calmo un poco.

—No la he visto desde esta mañana… tuvimos una conversación desagradable —respondo, sintiéndome culpable por algunas cosas que hice, no solo con ella, sino con mucha gente a mi alrededor.

—¿Discutisteis?

—Se podría decir que sí.

—¡Joder! Le dije que te lo contara antes de que todo esto se liara. Sabía que iba a acabar mal.

Durante un segundo, mi cerebro no procesa lo que acaba de decir.

¿¿Embarazada??

—¿Qué has dicho? —pregunto, desesperado.

—¿Cómo? ¿Aurora no te dijo que está esperando un hijo tuyo?

De nuevo, es como si una película entera me pasara por la cabeza. No respondo.

—No me lo puedo creer… ¡ella me va a matar por habértelo dicho!

—¿Por qué me llamaste preguntando por Aurora? ¿Ha pasado algo raro?

A estas alturas, ya estoy completamente alterado.

—Habíamos quedado para cenar, y no apareció. Fui a su casa, y no hay nadie. La puerta estaba sin cerrar.

—¿Tienes las llaves?

—Sí. Entré, pero no había vuelto.

¡Mierda!

—La encontraré. Y cuando lo haga, serás la primera en saberlo.

—Gracias, Edward.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando al vacío, intentando asimilar lo que Manu acaba de decirme.

—¿Pasa algo?

—Aurora está esperando un hijo mío...

—¡Madre mía! ¡Así, de repente!

—Y está desaparecida.

La ficha me cae de golpe, y empiezo a marcar su número.

Intento llamar desesperadamente al móvil de Aurora, pero no contesta nadie. Automáticamente me acuerdo de los guardaespaldas.

—Llama a los de seguridad.

Logan hace lo que le pido, y tras unos minutos se vuelve hacia mí, con el rostro preocupado.

—John ha estado apostado en la salida de Cooper Potter desde esta mañana, y no ha visto salir a Aurora. Lo que me lleva a pensar...

—Que puede haber salido por el aparcamiento. —Cierro los ojos, irritado y confuso, temiendo haber sido yo quien provocó todo esto… a ella y al bebé.

Ahora mismo me siento una mierda.

Veo que la pantalla de mi móvil se enciende, y reconozco el número de Aurora. Contesto enseguida.

—¡Aurora! ¿Dónde estás?

—Está bien, dulzura —escucho la voz de Melanie, y un escalofrío me recorre la espalda.

—Si le tocas un solo pelo...

—Ahórrate las amenazas, Edward. Te conozco demasiado bien, y sé que no vas a hacer nada que ponga en peligro la vida del bebé. —No digo nada, solo escucho, procesando cada palabra—. Ah, no lo sabías, ¿verdad? Pues sí, está embarazada.

—¿Qué quieres?

—Creo que ya lo sabes. Vende la empresa y no metas a la policía en esto. Lo que publicaste en la prensa prácticamente arruinó la carrera de mi marido, y la única forma que tenemos de darle la vuelta a todo esto es esa. Como tú empezaste este jueguito de gato y ratón, ahora te toca a ti terminarlo. Ah, y conviene que recuerdes algo más: quien está con ella… es alguien que conoces bien. O mejor dicho, alguien que tu familia conocía muy bien. Digamos que tienes una deuda de sangre pendiente...

—Melanie...

—Mañana temprano te daré más información. Hasta pronto.

Cuelga el teléfono.

—¡Joder! ¿Qué ha pasado? ¡Estás blanco!

—Melanie y Yan han secuestrado a Aurora —me dejo caer, con la mirada fija en la pared, sin saber qué hacer.

—¿Y qué quieren?

—Mi empresa.

Mi abogado empieza a caminar de un lado a otro, visiblemente alterado.

—Hay algo más: Melanie contactó con las personas que asesinaron a mi familia. Y ahora saben quién soy. Estoy convencido.

—Por ahora es mejor no hacer nada, y mucho menos ir donde están...

Me levanto, negando con la cabeza.

—¡Me quieren a mí, Logan! No voy a dejar que le hagan daño a Aurora ni al bebé.

—¡Piensa con la cabeza! —Se planta frente a mí.

—Les daré lo que quieran. ¡Eso no importa!

—¡Claro que importa, joder! —grita—. No vas a salir con vida de ahí, sobre todo si los enemigos de tu familia están de verdad aquí, en Estados Unidos.

—¿Y qué hacemos, entonces?

—Lo primero: hablar con John y Kenypher. Están preparados para este tipo de situación.

Capítulo 61

Edward Cooper

Ya son las ocho de la mañana, y simplemente no he pegado ojo.

Ayer, antes de salir de Cooper Potter, le conté a Sebastian lo que estaba pasando y le pedí que guardara el secreto.

Es mi mano derecha, y confío en él para gestionar cualquier problema relacionado con la empresa. Ahora mismo, solo quiero pensar en la seguridad de Aurora, y por eso hoy ni siquiera voy a trabajar.

Pasé toda la madrugada con el equipo de seguridad, intentando armar algún plan que pudiera mantener a Aurora a salvo. El problema es que no tenemos información de nada.

—Estamos rastreando toda la ciudad. Mis hombres ya están buscando el coche que estaba aparcado cerca de la casa de Aurora ayer.

Esa era nuestra única pista. El problema es que ese coche no nos llevaba a ningún sitio: el nombre del propietario era falso.

—Vamos a cruzar algunos datos y pronto sabremos cuál fue su ruta.

Desde que llegué al cuartel del equipo de seguridad los he visto trabajar con todo para encontrar a Aurora. Sé que no fue culpa de ellos. Después de todo, ella nunca salía de Cooper Potter por el garaje, y yo creí que todo estaba bajo control.

Grave error.

Seguimos concentrados hasta que suena mi móvil, y lo contesto enseguida.

—¿Cuáles son tus condiciones, Melanie? —respondo, y ya pongo el teléfono en altavoz.

—Soy yo, Edward.

Escuchar la voz de Aurora es un alivio absoluto.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—Yo… estoy bien.

—¡Gracias a Dios! —respondo, respirando hondo, intentando calmar los latidos de mi corazón—. Te prometo que te sacaré de ahí, aunque sea lo último que haga.

—Perdóname, Edward.

—No tienes que pedirme perdón. Fui yo quien te metió en esto.

—No… tú solo querías protegerme de ella, y… no fui sincera contigo en nuestra última conversación.

—Olvida eso. Voy a salvarte a ti y a nuestro bebé. Te lo juro.

De pronto, la línea se corta, y el pánico se apodera de mí.

—Ya os habéis puesto al día. ¿Qué tal si hablamos de negocios? —pregunta Melanie, con sarcasmo.

—Firmo lo que sea. Haré lo que me pidáis.

—Excelente. Exactamente a las 18 h, preséntate en la Av. Lexington, nº 1948. Solo. Si noto cualquier intento de pasarte de listo, será la propia Aurora quien pague las consecuencias.

Melanie cuelga el teléfono.

—¿Qué hago?

—Quieren ponerte nervioso. Sé cómo funcionan estas situaciones. Por muy difícil que sea, necesitas mantener la calma —dice Kenypher—. Si se sienten amenazados, pueden moverla a otro sitio, y será aún más complicado localizarla.

Asiento, y observo a mi abogado, que se ha quedado pensativo, con la mano en la barbilla.

—¿Qué opinas de todo esto? —le pregunto a Logan, que está más callado de lo habitual.

—Nada de esto tiene sentido. Las llamadas, todo… Podemos anular cualquier documento si lo firmas bajo coacción, y aun así insisten en que estés presente. Para mí, eso solo significa una cosa…

—Que estoy yendo directo a una emboscada —concluyo, y él asiente.

—Y probablemente Aurora ni siquiera está en ese lugar. Lo que hay allí… son los hombres que asesinaron a tu familia.

No tengo salida.

***

Discutimos al menos diez ideas durante la tarde, y en todas llegamos a la misma conclusión: tengo que arriesgarme.

Según la investigación del equipo, Aurora sigue aquí en Nueva York. John había salido a buscar en lugares potenciales, y Kenypher mantenía al resto del equipo rastreando formas alternativas de dar con su paradero.

De pronto, veo a Kenypher escuchando algo por su auricular, y su rostro cambia bruscamente. Luego se vuelve hacia nosotros.

—¿Has avisado a alguien de nuestra ubicación? —Niego con la cabeza de inmediato.

—Hay una mujer abajo pidiendo hablar contigo. Dice que es un asunto que te interesa.

—Nuestra base es secreta —salta mi abogado antes que nadie—. ¿Cómo demonios pueden saber dónde estamos?

—Si fueran ellos, yo lo sabría —responde Kenypher—. Registradla y haced que suba.

Miro el reloj. Pasan de las cuatro. Como mucho, tenemos una hora para pensar en algo que no ponga en riesgo mi vida ni la de Aurora.

Unos minutos después, una mujer muy bien vestida entra en nuestra sala, con un abrigo negro.

—Voy a ir al grano porque no tengo tiempo que perder: sé dónde está Aurora.

Así, sin más. Directa.

La mujer no parece tener más de cincuenta años. Es alta, de porte joven, aunque claramente vivida. Piel clara, casi pálida, ojos azules llenos de dureza y sufrimiento, y una melena castaño claro que le enmarca el rostro.

—¿Quién es usted y cómo lo sabe? —pregunta Logan.

—Me llamo Crystal —dice, con tono firme—. Cómo sé esa información no es relevante, al igual que tampoco importa cómo he dado con vosotros.

—¿Y cómo sabemos que podemos confiar en usted?

—Es fácil: no lo sabéis. Vais a tener que confiar en una mujer a la que no habéis visto en la vida, y que ha cogido un vuelo de seis horas solo para venir a contaros esto.

—¿Vuelo desde dónde? —pregunta Kenypher.

—Como ya he dicho, eso no importa. Si queréis salvar a Aurora, tendréis que moveros antes de que se den cuenta. Nosotros no nos metemos en esto.

—¿Nosotros?

La mujer es puro misterio.

—Así es, mi familia. Haced vuestra parte y salvad a Aurora. Después dejadme a mí lo que venga después. Yo me ocuparé de las

consecuencias cuando ella esté a salvo.

Sin esperar respuesta, le entrega un papel a Logan y luego nos dedica una mirada prolongada.

—Caballeros...

Crystal se da la vuelta y se marcha sin decir nada más.

Nos miramos unos a otros, sin entender nada.

—Son direcciones distintas —comenta, esta vez dirigiéndose a Kenypher—. O Melanie está jugando con nosotros… o esta mujer nos está llevando a una emboscada.

—¿Vamos a confiar en ella? —pregunto, mientras observo a Logan caminando hacia Kenypher y entregándole el papel.

—Creo que no tenemos otra alternativa...

***

—Voy a ir, Logan. ¡No pienso discutirlo!

Intentan convencerme por todos los medios de que no es buena idea ir a una de las direcciones, pero estoy decidido.

Tengo entrenamiento con todo tipo de armas. Lo necesité en su momento, cuando tuve que enfrentar mi pasado y prepararme para cualquier cosa que se interpusiera en mi camino. No he olvidado lo que aprendí, y no pienso echarlo todo a perder ahora.

Hay dos personas que me necesitan.

—Es inútil decirte que no —resopla—. Lo que tenemos que resolver es a qué sitio vamos a ir. Y si elegimos el que dijo Crystal, necesitaremos un plan, porque allí no nos están esperando.

Durante varios minutos tomamos la decisión entre todos. Puede parecer una locura, pero confiamos en una desconocida. Sabíamos que la primera dirección era claramente una emboscada.

—Tenemos novedades —entra uno del equipo con unos papeles e imágenes—. La dirección que dio la mujer es una casa en el centro de la ciudad. Hay dos hombres armados patrullando la zona.

Nos miramos entre nosotros, y parece que todos tenemos claro cuál es el lugar correcto.

—Normalmente no dejo que nadie participe en una misión conmigo —dice Kenypher—. Si desobedeces una sola de mis órdenes, Aurora y el bebé podrían morir. ¿Te queda claro?

—Sí. No haré nada que ponga en riesgo la misión. Si hace falta, iré como si fuera un negociador.

—De acuerdo.

Mi intención no es ir disparando ni provocar un enfrentamiento. Se me da bien hablar, y puede que eso sea lo que haga falta.

—Tendremos que evaluar la zona cuando lleguemos. Te quedas conmigo.

Asiento.

Me coloco el chaleco, tomo una de las armas y la meto en la cartuchera. Antes, la desmonto y reviso si todo está en orden.

—Eres rápido —comenta John con una sonrisa.

—Solía usar una Glock hace años, cuando pensaba que los asesinos de mi familia podían venir a por mí. Todavía me quedan algunos recuerdos.

—Espero que no tengas que usarla —dice, alejándose.

—Creo que no hace falta decirlo, pero intenta no hacer ninguna gilipollez —suelta Logan, negando con la cabeza. No ha llevado nada bien mi decisión.

—No lo haré. Confía en mí.

—Pide algo más fácil —responde, y sonrío.

—Si te pasa algo, que sepas que, de todos mis clientes, eres el peor. Y no iré a tu funeral. En realidad, iré al cementerio a mear sobre tu maldito ataúd.

—Gracias. Tú también eres un gran amigo —respondo, y él se aleja con una sonrisa.

—Estamos listos.

El trayecto hasta el Upper East Side, el barrio de la dirección, lo hacemos en completo silencio.

Pienso mucho durante el camino, y la verdad es que tiene lógica esconder a alguien en una zona de lujo. Nadie imaginaría que Aurora podría estar retenida justo debajo de nuestras narices.

Aparcamos el coche a dos manzanas de distancia, y antes de bajar, Kenypher se gira hacia atrás y me mira directamente.

—Esto es lo que vamos a hacer...

Aurora López

No he conseguido dormir.

En todo momento estoy vigilada, ya sea por Melanie o por un hombre enorme que pasa por la cocina.

La tensión me oprime el pecho, y la falta de información me tiene inquieta.

—Pronto Edward firmará los papeles —dice con una sonrisa de oreja a oreja, y no entiendo a qué se refiere.

—Ah, seguro te estás preguntando por qué digo eso. Te lo explico. La dirección que le di por teléfono no era esta. No somos tan idiotas.

—¿Y… adónde fue?

—A un sitio nada amigable, donde volverá a ver a las personas que asesinaron a su familia.

—¿Cómo puedes hacer algo así? —grito—. ¡Ellos van a… matarlo! ¡Eres una víbora!

Melanie se acerca y me agarra la cara con fuerza.

—Haría cualquier cosa por el poder, Aurora. Esa es nuestra diferencia. Mientras tú sigues creyendo en cuentos de hadas, yo soy una mujer real, que lucha por lo que quiere.

Empiezo a reírme, negando con la cabeza.

—Me das pena. Estás tan desesperada que eres capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que quieres.

—No, Aurora. Yo hago lo que haga falta para tener ventaja.

—Ahora lo entiendo... —digo, y ella entrecierra los ojos.

—¿Entiendes qué?

—Que nunca te han amado. Ni siquiera sabes lo que es eso.

—¡Cierra la boca!

—El mundo te volvió una persona fría —continúo, sin apartar la mirada—. Tu única salida fue atacar y destruir todo lo que se cruzaba en tu camino. Me das pena.

—Ya te he dicho que será mejor que cierres esa boca —gruñe, acercándose a mí, furiosa.

—Aún hay una oportunidad si me dejas salir de aquí, Melanie —digo, intentando sonar lo más tranquila posible, aunque por dentro estoy hecha polvo.

—Nadie sabe que estamos aquí, y tengo cámaras por toda la casa —responde, señalando el ordenador, que muestra varias ventanas abiertas, cada una con una parte distinta de la casa—. Te quedarás aquí hasta que me asegure de que Edward ha firmado todos los papeles...

Edward Cooper

—¡Estoy dentro del sistema!

Uno de los fantasmas del equipo informa. Estamos a dos casas del lugar.

—¿Cuántos guardias hay dentro?

—Solo dos. Uno en el jardín y otro moviéndose entre el pasillo y el interior de la casa.

—¿Puedes hackear el portón?

—Lo estoy haciendo ahora mismo.

Me impresiona la rapidez con la que trabajan, y por lo que parece, cada persona tiene una función muy definida en el equipo.

Esperamos casi un minuto hasta que nos dan luz verde para entrar. Kenypher, John y yo nos acercamos con cuidado al portón, sin llamar la atención.

—¡Cámaras congeladas durante treinta segundos y portón liberado! ¡Vamos!

Sigo los pasos de los hermanos, y entramos rápidamente en la mansión, escondiéndonos tras unos árboles cerca de la piscina.

—John, encárgate del guardia del interior. Yo me ocuparé de ese —señala al hombre que patrulla a unos treinta metros de nosotros.

—¿Y yo qué hago?

—Llama a Melanie y asegúrate de que no le haga nada a Aurora. Cuando las cámaras vuelvan a la normalidad, Melanie notará que algo va mal.

Asiento.

Después de que los dos se alejan, marco el número de Aurora, y a los pocos segundos alguien contesta.

—Presumo que ya estás llegando. Faltan cinco minutos, Edward.

—Sí. Y quiero asegurarme de que Aurora esté bien.

—Lo está.

—Quiero hablar con ella. Si no, no entraré en la casa.

Estoy intentando ganar el mayor tiempo posible, y necesito oír la voz de Aurora, asegurarme de que realmente está bien.

—Treinta segundos —dice.

—¡Edward! —Escucho su voz, y cierro los ojos, aliviado.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, pero tengo miedo. Mucho miedo.

—Esto acabará pronto, te lo prometo.

—Edward…

—Dime —la animo.

—Quería contarte lo del embarazo, pero…

—Por favor… no digas nada más. Fue culpa mía. Asumo mis errores y te prometo que todo será distinto a partir de ahora. Tienes mi palabra.

—Edward, yo…

Escucho un estruendo, y de repente su voz se corta, y Melanie coge el teléfono.

—¿Qué ha sido ese ruido? —pregunta. Parece que se ha disparado un arma, y ahora estoy completamente a ciegas. No sé lo que ha pasado.

—¿Qué coño hiciste, Edward?

—No sé de qué hablas.

La oigo corriendo, su respiración agitada.

—¿Mis hombres están… en el suelo?

—Melanie…

—¿Cómo… sabíais dónde estábamos? —me interrumpe.

—No hagas ninguna tontería —respondo con evasivas—. Mis hombres están armados.

—Yo… yo…

—Sé que Yan te obligó. No hay problema con eso —juego con ella, esperando que ceda—. Deja que Aurora venga con nosotros y nadie saldrá herido.

—¡No puedo! Ella es fundamental en esta negociación, y…

—¡Piensa con la cabeza al menos una vez en tu vida, joder! ¿De verdad vas a morir por un hombre que te está utilizando y que ni siquiera ha tenido el valor de quedarse contigo ahí?

—¿Mo-morir?

—No está armada —escucho la voz de uno de los fantasmas por el auricular, y respiro aliviado.

—Voy a dar la orden para que entren, Melanie. ¡No estoy jugando!

—Tengo un arma y… mataré a Aurora —dice, dudando.

—No, no tienes un arma. Supimos desde el principio dónde estabais, y si en los próximos segundos no liberas a Aurora y te entregas, sufrirás las consecuencias.

Se queda en silencio, y parece estar considerando.

De reojo veo a Kenypher apostado cerca de la puerta, mirándome. Todos están escuchando mi conversación por el auricular.

—Edward…

—No hay más tiempo, Melanie. ¡Libera a Aurora, ahora! —bramo, y escucho a alguien llorando al otro lado de la línea.

—L-la voy a dejar libre.

Mi corazón se alivia.

Momentos después, veo a Aurora salir de la casa, y John y Kenypher entran con todo, sorprendiendo a Melanie.

Cuando Aurora me ve, corre hacia mí y nos abrazamos.

Nunca imaginé sentir tanto alivio al tenerla de nuevo entre mis brazos.

Fue una operación limpia, y gran parte del éxito se debe a que los dos hombres en esa casa no esperaban que fuéramos allí.

No pusimos en riesgo la vida de Aurora ni la del bebé, y me siento en paz por haber pensado con claridad en medio de tanta tensión.

La policía ya había sido alertada, y Melanie fue puesta bajo custodia. Aun así, tenemos que ir a comisaría a resolver algunos asuntos.

Logan me llama, y contesto.

—¿Qué pasa?

—De la casa que Melanie dio como dirección salieron quince hombres fuertemente armados, junto con Yan Muller. Y todos llevaban el mismo tatuaje en el brazo, una…

—Serpiente… —completo, y él asiente.

—Iba a ser una ejecución, Edward. Iban a torturarte y, probablemente, matarte justo después de firmar los papeles.

No conozco a Crystal, pero le debo la vida…

Capítulo 62

Aurora López

Pasamos dos horas en la comisaría, y cuando salimos, Edward me llevó a su casa.

Parece algo afectado, pero quiere hablar conmigo a solas.

—Siento mucho haberte puesto en esta situación —dice, mirándome a los ojos.

—Edward…

—No, escúchame —me interrumpe, con los ojos llenos de lágrimas. Es una de las pocas veces que lo veo tan emocionado—. Nunca había sentido tanto miedo como hoy. No tienes ni idea de cuánto te amo, y te prometo que a partir de ahora no haré nada que esté fuera de la ley. Te mereces a un hombre íntegro y leal.

Lo que hice en el pasado, con Roger Antunes y con otras personas, fue por dinero… pero no quiero volver a poner nada por encima de lo que siento por ti.

Las lágrimas se me escapan, y no sé qué decir. Veo tanta sinceridad en su rostro que simplemente lo abrazo.

—Gracias por estar a mi lado. No sé qué habría hecho sin ti.

—No, Aurora —coloca ambas manos en mi rostro y me besa en la frente—. Mi vida cobró sentido cuando te conocí. Me cambiaste. Me enseñaste que no necesito negar mis orígenes. Hiciste que este corazón volviera a latir por algo real. Ya no tengo ninguna duda de que quiero compartir contigo no solo los momentos buenos, sino también los malos.

—¿Qué… estás intentando decir?

Edward toma mis dos manos, con decisión.

—Aurora… ¿quieres casarte conmigo y ser la madre que Ángela nunca tuvo?

—Te amo, Edward. Y… acepto.

Nos quedamos abrazados varios minutos, y siento que, a su lado, voy a conocer lo que es ser amada de verdad.

A continuación, Edward sonríe y acaricia mi vientre.

—Voy a ser el mejor padre del mundo para este bebé, y Ángela estará feliz de tener un hermanito.

—La quiero mucho. Y creo que vamos a ser felices.

—Si tú lo crees, yo lo tengo clarísimo.

Mi jefe toma mis labios en un beso lento. Después, me levanta el mentón y me mira profundamente.

—Eres preciosa, Aurora. Todo en ti me atrae, y te prometo que no voy a desperdiciar esta oportunidad de estar contigo. Nunca más.

—Entonces… hazme tuya...

***

Edward me coloca con delicadeza sobre la cama y me desnuda.

Cada uno de sus toques está lleno de un amor cuidadoso, como si fuera el guardián de mi cuerpo, alguien que velaría porque nada me hiciera daño.

—Te prometo amarte toda mi vida, Aurora —murmura, mientras esparce besos por la extensión de mi vientre, descendiendo hasta mi entrada.

Cierro los ojos, saboreando el momento. Dejo que mi mente vague entre el placer que me concede, segura de que no me abandonará.

Edward se detiene en mi punto más sensible y rodea mi clítoris con la lengua. Gimo de placer, añorando todo lo que compartimos entre cuatro paredes tiempo atrás.

Estoy nerviosa. A veces, me pongo tan tensa que las palmas de mis manos sudan y las piernas me tiemblan. Y sé que es por la responsabilidad más grande que llevo en mis manos… o mejor dicho, en mi vientre.

—Relájate, Aurora. Nada más nos hará daño, es una promesa.

Me tranquilizo y cierro los ojos. Quiero que me cuide, que proteja al bebé que llevo dentro.

Cuando su lengua entra en contacto con mi coño, lo olvido todo. Los segundos pasan lentos, y contengo la respiración. Me concentro en su lengua, en sus movimientos, y noto lo sensible que estoy.

—Edward…

—Córrete, amor mío, ¡quiero sentirte!

No era una súplica, sino una orden, y como una buena chica, obedezco. Casi gritando su nombre, alcanzo el orgasmo en su deliciosa boca.

Lentamente, él se desnuda y se coloca sobre mí, besando mi rostro, mordisqueando mi oreja, chupando mis labios…

—Te deseo, Aurora.

—Y yo a ti, mi amor.

Edward se posiciona encima de mí, besándome, demostrándome que soy la mujer de su vida.

Cuando siento su polla dentro de mí, me aferro a sus fuertes brazos, atrayéndolo contra mi cuerpo.

—Más fuerte, cariño —le pido.

En los minutos que siguen, me trata como siempre he deseado. Como una reina que le pertenece.

El sexo comienza lento, suave. Pero no tarda en tomarme con fuerza, follándome duro y deliciosamente, como me tiene acostumbrada en la cama.

—Te amo tanto, mi amor —susurra en mi oído, mientras jadea y me empuja con un ritmo frenético.

—Yo también te amo, Edward. Siempre te amaré…

Momentos después, él gime con intensidad, liberando todas las emociones que nos convierten en hombre y mujer, en pareja.

Me enorgullezco sabiendo que Edward cuidará de mí y de nuestra familia por el resto de nuestras vidas…

Capítulo 63

Edward Cooper

1 mes después

Muchos temas salieron a la luz en el último mes.

Yan Muller ahora está enfrentando a la justicia por las graves acusaciones que descubrimos, y se encuentra prófugo. Melanie sigue detenida, y probablemente lo estará por bastante tiempo.

Ayudar a una persona culpable no es precisamente una decisión inteligente… y, en realidad, la inteligencia nunca fue su punto fuerte. No esperaba otra cosa.

Poco a poco estoy recuperando mi empresa, y sin nadie que me amenace, es mucho más fácil trazar objetivos, algo que estoy haciendo con calma.

El equipo de seguridad descubrió que los asesinos de mi familia han regresado a México, y aunque me cuesta creer que se hayan rendido tan fácilmente, decidí mantener al equipo al menos unos meses más, hasta que todo esto se resuelva por completo.

Pero lo que no sale de mi cabeza es que… ¡voy a ser padre!

Aún no termino de asimilarlo, y cuando Ángela se enteró de la noticia…

Nunca había visto a mi hija tan emocionada. Y no solo por tener un hermanito o hermanita, sino porque también le dijimos que Aurora y yo nos vamos a casar.

Y hablando de eso, ayer Aurora se mudó a nuestra mansión.

Ahora puedo terminar tranquilamente el proceso de recuperación de la empresa y estar al lado de la familia que tanto

amo.

Seguí trabajando hasta alrededor de las seis de la tarde, y me estoy preparando para irme un poco antes hoy. El problema es que Logan entra en mi despacho, prácticamente lanza su maletín sobre la silla y se dirige directamente a la ventana.

—¿Planeas tirarte desde ahí? —bromeo, pero no responde. Permanece serio. Nunca lo había visto con esa expresión, y tengo un mal presentimiento—. No me digas que hay más problemas… — respiro hondo, sabiendo que todo está yendo demasiado bien para ser cierto.

Durante unos segundos no dice nada, pero luego se gira y me clava la mirada.

—¡Están todos muertos, Edward!

—¿De qué demonios estás hablando?

Vuelve a inhalar profundamente, negando con la cabeza, visiblemente preocupado.

—Yan Muller, Melanie, los dos guardias de la casa que asaltamos… y todos los demás que estaban en la dirección que Melanie dio por teléfono. En total, diecinueve muertos.

Durante una fracción de segundo, no proceso la información.

—¡Esto es una broma, ¿no?!

—No. —Se acerca un poco más—. ¿Quieres saber cómo murieron?

—Por supuesto.

—Melanie fue la que tuvo la muerte más «suave». La golpearon hasta matarla en prisión, luego la apuñalaron y le sacaron todos los órganos del cuerpo.

—¿Eso es una muerte suave? Si esto es una broma pesada…

—¡Escúchame! —dice, alzando la voz—. Lo que estoy diciendo va muy en serio. A Yan y a sus matones los torturaron

hasta matarlos. Les arrancaron la cabeza del cuerpo y las colocaron juntas, una al lado de la otra. No tenían dientes, pero sus rostros estaban intactos. En cuanto a los cuerpos… creo que puedes imaginarte lo que les hicieron, pero pocas veces he visto una tortura tan brutal.

—¿Quién hizo eso? —pregunto.

De inmediato, Logan me entrega un papel manchado de sangre. En él está escrito:

«La sangre se paga con sangre. Esto es lo que les pasa a quienes amenazan la integridad de cualquiera de los nuestros…»

BC.

—Esto podría tener que ver con Crystal. Y hasta hoy, no sabemos cómo tenía información de que Aurora corría peligro —digo, intentando darle sentido a todo esto.

—Algo me dice que no volveremos a ver a esa mujer.

Hace unos días le pregunté a Aurora si el nombre Crystal significaba algo para ella, pero sabía tanto como yo. Nadie tiene idea de dónde salió esa mujer.

—Yo también lo pienso —comento, sujetando el papel entre las manos y volviéndolo a leer—. Pero… ¿qué demonios significa BC?

—No tengo ni la menor idea, pero si tuviera que adivinar, diría que se trata de una organización.

—Podemos decir que, en parte, estás en lo cierto.

De la nada, una persona entra en nuestro despacho, cierra la puerta detrás de sí y se sienta.

¿Sebastian?

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto a mi empleado.

—BC significa Boccuti, más específicamente la familia Boccuti —dice, y todo mi cuerpo se tensa—. Y ahora seguro te estás preguntando cómo sé lo que pone ahí, ¿verdad?

—¿Sebastian...?

—«La sangre se paga con sangre. Esto es lo que les pasa a quienes amenazan la integridad de cualquiera de los nuestros...»

—¿Quién eres tú? —pregunta Logan, y ya empiezo a preocuparme por la respuesta.

—Consideradme un amigo.

Todo esto no tiene sentido. Conozco a Sebastian, es de total confianza. Lleva años trabajando para mí.

—Siempre has sido una de las personas en quien más confié, y…

—Y por eso Aurora sigue viva, Edward —me interrumpe, con el rostro levemente sombrío—. Me contaste que había desaparecido, y fui yo quien contactó con Crystal. Si no hubieras confiado en mí, probablemente Aurora estaría muerta ahora mismo.

—¿Por qué todo esto? No tiene ningún sentido…

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—¡Todo! —exploto—. Llevas años en mi empresa, incluso antes de que ella pusiera un pie aquí.

—Creo que no lo has entendido del todo, Edward —dice acercándose a mí, ahora con una sonrisa—. La familia Boccuti sabe cada paso que da Aurora, incluso sus deseos más íntimos, ya sea sobre trabajo o sobre su vida familiar. Sabían que aspiraba a trabajar contigo, y que no se rendiría.

—Trabajas como intermediario. No formas parte de la familia, pero tienes toda su confianza —dice Logan, también sonriendo.

—Exacto.

—Y… digamos que fijarte en mi culo cada vez que entrabas era parte del trabajo.

—Sí, tengo que mantener las apariencias para quienes me rodean. Si no, ¿de qué serviría? Soy como un camaleón. Mi trabajo es adaptarme al entorno.

—¿Cuánto de lo que conocí de ti era real, Sebastian? —pregunto.

—Esa es una pregunta difícil. Me he acostumbrado tanto a ser alguien que no soy, que ya ni siquiera sé responderte con claridad.

—¿Entonces… me estuviste vigilando todo este tiempo? —me siento, con una sonrisa irónica, intentando entender esta historia increíble.

—En parte. Sabemos todo lo que hiciste por Aurora, incluso en la universidad.

—El problema es que ni ella sabe nada de los Boccuti —responde Logan rápidamente—. ¿Cómo vais a manejar eso?

—No tenemos que manejarlo. Aurora conoce el apellido que lleva, e incluso algunas de las cosas que son capaces de hacer. Cuando su abuela murió, se le entregó una carta.

—¿Y cómo sabes eso?

—Como ya dije: lo sabemos todo. Tenemos ojos en todas partes. Pero no esperamos que ella venga a buscarnos; eso solo generaría una guerra de intereses.

—¿Guerra de intereses?

Sebastian sonríe con ironía.

—¿Por qué muertes tan violentas? —pregunta Logan.

—Es la marca de la familia. Cortan el mal de raíz y mandan un mensaje cuando lo hacen. Creo que lo sabes, pero si hubieras ido a esa dirección, te habrían torturado y asesinado. Automáticamente, quienes te perseguían se convirtieron en enemigos de los Boccuti.

Considéralo un favor: ya no tienes que seguir escondiéndote, Miguel Ángel.

—Entonces… de verdad lo sabes todo.

—Sí —responde, levantándose y ajustándose la chaqueta—. Edward…

—Dime.

—Sigue haciendo un buen trabajo en la empresa y cuida de Aurora. Le dije personalmente a los Boccuti que confío en ti, y no quiero arrepentirme de esas palabras.

—¿O sea que ahora ya no tengo a alguien de confianza a mi lado? —pregunto.

—Digamos que tener «nuestra» confianza es lo mejor que te podría haber pasado. Y una última cosa: Roger Antunes también ha muerto.

—¡Joder! Vaya, no os andáis con tonterías —suelta Logan.

—No fuimos nosotros. Murió esta mañana de una sobredosis.

—Y si siguiera vivo ahora… ¿habríais ido a por él?

—Probablemente, sí.

—Qué conveniente, morir de sobredosis justo hoy, ¿no? —vuelve a intervenir Logan, y Sebastian sonríe.

—Hasta pronto.

Dicho esto, sale de la sala. Me quedo mirando el rostro de mi abogado, que está claramente pensativo.

—¿Qué opinas de todo esto, Logan?

—Tres palabras.

—¿Cuáles?

—Presento mi dimisión —responde, y suelto una carcajada al instante. —Espero que estés bromeando.

—¡Claro que sí! Hasta hace dos meses eras un cliente aburrido, sin acción. Ahora… probablemente estamos metidos con la mafia. ¡Quién sabe qué coño es esa familia!

—¿Y eso no te asusta ni un poco?

Logan se acerca a mí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—No, me pone a mil. Me encanta mi trabajo por la gente con la que lidio a diario. Y ahora… mis honorarios como tu abogado se han triplicado.

—¡No jodas!

—Es broma. Pero ahora tienes una pequeña idea del tipo de personas con las que trabajo…

***

Al llegar a casa decidí no contarle nada a Aurora. Estaba dormida, así que lo dejé para esta mañana.

Cuando se despertó, le conté todo lo que descubrí anoche. La parte más complicada fue hablarle de Sebastian, sobre todo porque no tengo demasiada información sobre él.

—¿Sebastian...?

—Lo sé. Es difícil de asimilar, pero fue él quien te salvó. No quiero que te enfades con él.

—No estoy enfadada, es solo que… me engañó por completo.

—Sé cómo te sientes… —me estiro, mirando al techo—. Justo yo, que siempre me jacto de saber leer a las personas con las que trabajo.

Noto su rostro triste, así que me acerco y la rodeo con los brazos.

—Sé que es mucho para procesar, sobre todo lo relacionado con tu familia, y…

—No quiero conocerlos, y menos ahora que sé de lo que son capaces —me interrumpe con firmeza—. No deseo la muerte de nadie, y… ellos fueron capaces de hacer algo así. La madre de Ángela está muerta.

—Aurora…

—Por más que Melanie haya sido un monstruo, era la madre de tu hija, y murió de una forma perversa, igual que los demás.

—Tranquila —le agarro las manos, buscando su atención—. No somos culpables de la familia en la que nacemos.

—Es todo tan… surrealista. Desde el día en que leí aquella carta no dejo de pensar en ello, y… sigo sin entender nada.

—No intentes entenderlo. Solo acéptalo.

—Eso es lo que voy a hacer. Quiero centrarme en mi trabajo, en ti y en Ángela. Y, por supuesto… —mira hacia abajo, sonriendo—. En nuestro bebé.

Difícilmente voy a dejar que estas sensaciones de alivio y felicidad se me escapen.

—Amor, yo también tengo algo que contarte. Pero necesito que me prometas que no te vas a enfadar, ¿vale?

—Lo prometo.

—Bueno… quería darte una sorpresa, así que pedí una cita, y… hoy podemos descubrir el sexo del bebé. ¿Quieres venir conmigo?

—¿¡Ahora!?

—Sí.

La abrazo, la levanto en el aire, y en ese momento vemos a Ángela acercándose a nosotros.

—¡Yo también quiero un abrazo!

La levanto en brazos, y Aurora y yo la llenamos de besos, haciendo que nuestra hija estalle en carcajadas.

—¿Qué os parece si vamos los tres juntos a descubrir si vas a tener un hermanito o una hermanita?

—¡Síííí!

Aurora López

—¡Es un niño! ¡Felicidades!

—¡Voy a tener un hermanito! ¡Un hermanito!

Ángela está feliz, y yo lloro y me emociono con su alegría.

Después del anuncio del médico, miro el rostro de mi jefe, y parece incrédulo… pero feliz.

Nada más salir de la consulta, me abraza con fuerza, y esta es una de las pocas veces que lo veo tan conmovido. Edward no suele mostrar sus sentimientos, pero ahora mismo parece un niño.

—¿Por qué lloras, papá? —pregunta Ángela.

—Yo… solo estoy feliz. Hemos pasado por muchas cosas para llegar hasta aquí —responde, mirándome ahora a mí.

—Pero lo que yo sé… es que vamos a ser felices —digo, con seguridad.

—Sí. No permitiré que nada arruine nuestra felicidad.

***

—¿Estás segura de que no quieres tomarte unos días libres?

—¿Estás loco? ¡Quiero trabajar más que nunca! Tengo mil cosas por hacer.

Prácticamente todos en Cooper Potter saben que estoy embarazada, y como no soy de hacer escándalos, hoy voy a contarle a todo el que me cruce que es un niño.

—¿Has pensado en algún nombre? —pregunta.

—No. Pero hay un buen motivo para eso.

—¿Cuál?

—Tú ya tienes uno en mente.

Edward me mira con desconfianza, y luego asiente.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—He aprendido a leerte muy bien.

—Podemos decidirlo juntos —dice, tirando de mí para abrazarme con fuerza.

—Quiero saber qué nombre tenías pensado.

—Pensé en Aaron.

Una sonrisa enorme se dibuja en mi cara al imaginar a nuestro hijo con ese nombre. Me transmite una paz tremenda.

—¡Es un nombre perfecto, mi amor!

—Vamos a ser una familia unida y feliz, Aurora —paso los dedos por su mejilla—. Dejemos que el destino se encargue de nuestras vidas, pero por mi parte, haré todo lo posible para que seamos la familia más bonita y feliz de este mundo.

Lo abrazo con fuerza, y no puedo evitarlo: dejo que mi felicidad se escape en forma de lágrimas. Es tan bonito sentirse amada...

Capítulo 64

Aurora López

6 meses después

El día que más había esperado en mi vida por fin llegó.

Ver la felicidad en el rostro de Ángela al entregarnos las alianzas me emociona de tal forma que no puedo dejar de llorar durante casi un minuto.

Soy una mujer soñadora, y mi cuento de hadas se ha hecho realidad.

Por completo.

Para algunas mujeres puede parecer extraño, pero en el fondo de mi corazón siempre había soñado con casarme embarazada, con mi barriga bien grande. Nunca pensé que se hiciera realidad; de hecho, dudaba incluso que algún día me casara, después de todo lo que viví.

Los sueños existen para cumplirse, y yo fui en busca del «mío», solo que ahora ya no soy solo yo. Ahora somos «nosotros».

Justo después de decir nuestros votos, un beso largo sella nuestra unión, y los aplausos son ensordecedores. Salimos de la iglesia y, en cuestión de minutos, llegamos a una finca alquilada por Edward.

Él mismo dijo que no invitaría a demasiada gente, y la fiesta no supera los cincuenta invitados.

Miro mi dedo, y todavía no me entra en la cabeza que ya soy una mujer casada. Todo ha pasado tan rápido en mi vida que aún me cuesta creer que esto esté ocurriendo de verdad.

—¿Cómo estás, esposa?

—Muy bien, marido —le sonrío, y él me abraza, así, sin decir nada, durante un buen rato. Luego acaricia mi enorme barriga.

—El mes que viene nacerá nuestro heredero.

—Sí, por eso estoy más ansiosa de lo normal.

Quise seguir trabajando en Cooper Potter, y tuve que convencer a mi marido, que insistía en que no debía estresarme con el trabajo. Por suerte, soy bastante persuasiva cuando me lo propongo, y estar allí me ayuda a olvidarme de los problemas… y también de la ansiedad que llevo dentro.

Con mucho esfuerzo, nos separamos. Edward tiene que atender a los invitados, y yo también.

Observo a todas las personas presentes, y cada una de ellas significa mucho para mí. A lo lejos, reconozco un rostro familiar, y me sorprendo al verlo aquí.

Sebastian…

Desde que reveló la verdad a Edward, no lo había vuelto a ver. Decidida, me acerco a él con una sonrisa que enseguida es correspondida.

—Estás preciosa, Aurora. Enhorabuena por el matrimonio.

—Gracias —respondo, observándolo, y notando que no ha cambiado nada.

—Presumo que ya sabes algunas cosas sobre mí.

Asiento, pero en ningún momento siento rencor hacia él. Sebastian fue uno de los responsables de mi rescate, y siempre le estaré agradecida por eso.

—Sí, lo sé —respondo, entornando los ojos, con cierta sospecha—. Quiero hacerte una pregunta muy seria, y espero que seas sincero conmigo. Por los viejos tiempos.

—Me imaginaba que lo preguntarías. Tu familia…

—¿Eres hetero, bi o homosexual? —lo interrumpo, y Sebastian sonríe de inmediato.

—¿De verdad eso es lo que quieres saber?

—Sí. No me lo tomes a mal, no quiero saber nada sobre los Boccuti. ¿Hay algún problema?

—Ninguno.

—¿Y entonces…?

Sebastian hace una pequeña pausa dramática, pero enseguida responde:

—Soy hetero, Aurora.

—¡Mierda! ¡Después de todo esto, estaba convencida de que eras gay! ¡Y bien gay, además! —Niego con la cabeza mientras él me mira con una expresión distinta—. Perdón… es que… no sé, ya ves. Bueno, creo que no debería haber dicho eso así, a una persona…

—¿¿Peligrosa?? —pregunta, aún divertido.

—Creo que sí. ¿O me equivoco?

—Trabajo para tu familia. Jamás haría nada en tu contra. De hecho, todo este tiempo he estado, de algún modo, protegiéndote.

—Vigilándome —entorno los ojos.

—Sí, algo así.

Sigo observando a Sebastian, y aún no termino de asimilar que es otra persona. Para bien o para mal, es un hombre con una enorme capacidad para camuflarse.

—He venido a despedirme, Aurora.

—Entonces… ¿esta es la última vez que nos vamos a ver?

—Si no ocurre ningún problema, es probable que sí. Pero nadie conoce los misterios de la vida. No hace falta que lo diga, pero eres una gran persona, con un corazón noble… algo que no abunda, créeme.

—Y quiero que sepas que valoro mucho nuestra amistad. Y por más que no seas cien por cien el Sebastian de Cooper Potter, nada me va a quitar de la cabeza que todo lo que vivimos fue real. Las bromas, las risas, las provocaciones…

—Y fue real —asiente con firmeza—. Los Boccuti no son precisamente fáciles de tratar, y conocerte fue algo inesperado. Probablemente seas la única persona que podría llegar a llamarse amiga de alguien como yo.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Estoy muy sensible hoy por la boda… era inevitable que pasara algo así.

—¡Por favor, no llores!

—Gracias por todo, Sebastian.

A lo lejos, veo a Manu venir hacia nosotros, visiblemente molesta, y ya me imagino el porqué. Sebastian también la ha visto.

—¿Ella lo sabe? —pregunta enseguida.

—No. Solo Edward, Logan y yo.

—Perfecto.

—¡Maricón desgraciado! ¿Cómo desapareces así del mapa sin decirme ni pío?

Y mi amiga llega… en su estilo habitual.

—Manu… —intento que deje de golpear los hombros de Sebastian.
Por si no te has enterado: ¡es un mafioso, loca!

—Conseguí otro trabajo. Ahora viajo por el mundo —le guiña un ojo, divertido, con esa actitud tan típica del Sebastian que conocí.

—¿Y… cómo van esos tríos? —ella le devuelve la mirada.

—Últimamente me toca trabajar de verdad.

Ver a Sebastian interpretando una vez más al personaje que solía ser resulta extraño… e hilarante al mismo tiempo. Tiene talento.

—¿Trabajar montado o… trabajar en serio?

—Las dos cosas —pone cara de pícaro—. Digamos que tengo a unas cuantas personas pisándome los talones, pero siempre encuentro un huequito para un poco de perversión.

—¡Qué maricón con suerte! —le da otra palmada fuerte en el hombro, y con cada golpe, mi corazón se aceleraba más—. Ahora tengo que volver a la fiesta. Me esperan algunos pretendientes… y también los exguardias de Aurora —pone morritos, revirando los ojos—. ¡Nos vemos en la pista de baile!

Cuando se aleja, me detengo a mirar bien su rostro. Sebastian no parece nervioso. Está sonriendo.

—Ella también me cae muy bien. No me gusta tener que mentir, pero esta es la vida que he elegido.

Sin decir una palabra más, lo abrazo con fuerza.

—Buena suerte en tu vida real —susurro—. Y, por favor, nunca te olvides de mí.

—Siempre recordaré el día en que conocí a una chica llamada Aurora, que se vestía de una forma rara para los demás, pero que era preciosa… aunque ni ella misma lo supiera. Enhorabuena por el embarazo. Espero que seáis muy felices.

—Gracias…

***

Atender a todo el mundo fue complicado, pero hice lo posible por agradecer personalmente a cada persona presente en mi boda.

Puede parecer raro, pero ya tenía todo preparado en mi cabeza incluso antes de conocer a Edward, y este ritual —por así decirlo— se está cumpliendo al cien por cien.

—¡La semana que viene salgo con los gemelos! —suelta Manu como quien no quiere la cosa, revirando los ojos.

—¿¿Perdona?? —pregunto, sorprendida.

—Eso mismo que oíste. John llevará a su novia y yo me conformaré con Kenypher.

—¿¿Te conformarás?? —Cruzo los brazos y ella me dedica una sonrisa de oreja a oreja.

—Exacto. Lo que en realidad me gustaría es tenerlos a los dos juntos. Soy una golosa. Pero como no se puede tener todo en esta vida...

Sonrío ante la desvergüenza descarada de mi amiga.

Ella fue mi madrina junto con Kenypher, y ya me imaginaba que le comería la cabeza al hombre.

Y fue rápido.

—Intenta no estropearlo todo en la primera cita, por favor.

—¡Venga ya, tía! ¡No me subestimes! —dice, y automáticamente empezamos a reír.

—Manu, ahora en serio: quiero darte las gracias por todo. Por ser mi sostén en los momentos buenos y en los malos —le sonrío, algo avergonzada—. Fuiste la primera amiga de verdad que conocí, y una de las pocas que se ha mantenido a mi lado. Además, siempre creíste en mi potencial, incluso cuando yo no lo hacía. Tu seguridad me moldeó como mujer, y me he reflejado en ti tanto en los buenos como en los malos momentos. Solo quiero que sepas que te voy a querer siempre.

—¡Aurora, joder! Este maquillaje me ha costado un dineral y ahora no puedo llorar —dice, frotándose los ojos, intentando contenerse.

—No me importa si lloras. Solo quiero que sepas que te quiero con todo mi corazón, y que eres una de las personas más

importantes de mi vida. Te considero parte de mi familia. Sangre de mi sangre.

Manu me abraza, y como la conozco bien, llora sin importarle si se le corre el maquillaje o cualquier otra cosa.

—Te lo digo solo una vez… —levanta el dedo, con la cara empapada en lágrimas—. El día que me case, voy a hacerte llorar como un bebé y me voy a vengar de lo que acabas de hacer conmigo.

—Y puedes tener por seguro que pasará. Lloro por cualquier cosa.

Vuelve a abrazarme, y nos quedamos así largos segundos.

—Sé feliz, amiga. Nadie mejor que yo conoce las batallas que has librado, los miedos, la aceptación, la culpa, los traumas. Esta victoria nadie te la puede quitar. Si hay alguien que merece ser feliz, ese alguien eres tú.

—Gracias —respondo, emocionándome de nuevo.

—Bueno, ya está bien de tanto drama. Lo que tenía que decir ya lo he dicho —dice, sonriendo, y yo también sonrío—. Me voy con mi pretendiente, cuídate, amor mío…

Observo a Manu alejarse contoneando las caderas, y sin el menor pudor, le susurra algo al oído a Kenypher. Y él… sonríe.

Juro que jamás había visto a ese hombre sonreír.

Nuevos tiempos.

—Sí, lo sé. Es rarísimo —John aparece a mi lado comiéndose un pastelito—. Cuanto más convivo con mi hermano, más miedo me da, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Demasiado bipolar. ¡Madre mía!

Empiezo a reírme mientras los observo.

—¿Crees que hay futuro ahí? —Señalo hacia ellos.

—Probablemente sí, y todo se lo debe a tu amiga. Kenypher no es de los que se lanzan con las mujeres, y Manu… bueno, es Manu. Deslenguada, descarada, dice lo que le da la gana cuando le da la gana, le da igual la cara de piedra de mi hermano… así que está todo bien.

—Parece que va de suelta por la vida, pero en el fondo solo quiere encontrar un gran amor.

—¿Y quién no quiere eso? —dice guiñando un ojo, mientras se mete el último trozo del pastelito en la boca—. Solo por curiosidad: la última vez que llevó a una mujer a mi casa, rompieron la cama.

Lo miré perpleja y luego solté una sonrisa.

—Entonces, creo que esa posible relación tiene todas las papeletas para salir bien.

—Yo también lo creo.

Converso con John durante unos minutos y nos reímos un montón. Además de ser muy gracioso, es un cotilla de manual, y eso me encanta de él. Es un guardaespaldas que se sale completamente de lo habitual.

—Bueno, ahora tengo que atender a la jefa. Enhorabuena, Aurora. Y por favor, no te metas en líos, que ya estoy pensando en jubilarme… —dice mientras se aleja, dejándome con una sonrisa de oreja a oreja.

De verdad tengo a los mejores amigos del mundo…

Durante un rato me quedo sola, simplemente observando a la gente a mi alrededor, sonriendo, charlando, celebrando.

Todo es perfecto.

En una de mis miradas al azar, noto que alguien me observa fijamente, con una sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos. Ha llegado el momento de expresar lo que siento por la persona que cambió mi vida…

Camino hacia él con una sonrisa en el rostro y lo abrazo.

—Todo está perfecto —digo, y él asiente con la cabeza.

—Tú te encargaste de que fuera así.

Y es verdad. Me aseguré de que todo saliera como yo quería, y cuando él quiso meter las narices, no se lo permití. Soy persuasiva cuando me lo propongo, incluso con este CEO lleno de manías.

—Te has casado con la perfección, mi amor. Acéptalo —le digo, y Edward me besa sonriendo, pero yo sigo seria, perdiéndome en esos ojos tan suyos, feliz de haber encontrado al hombre de mi vida—. La mayor verdad de todas es que tú me aceptaste, Edward —susurro, cerrando los ojos—. A pesar de saber que era una mujer que no sabía vestirse, introvertida, y…

—Olvida eso, Aurora…

—No, mi amor. Déjame terminar. —Le tomo las manos, centrada en el hombre de mi vida—. Todas las personas merecen ser felices. Yo he tenido suerte, mucha suerte, de tener a un hombre maravilloso a mi lado, y por eso acepté tan rápido la propuesta de matrimonio. Este es mi sueño, mi cuento de hadas que acabo de hacer realidad. Sé que tendremos nuestro «felices para siempre», porque estar a tu lado, junto a Ángela y a nuestro hijo, es el mayor desafío de toda mi vida. Sé que hay muchísimas personas en el mundo que se sienten «feas» o tienen problemas en diferentes aspectos de su vida, pero todos merecemos ser amados. Me duele pensar que hay mujeres como la que yo fui, que no se creen lo suficientemente buenas como para encontrar a alguien que las haga felices, pero espero de corazón que algún día puedan sentir esta felicidad que ahora a mí me desborda. Tú me enseñaste que soy capaz de amar y ser amada, y eso era lo que más buscaba: alguien que me mostrara la luz en medio de la oscuridad. Estoy segura de que no hay nada en este mundo que pueda separarnos.

Edward se acerca y me abraza, pasando el pulgar suavemente por mi rostro.

—Creo que ya lo sabes, pero no me canso de decírtelo: eres la mujer más hermosa que he conocido en toda mi vida. Y no solo por fuera, sino por esto de aquí… —toca mi pecho, a la altura del corazón—. Eres única, Aurora, y me conquistaste de principio a fin. De hecho… todos llevamos una «Aurora» aquí dentro.

Me quedo mirándolo, sin saber qué decir. Simplemente me siento completa.

No hay nada mejor en este mundo que amar y ser amada…

Epílogo

Edward Cooper

1 año después

—¡Aaron, no! —bramo, y mi hijo me mira como si él fuera el CEO de su propia vida, ignorándome por completo y tirando el cuenco de cereales al suelo. Luego me mira… y empieza a reír.

¡El bebé simplemente se ríe en mi cara!

No consigo imponer respeto a mi hijo; solo Aurora tiene ese don. O autoridad.

Me froto la frente, preocupado. Llevo menos de dos horas solo con él, y en ese tiempo ya ha tirado dos cosas, me ha mordido un dedo, ha metido otro en el enchufe, entre otras hazañas.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunta Aurora al llegar a casa.

—¡Nuestro hijo es un demonio! —respondo, y ella lo coge en brazos.

—Eh, no hables así de mi bebé.

Aaron le sonríe a Aurora y luego me lanza una mirada seria, como si me desafiara. A continuación, me señala con el dedo índice, y parece otro desafío más.

—¿Qué te ha hecho papá, Aaron? —pregunta ella con voz mimosa.

—Pa-pa. Pa-pa.

No puedo creer lo que acaba de decir, y Aurora mucho menos. Nos quedamos en shock.

—¿Qué has dicho? —pregunta ella, perpleja.

—Pa-pa. Pa-pa.

—O sea que yo te doy el biberón, te cambio los pañales, te lleno de amor y mimos todo el día… ¡y tú dices papá primero!

La expresión de mi hijo cambia, y ahora mira a su madre como me miraba a mí hace unos minutos.

—No seas tan dura con mi campeón. —Lo cojo de sus brazos, feliz y provocador.

—¿Por qué estáis discutiendo? —Ángela entra en el salón y pregunta.

—Ha dicho «papá» primero. ¡Es un escándalo, ¿a que sí?! —le dice Aurora, divertida.

—Ajá. Tú le cambias, le das leche, le haces mimitos…

—Exacto.

—Mujeres… siempre aliándose cuando les conviene. Me voy a quedar con mi campeón, ¿vale? —Pongo cara de tonto y él sonríe, pero en seguida las dos mujeres de mi vida hacen lo mismo.

—Estoy feliz de que haya dicho su primera palabra. Aunque sea «pa-pa» —refunfuña, y las abrazo a las dos.

—Os amo a los tres, y quiero que sepáis que mi corazón tiene espacio de sobra.

Suena el telefonillo, y me avisan de que Logan está en la puerta.

Hace más de un año que no lo veo. Tenía muchísimo trabajo, hasta donde sé, y todo lo resolvíamos por videollamada.

Pasan unos minutos y entra. La primera persona que ve es a mi esposa.

—Aurora, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—También. He venido en persona a darte el pésame. Casarte con Edward fue una pésima decisión, pero Dios conoce nuestros corazones y el peso que cargamos es el que podemos soportar. Espero que superes tus malas decisiones con el tiempo.

Aurora se echa a reír y asiente.

—Digamos que realmente me da trabajo. —Golpea el suelo con el pie.

—¿Ahora todos estáis en mi contra? —pregunto, fingiendo enfado.

—Nadie te obliga a ser tan mandón y gruñón —dice, sentándose.

—Os dejaremos tranquilos. Me alegro de verte, Logan.

—Igualmente, Aurora.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sentándome también.

—Bueno, he venido a disculparme por no estar en tu boda. Sé que pensaste en mí como padrino, pero lo arruiné —suspira, estirándose.

—Nunca pensé en eso, que conste.

—En fin… la verdad es que ni siquiera quería ir. Estaba en una orgía de las buenas. Ese fue el verdadero motivo de mi ausencia.

Niego con la cabeza, molesto. Mi abogado no cambia: sigue siendo un idiota y ni siquiera lo disimula.

—¿Y a qué has venido? Di la verdad.

—A ver a tu hijo. —Extiende los brazos, pero sonrío con sarcasmo.

—No le va con desconocidos, y…

Llevándome la contraria (otra vez), extiende los brazos y Logan lo coge en brazos.

—¿De qué estábamos hablando?

—Este día está lleno de sorpresas… —bufé.

—Lo que nos lleva a otra cosa.

—Sabía que había más cosas detrás de esta visitita.

—Siempre las hay. Lo que vengo a decirte es que sé quién es la familia Boccuti. En realidad, ahora sé todo lo que requiere atención, pero la pregunta que te hago es: ¿quieres saber lo que descubrí?

Pensé bastante en su pregunta, pero tanto Aurora como yo teníamos una opinión bien formada al respecto.

—¿Estamos en peligro?

—No, en absoluto.

—Entonces, la respuesta es no.

—Está bien. Vine por cortesía, pero necesito adelantarte que ese momento llegará algún día. Ya te enfrentaste a tus miedos, y Aurora también. Pero ahora sabes que ella pertenece a una familia muy poderosa.

—¿Son mafiosos? Esa será la única pregunta que haré.

—No, Edward. Son mucho peores que eso. Lo que sí puedo adelantarte es que hay una lucha de poder dentro de esa familia que estallará en los próximos años, pero como te dije antes, no tenéis nada que temer. Al menos por ahora.

—Para nosotros, eso es lo que importa.

—Bueno... —Se levanta, entregándome a mi hijo—. Eso era todo lo que tenía que decirte.

—¿Y adónde vas ahora?

Logan empieza a reírse, y ya sé que no es nada bueno.

—Voy a visitar a mi hija, que está vigilada por diez guardaespaldas porque su padre trabaja para un montón de criminales peligrosos. Solo puedo verla una vez al mes, así evito que mis enemigos la localicen —responde, guiñando un ojo.

—¿Te lo acabas de inventar todo?

—Sí, soy bueno improvisando. Pero… daría una buena historia, ¿no? —Mira hacia arriba, pensativo, y luego suelta una carcajada, negando con la cabeza.

—Cuanto más viejo te haces, más imbécil te vuelves.

—Viniendo de ti, es un halago, ricura —dice mientras camina hacia la puerta y la abre—. Antes de que se me olvide, enhorabuena por la boda. Espero de corazón que seáis muy felices y que el de arriba os bendiga.

—Hasta luego, Logan —digo sonriendo, mientras la puerta se cierra.

A continuación, camino hacia nuestro dormitorio, donde Aurora está sentada en la cama, mirando fijamente el espejo, ensimismada. Luego me siento a su lado.

—Hablabais sobre mi familia, ¿verdad?

—Sí, pero le dije que no queremos saber nada, a no ser que, de alguna manera, estemos en peligro, lo cual no es el caso.

Aurora me abraza con fuerza en cuanto termino la frase. Sé que, para ella, venir de una familia peligrosa es algo que la asusta, pero yo siempre estaré a su lado, protegiéndola de todo mal.

—Gracias por darme esta familia tan bonita. Te quiero tanto, mi amor.

Toco sus labios con delicadeza, luego su mejilla, admirando a la mujer más hermosa del mundo justo delante de mí.

—Yo también te quiero, cariño. Nos tenemos el uno al otro, y eso es lo que de verdad importa.

Fin.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FH7LNGHJ

RELACIÓN FALSA · VENGANZA ROMÁNTICA · PADRE SOLTERO · VECINOS CON TENSIÓN SEXUAL · NIÑO AUTISTA · ROMANCE RÁPIDO

Anne Moore siempre va detrás de lo que quiere.

Ha luchado mucho para sacar adelante su pequeña agencia de eventos en Miami y mantener una relación de diez años con Samuel Griffin, dos logros de los que se siente muy orgullosa.

Hasta que, tras un fin de semana increíble con su novio, recibe al día siguiente una propuesta para organizar su boda… *¡pero con otra mujer!*

Entre el desespero, un ataque de locura y unas gotitas de Rivotril, Anne decide que lo mejor que puede hacer es aceptar el trabajo y convertir el gran día de su ex en una auténtica pesadilla.

¿Y cómo?

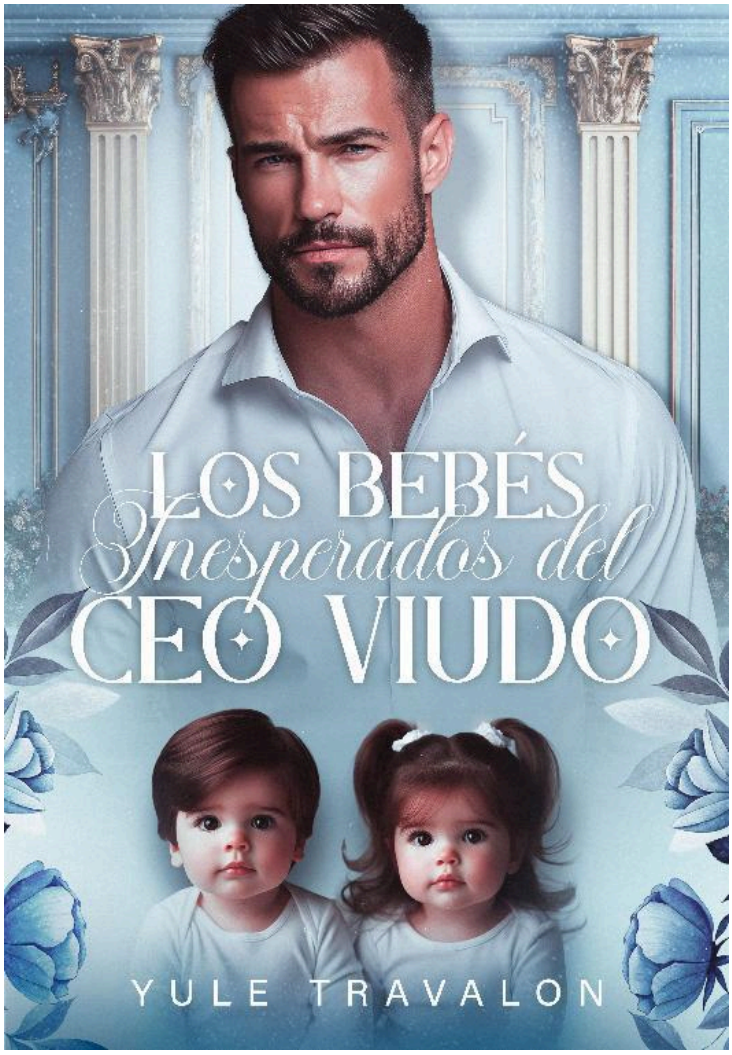
Muy fácil: solo necesita invitar a *su vecino buenorro* —al que lleva tiempo observando y está convencida de que es un escort de lujo— para hacerse pasar por su *nuevo novio,* provocar celos, descolocar por completo a Samuel y, con un poco de suerte, recuperarlo a sus pies.

Kaleb Petterson no tiene tiempo para tonterías, romances ni nada que le saque del control absoluto que impone sobre su vida. Por fin todo parece estar en orden: como inversor multimillonario, sus negocios van viento en popa; está aprendiendo a cuidar de su hijo autista de cinco años y preparándose para vengarse de quienes le arrebataron todo en el pasado…

Hasta que su encantadora —*y algo chiflada*— vecina le propone un plan disparatado: fingir una relación para arruinar la boda de uno de los hombres que más desprecia y que, casualmente, va a casarse con… *su hermana*.

¿Y si esta farsa fuera la puerta de entrada a un gran amor?

Recomendado para mayores de 18 años.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FCSK147T

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE Y EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + ROMANCE RÁPIDO + NIÑO ADORABLE

Massimo Zampieri, un viudo italiano de 37 años, viaja a Brasil para vender uno de los hoteles de su familia. Desde la muerte de su esposa, ha volcado toda su vida en cuidar de su pequeño hijo y

dirigir los negocios familiares, convirtiéndose en un hombre frío, sin tiempo para relaciones y con el corazón cerrado al amor.

Pero algo cambia cuando sus ojos se cruzan con los de Gabriela.

Un malentendido los une, desafía sus convicciones y pone en duda todas sus prioridades.

Gabriela Sierra creció en un orfanato y conoció las durezas de la vida desde niña. Al cumplir los 18 años, la echaron sin nada más que los recuerdos de las monjas que la cuidaron. Decidida y con el sueño de formar una familia, lo único que tiene es su trabajo como camarera en el Hotel 6 Continentes, frente a la playa de Copacabana.

Hasta que un hombre misterioso aparece y amenaza con quitárselo.

Massimo le ofrece un mundo lleno de lujo, protección y poder. Gabriela se encuentra dividida entre un amor imposible y una familia italiana que la ve como una interesada, mientras secretos oscuros comienzan a salir a la luz.

Con un embarazo inesperado y el choque de dos mundos opuestos, ¿lograrán Massimo y Gabriela superar los obstáculos y descubrir el verdadero significado del amor?

No recomendado para menores de 18 años. Contenido explícito.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F35JTX14

AGE GAP + JEFE / EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + FAST BURN + GRUMPY vs SUNSHINE + SEGUNDAS OPORTUNIDADES

OLIVIA MÁRQUEZ

Jamás imaginé que una bendición como un embarazo se convertiría en una carga más en mi vida. Cuando me involucré con Daniel, aunque sabía que un romance con el jefe no era el tipo de relación ideal, nunca pensé que me sentiría tan devastada.

La forma en que me trató y las humillaciones a las que me sometió jamás serán olvidadas, porque están grabadas en mi corazón. Suponer que soy una oportunista detrás de su fortuna y creer que usaría a nuestro bebé, la mayor bendición de mi vida, como moneda de cambio fue demasiado bajo.

Voy a hacerle sentir en cada célula de su cuerpo el peso del arrepentimiento, porque cuando me desee —y lo hará—, lo despreciaré con aún más intensidad de la que él tuvo conmigo.

Daniel va a pagar.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com